
GEMMA MINGUILLÓN
GARABATOS
Click
EDICIONES


GEMMA MINGUILLÓN
GARABATOS
Click
EDICIONES

Índice

GARABATOS

Un nuevo caso de la priora Prisca

Gemma Minguillón



A Montse Sarri. Sin ti, nada de esto habría sucedido.

INTRODUCCIÓN



El juez de instrucción Francesc Barrachina abandonó el local más tarde de las once, dando gracias porque la vida, al fin, hubiese vuelto a la normalidad. No hacía tanto que resultaba impensable salir de casa pasadas las diez de la noche. Por fortuna, ahora que la pandemia ya era historia, se podía cenar sin que te echasen del restaurante con cajas destempladas y el café todavía en el buche. Sonrió con picardía ante la mirada apremiante que le había

dedicado el último de los camareros, escoba en mano.

«Así es el mundo, muchacho —se dijo, mirando al joven con condescendencia—. Siempre se empieza por abajo.»

Al traspasar la puerta de La Cantineta, la noche le regaló una bocanada de aire fresco, que tragó agradecido. Se levantó el cuello del abrigo y emprendió el camino a casa. Le complacía pasear cuando no transitaba nadie por las calles. A esas horas, Sant Feliu de Llobregat parecía una ciudad fantasma. Tanto, que no pudo evitar un sobresalto al escuchar unos pasos que parecían apresurarse hacia él. Sin detenerse, aguzó el oído: las pisadas se acercaban cada vez más rápido. Se le ocurrió pensar que se trataría de algún joven que tenía prisa por llegar al bar más cercano. Sin embargo, su corazón se aceleró sin causa aparente. Al no haber un alma cerca, ni tiendas abiertas, el sincopado sonido de las suelas al golpear las baldosas de la acera se le antojó inquietante. Apretó el paso, molesto. Su propia respiración, que cobraba ya visos de resuello, no le permitía oír ningún otro ruido cercano. Tras una corta carrera, se detuvo e intentó aparentar normalidad, aunque su pecho subía y bajaba a gran velocidad. Sin pensarlo, se llevó una mano al corazón mientras abría la boca y tragaba todo el aire que le era posible. Poco a poco, su pulso se normalizó y entonces prestó atención de nuevo al sonido de la noche.

Nada.

Aliviado, emprendió la marcha. Casi al instante, sintió de nuevo los pasos, todavía más cerca. Se volvió y el corazón le dio un vuelco al no ver a nadie. Su pulso se aceleró otra vez, al igual que sus pies, que trataban de cubrir la mayor distancia en el menor tiempo posible. Las pisadas que le seguían eran ahora más audibles; las suyas, más y más rápidas. De pronto, no pudo seguir. Se detuvo y se apoyó en una pared cercana.

Un brazo firme lo sujetó desde atrás. El juez Barrachina se quedó paralizado. Podía escuchar el bombeo de la sangre en los oídos. Ni siquiera tuvo tiempo de pensar si se trataba de un atracador al sentir una hoja que penetró a la altura del hígado y pareció quemar la piel y la carne a su paso. Y lo que fue peor: los pulmones. El aliento de su asaltante, cálido, llegó a su oído.

—Esta me la debes, hijo de puta —susurró la voz acariciante mientras el juez se desvanecía en sus brazos igual que un títere.

* * *

Frotándose los ojos, Jennifer Martínez arrastraba los pies en dirección al edificio del Registro de la Propiedad. «No hace ni una hora que ha salido el pinche sol, y ya anda una por el mundo. ¡¿Por qué no le haría yo caso a mi madre cuando me dijo que no me casara por amor?!» Desganada, caminaba como si los zapatos pesaran mil kilos. Los pequeños auriculares en sus orejas reproducían un ritmo caribeño que trataba de despertarla sin demasiado éxito.

El edificio donde se encontraba el Registro era una casa de pocos pisos, desvencijada y con múltiples señales de desgaste que el paso de los años y el escaso mantenimiento habían dejado por todas partes. La carpintería de aluminio soportaba unas persianas llenas de grafitis, que ella se encargaba de ajustar cada noche.

A pocos pasos de su destino, algo le llamó la atención y, de repente, las nubes de su somnolienta cabeza se despejaron. La persiana de la entrada del local estaba levantada varios palmos. Jennifer frunció el ceño y avanzó con cautela. Estaba segura de que, en el momento de irse de allí la tarde anterior, después de asear los despachos, la había bajado hasta abajo. «Si algún borracho se ha puesto a dormirla en el vestíbulo, lo voy a echar de allí a escobazos», se dijo sin convicción alguna y con las rodillas temblorosas. Tragó saliva a duras penas, se acercó hasta la puerta y se inclinó. Los ojos se le salieron de las órbitas y el grito descontrolado que surgió de su garganta despertó a todo el barrio. Varios vecinos se asomaron a las ventanas y dos transeúntes, alarmadas, se acercaron a ella a toda prisa.

—¡Muchacha! ¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —preguntó una mientras la tomaba por los hombros.

—¡Ay, mamita! —exclamó Jennifer con voz temblorosa—. Miren… ¡Un muerto!

CAPÍTULO 1



El inspector jefe Daniel Valiente estaba a punto de desollarse. Entre el agua hirviente, esa nueva esponja que había comprado en una tienda muy fina del centro comercial cercano a su casa —en la Diagonal de Barcelona— y su costumbre de frotarse la piel como si tuviera la lepra, no iba a tardar en herirse si seguía así. Consciente de ello, se detuvo a tiempo y cerró el grifo de la ducha. Se envolvió en la toalla gruesa y mullida; una sonrisa de satisfacción se pintó en

su cara. Sin embargo, la melodía de su teléfono móvil la borró en el acto. «Si es Pinilla, me tiro por la ventana», se dijo mientras cruzaba a grandes trancos la distancia que lo separaba de la mesita de noche, donde había dejado el endemoniado artefacto. Al ver la pantalla e identificar al interlocutor, sus temores se hicieron realidad y los deseos de defenestrarse cobraron fuerza.

—Comisario Pinilla…

—¡Valiente! Venga volando, tenemos un muerto.

—Qué sorpresa, pensé que me llamaba para invitarme a desayunar. Si tenemos en cuenta que son las siete de la mañana…

—No me venga con ironías y zumbe para aquí, que la cosa es seria. Le paso la ubicación —añadió justo antes de colgar. Valiente miró la pantalla con cara de resignación.

«Ya veo que el día se presenta divertido», pensó. Cerró la ventana de su dormitorio —con cierta reticencia—, hizo la cama con mucho cuidado de que la almohada quedase con las cuatro puntas bien estiradas y se vistió con un traje de buen corte. Corbata a juego, nudo Windsor y zapatos de Armani; Valiente se pasó los dedos entre el cabello claro, se miró al espejo y se aseguró de que su aspecto no llamaría la atención por ningún detalle fuera de lugar. Hecho esto, bajó al garaje y, tras comprobar la ubicación que el comisario le había enviado, partió hacia Sant Feliu de Llobregat.

El Registro de la Propiedad se encontraba acordonado por los mossos d'esquadra, a quienes enseñó sus credenciales antes de que detuvieran su paso. Pudo ver enseguida al difunto, que yacía en el pequeño espacio que recorría la parte anterior a la puerta, entre esta y la persiana abierta. Dos policías de la Científica y un juez se encontraban junto a Pinilla. Los primeros hacían su trabajo y el juez, que había acudido al levantamiento, hablaba con el comisario. Al verlo acercarse, este último se dirigió a él.

—Inspector. —Valiente se sorprendió al oír a su superior llamarlo de ese modo, pero no dijo nada—. Este es el juez Márquez. Me está contando que conoce al finado.

—Así es —intervino el togado—. Se llama Francesc Barrachina y ejercimos Derecho juntos durante un tiempo. Coincidimos años después, en los exámenes de oposición. La verdad es que, desde entonces, no había vuelto a verlo. Me ha dejado de piedra descubrir que era él el cadáver que he venido a levantar.

—Vaya —dijo Valiente—. Pues lamento el mal trago, señoría. ¿Causa del fallecimiento?

—Apuñalamiento —contestó Pinilla—. Le han clavado una hoja por la espalda. Eso es todo lo que han dicho los técnicos. Ya lo ve, todavía están trabajando.

—Entonces es pronto para empezar a buscar sospechosos. —Un murmullo creciente detuvo los razonamientos de Valiente. Al darse la vuelta, vio un numeroso grupo que, contenido por el cordón policial, miraba hacia la víctima con acritud.

—Es lo que tiene —oyó murmurar a una mujer mayor.

—Si vas por ahí sembrando vientos… —añadió un hombre junto a ella. Valiente dio dos zancadas hacia ellos.

—¡Oigan! ¿Qué dicen? ¿Lo conocían?

Nada más pronunciar esas palabras, el gentío se dispersó en un abrir y cerrar de ojos. Al llegar hasta el cordón, no quedaba un alma a la que interrogar. «¡Joder! ¡Qué cabrones! Anda que colaboran…» Se volvió hacia el juez Márquez, que ya se había alejado un trecho de la puerta del Registro.

—¿Ha oído eso? ¿Sabe por qué esa gente criticaba al muerto?

—Pues la verdad es que no. Ya le he dicho que hacía años que no sabía nada de él. Lo que yo recuerdo era un hombre joven, idealista y con muchas ganas de impartir justicia de la buena. A saber qué fue de aquellos ideales.

—Habrá que buscar todos los datos posibles. Desde luego, en este barrio les caía gordo. Eso acota la cosa, ¿no le parece? —preguntó el comisario.

—Claro. Es un punto de partida.

—Pues hay que comenzar a investigar. Vamos a la comisaría, la Científica nos hará llegar los resultados de la autopsia en cuanto se lo lleven y la hagan. Adelantemos trabajo. ¡Ah! Si no ha desayunado todavía, yo tampoco.

—Ni yo —añadió el juez —. Si me lo permiten, los acompaño.

El comisario y el juez abrieron la marcha hacia el bar más cercano. Valiente echó un último vistazo al fallecido. Al volverse para seguir a sus compañeros, alguien lo tomó del brazo a la altura del codo. Con un pequeño sobresalto, volvió la cabeza y vio a una anciana vestida de negro que lo miraba con ojos inquisitivos.

—No era bueno. Echaba a la gente de sus casas. —El inspector la observó con asombro.

—Ya veo. ¿Sabe si alguien lo amenazó? —La mujer soltó una risilla gutural.

—Acabaría antes si nombrara a los que no lo hicieron. Solo piense que Dios castiga sin piedra y sin palo —añadió mientras soltaba a Valiente y se alejaba en dirección contraria.

—¿Sin piedra y sin palo? ¿Qué quiere decir? ¡Oiga!

La mujer, más ligera de lo que aparentaba, ya estaba a suficientes metros de él para simular no haberlo oído. Resignado, negó con la cabeza y siguió al juez y al comisario justo en el momento en que su estómago empezaba a rugir.

* * *

Pinilla caminaba de forma compulsiva alrededor de la mesa del despacho. Hipnotizado, Valiente lo seguía con la mirada. La silueta rechoncha del comisario, dando vueltas y vueltas por la sala con el abrigo de cuadros que casi nunca se quitaba, llevaba al inspector a

una especie de trance místico que lo ayudaba a pensar. Por desgracia, dicho estado se interrumpía a intervalos por la verborrea elevada y los gestos que la acompañaban.

—Recapitulemos: durante la mañana ha conseguido usted informes sobre el juez Barrachina…

—Tan solo un registro de su actividad reciente. Me lo han mandado del juzgado con carácter de urgencia. He pedido un listado de sus resoluciones del último año y tampoco me ha dado tiempo a leer demasiado.

—Y, según usted, ¿por qué es tan importante centrarse en eso y descartar todo lo demás? Porque, vamos, a una persona la pueden matar por muchas razones…

—Desde luego. No obstante, un conocido o un familiar es raro que lo maten a uno en la calle, ¿no? Más todavía, que lo dejen tirado en un sitio tan concreto. Si a eso le sumamos lo que escuché decir a los vecinos…

—Cierto, leo sus notas. Que, a propósito, menudos garabatos me hace —protestó el comisario—. «Es lo que tiene» y «si vas por ahí sembrando vientos…». Y luego está esa anciana, ¿qué le dijo?

—Que no era bueno y echaba a la gente de sus casas. Y aparece asesinado en el Registro de la Propiedad, comisario. Vamos, que parece bastante claro. A alguien que se quedó sin casa por una sentencia de Barrachina se le han cruzado los cables. Falta ver a quién.

—La cosa tiene sentido. Pero sabemos por experiencia que, a veces, las apariencias engañan.

—También sabemos que eso sucede en pocas ocasiones y que las cosas suelen ser justo lo que parecen.

—Bueno, siga esa línea y manténgame informado. Yo le aviso en cuanto llegue el informe del forense.

—Hablando de eso, la Científica cree que el lugar donde lo encontramos no es la escena del crimen.

—¿No? ¡Vaya, más lío!

—Como si fuera poco de por sí… En fin, voy a seguir. Estoy localizable, comisario.

* * *

No tenía ganas de meterse en casa enseguida aquella noche, así que, tan pronto llegó a Barcelona y guardó el coche en el garaje de su edificio, anduvo por la acera de la avenida un buen rato. El frío aire de noviembre lo espabilaba. No es que hubiera mucho que pensar; el día no le había aportado demasiada información. El crimen parecía un claro ajuste de cuentas. Los informes que había consultado desde el departamento de informática y los primeros resultados de la Policía Científica que le habían pasado por la tarde no contradecían sus impresiones iniciales. Al no ser el Registro de la Propiedad la escena del crimen, los técnicos estaban buscando el lugar donde el juez había sido asesinado. Por los movimientos de su tarjeta de crédito, la noche anterior había cenado en un restaurante del centro. Tocaba revisar las cámaras de seguridad del local, por si habían registrado algo. En lo que respectaba a su investigación, lo único que tenía que hacer era algunos interrogatorios y tendría al culpable. «Mientras las leyes permitan que la gente se quede sin un techo sobre la cabeza, no es sorprendente que pasen desgracias semejantes. Lo raro es que no suceda más a menudo», se dijo sin demasiada preocupación.

Al sentir que el frío le calaba los huesos, subió a casa y, después de una ducha caliente y una cena ligera, se tiró en la cama. Aún le parecía grande. A pesar del tiempo transcurrido y de su relación esporádica con la bella Ojos Verdes, todavía no lograba acostumbrarse a llamarla por su nombre, a pesar de llevar ya varios años de encuentros y citas algún que otro fin de semana.

A esas alturas, estaba convencido de que nunca lo haría. De hecho, se había acostumbrado a hablarle en los momentos en que las cosas se ponían feas. Y más de una noche se dormía abrazado a su

almohada, que aún conservaba. Así lo hizo una vez más al evocar al joven reportero de guerra que había muerto en un atentado en Oriente Medio, hacía ya tanto tiempo. Valiente no recordaba haberse enamorado antes ni después de su relación con él. Lo había intentado con Ojos Verdes, aunque solo había logrado una amistad que, en ocasiones, se volvía tan tórrida que le hacía perder el sentido de la realidad. No obstante, no le dejaba poso; se evaporaba con el agua caliente de la ducha que tomaba después. Sabía que para ella era lo mismo; se divertían juntos a veces, eso era todo. No es que le preocupase la situación. Solo el hecho de extrañar todavía a su antiguo amante. Cansado, abrazó la almohada con más fuerza y, sin darse cuenta, se quedó dormido.

CAPÍTULO 2



El comisario Pinilla miraba a Valiente desde el otro lado de la mesa. El inspector no salía de su asombro y le resultaba imposible disimularlo. Hizo un esfuerzo para mantenerse atento a la plática de su superior.

—Ya le digo, hay bastantes afectados en varios edificios. He pedido un informe a… ¿Se puede saber qué narices mira con tanta fijeza?

¡Me pone nervioso! —Observaba de forma compulsiva los ojos de Valiente. Le resultaba imposible mirarlos a la vez, dada la heterocromía del inspector. Este le dedicó una sonrisa torcida.

—Hace más de una década que nos conocemos y es la primera vez que lo veo peinado. Mejor dicho, repeinado. ¿Cómo quiere que no me sorprenda? —El comisario se llevó las manos a la cabeza, sin reparar en ello.

—Ah, ¿sí? Pues no sé, supongo que… ¡Bueno, ha sido mi hija! Se ha empeñado en peinarme, ¿qué quiere que le diga? Déjese de cachondeo y atienda, que esto es serio.

Valiente se mordió la lengua y adoptó un rictus lo más respetuoso y atento posible, sin poder dejar de imaginar la escena de la hija adolescente del comisario insistiendo en acicalarlo. Sin duda había utilizado gomina para provocar en los subordinados de su padre justo lo que él sentía en ese momento.

—Como le decía, los afectados son numerosos. En todo el barrio de La Falguera ha habido en el último año más de veinte desahucios y hay más en marcha. Del total, la mayoría han sido casos llevados por el juez Barrachina. —Valiente soltó un silbido y se removió en su asiento—. Una parte fue elevada a la Audiencia Provincial, aunque no sirvió de nada. Ya sabe: si un juez dice «blanco», es muy difícil que otro diga «negro». Estaría bien que hablase usted con las familias afectadas: las que han sido echadas de sus viviendas y las que tienen notificaciones.

—Lo haré. ¿Todos son de La Falguera?

—No, hay más. Aun así, la mayoría se centra en ese barrio y, sobre todo, los últimos cinco desahucios han tenido lugar en el mismo edificio. Vaya y hable con esa gente. Yo le aviso en cuanto llegue el informe forense, que también nos ayudará a acotar el asunto. ¡Ah! Y no se olvide de la esposa del juez.

—¿Tiene esposa?

—Sí. Ella ha reconocido el cadáver esta mañana. Le paso su dirección.

—Por supuesto. Empezaré por ahí.

Enfilaba el pasillo en dirección a la puerta de salida cuando una voz femenina lo detuvo.

—¡Valiente! —Se volvió. En lo alto de la escalera, Isabel Olmedo, la encargada del departamento de informática, lo llamaba con la mano. En una carrera, alcanzó los escalones, que subió en pocas zancadas.

—Tengo los vídeos de las cámaras —dijo la joven, al tiempo que se sentaba ante la mesa del ordenador—. Está a poca distancia del restaurante La Cantineta. En ese punto de la calle, las imágenes no se ven muy bien.

—Ah, ¿se ve algo? Si son cámaras privadas, no deberían enfocar la vía pública, ¿no?

—Pues no, pero el dueño dice que ha sufrido ya varios robos y prefiere prevenir. Por eso tiene una cámara orientada hacia la acera, por si ve llegar a alguien que le dé mala espina.

—Eso es ilegal, le puede caer un puro.

—Luego lo denuncias. Ahora su falta de rigor nos viene de perlas. He podido ampliar la resolución; echa un vistazo.

Valiente observó el monitor con atención. Cerca de la esquina de la calle se veía a un hombre con traje caminando en dirección al semáforo. Le seguía alguien de una estatura similar, con una sudadera oscura, vaqueros y deportivas.

—Mira, se aprecia perfectamente cómo lo alcanza y los golpes de muñeca; eso es el apuñalamiento.

—¡Sí! Está claro…

—Y si te fijas, cuando el juez cae, lo detiene antes de que llegue al suelo y lo arrastra. Desaparecen por el recodo. Esa es la calle del Registro de la Propiedad, donde se encontró el cadáver. Y atento, que al poco regresa. —Valiente vio a la misma persona doblar la esquina, esta vez de frente, pero con la cara cubierta con el propio

cuello de la sudadera. La capucha seguía puesta—. ¿Lo ves? Se agacha y limpia el suelo con algo blanco que se guarda en el bolsillo. La Científica ha encontrado rastros de sangre en ese punto concreto. Y mira, luego se levanta y se larga.

—Así es… ¡Y tan campante!

—Ni más ni menos.

—¿Habéis podido rastrear su recorrido?

—Sí, cruzó hasta la calle Constitució y de allí bajó hasta la estación de tren. Justo donde perdemos el rastro.

—¡¿Cómo que lo perdemos?! —La chica no se inmutó. Ni siquiera levantó la vista de la pantalla.

—Las cámaras de la estación a esa hora solo muestran a tres personas: un hombre y dos mujeres. Y ninguno va de negro.

—Joder… O nos dio esquinazo o se escondió en el baño hasta la hora punta.

—Claro, para confundirse entre la multitud. En fin… —Valiente resopló—. Buen trabajo, Olmedo. Muchas gracias.

—A mandar, inspector —musitó la chica, inmersa en el monitor detrás de sus gafas.

* * *

La vivienda del juez y su esposa, Maria del Mar Albrich, se encontraba en un barrio residencial de Sant Feliu de Llobregat. Los chalés se alineaban a ambos lados de la calle, todos ellos con grandes jardines y la mayoría con piscinas en la parte de atrás. En mitad de la vía se abría un pequeño pasaje que culminaba con una hermosa puerta de forja. Tras esta, un camino de piedra conducía hasta la entrada de una mansión. Su tamaño y prestancia lo

impresionaron. «En verano no se tiene que estar nada mal aquí —pensó al observar la balaustrada de la terraza del segundo piso y la bella mesa de madera bajo el olivo del jardín—. Esta casa cuesta un ojo de la cara.»

No tuvo problemas para aparcar justo en la puerta, medio metro antes del pequeño vado de acceso al garaje. Nada más bajarse del coche, lo emborrachó el intenso aroma del jazmín que colgaba del muro junto a la verja. Esa sensación le pintó en la cara una expresión soñadora de la que no fue consciente. Avanzó hasta el timbre y llamó, sin que el botón le devolviera sonido alguno. No tardó en abrirse la puerta de forja. Una mujer que debía de rondar los cincuenta, alta, elegante y fibrosa, con aspecto de no estar inquieta en lo más mínimo por las pequeñas arrugas que asomaban a su rostro simétrico y de facciones grandes, lo miró interrogante desde lo alto de los tres escalones ante la entrada. Valiente recorrió el camino de piedra, sacó su placa y se la mostró.

—¿La señora Albrich?

—Yo misma —contestó ella, observándolo con interés.

—Buenos días. Soy el inspector jefe Valiente. Estoy a cargo del caso de su marido. Quisiera hacerle unas preguntas, si es tan amable.

La mujer permaneció en silencio unos segundos, al cabo de los cuales contestó con voz firme:

—Claro, inspector. Adelante.

Valiente subió deprisa los escalones para seguirla al interior de un vestíbulo luminoso. Lo atravesó tras ella y llegó a un salón grande, lleno de anaqueles de libros y con dos sillones orejeros de buen cuero. Del fondo partía una escalera hacia las plantas superiores.

—Siéntese, le traeré un café —dijo sin esperar respuesta.

Valiente observó la estancia a su alrededor: los muebles de madera oscura y aromática, los ventanales bruñidos, la alfombra gruesa bajo sus pies. De forma inconsciente, levantó un poco los zapatos para no estropearla. Al constatar lo incómodo de la postura, los

apoyó y tragó saliva con fuerza. No se sentía a sus anchas, a pesar del ambiente confortable que se respiraba. La señora Albrich no tardó en regresar con una bandeja que depositó en una mesa baja.

—He traído un poco de todo: café, leche y azúcar. ¡Ah! Y estas galletas de mantequilla que hizo ayer la cocinera. Son muy ricas.

—¿Hoy no está el personal de servicio? —preguntó Valiente, extrañado de que la propia señora se encargase de abrir la puerta y servir al invitado inesperado.

—No hay personal de servicio. Me parece estúpido tener a alguien metido aquí el día entero para hacer cosas que cualquiera que no sea inválido puede hacer por sí mismo. Hay una persona que cocina y otra que viene unas horas para mantener la casa limpia. El orden lo tenemos que mantener los que vivimos aquí, ¿no cree?

—Desde luego.

—Yo no necesito que alguien vaya a abrir la puerta o me sirva, puedo hacerlo yo sola.

—Eso está muy bien. Además, es un buen ejemplo para los niños.

—¿Qué niños? En esta casa no hay ninguno, por desgracia.

—Vaya. Así pues, no tuvo hijos con el juez Barrachina. En ese caso, ¿tiene usted idea de quién heredará sus posesiones? —Maria del Mar ladeó la cabeza con un gesto divertido.

—Supongo que yo. Esta propiedad estaba a nombre de ambos y, en su momento, hicimos testamento. En caso de fallecimiento, cada uno heredaría lo del otro. Si él hizo algún cambio posterior, lo ignoro; lo sabremos cuando el albacea nos lea sus últimas voluntades. De ser así, su parte sería para otra persona, con lo que habría que vender la casa y dividir el dinero. Sería un buen pico, en todo caso. ¿Soy su sospechosa?

—Solo hago mi trabajo, le ruego que no se ofenda por mis preguntas. El juez ha sido asesinado; seguro que usted comprende que hay que saber quién hizo algo así.

—Desde luego. No se preocupe, no me ofendo —añadió mientras cruzaba sus interminables piernas, culminadas en los pies por unos costosísimos Manolo Blahnik, los Hangisi de raso azul royal con hebilla de Swarovski que le había regalado su difunto marido, seguramente al sentir un pellizco en la conciencia por haberle puesto los cuernos con sabe Dios qué mujerzuela de altos vuelos. Al menos fue eso lo que ella pensó: que le había sido infiel—. Verá, me explico, no tengo nada que esconder y prefiero que no me tenga que estar tirando de la lengua. Soy el tipo de persona que llama al pan, pan, y al vino, vino.

»Si me ve usted así de fresca, es porque ya no sentía el menor apego por mi marido y me planteaba el divorcio desde hacía algún tiempo. Sobre todo, desde que descubrí que tenía una amante.

»Últimamente, Francesc había cambiado. Siempre fue serio y comedido, de pocos amigos. Ahora se había vuelto presuntuoso y pagado de sí mismo. Llegó un momento en que terminé por no sentir nada en absoluto; aquel hombre era un extraño para mí.

»Durante gran parte de mi matrimonio, viví a su sombra sin darme cuenta. Iba a trabajar y lo hacía todo de forma rutinaria. No salía con amigos; a él no le quedaba ninguno y yo perdí a los míos. Teníamos mucho dinero, pero nada más. Mi vida era cien por cien gris.

»Desde que empecé a pensar en el divorcio, fue una liberación. Me concentré en mi trabajo como directora de la Fundación Arqueológica Tavertet, que coordina y gestiona diferentes museos en Barcelona y otras ciudades catalanas. Empecé a salir del despacho y a visitar las instalaciones; redescubrí todo un universo que mis años de ostracismo me habían ocultado. Se puede decir que renací de mis cenizas, señor Valiente. La trágica muerte de mi esposo es una desgracia, desde luego. Sin embargo, yo ya me encontraba mentalmente muy lejos de él. De hecho, paso la mayor parte del tiempo en un chalecito de mi propiedad, en el Maresme.

»No tengo el menor interés en la herencia, sea o no para mí. Si acaso me corresponde la casa en legado, ya pensaré qué hacer con ella. Puedo vivir en la playa sin ningún problema. No necesito este mausoleo triste y deprimente.

Boquiabierto, Valiente escuchaba sin intervenir, mientras apuraba su café y probaba las deliciosas galletas de la cocinera. Al terminar su soliloquio, Maria del Mar lo miró con fijeza y él, apurado, tragó un pedazo de galleta y recompuso la postura.

—Muchas gracias, señora Albrich —dijo tras una suave tos—. ¿Dice usted que su esposo tenía una amante?

—Así es. Pero si me va a preguntar por su identidad, no tengo ni idea. —Valiente frunció el ceño.

—Muy bien. Y dígame, ¿dónde estaba el domingo por la noche?

—Aquí, sola. No tengo coartada, inspector. Aunque me da igual, puesto que no tengo nada que esconder.

—De acuerdo. —Sonrió ante la seguridad en sí misma que destilaba la mujer—. Tomo nota de todo. La mantendré informada. Si tiene que viajar, le ruego lo notifique a nuestra comisaría. O a este número —añadió, alargándole una tarjeta con su nombre y credenciales.

—Claro —contestó ella con una sonrisa radiante, tomando la cartulina de entre los dedos largos de Valiente—. Puede contar conmigo para lo que sea.

* * *

Tras abandonar la casa, el inspector no tardó más de unos minutos en llegar hasta el bar El Loro Azul. Sentía la necesidad de desintoxicarse de tanto barrio elegante. Aparcó cerca de la puerta para poder vigilar su coche y entró en el local. El barista se volvió y una sonrisa radiante le iluminó el gesto.

—¡Daniel! ¡Chico, qué caro eres de ver! —El inspector no pudo disimular su satisfacción. Tampoco su admiración por el magnífico aspecto de su amigo.

—Tienes razón, Enrique. Tengo poco tiempo y, ya sabes: mi casa queda lejos.

—No sé por qué no vendes ese piso tan fino de la Diagonal y vienes a Sant Feliu. Al fin y al cabo, trabajas para esta comisaría. ¡Aquí estarías entre amigos!

Valiente lo miró melancólico. Sabía lo que su amigo quería darle a entender. Apreciaba mucho a Ángel y, al igual que otros del grupo, lamentó en lo más profundo su muerte. Desde que ocurrió, muy consciente de la soledad del inspector, hizo todo lo posible por dejarle bien claro que no tenía por qué lidiar con ese trauma sin ayuda. No consiguió gran cosa; el carácter de Valiente perdió su brillo y Enrique pudo ver que, en pocos meses, el hombre serio e irónico, que a veces rompía a carcajadas, se transformaba en alguien huraño y oscuro. La única luz que quedaba en él eran sus ojos bicolores. No obstante, no dejó de telefonearle, hasta que la falta de respuesta de su amigo lo desanimó. Tuvo que suceder un caso en Santa Maria de Bruguers para que se reencontrasen. Desde entonces no habían perdido el contacto, aunque fuera menos frecuente de lo que Enrique hubiera deseado.

—No te creas que no lo he pensado. A lo mejor, si me pudiera comprar una casa como la que acabo de ver… —A Enrique se le iluminó la mirada. Destapó dos cervezas sin alcohol, puso una ante el inspector y se quedó con la otra, mientras se sentaba al otro lado de la barra y acortaba en lo posible la distancia entre ambos.

—Desembucha. —Valiente dio un trago a la cerveza y miró divertido a su amigo.

—Vengo de la casa del juez Barrachina. Supongo que ya sabrás que se lo han cargado…

—¡Claro! Los vecinos no paran de sacar conclusiones. Era un cabronazo, echaba a la gente de sus pisos…

—Vamos a ver, Enrique. Los jueces hacen su trabajo, no es que se dediquen a echar o a desahuciar porque sí, porque ellos lo valen. Si ha ejecutado sentencias así, será porque no le quedaba más remedio, ¿no crees?

—No, no lo creo. Una cosa es alguien que tenga un sueldo, o los ingresos que sean, y no le dé la gana pagar sus facturas. Entonces, me parece normal que se tomen medidas. Claro que ya sabes lo que pasó no hace tantos años: la crisis económica. ¡Y para más inri, la pandemia! Mucha gente ha perdido su trabajo, personas con una edad difícil para comenzar de nuevo o encontrar otras salidas profesionales. Si esos no pagan, es porque no pueden. Echarlos de su casa me parece una sinvergonzonería, habría que buscar otras soluciones, ¿no?

—Sí, eso está muy bien, claro. De todas formas, es asunto de los políticos, no de los jueces. Su misión es aplicar la ley, sea la que sea. No les queda más remedio, mal que les pese.

—Por supuesto… Siempre y cuando no los «ayuden» a hacer su trabajo.

—¿Qué quieres decir? —Enrique dio un soplido.

—Coño, Daniel, pareces nuevo. ¿Qué va a ser? ¡Sobornos, tío!

—¿Eso dicen? ¿Que Barrachina aceptaba sobornos?

—Lo que dicen es que no es normal que se desahucien tantos pisos del mismo edificio en tan poco tiempo, todos de gente que ha perdido el empleo o todavía no se ha podido reincorporar al mercado laboral después de la pandemia. Y lo más raro es lo de la tienda de Antoni —susurró Enrique, acercando la boca al oído de Valiente. El inspector cerró los ojos al percibir el aroma suave a canela que despedía la piel de su amigo.

—¿Antoni? ¿Quién es?

—Antoni Ferrer, un abuelito que tiene un local en los bajos de su casa. Esa tienda de ultramarinos lleva allí desde principios del siglo veinte. El hombre hace lo que puede para mantenerla y todos los vecinos le compran, para echarle una mano. Y mira por dónde hace ya tiempo que no deja de recibir anónimos para que se vaya. Al principio pasaba del tema. Pensaba que era una gamberrada de los chavales del barrio. ¡Seguro que ahora que ha muerto el juez, está asustado!

—Dame la dirección del local —dijo Valiente mientras se enderezaba y apuraba su cerveza de un trago.

—Te la doy si me prometes que vendrás a comer.

—En una hora estoy de vuelta, guárdame una mesa.

* * *

El olor a especias y a vino rancio componía un cuadro aromático grato para los nostálgicos. Si se le sumaba la penumbra de las cortinas color ocre y el papel pintado de las paredes, la conclusión inmediata era que entrar en Canimel equivalía a un viaje en el tiempo, impresión que se veía reforzada por la inscripción de la puerta: «Fundada en 1932».

Baldosas de gres catalán, pequeñas, bruñidas de tanto fregarlas, con un dibujo rojo desvaído que conformaba una especie de cruz encerrada en un cuadro de las mismas líneas, pavimentaban el suelo y daban lugar a un mosaico vistoso. La tienda se encontraba nada más franquear la puerta, el movimiento de cuya hoja empujaba un móvil de metal que sonaba con alegría y daba la bienvenida a los amigos —más que clientes— del barrio. Era pequeña, no más de quince metros cuadrados de estanterías llenas de conservas: tomate triturado, alubias, especias o patés traídos de Andorra en otro tiempo, así como las deliciosas y famosas aceitunas de Málaga que todos solicitaban. Junto a ellas, galletas, frutos secos y productos de limpieza y aseo. Más abajo, botellas de licores raros, que ya no se encontraban en los supermercados corrientes.

En otro estante podían verse algunas antigüedades: lámparas de quinqué bien conservadas, artesanía en madera —objetos decorativos junto a útiles como un cascanueces o una regla de medición—, botellas decoradas con plomo, simulando vidrieras de diferentes colores… Toda suerte de cachivaches que atrapaban la atención del visitante. Y en un lugar privilegiado, una fotografía en blanco y negro bien enmarcada mostraba a un guapo joven junto a

una muchacha muy bonita, detrás del mostrador. Ambos lucían una sonrisa radiante.

En un rincón, una nevera vieja y ruidosa, aunque operativa y limpia, conservaba refrescos, cervezas y algunos dulces que las vecinas vendían al dueño a buen precio y que los chavales compraban gustosos al salir del instituto.

Justo detrás de la nevera, un pasillo conducía a una cocina en uno de los laterales y, al fondo, a una habitación con un televisor sobre un bufete y un sofá viejo de buen cuero y apariencia cómoda. Entre ambos muebles se extendía una alfombra gastada, grande y de colores apagados. El cuarto daba a una escalera que llevaba al piso superior, desde donde Antoni bajó preocupado. Había tenido que subir al baño. Ya no aguantaba toda la mañana sin orinar, como antes. Los años pasaban factura.

No podía evitar que le temblasen las piernas. Las rodillas ya no eran lo que fueron, desde luego. Aunque no se trataba de eso. La inquietud y la zozobra, que habían desaparecido de su vida hacía poco tiempo, regresaban ahora con mayor fuerza a causa de cosas que no comprendía. Sin saber qué hacer, cansado, se disponía a sentarse en el sofá cuando el móvil plateado de la puerta le devolvió su cantarina tonada. A medio camino del asiento, se sujetó de los brazos del sillón y se puso en pie de nuevo para salir a la tienda. Sin duda, se trataría de Anita, Óscar o cualquier otro crío del instituto, que vendrían a buscar un refresco. Por eso le asombró ver a un hombre joven y bien plantado, de cabello abundante y claro que le caía sobre la frente, con la raya bien hecha a un lado. Su traje impecable y su gabardina de corte clásico lo dejaron pensativo; desde luego, no era nadie del barrio. No había visto a ese tipo en su vida. Lo que más le llamó la atención fue constatar que aquel individuo tenía un ojo azul y el otro gris. Pasmado, lo miró sin moverse. Fue el otro quien rompió el silencio, a la vez que le mostraba una bonita placa dentro de una cartera de cuero oscuro.

—Buenos días. Soy el inspector jefe Daniel Valiente e investigo el fallecimiento del juez Francesc Barrachina. ¿Es usted Antoni Ferrer?

—Sí, señor, para servirle.

—¿Podemos hablar un momento? —Valiente no pudo pasar por alto la palidez y manifiesta inquietud del hombre. Era mayor, aunque no creía que pasase mucho de los setenta. Sin embargo, las manos le temblaban. Estaba seguro de que no era por causa de una enfermedad: se lo veía muy nervioso.

—Por supuesto, inspector jefe. Si me lo permite, echo un momento el cierre —dijo pasando junto a él. Le dio la vuelta al cartel de la puerta para que desde la calle se viese Tancat—. Sígame, si es tan amable.

Antoni lo condujo a la pequeña sala y lo invitó a sentarse en el sofá mientras tomaba una silla para sí. Valiente la cogió de manos del anciano por el respaldo.

—Gracias, prefiero la silla. Tengo un problema en la espalda —mintió. Prefería dejar el sillón para Antoni. El tendero se sentó en el borde y comenzó a entrelazar los dedos sin cesar y sin quitarle la vista de encima al inspector.

—Pues usted dirá, señor.

—Son solo unas preguntas. He sabido que el edificio junto a su tienda ha sufrido algunos desahucios en los últimos meses, todos ellos ordenados por el juez Barrachina. —El nerviosismo del hombre pareció aumentar.

—Sí, señor. El juez no era muy popular por aquí. ¡De todas maneras, nadie se hubiera atrevido a hacerle daño, puede estar seguro!

—La cuestión es que alguien se lo ha hecho, aunque todavía no sabemos quién. Solo quiero escuchar su opinión, nada más. —Antoni trató de calmarse.

—Supongo que tendría enemigos, gente poderosa. Aquí somos sencillos, de barrio.

—Señor Ferrer, yo tengo tiempo. Podemos estar aquí el resto de la mañana y parte de la tarde si es necesario. ¿Por qué no abreviamos y me dice lo que lo inquieta?

—Antoni miró a Valiente con fijeza y respiró hondo. Ese hombre inspiraba confianza, tan elegante y bien planchado. A lo mejor…

—Está bien —dijo levantándose del sillón. Abrió un cajón del mueble que sostenía el televisor, extrajo unos papeles y los puso en las manos de Valiente.

—Mire, los he recibido durante los últimos meses.

El inspector tomó lo que le ofrecía: tres hojas Din A4, impresas en una fuente de letra rasgada y con un tamaño muy grande. El texto era simple: «Vete, viejo. Lárgate o estás muerto».

—Ya ve, no paran de amenazarme para que abandone la tienda. Y lo tienen crudo. De aquí no me muevo.

—¿Sabe quién lo amenaza?

—¿Quién va a ser? Los del fondo buitre. Se están haciendo con el edificio que usted dice, inspector. Echan a las familias para quedarse los pisos. Ese juez los ayuda, eso seguro. Bueno, los ayudaba. ¡La gente no puede pagar y los dejan en la calle!

—A ver si lo entiendo. Las hipotecas fueron vendidas a un fondo de inversión, ¿es así? —Antoni soltó una carcajada triste.

—¿Un fondo de inversión? ¡Eso queda muy elegante, señor! Un fondo buitre es lo que es. Y sí, el banco lo compró otro banco mayor. Ahí entró en juego el fondo ese y, ya sabe, de alguna manera consiguieron hacerse con las hipotecas de estos pobrecillos.

—Y ahora expropian a los propietarios endeudados, claro. ¿Dónde entra usted en todo eso? ¿Tiene alguna hipoteca sobre este local?

—Claro que no. Esta tienda era de mi padre y, antes que suya, de mi abuelo. Yo los ayudé aquí desde que cumplí los diez años. Cuando mi padre se jubiló, comencé a gestionarla yo mismo, con la ayuda de mi esposa. Por entonces, el local ya estaba más que pagado.

—Entiendo. Por eso cree usted que los anónimos los mandan desde ese fondo de inversión, ¿no? Porque no pueden echarlo de aquí de

forma legal.

—Eso es.

—Y dígame, ¿no será una broma, o alguna otra persona que, por lo que sea, esté interesada en el local?

—No —contestó Antoni mirando sus zapatillas. Valiente ladeó la cabeza.

—¿Está seguro? ¿Nadie que usted conozca anda detrás de este establecimiento?

—No, señor —dijo el tendero, al tiempo que levantaba la mirada para encontrar la del inspector—. Son ellos, créame. No puede ser nadie más. Se supone que quieren el edificio completo y, técnicamente, este local forma parte. De hecho, me ofrecieron dinero. Mucho. Lo rechacé; no les servirá de nada, no lo quiero vender: era de mi familia y no hay más que hablar.

—Si tan seguro está, dígame: ¿por qué estaría un fondo de inversión tan interesado, hasta el extremo de ofrecerle una buena suma y de llegar a amenazarlo para que se vaya? Porque, si me perdona, este local es muy… antiguo, su valor comercial no puede ser muy grande. —Antoni tragó saliva y hundió de nuevo la vista en el suelo.

—No tengo idea. Pero escuche bien —murmuró, volviendo a mirar a los ojos de Valiente—. No me van a mover de aquí. De ninguna manera, nadie. No me iré, no lo conseguirán.

—¿Haría cualquier cosa para que lo dejasen en paz? —preguntó el inspector, entrecerrando los ojos. El tendero le mantuvo la mirada y tardó varios segundos en contestar.

—No me importa lo que insinúe. No tiene nada contra mí. —En la cara de Valiente se pintó una sonrisa ladeada, sosteniendo la mirada a Antoni. Se levantó de la silla y le tendió la mano.

—Gracias por su tiempo, señor Ferrer. Tendrá noticias mías en breve.

Dicho esto, Valiente tomó su abrigo, se lo abrochó bien y salió de la tienda en dirección a la parada del autobús que llevaba a las afueras de la ciudad. Antoni cerró la puerta a su espalda. Respiró hondo un par de veces, apoyado en la pared. Miró la fotografía en blanco y negro y los ojos se le entelaron. Habló con voz triste:

—Ni ese policía ni los jueces y banqueros o los buitres me echarán de aquí, Enriqueta. Yo guardaré los garabatos hasta que me muera, tal y como os prometí. Confía en mí.

* * *

Al asomarse a la puerta, Valiente se alegró de haber reservado mesa en El Loro Azul. A esa hora del mediodía, todas se encontraban ocupadas. Se sintió feliz de constatar que a su amigo le iban bien las cosas. Nada más verlo, Enrique lo llamó con un gesto de la mano.

—¡Ven, Daniel, tengo tu mesa!

—¡Chico, sí que se te llena el local!

—Pues sí, por suerte. Hay un par de edificios de oficinas por aquí y todos vienen a comer, a la misma hora… Es un poco estresante, claro, pero es lo que hay.

—Pues nada, si me traes el menú, te lo agradeceré mucho, porque me muero de hambre.

Dos camareros iban y venían por el bar, sirviendo mesas y tomando notas. En la cocina, varias personas preparaban los platos para los comensales. En vista del volumen de trabajo del bar, Valiente decidió limitarse a comer. En otro momento hablaría largo y tendido sobre la valiosa información que Enrique le había proporcionado. Ahora era mejor concentrarse en la escudella casera que le acababa de poner delante. Comió igual que si no lo hubiera hecho en los últimos dos meses y luego devoró una tarta de queso con arándanos. Enrique se quedó asombrado al ver que su amigo se tomaba un café tan solo diez minutos después de servirle la comida.

—¡Tío! ¡Respira, que te vas a ahogar!

—Échales la culpa a tus cocineros… ¡Estaba todo delicioso! ¡Menudo personal tienes!

—Pues no me quejo —dijo con orgullo.

—No debes. Bueno, voy de regreso al edificio del que me has hablado para hacer algunas preguntas más. Ya te contaré. Llámame, a ver si podemos vernos con tranquilidad.

—Cuenta con ello. El sábado, cierro después del primer turno de comidas y me tomo libre el resto del fin de semana. Te llamaré y cenamos juntos, ¿vale?

—Hecho. Y gracias por todo.

El paseo le vino de maravilla para bajar la comida. No tardó demasiado en llegar al edificio. Al pasar frente a Canimel, la tienda de Antoni, vio que estaba cerrada. Dio por sentado que el hombre estaría comiendo y siguió hasta el portal de al lado. Llamó al primer piso que le vino a los dedos. No tardaron en contestarle.

—¿Quién es?

—Inspector jefe Daniel Valiente. ¿Puedo hacerle unas preguntas? —Tras oír con claridad a su interlocutora colgar el interfono, resopló con fastidio. Llamó a un segundo timbre, a un tercero. De nuevo, alguien contestó.

—¿Sí?

—Buenos días, señor. Soy inspector. Investigo al fondo de inversión que ha expulsado a varias familias de este edificio. ¿Podría ayudarme con unos datos que necesito? —Valiente no solía mentir. Por eso mismo, cuando lo hacía, no había nadie que pusiera su palabra en duda. No tardó en escuchar el ruido del portero automático. Empujó la puerta y entró. Observó el vestíbulo y caminó hasta el ascensor. Era viejo y estaba lleno de rayas hechas a navaja; iniciales grabadas sobre rudos corazones a medio oxidar, junto a frases escritas con rotulador. No tenía muy claro cuál era el inquilino que le había dado acceso a la entrada, así que presionó el

botón del primero. Al salir, encontró a varias personas que lo esperaban frente a la puerta abierta de una de las viviendas.

—¿Viene usted a echarnos? —preguntó una mujer de unos sesenta años, con visibles raíces encanecidas en su pelo teñido y unas viejas zapatillas de cuadros. Por lo demás, su aspecto era aseado.

—Rebe, ya te he dicho que es un inspector y viene a ayudarnos —contestó un hombre algo más joven que ella, delgado en extremo y con una mata de pelo negro desordenado que caía sobre sus gafas de montura fina. Llevaba una vieja sudadera y unas botas de cuero gastado con suelas gruesas. Se volvió hacia Valiente—. ¿No es así, inspector?

—En efecto, solo necesito entender algunas cuestiones para poner en marcha las diligencias oportunas —mintió de nuevo sin pestañear. No le pareció buena idea pedirles que se identificaran si quería que confiaran en él. La mujer mostró una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues no sabe cuánto me alegro. ¡A ver si es verdad que se hace justicia! Pase, señor —dijo con amabilidad, a la vez que se apartaba de la puerta para darle acceso.

—¡Rebe, Benet! Un momento, ¿qué hacéis? —Una muchacha joven apareció de repente, trotando escalera abajo y rompiendo el silencio con sus aparatosas zapatillas de baloncesto. Tenía el ceño fruncido, igual que los labios. Se detuvo ante Valiente y lo miró con gesto de desafío.

—Anna, este señor es un inspector que…

—¡Credenciales! ¿Os ha enseñado sus papeles de inspector? Además, ha llamado a mi casa y me ha dicho que es inspector jefe. ¡Es un policía! O eso dice, porque no se ha identificado. ¡Puede ser uno de ellos!

—Mujer, no creo que… —dijo el hombre, volviéndose de pronto hacia Valiente con cierta desconfianza.

—¡Pareces nuevo, Benet! ¿No sabes lo de los anónimos que le

envían a Antoni? ¡No podemos ser tan cándidos! —Se volvió de nuevo hacia Valiente—. A ver, ¿usted quién es en realidad?

Valiente resopló y dejó caer la cabeza en señal de rendición. Después sacó del bolsillo interior de la gabardina su placa y la mostró a los tres presentes.

—Soy inspector de policía, en efecto. Y no, no vengo a echar a nadie. Ni siquiera tengo potestad para eso. Además, pensaba que en este edificio ya no quedaban vecinos. ¿Se puede saber quiénes son ustedes?

Benet, Rebe y Anna intercambiaron miradas asustadas. El hombre fue el primero en hablar.

—Tarde o temprano iban a descubrirnos, ¿qué más da? ¡Tampoco pueden echarnos!

—¿Que no? ¡Ja! Si no pueden por las buenas, lo harán por las malas… ¡No sé por qué te inspira confianza un tío con un ojo de cada color!

—Disculpe, señorita —intervino Valiente ofendido—. Mi condición no tiene nada que ver con la rectitud que yo pueda tener. ¡Haga el favor de no discriminarme! Además, si lo que temen es que traten de echarlos de aquí con amenazas, nadie mejor que yo podrá ayudarlos.

—Es que… no estamos aquí de manera legal —añadió la mujer. Valiente la miró con sorpresa. La muchacha resopló. Benet negaba con la cabeza. Rebe no hizo caso a sus compañeros y siguió hablando con cordialidad—. Mire, pase. No nos quedemos en el descansillo. Vamos a entrar en casa, que acabo de hacer café, y se lo contamos. Por cierto, yo soy Rebeca Martínez; él es Benet Camps, y la chica se llama Anna Peris. ¡Adelante!

* * *

Sentado en una vieja silla ante una mesa cuadrada, Valiente miraba a su alrededor. El piso era pequeño, desde luego. Eso sí, estaba limpio y bien conservado, en la medida de lo posible. Detalles como cables ocultos en la pared mediante rozas que apenas se notaban, las paredes muy blancas o las cortinas ante el balcón, sencillas y bien cosidas, sujetas a una barra instalada recientemente, a juzgar por el brillo de los tornillos, dejaban claro que a la inquilina le gustaba vivir con orden y aseo. El café, que había servido en un juego de porcelana antiguo y caro —sin duda, heredado—, humeaba en la taza, dejando una fragante neblina que ocultaba en parte el plato inglés con pastas de mantequilla. Dio un sorbo al café y observó a la concurrencia.

—Es usted muy amable, señora…

—Rebe.

—Muy bien, señora Rebe. Y también va para ustedes. ¿Me pueden contar qué es eso de que están aquí de forma ilegal?

Ninguno se decidía a comenzar. Rebe bebió un poco. Anna tomó con enfado una galleta del plato. Benet lo miró con fijeza y le habló con voz firme.

—Verá, inspector. Es cierto que nos desalojaron de nuestros pisos. Antes, el banco nos ayudaba: sabían la situación y nos dejaban pagar lo que podíamos, cuando podíamos.

—¡Hasta que descubrimos que eso también era una estafa! —intervino Anna—. Si no pagas el total del recibo de hipoteca, es lo mismo que si no pagaras nada. ¡Ese dinero se pierde! De eso nos enteramos después, claro.

—Sin contar con las «congelaciones de hipoteca». ¡Otra estafa! Después te ponían tantos intereses que la casa terminaba por costarte lo que un palacio en la costa Brava…

—¡Hablemos en orden, que estamos confundiendo al inspector! Hay que explicarlo todo con claridad —dijo Benet. Se volvió hacia Valiente y habló con voz pausada—. Bueno, al final la bola era cada vez mayor y el banco acabó por vender los activos a un fondo

buitre, el fondo Kraus. Nos enteramos más tarde de que, si nos hubieran dado la información de esa venta antes de firmarla, habríamos tenido algo que se llama derecho de retracto.

—Sí, el derecho a comprar su propia vivienda al mismo precio al que se le ofrecía al fondo de inversión —apostilló Valiente.

—Eso es —atajó Rebe—. Vendieron nuestros pisos por un precio ridículo y el director del banco, que presumía de ser amigo nuestro, ni siquiera nos avisó para que pudiésemos quedarnos con nuestras casas.

—¿Habrían podido pagar la cantidad que abonó el fondo por las viviendas?

—Eso no lo podemos saber, porque ni siquiera nos dijeron a cuánto las vendieron —contestó Anna—. Claro que, por lo que sé, los precios son ridículos. ¡Al menos, deberían habernos dado la oportunidad!

—Estoy de acuerdo —admitió Valiente—. Entonces, ¿ustedes siguieron pagando la hipoteca?

—Mientras pudimos. Los precios, inflados por las prórrogas que nos habían dado y sin descontar los pagos parciales que habíamos hecho, eran insostenibles. Al final, nos fue imposible asumirlos y nos desahuciaron.

Valiente los observó en silencio, de uno en uno. Le devolvieron miradas impertérritas.

—¿Me toman el pelo? Es decir, que los echaron de sus casas… ¡y aun así, siguen aquí!

—Pues claro —contestó Benet entre las risas de sus compañeras.

—La ley protege a los fondos buitre, inspector, pero también a los okupas. Si alguien se mete en una casa porque no tiene adónde ir, cuesta horrores echarlo sin una denuncia del dueño. Y si el dueño ni siquiera reside en la casa, todavía más —indicó Anna.

—Y más aún si el nuevo propietario ni se entera, porque no es una

persona física —dijo Rebe.

—Así que ¿son okupas en su propia casa? —Asintieron con un gesto de felicidad.

—Lo ha entendido usted a la perfección.

—¿Va a denunciarnos? —quiso saber Benet—. Si lo hace, tardarán un siglo en echarnos, ya sabe.

—No, no los voy a denunciar. Me parece ingenioso lo que han hecho, además de justo. —«Y, en todo caso, no es mi guerra. Yo soy inspector de homicidios», se dijo. —¿Qué pasa con los suministros?

—Los abonamos religiosamente. Nada impide pagar recibos de un piso, aunque se suponga que no vives en él.

—Ya veo. ¿Tienen ingresos?

—Yo hago los encargos que me salen. Tengo un furgón viejo y hago mudanzas y otros portes. Es Mercedes. Las máquinas alemanas son las mejores, ¿no cree?

—Desde luego —asintió Valiente, pensando con cariño en su viejo BMW. Anna tomó la palabra.

—Yo diseño carteles, logos y trípticos por encargo para algunas empresas o para el Ayuntamiento. No es fijo, aunque me llaman con cierta regularidad. Mientras, hago dibujos, que es lo que me gusta. Adoro la pintura y el dibujo. Bueno, también los pájaros. Eso sí que no me sirve para nada, al menos de momento. A veces tengo algún que otro encargo y voy tirando. Vivía aquí con mi pareja de toda la vida y era fácil. Cuando nos dimos un tiempo y volvió a Gallifa, su pueblo, me quedé colgada con la hipoteca y no pude hacerle frente.

—Yo soy viuda y cobro mi pensión. Es poco, pero no puedo trabajar por culpa de diferentes lesiones en las articulaciones. Fui cocinera muchos años y me tocaba mover ollas y cubos de basura muy pesados. Cuando me marché, ni siquiera me indemnizaron en esa empresa de chichinabo. Con la pensión me arreglo, ahora que ya no pago la hipoteca. Antes era imposible.

—De acuerdo. Ya tengo una idea algo más clara. El edificio tiene tres plantas, con dos pisos por planta, ¿me equivoco?

—No, así es.

—Ustedes ocupan tres pisos, ¿cierto?

—Sí, inspector.

—¿Y qué pasa con los otros tres?

—Esos propietarios se fueron cuando el lanzamiento. ¡El lanzamiento! ¿Habrase visto, llamar así a echar a la gente de su casa? —Benet habló con indignación.

—Han nombrado los anónimos que recibe Antoni. Él no tenía hipoteca. Me parece sorprendente que los echen a ustedes y sigan viviendo aquí sin que los molesten, y sin embargo alguien lo presione a él para que se vaya de un local que no parece demasiado especial. ¿Tienen alguna idea de la causa?

Los tres vecinos se miraron entre sí.

—No, señor. Lo hemos hablado muchas veces, sin llegar a ninguna conclusión —dijo Anna.

—Yo creo que es una gamberrada —intervino Benet—. Los chavales no saben en qué entretenerse.

—Desde luego, si esconde algo no nos lo ha dicho —añadió Rebe.

—Ustedes han visto en las noticias que ha fallecido el juez Barrachina, ¿verdad?

—Sí, señor —contestaron al unísono.

—Y saben que yo sé que él fue quien ordenó el lanzamiento del que me hablaban antes, ¿verdad? —Esta vez asintieron guardando silencio—. Miren, yo no tengo nada en absoluto contra ustedes. Si me ayudan con esto, haré todo lo posible para que obtengan un alquiler social en sus propias viviendas. Eso sí, necesito que me digan lo que sepan sobre los anónimos o cualquier otra cuestión que

les parezca importante.

Se puso de pie. Con gesto serio, Benet tomó la palabra.

—Yo le puedo decir algo sobre Antoni, señor. Cuando nos desahuciaron a todos los que vivíamos aquí, íbamos como pollos sin cabeza. Los vecinos iban y venían, llevándose sus cosas sin saber adónde. Había familias con bebés, ancianos… Y no nos dejaban entrar en las casas, claro. ¿Sabe dónde dormimos esos días?

—¿En el local de Antoni?

—¡Exacto! Puso mantas y colchones por la tienda y la trastienda, y en la vivienda que tiene en el piso de arriba. Cedió hasta su cama: él dormía en el sofá de cuero que tiene en el cuarto de la trastienda. Éramos cerca de quince personas. Puso a nuestra disposición lo que tenía por el local: latas de conserva, huevos, productos de higiene personal… Todo. Una de las mujeres intentó pagar y no se lo permitió. Insistió en darnos cuanto tenía, nos ayudó sin hacer distinciones.

—Cuando llevábamos tres días allí —añadió Rebe—, se nos ocurrió organizar una recogida de alimentos. ¡Antoni salió el primero! Anna hizo una pancarta muy vistosa, pidiendo víveres para los desahuciados. Él la colgó en una moto vieja que tenía y recorrió todo el barrio durante horas. Por la tarde, un montón de gente se acercó a Canimel a echar una mano y no faltó lo necesario para nadie. Desde entonces, su comercio se convirtió en una especie de Cáritas donde la gente deja todavía bolsas de ropa y zapatos. A veces las depositan hasta en la puerta y él se encarga de repartirlas entre quienes lo necesiten. No sé si esconde algo o no, pero no me importa; en lo que a mí respecta, ese hombre es un santo varón —dijo mirando desafiante a Valiente.

—Además, tanta gente, tantos días en su tienda; alguien habría visto algo, ¿no cree? Es un buen hombre, inspector. A mí todavía me regala ropa y calzado. Él dice que «se lo encuentra en la tienda», como si los Reyes Magos fueran a verlo por las noches. Es evidente que compra cosas para ayudarme. Quien haga daño a Antoni o lo amenace, merece todo lo malo que le pase —añadió Anna con gesto sombrío.

—Está bien —contestó él—. Tendré en cuenta todo eso. Muchas gracias por la información. No olviden lo que les he dicho. Les dejo aquí mi teléfono, en esta tarjeta. Si recuerdan algo, lo que sea, les ruego que me lo digan. Y, créanme, voy a ayudarlos en todo cuanto esté en mi mano.

—Nos han hecho ya demasiadas promesas, inspector. Y no han cumplido ninguna. De todas maneras, gracias; si hay algo que decir, se lo diremos —dijo Rebe, dándole la mano. Lo acompañó a la puerta y regresó a la mesa con sus compañeros. Ambos tenían un gesto de preocupación.

—¿Nos va a cargar la muerte de Barrachina? —preguntó Anna.

—Depende —contestó Rebe—. ¿Lo hemos matado nosotros?

* * *

Valiente tragó una bocanada de aire fresco al salir de nuevo a la calle. Le gustaba sentir el frío entrar por la garganta. Eso pasaba justo antes de que le viniera un estornudo fuerte; aun así, no podía dejar de hacerlo. De camino a la comisaría para recoger su coche, no paraba de darle vueltas a la extraña situación que acababa de vivir: okupas en su propia casa; el juez que los había echado, muerto. La viuda, despreocupada y feliz. Un tendero que recibía amenazas de a saber quién, dispuesto a todo para proteger su guarida. La cabeza le daba vueltas, conducir fue una bendición.

Llegó a casa y se desvistió a toda prisa. Estaba cansado. En especial, lo estaba su cerebro. Se tiró en la cama en ropa interior y cogió el ordenador portátil. Quería abrir un documento y registrar en él todos los detalles de las conversaciones del día. Un icono del que ya ni se acordaba le llamó la atención. Una «T» enmarcada en un cuadrado de color naranja. El símbolo de la página web «Tusescritos.com». Extrañado, lo presionó y apareció un aviso: «Tienes un mensaje». Lo abrió al punto y leyó con avidez.

Mi querido Príncipe Valiente, tenemos que hablar de inmediato.
Venga lo antes posible.

El Ángel Blanco

«Ahora sí que estoy jodido», se dijo, tirándose de los pelos.

CAPÍTULO 3



La carretera que atravesaba el bosque, denso y umbrío incluso de día, le dio la bienvenida. Era temprano y ya se oían cantos de algunos pájaros. «Esa chica, Anna, seguro que podría decirme qué jodidos pájaros son los que cantan a estas horas en otoño.» Trazó, una tras otra, las curvas de la sinuosa carretera y, al final, el camino se ensanchó y se volvió diáfano. Valiente contuvo el aliento y vio surgir ante él el monasterio de Santa Maria de Bruguers.

Entró en el terreno llano que servía de aparcamiento a los coches y furgonetas que, a diario, llevaban suministros y demás enseres necesarios: un mueble nuevo y sencillo que tendría que sustituir alguna vieja reliquia, la compra mensual de productos de limpieza, o quién sabe qué más. En una construcción milenaria de esas características, un monasterio benedictino del siglo

XII

, donde abundaban las humedades y las grietas, las reparaciones y reformas eran el pan nuestro de cada día. Claro que valía la pena hacerlo y conservar el esplendor de la edificación. Al tiempo que maniobraba, Valiente admiró una vez más el pórtico, las columnas y el portón de la iglesia, con sus cuatro evangelistas y el relieve de la Virgen María en el frontón. Los sillares de piedra respiraban por sí mismos, igual que los arcos de medio punto, los contrafuertes de los muros y el rosetón de vidrieras.

Aparcó en un lado, para no estorbar, y se apeó. Miró a su alrededor mientras llenaba los pulmones de aire limpio. Lo primero con lo que topó su vista fue la enorme torre del campanario. No se atrevió a acercarse, solo miró hacia arriba, hasta la última de las arcadas con parteluz que la coronaban. Fue inevitable rememorar el caso que, tres años atrás, lo había conducido justo a lo más alto de aquella torre para evitar un crimen. Los detalles comenzaron a llegar, uno tras otro, a su cabeza. Se empezaba a sentir abrumado cuando una voz cantarina lo sacó de su ensalmo.

—¡Por el amor de Dios, pero si es David Bowie! —Valiente soltó una carcajada y se volvió.

—¡Hermana Luz! Algún día tiene usted que explicarme quién me puso ese mote —dijo mientras avanzaba hacia la hermana portera. Ella le tendió los brazos—. ¡Aproveche, que ya se pasó la pandemia y ahora podemos darnos un abrazo!

Fue agradable estrechar a aquella mujer jovial que lo recibía con alegría. Había temido que su presencia en el monasterio benedictino reabriese viejas heridas. El recibimiento de la hermana Luz disipó esas ideas de su mente.

—¿Qué lo trae por aquí? Oiga…, ¿no habrá pasado alguna desgracia?

—De ser así, seguro que usted lo sabría antes que yo. Digamos que he sido requerido para la presencia ante su priora.

—¿Prisca lo ha llamado? ¡Ay, madre…!

—Eso mismo pensé yo. ¿Tiene idea de qué puede querer de mí?

—Pues…, ahora que lo veo aquí y si tenemos en cuenta que ayer… No, ni idea —afirmó con una sonrisa.

—Ya veo que no va a soltar prenda. Bueno, en ese caso, si es tan amable de conducirme a la sala de visitas y avisarla de que estoy aquí…

—¡Claro que sí! Adelante, inspector.

No habían dado dos pasos cuando, desde el huerto que se encontraba en la parte de atrás del monasterio, emergieron dos hermanas más. Al verlo, aceleraron el paso.

—¡Inspector Valiente! —La más joven llegó en pocos segundos.

—¡Hermana Teresa! ¿Cómo le va? ¿Sigue tocando campanas?

—Naturalmente, ¿o cree que alguien más querría subir a la torre?

—No se me ocurre a nadie más adecuado. ¿Y la guitarra eléctrica, todavía la practica?

—Por supuesto; hay cosas que no cambian.

—¿Y usted? ¿Qué tal sigue? —le preguntó la otra hermana.

—Muy bien, gracias. Lo cierto es que tenía ganas de volver a verlas. La pandemia no ha ayudado, desde luego.

—Sí, tengo entendido que el mundo se paró allí fuera, ¿no? —Valiente soltó una carcajada.

—María José, ¡qué poco levanta usted la nariz de sus pergaminos y

documentos medievales! ¿Todavía restaura manuscritos?

—Es mi trabajo, inspector. Igual que usted continúa con sus crímenes, supongo…

—Supone bien. En ello estoy.

—No os preocupéis —intervino la portera—. No está aquí por ninguna desgracia en nuestro monasterio. Es que lo ha llamado Prisca.

Las dos monjas compusieron un gesto de inquietud.

—¿Prisca? Eso no es buena señal, Valiente.

—Lo sé, pero sin duda es importante. ¡A ver qué quiere de mí su priora!

Luz lo condujo hasta la entrada y abrió la puerta. Una vez traspasada, la actitud de ambos cambió. El ambiente místico del edificio inundó su ánimo. La portera guardó silencio mientras el inspector caminaba tras ella, tratando de no hacer ruido con los zapatos. El aire tenía ese olor especial de los lugares sagrados, a liturgia y a incienso. Aunque en Santa Maria de Bruguers se mezclaba también con el aroma de los pigmentos y barnices que las hermanas utilizaban en las restauraciones. Aquel monasterio era ya famoso en toda la región por sus fantásticos trabajos remozando obras de arte, ya fueran tallas de madera, lienzos o pergaminos antiguos.

La hermana abrió una pequeña puerta al final del pasillo y, con una ligera inclinación de cabeza y un gesto amable, lo dejó solo. Valiente entró en la sala de visitas y se sentó en la silla que lo había acogido la primera vez. El mismo cuadro de la Virgen María lo miró desde la pared. El resto de la habitación seguía sin decoración alguna. Tan solo una ventana que daba al jardín y la inundaba de luz. Era más que suficiente, pensó el inspector.

No pasaron más de dos minutos antes de que la puerta se abriera de nuevo para dar paso a una joven monja menuda y decidida, de rasgos limpios y mirada vivaracha que, al verlo, se iluminó y brilló

con luz propia.

—Príncipe Valiente…, sabía que vendría.

—No podía desoír una llamada del Ángel Blanco —contestó él, poniéndose de pie y acercándose a ella. Ambos titubearon un segundo y fue ella quien le dio un abrazo.

—Venga, hombre, no sea tímido, que ya sé que me quiere usted bien —dijo con un dejo de alegría en la voz. Se separó de él y lo miró a los ojos—. Me parece fatal que no haya vuelto por aquí para nada, que lo sepa. ¡Tres años, inspector!

—Bueno, las cosas no han sido fáciles, ¿qué le voy a contar? Hemos pasado por una pandemia internacional… Además, el caso que me trajo a Santa Maria de Bruguers fue duro.

—Demasiado. No me lo recuerde.

—¡Como si le hiciera falta! ¿Cree que yo lo he olvidado?

—Bueno, para usted podría ser más normal; al fin y al cabo, no deja de ser su trabajo. En cambio, nosotras, unas monjas que llevábamos poco tiempo en este monasterio, tan tranquilas con nuestras restauraciones, y de pronto…

—Sí, de pronto, todos esos crímenes. ¡Suerte que es usted una chafardera impenitente y pudimos resolver el caso!

—Digamos mejor que me costó lo mío que me hiciese caso, ¿se acuerda? Al principio no quería ni escucharme…

—Entiéndame; una aprendiz de detective, que escribe novelas policíacas en internet… Tenía usted todos los números para fastidiarme durante la investigación.

—¡Pues bien que empezó usted a seguirme en Tusescritos.com por si le servían de algo mis pesquisas! Y con ese sobrenombre tan disimulado, «el Príncipe Valiente»…

—Por supuesto, no tenía ninguna intención de ocultarme. Nunca sabe uno de dónde puede venir una buena pista. Y si hablamos de

sobrenombres, eso de Ángel Blanco no sé si le pega mucho, ¿eh…? —bromeó. La priora frunció el ceño.

—Exacto, he visto que sigue usted mi página del Ángel Blanco, aunque nunca dice ni mu.

—Esperaba que contase qué tal terminó ese caso en el pueblo de su sobrina, cuando se fue a cuidarla para tomarse un descanso después de tanto crimen por aquí.

—Eso se lo contaré otro día. Ahora lo he hecho venir para echarle una buena bronca.

—¿Una bronca? Sorpréndame, Prisca. —La priora se sentó delante de él y le habló con voz clara.

—Ayer vino a visitarme Antoni Ferrer. —Valiente mostró su asombro abriendo los ojos de par en par.

—¿A qué hora?

—Eran algo más de las tres de la tarde. Yo estaba en el despacho y Luz vino a llamarme. ¿Se puede saber qué tiene contra ese hombre?

—¿Yo? ¡Nada! Estoy interrogando a las personas que podrían haber tenido que ver en la muerte del juez Barrachina…

—Ya veo, no tiene nada contra él… ¡Solo lo considera sospechoso de asesinato!

—¡Calma, hermana! Yo no lo considero sospechoso de nada, me limito a hacer mi trabajo. Indago entre quienes pudieran tener algo contra el juez y él forma parte de ese grupo. ¿Ya le vino con el chisme?

—¡Pues claro! Nosotras compramos en su tienda a menudo. Sobre todo, unas aceitunas que le envían de Málaga y están buenísimas. Por lo visto, su abuelo tenía amigos de allí y, ya desde sus tiempos mozos, le mandaban esas olivas. La madre Emilia quiere ayudarlo, porque es uno de los comercios más antiguos de Sant Feliu. La abuela de Antoni, su madre y hasta su esposa Enriqueta venían cada domingo a misa, según la madre abadesa. ¡Es muy buena gente y

jamás mataría a nadie! —Lo miró desafiante. Valiente chasqueó la lengua.

—Vamos, priora. Usted escribe novelas policíacas. Sabe muy bien que los asesinos no suelen llevar un cartel en la frente. ¿Le ha dicho que recibe amenazas para que se vaya de su tienda?

—¡Por supuesto! Me lo contó hace unas semanas. Verá, él venía por aquí a ver a la madre a veces y, como yo administro esto y hago los pedidos, nos hicimos amigos y ahora me cuenta muchas cosas. De verdad que es un hombre intachable. Ayer lo intimidó, inspector. Le preguntó por los anónimos y le nombró a ese juez fallecido. Temió que usted pensara que él estaba involucrado con el crimen y vino a desahogarse, el pobrecillo.

—Pues dicen que quien nada esconde, nada teme…

—¡Venga ya, Daniel! ¿No ve que es un hombre mayor y está asustado?

—Asustado está, eso seguro. Si no, no habría venido a verla.

—Hay que ver… Me contó que lo había visitado «un inspector muy peripuesto, con un ojo de cada color». Al punto supe de quién me hablaba. Por eso le envié el mensaje anoche, para decirle que no pierda el tiempo con Antoni: él no ha sido.

—Humm… —Valiente se frotó la barbilla—. No puedo afirmar eso todavía. Sin embargo, lo que sí puedo asegurarle es que su amigo esconde algo. No sé qué es, pero no me cabe ninguna duda.

—Pues habrá que averiguarlo… —El inspector dio un respingo.

—¡Ni se le ocurra! ¿Es que no tuvo bastante con el caso de hace tres años? ¡No va a volver a arriesgarse, hermana! Déjeme a mí esto. —Prisca le dedicó una mirada sesgada y pícara.

—No sé hasta qué punto me estará permitido echarle una mano, señor. No obstante, cuente conmigo si lo necesita.

Valiente frunció la boca, fastidiado.

—Si solo hace preguntas, no me quejaré. Al menos, ahora sé que el asesino no está aquí dentro. A no ser que a ustedes también quieran desahuciarlas, en cuyo caso, usted sería mi primera sospechosa…

—No sea guasón. Sabe muy bien que yo nunca haría eso. Además, este monasterio es propiedad del Vaticano, ¿quién va a desahuciar a semejante institución?

—Nadie, desde luego. Sobre todo, si se tiene en cuenta que no pagan siquiera impuesto de bienes inmuebles.

—¡Oiga!, que yo no me meto con la policía, ¿eh? Deje usted en paz a mis jefes y sus asuntos, que ahí sí que hay miga para rato.

—Ya lo puede decir… Bueno, confío en usted. Si algo sabe de Antoni o de cualquier otra persona que pueda tener algún dato sobre el caso, dígamelo, por favor.

—¿Hará usted lo mismo?

—Eso depende de lo que haga usted.

Se miraron de soslayo y Prisca no pudo reprimir una carcajada.

—Volvemos a la carga —afirmó—. Lo mantendré informado.

* * *

Según era su costumbre, el comisario Pinilla caminaba por el despacho mientras miraba al suelo y hablaba deprisa. Sentado en la silla que solía ocupar en esa estancia, Valiente observaba su paseíllo, hipnotizado por los faldones voladores de su abrigo. Siempre se preguntaba por qué el comisario no se lo quitaba en el despacho; algunos decían que solía hacerlo, pero salía y volvía a entrar con tanta frecuencia que, al final, se lo dejaba puesto. El inspector, sin embargo, prefería fantasear con la idea de que Pinilla era una especie de Cthulhu o cualquier otra bestia fantástica y solo lograba dar apariencia normal a su rostro. Por eso ocultaba con

aquel gabán el resto del cuerpo. Sacudió la cabeza para apartar de la mente esas ideas locas y prestó atención a la diatriba de su superior.

—Tiene que leerlo con detenimiento. Ya ve: una herida limpia que atraviesa el hígado. Desde luego, no fue una improvisación: quien lo haya hecho lo tenía planeado. ¿Se le ocurre alguno de sus sospechosos?

—Es difícil de valorar así, grosso modo. Es mejor que me lo lea bien. —Tomó de la mesa el informe de la autopsia, que acababa de llegar esa misma mañana.

—Dice que el corte fue casi en paralelo, así que el agresor era de una estatura aproximada a la de la víctima. La herida revela una hoja fina, incluso un punzón. Yo me inclino por la hoja. Es igual de fácil de clavar, aunque más mortífera. —Valiente pasaba las páginas y observaba las fotos con cuidado. En efecto, la herida no tenía un gran orificio de entrada y ni siquiera estaba sucia. Aparecían diferentes fotos del cuerpo y la cara de Barrachina. Una le llamó la atención.

—Comisario, ¿qué es esto?

—¿El qué? —preguntó, acercándose a la silla del inspector.

—Estas marcas en la frente. —El comisario frunció el ceño, fijando su atención en las curiosas marcas.

—¿Qué dice el informe?

—Veamos. «Tres líneas verticales de dos centímetros de largo, realizadas posiblemente con los dedos. Trazas de talco; presumimos que de unos guantes de látex. Analizada, la tintura es la propia sangre de la víctima.» —Levantó la vista del papel y miró con asombro a Pinilla, que estaba igual de pasmado que él.

—No me joda… ¿Tres rayas hechas con su sangre?

—¿Y por qué no lo vimos en el levantamiento?

—Valiente, usted tampoco se pudo acercar mucho. Los de la

Científica copaban todo el espacio. Además, había bastante sangre. Seguro que nos pasó desapercibido. ¿Tiene idea de qué significan esas rayas?

—Pues yo no, pero sé a quién preguntarle.

* * *

Fernando Heredia miró desde abajo la cámara de seguridad y pensó que, si no iba equivocado, toda la sala del cajero automático se encontraba bajo su ángulo. Con el ordenador portátil conectado al cable que salía de la pared, hizo las comprobaciones oportunas. Pudo ver su figura en la pantalla, enfocada por la cámara, que se movía de una esquina a otra. En efecto, la óptica abarcaba todo el espacio, sin dejar ningún punto muerto. Satisfecho, se disponía a desconectar el dispositivo cuando, de súbito, pudo ver en la pantalla una figura que apareció tras él. Tras el sobresalto, respiró hondo al reconocer el flequillo rubio y la figura alta y delgada.

—Valiente… ¡Joder, qué susto! ¿No puede avisar antes de aparecer a mi espalda?

—¿Te das cuenta de la chorrada que acabas de decir? —El otro lo miró con gesto divertido.

—Bueno, pues es cierto. ¿Qué hace aquí?

—Te buscaba, por supuesto. Y no me llames de usted. Anda, ven a comer conmigo, que tengo hambre. —Lo tomó de la manga tirando de él hacia la calle.

El Loro Azul estaba en plena efervescencia, por lo que Valiente no quiso molestar a Enrique. Lo saludó de lejos y se centró en la hoja plastificada que una hiperactiva camarera le entregó al vuelo. La chica parecía controlar la respiración. Hacía un claro esfuerzo para permanecer quieta mientras el inspector y su acompañante elegían los platos del día. En cuanto se alejó, tan veloz que parecía ir a tropezarse con cualquiera de las mesas del local, Fernando Heredia

se aproximó cuanto pudo y le habló, tratando de que su voz se deslizara bajo el bullicio reinante.

—Inspector, sus visitas nunca presagian nada bueno; menos todavía si me invita a comer. Ya le aviso de que no estoy metido en nada raro. Instalo alarmas, eso es todo.

—Lo sé, no te preocupes —dijo Valiente, rindiéndose ante el insistente tratamiento del hombre hacia él—. Si no fuera así, ya estarías en chirona, igual que cuando andabas con «los silenciosos».

—No me hable, jefe. Todos tenemos un pasado, ya lo sabe. —Se frotó la nuca y bajó la vista.

—Sí, y el tuyo pasa por una condena por robos. ¡Con lo bruto que eres, nunca entenderé cómo podías entrar en las casas de la gente por las noches sin despertar a nadie!

—¡Huy, pues yo no era de los mejores! Es verdad que me enseñaron a no hacer ruido, ir al grano y coger solo lo esencial, ya sabe. Tarjetas, dinero y joyas. En cambio, había compañeros que hasta se llevaban cosas de las mesitas de noche de los dueños, que ni se enteraban…

—¿Y ese tono de orgullo? ¡Fernando, no es para que vaciles! ¿Te imaginas qué habría pasado si alguien se hubiese despertado?

—Ay, inspector, ni me lo diga… ¡Menos mal que no pasó!

—Tienes más cara que un saco de sellos, Heredia. ¿Cómo que menos mal? ¡Pues con no haber entrado a robar casas, estabas al cabo de la calle!

—Ya, claro… ¡Lástima que uno tenga que comer! —Valiente resopló y meneó la cabeza. Era inútil: no iba a sacar nada en limpio discutiendo con ese hombre. Seguiría sintiéndose una víctima de las circunstancias, igual que continuaría llamándolo de usted para siempre. Tomó un trago de agua, tosió un poco y lo enfrentó de nuevo, justo después de que les sirvieran el primer plato.

—Bueno, vamos a ver. Necesito que me digas algo. ¿Qué significan tres rayas verticales?

—Depende, jefe. Un código de barras pequeño, la bandera de Italia… ¡Yo qué sé!

—No me toques los huevos. ¿Qué te sugiere?

—A ver, tiene que entenderme. Si no me dice dónde estaban ni de qué forma ni nada, ¿cree que voy a adivinarlo?

—Pues no sé. Ya que eres experto en reventar casas, pensé que a lo mejor era uno de esos símbolos que los ladrones ponen en las puertas para indicar a otros ladrones qué tipo de vivienda es. —Heredia soltó una sonora carcajada. Dos jóvenes en la mesa de al lado se volvieron y lo observaron de manera inquisitiva. Se tapó la boca; Valiente no mudó el gesto.

—En serio, jefe —añadió en un susurro—, dígame que no se cree esa patraña.

—Yo ni creo ni dejo de creer. Los símbolos existen, es un hecho.

—Sí, claro, también existe el lenguaje élfico, aunque no haya elfos que lo hablen. ¡No te jode! Oiga, en serio. Si usted fuera a robar una casa, ¿a quién le pasaría los informes sobre ella, si hay solo mujeres, si están de vacaciones o cualquier otro dato?

—Pues a mis compañeros de latrocinio, claro.

—Eso mismo. ¿Qué chorrada es esa de dejar señales para los ladrones que vengan detrás? Es que la tontería…

—Vale, supongamos que es una leyenda urbana. La verdad, a mí también me parece una gilipollez. En todo caso, la simbología existe, como tú dices del lenguaje élfico. Está al alcance de cualquiera. Y me vino a la cabeza ese símbolo, el de las rayas verticales. Quería decir que no hay nadie en el domicilio, ¿no?

—«Nada que robar» —contestó Heredia al terminar de tragar una cucharada de lentejas con chorizo—. Según esa simbología que usted dice, ese sería el significado.

—Y dime, ¿se te ocurre alguna razón para escribir eso en la frente de un muerto?

De nuevo, el confidente rompió a reír, esta vez con menos estridencia.

—¿En la frente? Eso apuntaría directamente al muerto. Podría ser «aquí dentro no hay nada que robar», como un insulto a la cabeza vacía del tipo. O también «nada que robar, porque ya lo ha robado todo». Aunque…

—¿Qué? —se impacientó el policía.

—Ese símbolo, se supone que se escribe en las puertas, ¿no?

—Sí…

—¿No estará investigando la muerte de ese juez, el que vivía por estos barrios? —A Valiente se le descolgó la mandíbula.

—¿Por qué lo preguntas?

—Piénselo. «Aquí no hay nada que robar, casa vacía.» Vacía, jefe. Desahuciada. —Valiente continuó pasmado—. Es lo que han dicho en la tele, que era un juez de instrucción, que lo encontraron muerto en el Registro de la Propiedad. Y yo sé que han desalojado a mucha gente. Si se trata de eso, ya lo tiene, inspector. «Casa vacía por culpa de este cabrón.» Esas son sus tres rayas.

* * *

La priora Prisca recorrió deprisa el pasillo interior, desde el despacho hasta la biblioteca. Tal y como había imaginado, encontró a María José enfrascada en un viejo documento que no supo datar. «No acabo de comprender esa fascinación por los papeles viejos», se dijo, al tiempo que emitía una leve tosecilla. La archivera se sobresaltó.

—¡Prisca! ¿Qué te trae por aquí?

—Quiero preguntarte algo. —Tomó la silla delante del escritorio

gótico, restaurado años atrás por las hermanas, y se sentó junto a su compañera.

—Tú dirás —contestó María José sin levantar la vista del documento que ocupaba su atención.

—¿Cuántos años llevas en este monasterio? —La hermana la miró con asombro.

—¿En serio? ¿No lo sabes?

—Pues no. —La archivera resopló.

—Vosotras, las más jóvenes, llegasteis aquí hace unos cuatro años. Elvira, Teresa, Presentación… Bueno, todas vosotras.

La priora advirtió que su compañera no quiso nombrar a las hermanas que ya no estaban con ellas, a raíz de la tragedia que, tres años atrás, había llevado al inspector Valiente hasta su monasterio. No dijo nada al respecto.

—En realidad, hace tres años y medio, hermana.

—Bueno, eso. Tres y medio entonces. Yo llevo aquí más de cuarenta años. ¿Por qué me preguntas eso ahora, priora?

—Verás. Por lo que sé, las iglesias y monasterios han sido, desde siempre, los archivos administrativos de las ciudades, ¿no es así?

—Más o menos.

—¿Cómo que más o menos? —se impacientó—. ¿Lo son o no?

—No te sulfures —contestó la archivera en tono suave—. Quería decir que las iglesias, sí, los monasterios, no.

—Vaya… Pues yo pensaba que los monasterios eran los que guardaban la documentación del pueblo o la ciudad donde se encontraban. Ya sabes, las actas administrativas y todo eso.

—Eso lo guardan las parroquias. Mira, ven. —María José condujo a Prisca hasta un anaquel donde se encontraban unos viejos y pesados

libros—. Ya sabes que aquí restauro pergaminos y otros documentos. Aparte del archivo documental de santa Hildegard von Bingen, hay otros fondos y manuscritos, del medievo en adelante. Poca cosa moderna.

—Caramba, qué contrariedad. Estaba segura de que guardábamos los quinque libris de Sant Feliu de Llobregat. [1]

—Pues no, hermana. Si los necesitas, vas a tener que consultarlos en la parroquia correspondiente. ¿Para qué los quieres?

—Ya sabes que el inspector Valiente anda investigando un caso, ¿no? Parece que nuestro proveedor de aceitunas malagueñas, Antoni Ferrer, es uno de sus sospechosos.

—¡Anda ya! ¡Eso no puede ser!

—Eso mismo pensé yo. Claro que, a lo mejor porque lo conozco desde hace mucho menos tiempo que tú, y conociendo el olfato de Valiente, no puedo evitar darle vueltas al asunto. Por eso, se me ocurrió que podría ser una buena idea bucear en su árbol genealógico.

—Ya veo —susurró María José pensativa. Al poco levantó la mirada hacia Prisca y sonrió con amabilidad—. Pues lo siento, creo que por ahora no puedo ayudarte. Si me es posible en algún momento, cuenta conmigo.

Prisca frunció el entrecejo mientras observaba a la archivera.

—Está bien, gracias —dijo, y salió de la biblioteca en dirección al taller de restauración.

Al verla doblar el codo del pasillo, María José salió tras ella y, una vez franqueado el taller sin ser vista, aceleró el paso y llegó hasta el despacho de la abadesa. Llamó a la puerta con discreción y, tras escuchar un suave «adelante», entró en la pequeña estancia y cerró tras de sí. Desde el otro lado de la mesa, la madre Emilia no disimuló su extrañeza.

—Hija, ¿qué se te ofrece? No suelo verte por aquí.

—Madre, disculpe que la moleste. Es sobre el depósito documental que nos hizo Joan Ferrer, el padre de Antoni. ¿Cree que se lo puedo mostrar a Prisca?

—Es curioso que me lo preguntes, María José. Precisamente, desde ayer le estoy dando vueltas a la posibilidad de enseñárselo al inspector Daniel Valiente. Claro que no sé si tenemos derecho.

—Es que es un tema delicado… ¿Podemos enseñarle algo así a la policía?

—En realidad, no tenemos ninguna obligación de hacerlo. Hablo de deber legal, claro. Otra cosa es el moral. Sin embargo, no somos dueñas de ese tipo de decisiones. Nosotras vivimos aisladas del mundo, hija. Y ni siquiera sé si serviría de algo levantar semejante liebre, tanto más en vida de Antoni.

—¿Y qué hacemos, madre? —Emilia se frotó la barbilla, con la mirada en algún punto del techo.

—Solo hay una persona a quien consultarle un tema tan complejo. Y no puedo hacerlo a través de Prisca. Ve, María José. Te mantendré informada.

La archivera salió del despacho con una leve inclinación de cabeza. Cuando se hubo quedado sola, la abadesa abrió un archivo de Word al que dio formato de carta. En la parte superior escribió:

Sua Santità Francesco, 00120 Città del Vaticano.

CAPÍTULO 4



Maria del Mar Albrich se quitó la bata de plumas y las zapatillas rosadas. Se preguntaba una vez más qué sentido tenía usar un calzado de estar por casa tan incómodo como aquel. Según su opinión, los tacones deberían reservarse para la calle. No obstante, le agradaba ver la forma que sus largas piernas adquirían con tan solo unos centímetros de cuña bajo el talón. Su vanidad era más fuerte que su sentido práctico. De todos modos, siempre que podía,

se decantaba por la ropa cómoda y el calzado deportivo, sin perder el estilo.

Eligió una blusa blanca de cuello duro y una falda de tubo de mezclilla, con una discreta abertura desde las corvas que le facilitaba los pasos. Tomó sus zapatos Louboutin de suela roja y se subió a ellos: Valiente era un hombre alto y a ella le divertía superar a los demás en estatura. Con su esposo era más sencillo; era un hombre más bien bajo, en especial comparado con ella. Un repaso a los cabellos y al sencillo maquillaje e, igual que un reloj, el sonido del timbre de la puerta se abrió paso en el silencio de la estancia. Salió de su habitación y, a paso ligero, llegó a la entrada.

—Buenos días, inspector —le cantó con una sonrisa radiante. Él la miró con su habitual gesto neutro.

—Buenos días, señora Albrich. Me ha pedido que viniera y aquí estoy.

—Se lo agradezco. Es para enseñarle algo que he encontrado en el cajón de la mesilla de noche de mi difunto esposo.

Precedió al inspector a través del vestíbulo en dirección a la sala. Valiente pudo admirar los cuadros clásicos y el mobiliario colonial que no había apreciado la primera vez. Sin decir nada, entró detrás de su anfitriona en un despacho espacioso que olía a sándalo y a papel viejo. Maria del Mar se situó detrás de la mesa de palo de rosa que dominaba el espacio.

—Vea esto —murmuró, al tiempo que le mostraba una tablet de aspecto anticuado—. Yo no conocía la existencia de este dispositivo. Por la cuenta de correo en que se apoya, creo que es de segunda mano. Diría que debió de traerla del juzgado y utilizó la misma cuenta de quien fuera su dueño, porque a mí no me suena de nada. —Encendió la pantalla. Él acudió a su lado y observó el pequeño aparato con atención—. La cuenta de correo es la vinculada a la del navegador. Y mire, estos son correos de los dos últimos años, todos dirigidos a Ciro Kraus.

Valiente dio un respingo. «Ciro Kraus», repitió para sí. Aquel nombre ya lo había escuchado cuando fue a interrogar a los vecinos

del bloque de pisos embargados.

—¿Y quién es ese hombre? —preguntó, haciéndose de nuevas. Quería saber adónde le llevaría lo que tuviera que decirle la señora Albrich respecto de aquel tipo.

—Lea los correos y lo sabrá. —Se levantó del butacón de cuero, cediendo su lugar a Valiente. Este tomó asiento mientras la miraba de reojo. Volvió la vista hacia la pantalla y abrió el más antiguo.

—Veamos. «7 de noviembre de 2021. A la atención del señor Ciro Kraus, director del fondo de inversión Kraus. Señor Kraus: Me siento halagado por su invitación y estaré encantado de acudir a la conferencia sobre la pesca del barbo. Nos veremos allí. Quedo suyo afectísimo.» Este es el siguiente: «20 de noviembre de 2021. Apreciado señor Kraus: La conferencia fue de lo más interesante, no conocía todos esos tipos de cebo para barbos, así como las distintas técnicas de pesca, según el río o lago. Quedo a su disposición para más encuentros». Y este, de un mes más tarde: «27 de diciembre de 2021. Ciro: Cuenta conmigo. Iré a probar el cebo el primer fin de semana de enero. Seguimos en contacto».

Levantó la mirada de la pantalla hacia la señora Albrich con un gesto perplejo. Ella resopló con impaciencia.

—No entiende a qué viene mi interés en esto, ¿verdad?

—Pues, para serle sincero, no. En primer lugar, si la tablet no era del juez y la cuenta de correo tampoco, ¿qué le hace pensar que los emails son suyos y no del antiguo dueño? —preguntó con picardía.

—Lo sé porque Francesc me nombró a Ciro Kraus en alguna ocasión. A él y a su fondo de inversión. Los mencionó de pasada, pero se me quedó el nombre por lo llamativo que es.

—Está bien. Su esposo se escribió un par de correos con el director de un fondo de inversión. Si acaso fueran con esa amante de la que me habló, me parecería más lógico que le hubiesen llamado la atención. En cambio, correos con un tiburón de las finanzas…

—Y no uno cualquiera, inspector. ¿Es que no lo ve? Ciro Kraus es el

director del fondo que se ha quedado con todas esas propiedades en esta ciudad. La revista Forbes lo llama «el Fantasma». Yo nunca lo he visto ni conozco a nadie que lo haya hecho. Sin embargo, es el propietario del fondo de inversión más extenso de Europa. Y ahora, estos correos.

—Pues tiene razón y entiendo su mosqueo, señora, y le echaré un vistazo al asunto. Al fin y al cabo, ese hombre puede ser un friki de esos que están forrados, pero que gustan de tener amigos y llevar una vida normal, dentro de lo posible. Si nadie lo conoce, eso le facilita las cosas. Lo que yo veo es que se trata de dos amigos cuya confianza aumentó en unos meses, ya ve que su esposo pasó de llamarlo señor Kraus a Ciro en un par de correos, aficionados a la pesca del barbo.

—No es su caso, por lo que veo. —Valiente levantó las cejas.

—Pues no, la verdad. Nunca me ha interesado eso de echar una caña al río y quedarme a verlas venir.

—Esa es la cuestión, inspector. A Francesc tampoco. Ni barbos ni ninguna otra especie.

Valiente pareció detener la respiración unos segundos, sin mudar el semblante. Al cabo de un instante recobró el habla.

—¿Y no es posible que se acabara de aficionar al asunto? Al fin y al cabo, habla de ir a probar un cebo…

—Sí, en enero.

—Así es.

—¿Probar un cebo para pescar barbos en enero? ¡Ya le digo que se nota que no tiene usted ni idea de pesca…! Yo tampoco, la verdad, pero al ver esos correos me quedé con la mosca detrás de la oreja y me informé. Y mire por dónde, los barbos hibernan. —Valiente alzó las cejas de nuevo, sin apartar la mirada de la de la señora Albrich.

—Sea clara. Seguro que tiene mejores cosas que hacer que jugar a las adivinanzas conmigo.

Maria del Mar ladeó la cabeza y lo observó de arriba abajo, abrió la boca y, tras tomar aire, la volvió a cerrar.

—Muy bien. Ese hombre, Ciro, se reunía con mi esposo. Desde luego, no era para pescar barbos, ni tiburones. ¿Qué tenían entre manos? Para mí está claro. Solo intercambiaron un par de correos, ya lo ve. Sin embargo, seguían en contacto, porque se veían con cierta frecuencia. ¿Por qué vía? Eso lo ignoro. Las veces que me dijo que iba a su casa, todos los encuentros estaban rodeados de secretismo. ¡Ese hombre parece una aparición! Como es obvio, no tengo pruebas ni creo que sea fácil obtenerlas. De todos modos, ese ya es su trabajo, inspector.

—Se lo agradezco mucho, señora —contestó y se puso de pie—. ¿Me deja llevarme la tablet, si es tan amable?

—Aquí la tiene. Al fin y al cabo, no creo que la policía tarde mucho en venir a buscar el PC y todos sus dispositivos, aunque con este no habría podido dar, al tratarse de una cuenta ajena a él.

—Le doy las gracias por su colaboración, aunque no le niego que, en parte, me sorprende.

Ella pareció reflexionar unos segundos.

—Verá: Francesc fue un joven soñador que terminó por convertirse en un hombre desconocido, ambicioso y sin alma. A lo mejor lo hago por la memoria del muchacho que fue, ese al que le brillaban los ojos cuando decía que haría de este mundo un lugar más justo.

Valiente guardó para sí sus reflexiones. Ese no le parecía, ni de lejos, el verdadero motivo. Se preguntó qué debía de ocultarle Maria del Mar. De momento, decidió seguir siendo cauto.

—Es usted muy amable, Maria del Mar.

—Puede llamarme Mar. —Él ladeó la cabeza.

—Mar, muchas gracias por todo. Cuando termine el caso, la invitaré a un café y charlaremos con calma, siempre y cuando no sea usted la asesina.

—¡Le tomo la palabra! —soltó ella con alegría y un significativo guiño mientras él franqueaba la salida a la calle.

* * *

Prisca tocó con delicadeza a la puerta del despacho de la abadesa. Casi de inmediato, escuchó un firme «adelante». Empujó la hoja y entró en la pequeña estancia.

—Aquí estoy, madre. He oído los toques de campana. [1] ¿Qué se le ofrece?

—Siéntese, hija. —La priora tomó asiento en la silla ante la mesa del despacho, casi en el borde, y aguardó en silencio. La abadesa no tardó en hablar.

—Verá, priora. Me dijo María José que usted le había preguntado por los quinque libris, o cualquier otro archivo administrativo que podamos conservar aquí.

—Es cierto, madre.

—La conozco y sé que anda preocupada por Antoni, ¿no es así?

—Sí —contestó un poco azorada—. Madre, desde lo que pasó años atrás, no se me va el miedo de que alguna catástrofe que no podamos controlar se cierna sobre nuestra paz. Y claro, al venir Antoni a decirme que el inspector Valiente lo había interrogado…

—Hija —la interrumpió la abadesa—, esa paz de la que usted habla no es más que un estado de gracia en nuestro propio corazón. Usted sabe bien que el mundo no es un lugar en el que se pueda estar en paz. Nosotras llevamos una vida tranquila. Sin embargo, nadie está exento de los avatares de nuestro tiempo. Claro que pasan cosas, Prisca. Nuestra misión es saber pelear con ellas sin perder nuestro equilibrio espiritual.

—Sí, sí, madre, lo sé…

—¿… pero?

—Pues que no puedo evitarlo, madre. —Prisca hablaba retorciéndose las manos—. Antoni viene a veces por aquí y sé que su padre y su abuelo también lo hicieron. Él mismo me contó que recibe anónimos que lo conminan a abandonar su local y, claro, van y matan a ese señor juez de instrucción… La policía se pone a investigar, Antoni se presenta en el monasterio muerto de miedo… Madre. —Prisca levantó la cabeza y buscó los ojos de la abadesa—. No puedo evitarlo, me asusta que nos veamos implicadas de nuevo en algo sórdido. Aun así, no quiero abandonar a ese hombre a su suerte. Usted sabe que es una buena persona. Si puedo ayudarlo, quisiera hacer lo posible.

—Ya lo sé, hija. Sin embargo, usted conoce nuestras normas. Sabe que nos alejamos por voluntad propia de los asuntos terrenales. Restauramos obras de arte para sufragar nuestros gastos; fuera de eso, debemos permanecer al margen. La policía se encarga. ¿No confía en Daniel Valiente?

—¡¿Cómo no voy a confiar en él si me salvó la vida?! Si no fuera porque Antoni está en problemas… —Bajó un poco más la voz—. Sé que el abuelo Ferrer le tenía mucho cariño a este monasterio y a la antigua abadesa. El vínculo ha llegado hasta nuestros días. Ese local es viejo, yo he comprado allí muchas veces y lo he visto. No se me ocurre que tenga nada en absoluto que pueda parecer tan importante hasta el extremo de querer echarlo de allí. Él está convencido de que es ese fondo de inversión el que se quiere quedar con su comercio; yo no di crédito a sus sospechas. No creo para nada que ese sea el estilo de semejantes inversores, y menos por un localcito de esas características. Por eso acudí a la archivera y le pregunté si hay algo que no sepamos, algún documento de tiempos de la guerra que hable de ese edificio o de la tienda. Ella negó que haya nada de eso —afirmó con una mueca de enfado.

—Sí que lo hay, Prisca. —El rostro de la priora se iluminó. La madre Emilia se enderezó en su asiento y tomó aire—. Antes de morir, el padre de Antoni nos hizo un depósito de documentos. Lo único que pidió a la abadesa de entonces fue que los guardásemos, que se quedasen aquí. Así lo hicimos. María José ya se encargaba del archivo por entonces y siempre ha velado por que esas libretas

no se abrieran. Es difícil saber si tenemos derecho o no a leerlas, caso de que puedan aportar alguna luz sobre todo este asunto. De todas maneras, el interés de Joan Ferrer en que las conservásemos aquí y la negativa de Antoni a irse, a pesar de las sumas que le han ofrecido para ello, me hace pensar que algo tiene que haber.

—¿Le han ofrecido dinero?

—Por supuesto, hija. Lo primero era tratar de comprar el local. Él se negó en redondo y entonces empezaron los anónimos. Eso es lo que me preocupa: tanto interés del padre y del hijo en ese lugar me parece demasiado raro.

—Pues, madre, no sé si podemos abrir esos documentos. Confieso que lo estoy deseando, pero en vida de Antoni, no creo que tengamos derecho.

—Eso depende. Su padre no se los legó a él, sino a nosotras.

—Entonces, ¿podemos leerlos? —Prisca no podía disimular su entusiasmo.

—No sin permiso. —La priora pareció desinflarse de nuevo.

—¿Y a quién tenemos que pedírselo?

—Al santo padre. Venga a este lado de la mesa, la he llamado para que lea una carta que he recibido esta tarde.

Prisca acudió junto a la abadesa, que le mostró una hoja de papel escrita a mano. La miró interrogante y la madre Emilia se la entregó. La priora la leyó con atención.

Vaticano, Santa Sede, 7 de noviembre de 2022

Querida abadesa:

Muchas gracias por su amable carta. He tratado de contestarle lo antes

posible, aunque ya sabe: este trabajo tiene más vueltas que una calesita. Le agradezco sus palabras y su consideración hacia mí, al hacerme partícipe de un asunto tan delicado.

No estoy seguro de si pueden o no acceder a esa documentación, aunque diría que así es, puesto que fue a ustedes a quienes se entregó en guarda y custodia. Además, no se trata de satisfacer su curiosidad —más que la de usted, la de esa querida priora hiperactiva que tiene—, sino de la posibilidad, que veo fundamentada, de que el contenido pueda ayudar a la policía en la investigación del caso que me comenta. Madre, si de alguna cosa podemos ser útiles a la sociedad (y más todavía en la resolución de un crimen), considero nuestro deber hacer cuanto esté en nuestra mano. A su criterio dejo cuantas acciones considere oportunas para colaborar con la policía. ¡Imagino a Prisca como una colaboradora externa! De hecho, ya la sigo en su página de Tusescritos.com.

Espero no haberla liado todavía más en sus cuitas, abadesa. ¡Es tan difícil decidir a veces! Si en algo más le puedo ser útil, hágamelo saber. Y si el contenido de los documentos es interesante, estaré encantado de estar al corriente, por supuesto. Recen por mí, madre. Yo rezaré por ustedes. Que Jesús las bendiga y la Virgen Santa las cuide.

Fraternalmente,

S. S.

Prisca levantó la vista de la carta, que entregó despacio a la abadesa, con cara de pasmo.

—¡¿El papa me sigue en «Tusescritos»?! —preguntó la priora. La madre Emilia sonrió.

—Pues sí, ya ve. Supongo que leyó todo lo referente al caso de hace tres años…

—Y dice que me ve de colaboradora externa de la policía… ¡Madre! —exclamó Prisca, cuyo cerebro, en efecto, corría más que sus palabras—. Tenemos permiso del santo padre. ¿Podemos pedirle ya

esos documentos a María José?

CAPÍTULO 5



Ojos Verdes escribió temprano. «Dani, este fin de semana puedo quedar, ¿nos vemos?» Y Valiente, que se había alegrado de ver el mensaje, se sorprendió a sí mismo escribiendo: «No, lo siento», sin más. Aquellas aguas rápidas habían llegado a un remanso en el que ya no se sentía cómodo. Ninguno de los dos, según parecía. Alarmado, advirtió que no entendía el sexo sin implicación emocional. Al principio era distinto: las hormonas iban por sí solas

y no había que pensar, solo disfrutar. Pasados los años y en vista de que no se habían despertado sentimientos en ninguno de los dos, había llegado el momento de plegar las velas. Sin apariencia de inmutarse, Ojos Verdes contestó con un «Oh, de acuerdo. Ya me dirás». Tirado en la cama, se llevó los dedos al cabello, los enredó y estiró fuerte, mientras un sonido de impotencia salía de su garganta. ¿Ángel, todavía? Sí, claro. Ángel, siempre. Eso no cambiaría ya. Su corazón había echado la llave y parecía que el manantial estaba seco. «Qué más da», se dijo, al tiempo que se levantaba con brusquedad y se encaminaba a la ducha.

No era una sensación agradable. Le hacía sentirse vacío e inhumano. De todos modos, no había mucho que hacer al respecto. Quizás algún día cambiarían las cosas; quizás no. Abrió el grifo y dejó que el agua lo despertase del todo.

El desayuno le devolvió el optimismo. Tenía por norma tomar algo dulce por la mañana para llenarse de energía. Seguía un poco confundido; eso sí, al menos, ahora podía dejar de pensar en ello. Con ese ánimo, condujo hasta la avenida Pearson repasando los últimos avances del caso.

En la tablet que Mar le había entregado no había gran cosa: tan solo los correos con Ciro Kraus. Desde el departamento informático, Isabel Olmedo le había dado más información detallada. Después de revisar los correos del juez, le comentó que casi todo eran expedientes de trabajo. Muchos de los mensajes iban dirigidos a Montserrat Hebrón, juez de la Audiencia Provincial. Los correos que le dirigía no eran nada especiales. A ella le habían sido elevados varios de los casos de desahucio que Barrachina había dictado y le pedía información o algunos apuntes concretos, números de referencia y datos por el estilo. Valiente no estaba seguro de si eso era o no regular; en todo caso, nada de lo que vio le pareció extraño.

Nada más llegar a la comisaría subió a la primera planta, ascendiendo por los escalones de dos en dos. A paso ligero, se aproximó a la mesa su compañera, en el departamento de informática. Sin levantar la vista del monitor, la joven le habló con jovialidad.

—¡Valiente! A ti quería verte.

—Pues no tengo claro si me estás viendo… —Esta vez, Isabel se volvió hacia él y lo observó por encima de las gafas.

—Puedo olerte. Usas una colonia de las caras.

Valiente se mostró horrorizado.

—¡No me digas que se nota a kilómetros!

—No, hombre. Es suave, sutil… ¡No me das el perfil de esos que se perfuman como si tirasen ambientador!

Él pareció aliviado.

—Menos mal. ¿Para qué querías verme? —La técnica volvió de nuevo la vista hacia la pantalla.

—La Científica me hizo entrega del móvil de Barrachina. Lo llevaba encima cuando se lo cargaron. Le he sacado hasta el alma, pero no he encontrado ni amenazas ni nada que me haya llamado la atención —dijo, girando un tanto el monitor para mostrar la pantalla a Valiente, que leyó deprisa chats y nombres de contactos. No vio ningún «Ciro» ni ningún «Barbo».

—¿Has encontrado alguna conversación sospechosa? Su esposa cree que tenía una amante.

—Si la tenía, no chateaba con ella. La gente suele agendar a los ligues como «Mecánico» o «Lampista». Aunque Barrachina fuera más original, no he encontrado nada de eso. De todos modos, seguiré buscando a conciencia, no te preocupes.

—Vale, me interesaría dar con ella —añadió, dejando la tablet sobre la mesa—. Mar Albrich me ha dado este dispositivo con algunos correos del juez. La dirección que usa es distinta, parece que es la del antiguo propietario. Le he echado un vistazo, pero estoy como tú. No sé si encontrarás algo que a mí se me haya pasado por alto. Si quieres el PC, pídelo por los cauces habituales. Por cierto, necesito que busques a un inversor: Ciro Kraus. Mira, me voy a ver a Pinilla y vengo en un rato, ¿vale?

—De acuerdo, aquí me encontrarás.

Valiente se asomó al despacho del comisario y se sorprendió al encontrarlo vacío. Sin duda, debía de haber ido al bar de la esquina a por un café. Decidió imitarlo, aunque él acudió al bar de la calle contigua. Prefería tomarse un cafecito con tranquilidad, dando vueltas a sus pensamientos a solas, sin interrupciones ni análisis externos sobre sus pesquisas. Al rato regresó a la comisaría y fue directo a la mesa de Isabel.

—¡Chico, qué velocidad!

—¿Has dado con Kraus?

—Todavía no. Tan solo tengo sus direcciones. Se ve que hace años que su grupo opera en España, desde los pelotazos inmobiliarios. Tiene una oficina en Barcelona. Él vive en la avenida Pearson, te lo he apuntado aquí. Lo demás, correos corporativos e información de su grupo de inversión. Nada personal. Es normal, ¿no? Imagino que esa gente no debe de ser muy popular, tienen que proteger su identidad para que no les tiren una piedra cuando van por la calle.

—Sí, desde luego. Aunque este tío se pasa con el anonimato.

—Ni que lo digas. Como el grupo es alemán, es natural que aquí no haya registros suyos. Imagino que por eso vive en nuestro país. Pero es que nada, Valiente; ningún registro de ningún tipo. He pedido sus datos a Alemania, no sé cuánto tardarán en mandarme algo, si es que lo hacen.

—Lo harán, son gente seria. Eso sí, tendrás que justificarlo muy bien para que te lo envíen.

—Tú no te preocupes. Además, le pienso pedir ayuda a mi hermano Paulo. Él lleva el departamento informático de la comisaría de Ourense. Es un crack. Si hay algo que encontrar, dará con ello.

—Me parece genial, Isabel. Mantenme informado.

—Claro. Oye…

—Dime.

—¿Cómo es que la viuda te ha dado esa tablet? —preguntó, sonriendo de soslayo. El inspector la miró con malicia.

—No sé… Puede que también le gusten los perfumes sutiles. —Se volvió hacia la escalera e inició el descenso con una carcajada de Isabel a su espalda.

La parte alta de Barcelona parecía más un erial que un lugar digno en el que vivir. Apenas algunas escuelas cuyas mensualidades duplicaban el sueldo de Valiente, institutos exclusivos y casas de postín en medio de la montaña. Muy distinto al bullicioso barrio del Eixample, de donde venía. La visita a las oficinas de Kraus no le había revelado gran cosa. Administrativos asépticos en un local blanco nuclear, hasta el extremo de que a Valiente se le ocurrió que podría chupar el suelo sin contagiarse de ningún virus ni bacteria. Trató de hablar con la persona de confianza de Ciro Kraus sin suerte: tal persona no existía. Al menos, no dentro de esas paredes. Una joven muy amable, con cabello rojizo y gafas redondas, le informó de la distribución de la oficina y los métodos de trabajo sin respirar. Al inspector le costó meter una cuña en medio de tanta plática.

—Solo quiero saber si puedo pedir una cita con el señor Kraus, señora.

—Si me dice cuál es su consulta, cualquiera de nosotros podrá ayudarle. Yo soy la directora de finanzas y todos mis compañeros se encargan de los diferentes departamentos que…

—Creo que no me explico. Soy inspector de policía y se trata de una investigación. Por eso es importante para mí aclarar unos extremos con él en persona.

—¿Está acusado de algo? —preguntó impertérrita. Su tono directo descolocó a Valiente.

—No, pero…

—En ese caso, señor, si es tan amable, deme un email y le diré al dueño que contacte con usted.

Salió de aquella oficina convencido de que el hermetismo de Kraus no era ningún mito. Condujo hacia la casa del magnate, seguro por completo de que no recibiría ningún correo suyo, a pesar de haber dado su dirección a la eficiente directora de finanzas. Decidido a quemar el siguiente cartucho, atravesó la ciudad. Tenía la esperanza de encontrarlo en casa o, como mínimo, que el hecho de haberse acercado hasta allí hiciera comprender al escurridizo inversor que la situación era grave.

Sin dejar la calle, obedeciendo las instrucciones del GPS y su original forma de pronunciar cualquier idioma, llegó hasta una edificación apenas visible desde la calle. Un muro alto de piedra irregular dejaba entrever una torre cuadrada, coronada por un tejadillo a cuatro aguas. En el centro de la pared, una verja negra cerrada aparecía como el único acceso a aquel fortín. Valiente bajó del coche y llamó al timbre, a un lado de la entrada. Le contestó una voz de mujer, algo seca.

—Diga.

—Buenos días, soy el inspector Daniel Valiente. ¿Puedo hablar con Ciro Kraus?

—Un momento, señor.

Pasaron al menos cinco minutos antes de que la voz de mujer regresara.

—Inspector, el señor no está. Ha partido esta mañana temprano. Lo siento.

—¿Sabe cuándo podré hablar con él?

—No, señor. Regresará en unas semanas. Vuelva entonces. Buenos días.

Impotente, volvió a su BMW, entró y cerró la puerta de un golpe.

—¡Maldita sea! No puedo estar semanas esperando por ese pollo —exclamó.

Enfadado, puso el coche en marcha y se dirigió a la comisaría.

Por el camino se le encendió una pequeña luz en la cabeza. Cogió su teléfono móvil y puso un mensaje de texto.

Mar, he ido a casa del pescador de barbos y no está. Necesito verlo con urgencia, me dicen que se ha ido de viaje y tardará semanas. La Forbes tiene razón: ese tipo parece un verdadero fantasma. Nuestro departamento informático lo ha rastreado por todas partes sin éxito. Usted posee más datos sobre él, ¿tiene idea de dónde puede estar? ¿Sabe de alguien de su confianza con quien yo pueda hablar? Perdón por molestarla: es necesario para la investigación.

La respuesta no tardó en llegar:

Siempre es un placer que me despierte, inspector. No se preocupe, déjemelo a mí. Haré todo lo que pueda. En cuanto sepa algo, le informo. Tenga una excelente mañana.

Valiente sonrió. Estaba seguro de que ella le echaría una mano. Y las dos, si pudiera. Soltó una carcajada de nuevo, feliz por comprobar que la risa lo sorprendía ahora con cierta frecuencia. Si Mar lo ayudaba, se vería obligado a invitarla a cenar. ¿Quizás esa misma noche?

* * *

Antoni Ferrer le abrió la puerta de Canimel al hombre enjuto y despeinado que, desde el umbral, lo miraba con expresión indefinida.

—¡Benet! ¡Cuántos días sin verte! Pensaba que te habías pasado al

enemigo…

—¡Nah! Sabes que no me van a ver comprar en una de esas grandes superficies. Solo venden plástico; eso es lo que venden. Prefiero venir aquí.

—Lo sé, amigo. Pasa, anda, que acabo de hacer café.

El hombre precedió a su vecino por el pasillo, en dirección a la pequeña salita. Le sirvió una taza sin decir nada. Benet pensó una vez más que el ambiente era un poco oclusivo. Nunca había entendido bien aquella habitación de papel pintado, pequeña y sin ventanas, con muebles oscuros y esa enorme alfombra que cubría el pavimento. Tomó la taza y le dio un sorbo amargo, cálido y agradable.

—Antoni, ¿estás bien? ¿Has recibido más anónimos? —El hombre meneó la cabeza con cansancio.

—No, y eso me preocupa. Fíjate, vino a verme aquel inspector y las notas cesaron. ¿No te parece mucha casualidad?

—Humm… Pues sí, la verdad. ¿Quién está enterado de su visita?

—Tú, Rebe, Anna… La gente del barrio, claro. ¡Ah! Y las monjitas de Santa Maria de Bruguers.

—¿Se lo has contado también? —preguntó con asombro.

—Sí, claro. Es que… Bueno, mi padre y mi abuelo las apreciaban mucho. Y Enriqueta. Además, está esa priora joven, Prisca. Es muy avispada y podría ser de ayuda.

—Pero, hombre, son monjas de clausura. ¿Cómo va a saber la priora quién te manda los anónimos si sale lo justo del monasterio?

—No lo sé, la verdad. Es una corazonada; sentí la necesidad de contárselo. Además, seguro que los del fondo Kraus también lo saben.

—¿El fondo buitre? ¿Y por qué iban a saberlo?

—Porque hay una investigación policial abierta, hombre. Si te digo la verdad, yo siempre he pensado que son ellos los que están detrás de todo esto. Primero, me ofrecen dinero. Al no aceptarlo, me amenazan. Es lógico, ¿no?

—Lo que no es lógico es que no cedas, Antoni. Mira, yo entiendo que esto está lleno de recuerdos de tu vida. Pero si te ofrecen un buen dinero, podrías pasar tu vejez en la playa, o donde sea, ¿no?

—A la playa ya voy en verano, con el tren. Esta es mi casa —contestó con el ceño fruncido.

—¡Qué cabezota! ¿Qué es lo que vale tanto para que no te quieras ir de aquí?

Antoni miró a Benet con fijeza durante unos segundos eternos. Después se mordió los labios y se levantó del sillón de cuero.

—Cierra la puerta de la tienda con pestillo y ayúdame a retirar la alfombra.

Atónito, Benet se puso en pie y, sin cuestionárselo, hizo lo que le había dicho. Acto seguido, retiró el pesado tapiz con la ayuda del tendero. Al apartarlo, una trampilla de madera apareció en el suelo. Tenía una muesca profunda en la que Antoni introdujo los dedos. Comenzó a levantarla y Benet acudió en su ayuda. Al darle la vuelta, una escalera de cuatro peldaños apareció en el hueco.

—Sígueme. Confío en tu discreción. —Inició el descenso, sujetándose a las barandas de palo a ambos lados de los escalones. Benet descendió tras él.

* * *

La jueza de la Audiencia Provincial Montserrat Hebrón rondaba los cincuenta. De complexión mediana, cabello cortado a escuadra y rasgos lobunos, sus ropas austeras y elegantes contrastaban con unas botas de suela gruesa, con caña hasta debajo de la rodilla, que

parecían indicar que le gustaba pisar firme. A Valiente le vino a la cabeza la canción de Nancy Sinatra, These boots are made for walking. Así, a buen ritmo, caminó hacia el inspector, que la esperaba en la sala de su despacho.

—Inspector jefe, puede pasar —lo invitó. Él pensó que las mujeres con las que trataba en los últimos tiempos no eran muy amigas de los protocolos.

—Gracias, señoría. Solo quiero consultarle unos detalles.

El despacho recibía buena cantidad de luz solar a través de unos ventanales tan limpios que parecían hechos de agua. En aquella soleada mañana de noviembre era un placer ver los colores que el sol pintaba a su capricho al atravesarlos.

—Siéntese, inspector. Imagino que viene a verme con relación al fallecimiento de mi colega, el juez Barrachina.

—Imagina usted bien. Llevo la investigación de su asesinato y mi obligación es preguntar a cuantos puedan ayudarme, por pequeña que fuera su relación con él.

—Por supuesto. Francesc me escribía a veces. Mejor dicho, le escribía yo, cuando me llegaba algún caso cuya sentencia él hubiese pronunciado, si necesitaba datos adicionales.

—¿Es eso legal, señoría? Quiero decir, usted debería tratar el caso completo por sí misma y con el resto de la Audiencia, ¿no? Hablar con el juez que lo sentenció, ¿no le haría tomar partido?

—Así sería, si es que le hubiese pedido su parecer. Si ha visto los correos que me remitió, sabrá que tan solo le pido números de referencia de casos, o algún dato administrativo que no estuviera registrado. Todo para agilizar las sentencias, por supuesto. Puede hacer usted las comprobaciones que guste, no hay nada ilegal en estas consultas entre colegas.

—No lo dudo, señoría. ¿Esa era toda su relación, no había nada más? —Una nube tapó por un instante el sol y el despacho de la jueza se ensombreció.

—No, señor. Nada más. —Valiente achacó al cambio de luz el hecho de que las pupilas de Montserrat Hebrón se dilatasen. Guardó silencio unos segundos. Ella tosió con suavidad—. ¿Hay algo más que quiera saber?

—¿Conoce usted a Ciro Kraus?

Fue ínfimo, apenas perceptible, el respingo que dio. Muy tiesa en su sillón, Montserrat respiró hondo y pareció contar hasta cinco. En japonés.

—Sí, señor. Es el director de un fondo de inversión y ha recibido muchas denuncias como tal. No obstante, ninguna progresa.

—¿Tiene muy buenos abogados?

—Se acoge a la legalidad —contestó la jueza mientras extendía las manos con las palmas hacia arriba—. Nosotros nos limitamos a hacer cumplir las leyes. Eso no es muy popular a veces, aunque ya sabe: un estado de derecho se basa en respetar las normas, por duras que sean.

—Sobre todo si luego se va uno a una hermosa casa que nadie va a quitarle, ¿verdad?

—¿Qué insinúa, inspector?

—Que los toros se ven mejor desde la barrera, señoría.

—Eso podría decírselo yo a usted. La gente no cumple sus compromisos económicos, el pago de sus deudas o tan solo las leyes. Y luego, los que tenemos la obligación de hacerlas cumplir somos los malos. Sufrimos muchas presiones, ¿sabe?

—Me parte usted el corazón.

—¿Se burla de mí? —Montserrat se irguió en el sillón y lo miró desafiante.

—En absoluto, señoría. Solo hago mi trabajo, al igual que usted. No me cuente películas de las presiones que sufren ustedes; ¿sabe cuántas personas se suicidaron a raíz de la crisis económica del dos

mil diez? Más de diez mil. Lo siento, mis simpatías se van hacia ese lado, no me haga usted mucho caso.

—Le recuerdo que lleva usted un suceso donde la víctima es un compañero mío, inspector. Así que no me hable de muertes injustas. Si es usted incapaz de ser imparcial en esta investigación, pida que le cambien de expediente.

Valiente la miró incrédulo. Poco a poco, una sonrisa afloró a su cara.

—Lo tendré en cuenta. Otra cosa, ¿conoce usted a Antoni Ferrer?

—¿Debería conocerlo?

—Es el dueño del local Canimel. Recibe anónimos para que deje su tienda desde que rechazó una oferta de Kraus. A él eso le parece muy sospechoso.

—En ese caso, debería presentar una denuncia.

—¿Contra Kraus? ¿Para qué? Usted dice que siempre actúa en la legalidad, ¿no? De todas maneras, he visto esos anónimos y los estoy investigando. Solo quería saber si está usted al corriente de todo ese lío.

—No me suelo informar de cada una de las habladurías de la provincia, inspector —contestó sosteniéndole la mirada—. No es a mí a quien debería preguntar sobre eso.

—Lo sé, señoría. Es solo que usted ha llevado algunos de esos casos y quería saber si le sonaba de algo el asunto de la tienda, eso es todo.

—Pues lamento no poder ayudarle. ¿Alguna pregunta más?

—De momento, no. Gracias por su tiempo.

Se levantó de la cómoda silla y abandonó el despacho, no sin desearle buenos días antes de salir por la puerta.

«Soy un idiota —se repetía mientras bajaba corriendo la escalera—.

Apenas le he preguntado nada, solo me he cabreado con ese aplomo suyo. Desde luego, conoce a Ciro Kraus… Cuando esto acabe, ya veremos a quién le viene grande el caso.» Entró en el garaje, se subió al coche y abandonó el edificio de la Audiencia como si estuviera contaminado por un virus del que quería huir lo antes posible.

* * *

Teresa dio una pequeña carrera para acortar la distancia que la separaba de la priora. Al alcanzarla, le puso una mano en el hombro.

—Prisca, ¿qué te traes entre manos? Os he visto hablar con mucho secretismo a ti, a la madre y a María José… Además, vino el inspector Bowie a vernos hace un par de días. ¿De qué va todo?

—Ay, hermana… —le habló con condescendencia—. ¿No sabes que la curiosidad mató al gato? Ve, más bien, a escuchar el último disco de Las Siervas, a ver si te aprendes el punteo para Santa Cecilia; no te metas en estas cosas.

—Mujer…, ¿qué quieres que te diga? Es normal querer saber qué pasa, ¿no? El inspector por aquí, vosotras hablando por lo bajini…

—Por lo bajini hablamos siempre, que para eso vivimos en un monasterio. ¡Anda, no seas chafardera!

La hermana Teresa entornó los ojos.

—Ya te vale, Prisca. No insisto, porque te conozco y sé que no vas a soltar prenda hasta que tú no quieras. Eso sí; cuando te apetezca contármelo, estaré en el campanario. —A la priora le dio un escalofrío.

—Pues no será allí donde suba a buscarte, descuida. ¡Hala, con Dios, que tengo trabajo! —exclamó y rio entre dientes.

Llegó a la biblioteca y tocó la puerta entreabierta con dos golpes secos.

—María José, me dice la madre que comencemos a leer nosotras. Ella está liada buscando información para suscribirnos en unas jornadas de restauración de arte japonés en papel, aparte de otros tres mil asuntos pendientes.

—¿Arte japonés? ¡Oye, qué chulada! —añadió la archivera, sentada ante la mesa de trabajo y con una libreta de aspecto antiguo y bien conservado en el atril. Prisca estiró la mano, pero la volvió a retirar.

—Me da hasta cosa tocarlo, Mariajo.

—Mujer, pues no muerde…

—Lo trajo Joan Ferrer, ¿verdad? El padre de Antoni.

—Eso es. Se lo dio Josep, su padre. Joan nos pidió que lo guardásemos. Seguro que no le importará que lo leamos, menos aún si es para ayudar a Antoni.

—Pues dale.

María José abrió el diario. La letra rasgada, apenas legible para Prisca, no fue un problema para la archivera, acostumbrada a descifrar caracteres de todas las épocas imaginables.

—Aquí solo parece haber asientos de cuentas. Mira: el cuadro pintado a boli, el nombre del producto, la fecha, el precio… ¿Y esto?

Al levantar el diario del atril, unas hojas dobladas por la mitad, amarillentas y tiesas, cayeron sobre la mesa. Prisca y María José se miraron. Sin decir nada, la archivera las cogió y deshizo el pliegue.

—La letra es distinta… ¿La entiendes?

—Sí, pero lee en voz alta, por favor —contestó la priora en un susurro—. De acuerdo. Veamos:

París, 30 de mayo de 1937

Querido Josep:

Te escribo estas líneas para que sepas que me encuentro a salvo. Apenas pude contarte nada, ni al llegar ni al marcharme. Así que me veo en la obligación moral de explicarte lo que aconteció en esos días en que mi vida corrió peligro y, gracias a ti, pude conservar el pellejo. Voy a hacer lo posible para que esta misiva te llegue a través de la misma persona que me acompañó a la frontera, así no corremos el riesgo de que la revisen y nos fusilen a los dos.

Nos costó unos días llegar hasta Francia. Me acompañaron un cura italiano y un comunista francés. El camino fue arduo; gracias a Dios nos entendimos bien al abrazar todos la misma o muy parecida ideología. Compartimos pan y vino igual que buenos hermanos, dormimos al abrigo de cuevas y bosques y logramos llegar a buen puerto.

Por lo que leo con gran dolor, la guerra continúa. Barcelona y otras ciudades sufren constantes bombardeos, saqueos e incendios. Desde aquí no es mucho lo que puedo hacer, salvo continuar gritando con mis pinturas: ¡Viva la República!

Para serte sincero, la estancia en Sant Feliu de Llobregat fue muy fructífera para mí. Como sabes, vine para hablar con Josep Lluís Sert, el arquitecto, del mural que me encargó para la exposición universal. Y, amigo, yo no tenía ni idea de qué pintar. Le daba vueltas y más vueltas, sin dar con nada que me hiciera sentir satisfecho o, al menos, lo bastante para emprender un proyecto de esa envergadura.

Por eso vine, por si él me daba alguna idea. Y mira por dónde, mientras estaba allí, van y bombardean Guernica. No podía creerlo. ¿Un bombardeo contra la población civil? Tres horas y media cayendo bombas sobre una ciudad llena de inocentes. Al enterarme, tuve la certeza de que no quedaba esperanza para la humanidad. Y fue entonces cuando supe lo que iba a pintar. En ese estado de cosas, y si tenemos en cuenta que soy una cabeza visible dentro del mundo del arte y nadie puede poner en duda mis simpatías, Sert me hizo saber que las escaramuzas se estaban recrudeciendo.

El día tres, y por causa de una lucha entre los anarquistas y la policía, la ciudad se llenó paulatinamente de barricadas. Por la noche, Barcelona era una ciudad en guerra. Los disparos venían de las calles y las azoteas. Por ese motivo, Sert decidió sacarme de allí lo antes posible.

Eran más de las diez cuando llegamos a Sant Feliu de Llobregat. Allí las cosas parecían estar tranquilas y nos dirigimos a casa de unos conocidos suyos. Sin embargo, de pronto, una explosión nos hizo ponernos a cubierto. Por miedo a un bombardeo, todo el mundo corrió a los refugios. Entre el gentío, lo perdí. Me encontré solo en medio de la calle. Y, la verdad, muy asustado. Sin saber adónde ir, callejeé medio agachado, tratando de evitar balcones prominentes. Entonces fue cuando llegué a tu tienda. Sin pensarlo, entré. Te asustaste al verme. Te dije que era hombre de paz y buen republicano, que huía de los bombardeos. Te hablé un poco de mí y me reconociste.

Lo demás, ya lo sabes. Me escondiste en tu sótano, con ese portón de madera que todo lo amortigua. Fueron solo tres días, durante los que no me faltó de nada gracias a tu generosidad. Hasta me trajiste lápices y pinturas, aunque, como tú me dijiste, fueran cal para las paredes y un poco de carbón. Más que suficiente para lograr tres colores: blanco, negro y gris. Y así comencé a hacer garabatos por todo tu sótano. Primero, con lápiz. No podía parar de pensar en el bombardeo de Guernica y en los ataques que cada día encontraba en las calles. Era fácil reflejar el horror. Solo necesitaba algunos símbolos. No fue difícil: pinté en tus paredes un toro, que representaba la brutalidad a la que los inocentes fueron sometidos. Un caballo desbocado y enloquecido, que emula al ejército franquista que pisotea nuestra tierra. Y nuestra querida República, representada por una mujer que trata de iluminar con un quinqué la locura de los hombres.

No borré mis dibujos antes de irme; pensé que, a lo mejor, algún día llegarían a tener valor. Aunque lo más probable es que, si los franquistas los descubren, te tiren abajo la tienda. Haz lo que creas conveniente. Si los guardas, que sea en secreto. No quisiera que nadie os lastime por mi culpa. Con esos bocetos en la cabeza, volví a París y a la luz del día, con espacio, hice hasta cuarenta y cinco dibujos más.

En poco tiempo realicé la versión en bastidor. Hace cinco días que se inauguró la exposición y el cuadro que resultó de todo eso, mi Guernica, provoca muchas reacciones. A unos gusta más que a otros, aunque a

nadie deja indiferente. Y te lo debo a ti, amigo mío. Así te considero por lo que hiciste por mí, aunque no nos conozcamos en profundidad.

Poco más que decir. He escrito a unos buenos amigos de Málaga. Aliñan unas aceitunas deliciosas, famosas en toda la ciudad. Sin duda, podrás venderlas en tu tienda. En cuanto sea posible, te harán llegar un par de barriles, si es que nadie los confisca por el camino.

Aquí debajo te apunto su dirección para que les pidas las que quieras. Nunca te las cobrarán: corre de mi cuenta. Es un flaco pago a cambio de mi vida; no te preocupes, eso ya lo arreglaremos más adelante, cuando acabe la guerra.

Nada más, mi querido amigo.

Espero que esta carta te llegue bien y que nuestro ejército logre hacerse con la victoria, para que nuestro país conozca de nuevo la paz.

Recibe un abrazo de tu buen amigo en la distancia,

Pablo R. Picasso

María José levantó muy despacio la vista de la carta para encontrar a Prisca, que, sin duda, llevaba sin respirar el mismo tiempo que ella había tardado en leer. Se sostuvieron la mirada, mudas. A los pocos segundos, casi de forma imperceptible, exclamaron a la vez:

—¡Virgen Santísima!

Salieron con precipitación de la biblioteca y apresuraron el paso, tanto como el respeto a la santa casa les permitía, en dirección al despacho de la abadesa.

—¡Madre Emilia! —dijo Prisca, todavía con el aliento cortado. La madre alzó la vista hacia ellas y mostró su asombro ante las expresiones desbocadas de sus hijas en Cristo.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó alarmada.

—Tenemos que buscar la forma de hablar con Antoni lo antes posible. Creo que ya sabemos por qué le mandan anónimos.

* * *

Enrique apenas podía creerlo: siempre era difícil para él dejar que otros le sirvieran. Por eso, siempre que acudía a un restaurante —cosa muy poco frecuente—, tenía por costumbre ayudar a los camareros y llevaba él mismo los platos al mostrador. En esta ocasión, Valiente lo frenaba.

—Relájate, hombre. Tú ya haces tu trabajo, deja a los demás hacer el suyo y disfruta de la cena, que vale un pastón. —Valiente se preguntó si había hecho la elección correcta. Casi en el acto, se contestó que así era: Maria del Mar Albrich era una testigo, incluso una sospechosa en el caso que investigaba. Sacarla a cenar era a todas luces una mala idea. Además, teniendo en cuenta lo poco que le había costado decidirse por Enrique, entendió que lo más inteligente era seguir el curso natural de las fuerzas del universo.

—Es que…, ¡me sabe mal! Si me sirven, me siento un inútil. ¡Ni que fuese manco!

El inspector soltó una carcajada.

—Te pareces a una que yo me sé.

—¿Esa misteriosa Ojos Verdes tuya? —preguntó Enrique, ladeando un poco la cabeza. Valiente dio un trago a su copa de vino blanco antes de contestar.

—Me refería a Maria del Mar Albrich, la viuda de Barrachina. Casi usó tus mismas palabras.

—¡Vaya! Oye, ¿y ese gesto sonriente que has puesto al nombrarla?

—Pues… no sé. Es una mujer muy atractiva y, además, me tira los tejos. Casi la invito anoche a cenar, mira tú… —Enrique acentuó su

gesto de perplejidad.

—Madre mía, Daniel; estás hecho un mujeriego. ¿Quién lo iba a decir?

—No te equivoques. Solo me parece divertido, nada más. No soy capaz de sentir nada por nadie.

—¿Lo intentas? —Valiente se sintió sorprendido por la pregunta de su amigo.

—¿Qué quieres decir?

—Que te conozco. Seguro que no te dejas llevar, que estás más tieso que un palo.

—Qué va.

—No me mientas. No has olvidado a Ángel, se te nota demasiado. —El inspector observó a su amigo por encima de la copa. Enrique se estremeció ante la intensidad de la mirada bicolor.

—A lo mejor estoy huyendo. No lo sé. La cuestión es que tampoco me interesan las historias de amor.

—Eso no te lo crees ni tú.

Por debajo de la mesa, Valiente deslizó el lateral de su zapato por la pernera del pantalón de Enrique. Este dio un respingo que hizo sonreír al inspector.

—¿Qué te pasa? No me digas que nunca has pensado en ello.

—Pues… no te lo digo. Pero somos amigos, tenemos una bonita amistad.

—Podemos tener una bonita amistad con más cariño… —Enrique se enderezó en la silla y le quitó la copa de las manos.

—Podríamos, si es que algún día consigues superar el amor de tu vida. Y deja de beber, que dices muchas tonterías.

Valiente se sintió divertido al verlo tan azorado. Estaba a punto de contestarle cuando su teléfono móvil sonó, rompiendo el ensalmo. Se quiso morir al ver que quien le llamaba era el comisario Pinilla.

—¡Necesito que venga! Ese hombre, Antoni Ferrer, ha sido atropellado. Está muerto.

CAPÍTULO 6



Tan solo había una ambulancia parada en medio de la calle, con las luces encendidas. Uno o dos curiosos permanecían al otro lado de la cinta policial que cerraba la calzada. Valiente pasó por debajo y se dirigió al comisario.

—¿Cómo ha sido?

—Buenas noches —contestó Pinilla con retintín—. Me he enterado por casualidad. Un vecino ha visto a Antoni aquí tirado y, en vista de que no se movía, ha avisado a la ambulancia y a la policía local, que ha acordonado la zona y me ha llamado a mí. Le he telefoneado a usted al reconocer a Ferrer.

—¿Quién es el vecino que ha dado el aviso? ¿Se ha identificado?

—Sí, se llama Benet no sé qué, lo he visto por allí —dijo señalando al otro lado de la cinta. Valiente se volvió hacia el lugar y echó una carrera corta al reconocer al hombre, que se encontraba junto a Rebe y Anna.

—¡Inspector! Está muerto, ¿verdad? —lo interpeló Benet.

—No lo sé, acabo de llegar y no he hablado con nadie. Cuénteme lo que vio.

—Escuché un frenazo. Me volví y vi un coche alejarse. Es de noche y esta calle no tiene apenas luz, no pude ver la matrícula ni el modelo, solo la marca y que era de color rojo. El logo era de Hyundai. Me acerqué corriendo al ver a alguien en el suelo. Y era Antoni. —Al pronunciar su nombre, Benet tragó saliva con fuerza. Valiente guardó silencio. En ese momento, el comisario le dio un grito.

—¡Valiente! Acérquese, haga el favor. —El inspector echó una última mirada a los vecinos.

—No se vayan, necesito hablar con ustedes. —Con una nueva carrera, llegó hasta el comisario.

—Está muerto. El médico me acaba de decir que ha sufrido varias lesiones… Parece que el coche lo arrastró antes de darse a la fuga.

—Lo arrastró… Supongo que iría a mucha velocidad, no es tan fácil matar a alguien de un atropello si no es así.

—Los forenses y la Policía Científica nos darán los detalles cuando los tengan. Puede haber sido un accidente con delito de omisión de auxilio.

—Sí, supongo que nos costará probar lo contrario.

—De todas formas, pediré que se haga todo lo posible por identificar el coche. Pediré las grabaciones de las cámaras de las gasolineras cercanas, por si alguna ha registrado un coche apresurado a esas horas. Usted pregunte a los vecinos. Luego váyase a casa. Y perdone por molestarlo en sábado.

—No se preocupe, señor. Le informaré de lo que averigüe.

Se volvió de nuevo hacia el grupo, que lo esperaba sin quitarle la vista de encima. Se acercó a ellos frotándose las manos. Hacía mucho frío.

—¿Hay algún bar abierto que haga buen café a esta hora?

* * *

Con la persiana de El Loro Azul cerrada, el inspector y los tres vecinos se calentaban las manos sosteniendo una taza humeante y de deliciosa fragancia. Enrique, que no solía abrir a esas horas, había hecho una excepción, dadas las circunstancias. Valiente no había querido dejarlo plantado en el restaurante después de haber flirteado con él con tanta claridad. De manera que el barista lo acompañó, además de acceder a ofrecerles un café a los destemplados amigos de Antoni. Todos se mostraban contrariados y tristes.

—Esto pasa de castaño oscuro —afirmó Rebe—. Primero, los anónimos, y ahora, sin comerlo ni beberlo, atropellan al pobre hombre. ¡No me creo que haya sido un accidente!

—¡Claro que no! —exclamó Anna—. Si no, ¿por qué se ha dado a la fuga el conductor, eh?

—La verdad es que no es normal —concluyó Benet—. Irse así y dejar al pobre hombre tirado a su suerte…

—Pobre Antoni —intervino Enrique compungido—. Parecía un buen hombre. Y desde luego la situación es muy mosqueante. —Valiente lo fulminó con la mirada.

—No saquemos conclusiones precipitadas. Por lo que sabemos, lo han atropellado. Los fines de semana hay muchos accidentes, porque la gente conduce puesta de todo. Por eso mismo puede haber huido, para que la policía no le hiciera pruebas de alcoholemia o de sustancias.

—Daniel, ¿es que no lo ves? ¡Está claro! Lo estaban amenazando, y ahora ¡lo atropellan! —Valiente clavó todavía más los ojos en su amigo.

—Haz el favor, Enrique. No hablemos hasta que no sepamos lo que ha pasado. Sabemos que no quería vender el local, pero no tenemos ni idea de por qué se obstinaba en eso. —Junto a él, Benet se mordió los labios y miró al suelo. El inspector advirtió el gesto y ladeó la cabeza—. ¿Qué es eso que usted sabe y yo no?

—¡Nada! —contestó el hombre, alzando las cejas y adelantando las manos para mostrar que no tenía nada que esconder—. ¡Le aseguro que no sé nada, señor!

Valiente resopló. Era inútil: la colaboración ciudadana era un mito. Resignado, intentó calmarse.

—Espero que no olviden que solo trato de resolver esto y ayudarlos.

—Claro, inspector. De verdad, si nos enteramos de algo, se lo diremos.

«Sí, al cuello de vuestra camisa», se dijo.

* * *

Sentado en la chaise longue de Enrique, Valiente miraba el techo.

—Toma, te traigo un pijama, que sé que eres friolero —dijo su amigo, alargándole dos prendas de cuadros de aspecto calentito—. Haces bien en quedarte a dormir. Irte ahora a Barcelona es un rollo.

—Gracias. De verdad que no me apetecía conducir. Oye, tú también crees que esos tres esconden algo, ¿verdad?

—Pues claro —sonrió su amigo—, y además sé que no te lo van a decir.

—¡No lo entiendo! ¿Es que no ven que no me importan sus chismes? ¡Solo quiero resolver el caso!

—Por supuesto, y ellos tienen miedo. Ya sabes: anónimos, amenazas… Y para colmo, su vecino muerto, nada menos. Temen hablar con la policía y ser los siguientes.

Valiente soltó una carcajada.

—¡No me jodas, tío, ni que estuviéramos en Chicago!

—No, desde luego —contestó Enrique muy serio—. Sin embargo, tenemos un muerto, ¿no? ¿Quién les garantiza su seguridad? Piénsalo: les han quitado sus casas, han perdido mucho todos ellos. Es natural que no confíen ni en su padre.

—¡Ay, Dios! —Valiente se dejó caer en el respaldo del cómodo asiento y estiró las piernas. Se llevó las manos a la cabeza y cerró los ojos con fuerza—. Me van a volver loco…

—Quítate la ropa.

—¿Qué? —El inspector abrió los ojos con desmesura, mirando a su amigo.

—Que te la quites. Te voy a dar un masaje para que te relajes un poco. Tiéndete.

—Ah, no. De verdad, no hace falta, gracias —contestó, alejándose un tanto y adelantando las palmas de las manos.

—Ya veo. En el restaurante me zorreabas y ahora no quieres que te

toque. ¡Eso tiene un nombre!

—No es eso, Enrique. En serio. Mira, se me ha ido la mano antes, es cierto…

—El pie.

—Eso, el pie. De todas maneras, no puedo, no podría. No contigo.

—¿Y hay alguna razón, o es solo porque no, sin más?

—Claro que la hay. Tú salías con Ángel y conmigo muchas veces. Te veo a ti y lo veo a él. Por eso mismo no puedo.

Enrique compuso un gesto gamberro.

—¿No puedes dejarte dar un masaje?

Valiente suspiró.

—Está bien. Pero sé bueno, ¿eh?

—Claro que voy a ser bueno…

* * *

Se despertó con un hormigueo molesto en los ojos y la espalda dolorida. El sofá era cómodo, aunque no tanto como un colchón. Menos todavía, con Enrique acurrucado sobre él. Esa postura le había dormido el brazo. «Puestos a terminar así, al menos podía haberme llevado a su cama», se dijo, al tiempo que trataba de levantarse sin despertarlo.

Tardó un par de minutos en ponerse de pie, tras lo cual se apresuró a ir al baño. Comprobó con placer que en casa de Enrique se podía caminar descalzo por el suelo tibio.

Después de aliviarse, observó su cara en el espejo mientras se lavaba las manos. Las ojeras no estaban demasiado marcadas, a

pesar de llevar toda la semana durmiendo menos de lo habitual. De pronto, una inesperada sonrisa afloró a sus labios. ¿Qué acababa de pasar? ¿Era Enrique esa respuesta que estaba esperando? ¿Su buen amigo de toda la vida? Al menos, el brillo de sus ojos le decía que algo empezaba a andar un poco mejor que hasta aquel momento. Nada amigo de hacerse preguntas de resolución difusa, acentuó la sonrisa, se secó las manos y salió del baño. Iba a tenderse de nuevo junto a su amigo cuando se le ocurrió mirar la hora en su teléfono móvil. Las cuatro de la mañana. Y, una vez más, el pequeño icono naranja. Asombrado, lo activó. Se abrió una ventana apaisada, que leyó deprisa:

El Ángel Blanco ha iniciado una nueva historia.

Conociendo a la priora, sintió que se le aceleraba el corazón. La última vez que había leído un relato suyo, Misterio en el monasterio, se vio conducido por ella hasta la resolución final de un crimen. Tenía que intentarlo.

Abrió la página de Tusescritos.com y buscó el nuevo texto de ese ángel loco vestido de monja.

GARABATOS, Capítulo 1

El sótano de la casa, oculto por una gruesa alfombra, escondía un secreto sin precedentes. Pablo Ocaso, el gran pintor, había llenado las paredes con unos frescos inigualables, que el mundo entero iba a conocer pronto. Permaneció aislado de todos, como un legado que pasó de padres a hijos durante tres generaciones. Los Fuster habían sido los guardianes del tesoro y ahora, sin saber cómo, su existencia llegó a oídos de alguien muy ambicioso, seguramente un coleccionista de arte. ¿Sería el afamado detective V. capaz de detenerlo antes de que el local cayera en sus manos de alguna forma ilícita?

Valiente sacudió la cabeza, con los ojos más abiertos que las puertas de la catedral en Domingo de Ramos.

—La madre que me parió… ¡No puede ser!

—¿El qué, Dani? —preguntó un somnoliento Enrique, con los ojos cerrados y un hilo de voz.

—Ay, lo siento… No pretendía despertarte, en serio. ¡Es que esta monja me va a volver loco!

—¿Quién, la priora? ¿Te ha llamado?

—Claro que no, hombre. Son monjas de clausura, no tienen móvil. Ha escrito algo que me ha dejado a cuadros; tengo que ir a la tienda de Antoni. —Se puso de pie casi de un salto y se detuvo de pronto, golpeándose la cabeza con la palma de la mano—. ¡Joder! ¡Voy a necesitar una orden judicial para entrar!

—Oye, sin ánimo de jorobar… ¿Qué tal si dormimos? No vas a poder hacer nada sin esa orden, ¿no?

Valiente lo miró con gesto serio. Respiró hondo un par de veces y luego le puso una mano en la mejilla.

—¿Confías en mí?

—¡Vaya pregunta! —contestó Enrique, poniendo la suya sobre el dorso de la de su compañero.

—¿Me ayudarías a entrar en la tienda de extranjis? —Enrique arqueó las cejas y tardó dos segundos en contestar.

—Pues claro, bobo. Dime qué pasa.

—Vístete, te lo cuento por el camino —sentenció, dirigiéndose deprisa a la silla donde había dejado la ropa.

* * *

La calle estaba desierta. Salvo el silbido del viento, el silencio era total. Por instinto, Valiente avanzaba a la vez que mantenía tras de sí a Enrique, protegiéndolo con su brazo. Este caminaba aguantando la respiración y con todos los sentidos alerta. De repente chocó contra la espalda del inspector, que acababa de detenerse en seco.

—¿Qué pasa? —le susurró.

—Hay alguien en la tienda.

En efecto, la persiana de Canimel se levantaba dos palmos del suelo. En la oscuridad, los dos hombres se miraron y, sin mediar palabra, ambos asintieron. De inmediato se pegaron a la pared y, agazapados, cubrieron la escasa distancia hasta la puerta de la tienda.

Valiente fue el primero en agacharse para pasar bajo la persiana sin hacer ruido. Mantuvo el brazo extendido hacia atrás, como si de ese modo Enrique quedase exento de cualquier mal. Una vez dentro, se irguió con cautela, atisbando el pasillo. Sintió el corazón galopar fuerte al ver un pequeño haz de luz moverse por la habitación del fondo de la tienda. Volvió la cabeza hacia Enrique y, con las manos, le indicó que no se moviera del sitio. Despacio, avanzó en la oscuridad.

Al llegar al umbral de la habitación, escuchó un ligero ruido de objetos en movimiento. Asomó la cabeza, con la mano en la cacha de su arma reglamentaria. Solo pudo ver el débil flujo de luz vertical de una linterna que, de pronto, se dirigió directa a su cara. En el acto, tiró de la pequeña correa que mantenía la pistola en la funda y encañonó a quien fuera que aguantase aquel faro infame. Del susto, la luz cayó al suelo y una voz conocida lo interpeló.

—¿Inspector Valiente?

—¡¿Anna?! ¡Coño, vaya susto me has dado! ¡¿Qué cojones haces aquí?!

La muchacha se sentó en el suelo y respiró con trabajo.

—Qué susto, dice… De pronto oigo a alguien y veo que me están apuntando. ¡Joder, inspector!, ¿no puede preguntar antes de apuntar?

—¡Oye, que no te he disparado! Y todavía no me has contestado. ¿Qué haces aquí?

—¿Y usted y su amigo? —Valiente se volvió. Enrique estaba a menos de un palmo de él.

—Mira que te dije que te quedases fuera…

—Sí, claro; me quedo allí mientras tú te pones en peligro, ¿no? —El inspector sacudió la cabeza con hastío.

—¡Nadie me hace caso, tengo menos autoridad que un párvulo!

—Todavía no me ha dicho qué hace aquí —insistió Anna, poniendo los brazos en jarras.

—¿Cómo que qué hago? ¡Soy policía!

—¿Y tiene una orden de registro? —Valiente resopló, mirando a la oscuridad del techo.

—Niña, eres imposible… Mira, vamos a dejar de dar voces si no queremos que nos encierren a todos. Terminemos de cerrar la persiana con cuidado y hablemos como seres civilizados, ¿de acuerdo?

Sin contestar, se dirigieron a la entrada. Anna se asomó y observó la calle.

—Ni un alma. Cerremos con cuidado.

Despacio, para no hacer ruido, bajaron la persiana con cautela hasta dejarla a pocos centímetros del suelo. La escasa luz que entraba de la calle desapareció. Una oscuridad absoluta se enseñoreó del local.

—¿Y tu linterna?

—La he dejado en el suelo de la habitación.

—Ay, Dios… En fin, vamos con cuidado.

Regresaron al cuarto y Anna no tardó en volver a coger la linterna y activarla. Valiente y Enrique se sentaron con ella sobre la alfombra.

—Dime qué haces aquí.

—¿Y ese macizo? ¿Por qué tengo que hablar delante de él? ¡No lo conozco de nada!

—Anna, no me jodas. Yo puedo justificar mi presencia de muchas maneras. De hecho, estoy investigando el fallecimiento de Antoni.

—Pues lo mismo que yo. Esta tarde, Benet vino a verlo. Estuvo un buen rato aquí y cuando regresó, su cara era un poema. No sé qué pasó, pero me parece demasiado raro que, a las pocas horas, Antoni haya muerto. Por eso he venido. Aquí tiene que haber algo.

—¿Por qué? A lo mejor, lo único que hizo Antoni fue hablar un rato con Benet. Seguro que seguía con sus sospechas, por eso lo puso nervioso y tenía esa cara que dices.

—Inspector, que no he nacido ayer… Antoni defendía esto con uñas y dientes. Siempre hemos pensado que esconde algo en este lugar. Y cuando nos acogió a todos aquellos días en la tienda, él siempre dormía en este sillón junto a la pared. Nunca dejaba a nadie solo en esta habitación. Yo creo que estaba asustado por los anónimos y decidió enseñarle lo que sea a Benet, por eso volvió con la cara desencajada. Y ahora atropellan a Antoni y Benet casi ha enfermado; no quiere vernos ni hablar con nadie.

—¿Crees que puede tener algo que ver con la muerte de Antoni?

—No quiero pensar eso. Aunque dice que no vio la matrícula del coche, ¿no?

—Puede ser por el shock…

—Y también puede ser por otras causas. Mire, yo a Benet lo quiero mucho, pero si le ha hecho eso al viejo, no lo voy a defender.

¡Antoni era un tío genial! Quiero saber qué ha pasado. Por eso estoy aquí, inspector.

Valiente la miró con atención. Su cara expresaba pesar y determinación. Y tomó una decisión mientras se ponía de pie.

—Ayudadme a retirar esta alfombra.

Entre los tres enrollaron el pesado tapiz, dejando al descubierto el portón de madera con la muesca que permitía levantarlo. Se miraron unos segundos. Valiente introdujo los dedos en la hendidura. La trampilla se levantó con cierta facilidad y, uniendo fuerzas, le dieron la vuelta. Anna iluminó el espacio recién abierto.

—Hay una escalera. Dejadme bajar primero —dijo el inspector.

Se sujetó a las guías de la escala y, con mucha precaución, puso un pie en el primer peldaño. El haz de luz le mostraba los siguientes, lo que lo ayudó a salvar el pequeño obstáculo sin dificultades. Desde el último escalón dio un salto y cayó de pie sin problemas.

Se volvió en la oscuridad. No podía ver apenas nada. Alzó la cabeza hacia la escalera y Anna le alargó la linterna. Él iluminó los travesaños, que ella y Enrique bajaron con facilidad. Cuando estuvieron a su lado, enfocó las paredes y vio un pequeño interruptor. Lo accionó. Una luz diurna salió de un tubo de led en el techo. Se le cortó el aliento.

La habitación no tendría más de nueve metros cuadrados, con una pequeña rejilla como toda ventilación en un lateral. Un entrante a un lado conducía a una puerta que se encontraba abierta y mostraba un cuarto de baño. Salvo ese detalle, tan solo un espacio casi desierto, con una mesa de camping en el centro y una silla plegable junto a ella. Y luego estaban las paredes.

No era la versión definitiva, ni mucho menos. No obstante, se veía con toda claridad el diseño, la pincelada y las grafías del maestro del cubismo. Toscos negros y grises, blancos planos y sin brillo —que, curiosamente, todavía olían a pintura—, conformaban las primeras ideas del que sería, poco más tarde, el mural más famoso del mundo. La cabeza de toro, la mujer del candil… Los distintos

elementos se desarrollaban a lo largo de los cuatro muros de la pequeña estancia, de suerte que uno se sentía dentro del cuadro. Dentro del Guernica. Y, por si cabía alguna duda, la firma coronaba aquella locura pictórica, aquel grito de horror, de muerte y destrucción, plasmando sus intenciones a los cuatro vientos.

Valiente se secó con rabia una lágrima. Después, otra.

—¡Joder! ¿Qué me pasa? ¡Si ni siquiera me gusta Picasso!

A su lado, Anna no podía articular palabra. Enrique encogió el rostro en una mueca compungida y rompió a llorar, observando cada detalle, dando vueltas sobre sí mismo.

—Esto es…, es…

—Es la causa de todo, sí —afirmó Valiente. Se volvió hacia sus compañeros de expedición—. Hay que irse. Tengo mucho que hacer. Os recomiendo que no digáis nada. Anna, no le sueltes prenda a Benet, porque no sabemos a qué atenernos. En todo caso, vigílalo. Eso sí, habla con Rebe y no perdáis de vista la puerta de este sitio. Si alguien se acerca, hacedle una foto y me la pasáis. Y llámame a la mínima, ¿de acuerdo?

—Eh…, Valiente, yo me puedo quedar aquí abajo. Así lo vigilo mejor, ¿qué opinas? —preguntó la chica, con una mueca entre la sonrisa y la súplica.

—Opino que ni hablar. Recuerda: no hemos venido aquí y no sabemos nada de esto. Solo ayúdame a que nadie entre en este sótano bajo ningún concepto sin que yo lo sepa. Te aseguro que no seré ingrato.

Anna pareció de pronto seria y determinada.

—Tiene razón. Cuente conmigo, inspector. Nadie va a saber nada de esto antes que usted.

—Gracias. Venga, vámonos.

La joven puso el pie con reticencia en el primer escalón y echó una última mirada atrás. Después subió deprisa. Valiente se volvió hacia

Enrique para que subiera también y lo encontró embobado por completo.

—Niño…

—¡Sí, sí, ya voy! —contestó el barman con enfado. Valiente sonrió.

—No te preocupes. Me dejaré el pellejo para que esto lo podáis disfrutar muchas más veces.

—Eso espero. —El gesto de Enrique era de súplica.

—Me has dicho que confías en mí —le murmuró Valiente al oído. Su amigo se estremeció.

—A ciegas.

—Pues no te defraudaré.

Con una sonrisa, Enrique ascendió las escaleras de un par de brincos. El inspector echó un último vistazo a aquel ensueño antes de apagar el interruptor y subir deprisa, cerrar la trampilla, devolver la alfombra a su lugar y, con mucho sigilo, regresar a la calle, a la señal de Anna.

—¡Nadie cerca!

Ya fuera, ajustaron con cuidado la persiana hasta el suelo.

—Vete a casa y duerme —le dijo a la chica—. Y recuerda lo que hemos hablado.

—¿Que duerma? ¡Estará de coña!

—Bueno, al menos descansa. Hablamos más tarde.

Llegaron deprisa al coche de Enrique. La calidez del interior los devolvió con suavidad a una realidad que parecía difusa después de la experiencia reciente.

—¿Qué hacemos?

—Tú, dormir. Yo me voy a Santa Maria de Bruguers, a ver si pillo a

Prisca entre maitines y laudes.

—¡Voy contigo!

—No, no vienes —afirmó tajante.

—¡No soy un crío! —protestó—. ¿Es que no me vas a dejar que te ayude? —Valiente sintió una enorme oleada de ternura. No recordaba haber sentido nada igual en los últimos años.

—Por eso mismo, porque no eres un crío, sabes que no puedes ni debes ayudarme. Ya te has arriesgado bastante, ¿no te parece? Además, voy a un monasterio, no creo que me pase nada.

—¡Ja! ¡Que no! ¿Ya no te acuerdas de las locuras que pasaron allí? —A su pesar, el inspector soltó una carcajada.

—Ahora es distinto, hombre. —Pegó su frente a la de Enrique y le habló en voz muy baja—. En serio, ve a descansar a casa. Cogeré mi coche y subiré al monasterio. Prometo por los dioses y los maestros ascendidos que, en cuanto acabe, vuelvo, comemos algo y echamos otro polvo. ¿De acuerdo?

—Está bien —contestó el barista arrobado y nervioso—. Pero no tardes mucho.

—No lo haré —concluyó, dándole un beso en la punta de la nariz. Feliz, Enrique arrancó el automóvil. Justo al quitar el freno de mano, pisó el pedal de golpe y el coche se detuvo con brusquedad. Alarmado, Valiente se volvió hacia él.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo lo sabía? —preguntó el barista en tono bajo.

—¿Cómo sabía el qué?, ¿quién?

—Antoni estaba seguro de que Kraus iba por su local, ¿no?

—Eso parece, con o sin fundamento.

—Y si es así, ¿cómo sabía Kraus lo que Antoni tenía allí abajo?

¿Qué sabe un inversor alemán millonario de lo que hay escondido en el sótano de un pequeño local de Sant Feliu de Llobregat?

Valiente se enderezó y miró hacia la nada.

—Pues ya tenemos algo más que averiguar cuando demos con él.

CAPÍTULO 7



Una vez más, a Teresa le pareció irónico iniciar un nuevo fin de semana con la luna todavía visible en el cielo. «No sé si me acostumbraré algún día», se dijo. Recorrió el pasillo de dormitorios en dirección a la escalera que llevaba al campanario. Con cuidado, subió los estrechos escalones que culminaban en lo alto de la antigua torre. Miró los campos: el mundo seguía negro, sumido en la más absoluta oscuridad. Se encogió de hombros y se volvió hacia

las maromas que ataban los badajos de las campanas. Se crujió los nudillos y, con una sonrisa, comenzó a tirar de las cuerdas con fuerza, pensando una vez más en que era una suerte que todavía no hubiesen instalado uno de esos artilugios modernos que activaban las campanas de manera automática.

A Prisca, el toque de su hermana en Cristo la pilló vestida y saliendo de su celda después de haber hecho sus ejercicios diarios de gimnasia y darse una ducha. De manera automática, se unió a las demás en dirección a la capilla para el rezo de laudes. Apretó el paso y se situó junto a María José, que la miró con curiosidad. En un susurro imperceptible, musitó unas palabras casi en su oído.

—¿Has podido dormir?

—Ni una pizca.

—Yo tampoco…

—¡Chist! —oyeron tras ellas. Prisca no se volvió; sin duda, Elvira las hacía callar para evitarles una reprimenda de la madre Emilia.

Durante el rezo, y a pesar de hacerlo a diario de manera casi automática, Prisca hizo un esfuerzo para concentrarse en las oraciones y mantener atada en corto su ya de por sí desbocada imaginación. Con o sin éxito, salió al poco de la capilla, en dirección al refectorio. Comió en silencio junto a las demás, ahora concentrada de lleno en sus cábalas. Cuando hubo terminado, la hermana Luz se acercó a ella.

—Prisca, te esperan.

—¿Quién? —preguntó con asombro.

—El inspector Valiente. Ha llegado hace ya un buen rato, lo he hecho pasar a la salita.

—Gracias, hermana —contestó la priora sin mirarla. Salió con paso acelerado.

Llamó dos veces y, sin esperar respuesta, entró. Al verla, el inspector se puso en pie de un salto.

—¡Prisca! He ido a la tienda de Antoni…

—¡Lo sé! Lo he leído todo.

—¿Que lo ha leído? ¿Dónde?

—Es una larga historia…

—Pues tengo tiempo —contestó Valiente con una sonrisa. Prisca ladeó la cabeza y entornó los ojos.

—¿Son imaginaciones mías o es usted feliz esta mañana? —El inspector palideció.

—¡No sea chismosa! He venido por la nota que usted…

—¿Que no sea chismosa? ¡Y lo bien que le vienen a usted mis chismes!

—¡Sí, pero no sobre mi vida personal!

—Oiga, no le he preguntado nada. Solo he hecho una afirmación; sin embargo, su reacción me dice que se avergüenza de algo…

—¡No me avergüenzo de nada!

La priora sonrió con franqueza.

—Ahí quería yo llegar. Si es feliz, yo soy feliz por usted. Eso es lo que hacen los amigos, ¿no? Así que ¡no se ponga como un basilisco, hombre!

—Claro, claro… —Valiente bajó la cabeza y se rascó la nuca. Luego volvió a levantar la vista hacia ella—. Entonces, ¿qué es lo que ha leído?

—Verá, el padre de Antoni nos confió un diario hace muchos años. Estados de cuentas de la tienda y poco más. Dentro hemos encontrado una carta de Picasso donde explicaba lo que he redactado en mi historia, que, por lo visto, ha entendido a la primera…

—A ver, no es que sea usted muy sutil. En especial, con los seudónimos… ¿Qué es eso de Pablo Ocaso?

—¿Y qué quería, que lo llamase Pablo Fracaso? ¡Si era un triunfador!

—Desde luego que lo era. Entonces…, ya sabe usted lo de los frescos en el sótano de Canimel. Y, bueno, hay algo más. —La miró y, sin querer, su gesto se tornó triste. Prisca cazó al vuelo el cambio de tono.

—¿Qué pasa, inspector?

—Prisca, siéntese.

—Ay…, Daniel, por Dios bendito, no me asuste…

—Eso es imposible. Usted es una mujer muy entera y nada la arredra —le dijo y la acompañó a la butaca. Desconfiada, Prisca se sentó sin perderlo de vista. Él hizo lo mismo y le aguantó la mirada.

—Hermana, han atropellado a Antoni. —La priora se quedó paralizada. Frunció el entrecejo y se mordió los labios. Tragó saliva con fuerza para ahogar las lágrimas.

—No, por favor… Otra vez no… —Al momento, Valiente le agarró las manos.

—Prisca, que una cosa le quede clara. Esto no tiene nada que ver ni con usted ni con el monasterio, ¿me oye? Aquí hay mucha madeja que desenredar y, desde luego, ni de lejos están ustedes involucradas en nada de esto. Así que esta vez no habrá policías, ni jueces, ni nadie dando vueltas por aquí. Solo yo, y porque la necesito.

Con los ojos llenos de lágrimas y sin emitir sonido alguno, la priora lo miró con desesperanza.

—¿Usted me necesita?

—Por supuesto. Usted es brillante e intuitiva. Yo no sabía nada de esos diarios. Por usted me he enterado de lo de esas pinturas. Si las

cartas son útiles para desvelar este crimen, sé que ustedes nos ayudarán lo mejor que puedan. Pero no seré yo el que las atosigue, puede estar segura.

—Gracias. —Todavía en shock, Prisca le apretó las manos. —Sí, por supuesto que los ayudaremos. Es más, el santo padre dice que me ve como colaboradora externa de ustedes…

Valiente abrió los ojos de par en par.

—Pues si la orden viene del papa, eso no lo para ni el comisario Pinilla. Entonces, ¿me va a dejar ver ese diario?

* * *

Valiente pensó que era una suerte que la pequeña salita contase con una mesa de breves dimensiones. Nunca la había visto antes; dio por sentado que llevaba poco tiempo allí. Así pudo leer con cierta comodidad el documento que la madre Emilia acababa de traerle. «Estará usted mejor aquí que en mi despacho», le había dicho. Sin embargo, él sabía que la verdadera razón tenía poco que ver con su confort y mucho con el hecho de que un monasterio de clausura no era un lugar por el que un policía pudiese transitar a su capricho. Se lamentó por ello; deseaba de corazón ver con sus propios ojos el archivo documental de María José. Con un suspiro, se conformó y se dispuso a leer el documento con interés, bajo la atenta mirada de Prisca, sentada en silencio a poca distancia.

Terminó en un instante y miró a la priora.

—¿Se da usted cuenta de que esto es historia, de la que se estudia en la universidad?

—Me doy perfecta cuenta, inspector.

—¿Y qué piensa hacer?

—De momento, conservar la carta, hasta que quede esclarecido el

crimen de Antoni. Después, Dios dirá.

—¿Y qué cree que dirá?

—Pues lo más probable es que nos aconseje darla a conocer. Aunque implicaría mostrar también los murales y, claro, eso ya se nos escapa de las manos a nosotras.

—Es verdad. Se impone la precaución.

—La pregunta es: ¿qué hará usted? ¿Cuál es su siguiente paso?

Valiente miró la pequeña ventana que daba al patio de la entrada.

—¿Quiere que le sea sincero? Pues ni idea. —Se volvió hacia ella—. Tengo dos cadáveres: el de un juez que expropiaba a personas que no podían pagar los abusivos precios de sus hipotecas y el de un tendero que recibía amenazas. Tengo una habitación llena de frescos de Picasso, una viuda que no parece inquieta por su herencia y un inversor que no sé si existe, a pesar de que todos hablan de él. Al menos, en los archivos policiales solo aparece como dueño del fondo Kraus, sin más datos. Lo llaman el Fantasma y no he logrado dar todavía con nadie que lo haya visto en persona. He tratado de encontrarlo, he ido a su casa sin éxito. Ni siquiera parece vivir nadie allí, salvo la mujer que contestó en el interfono. Antoni estaba convencido de que ese era el hombre que lo amenazaba para que abandonase su local. El puzle da para muchas especulaciones, pero yo necesito pruebas, hechos. Conectarlo todo, o descubrir que la conexión no existe. Y, hermana, no sé por dónde empezar.

Volvió a fijarse en su expresión y descubrió que los ojos le brillaban y que esa sonrisa vivaracha que tanto le gustaba había regresado a sus labios.

—Guau… No es poco lo que tiene usted. Desde luego, tiene muchísima pinta de estar conectado, o serían demasiadas casualidades.

—Eso parece. Pero nada puedo hacer si no encuentro a quien fuera que atropellase a Antoni, al autor de los anónimos o al inversor fantasma…

Prisca se puso de pie y le habló con resolución.

—¿Sabe? Siga investigando y no se preocupe. Esto se va a solucionar.

—¿Va a rezar usted por mí?

—Sí… A san Google. Llevar la administración de esta casa me ha dado acceso a muchos ficheros interesantes. Aparte, tengo permitida la entrada a páginas de datos que sin duda le están vetadas.

—Prisca, que somos la policía…

—Y ellos, la Santa Sede. Le aseguro que se cierran en banda a aquello de lo que desconfían, es decir, a cualquiera que venga de fuera de la institución. Y ese no es mi caso, Daniel. Menos aún, desde que el papa secunda mi ayuda a la policía.

El gesto de Valiente se iluminó.

—¿Y cree que algo de esto tenga que ver con los archivos de la Iglesia? No veo cómo…

—Siempre hay conexiones. Confíe en mí…

Valiente le sonrió.

—Me acaba de dar una chispa de esperanza. Mil gracias.

—Las gracias, cuando logremos algo. ¡Además, Antoni se merece que esto se esclarezca!

—Por supuesto —dijo Valiente. Se levantó de la silla y se dirigió a la salida, acompañado de la priora. Sus pasos resonaban en el pasillo de altos techos de piedra. De pronto se detuvo.

—Prisca, ¿se da cuenta del detalle de las aceitunas?

—Sí. Ni se imagina la ternura que sentí. ¡Las famosas aceitunas de Canimel, servidas en agradecimiento por los seres queridos de Picasso desde la guerra!

—Un día me tiene que invitar a probarlas.

—En cuanto lo resolvamos, cuente con ello.

Prisca observó a Valiente salir a la fría mañana del sábado. Tan pronto lo vio entrar en su coche, se volvió hacia el pasillo y recorrió los escasos metros hasta la biblioteca, donde entró tras una leve llamada de cortesía. La archivera levantó la vista del escritorio. La priora se aproximó a ella algo apresurada.

—María José, necesito que me ayudes a encontrar a una persona.

* * *

En el mismo momento de subirse al coche, la vibración de su teléfono móvil en el bolsillo lo devolvió a la realidad. El monasterio parecía otro mundo, más amable, más humano. Consciente de que eso no era así para la mayoría, le alegró darse cuenta de que, desde que había conocido a aquellas monjas, muchos de sus prejuicios contra las órdenes religiosas habían desaparecido. «No hay nada mejor que conocer para comprender y aceptar», se dijo mientras miraba la pantalla y abría el mensaje que acababa de recibir. Era de Mar Albrich.

Daniel, no he descubierto gran cosa, pero sé algo que puede servirte. ¿Has desayunado?

Resopló con fuerza. El tuteo le pareció natural y lo hizo sonreír. Miró su reloj: las ocho y media. Lo más probable era que Enrique siguiera dormido. No abría el bar los domingos, y era temprano. Además, Mar no estaba lejos. Podía permitirse emplear una hora en escucharla.

No, y tengo hambre. Te recojo en tu casa en diez minutos.

La cafetería El Búho, en tierra de nadie entre Sant Feliu y Barcelona, ofrecía todo tipo de dulces y pasteles. Con un gran cruasán ante sí, Valiente miraba de reojo a Mar, que, ataviada con vaqueros, botas y un grueso suéter de lana, brillaba todavía más que con sus complicados trajes de diseño.

—Has tardado muy poco en llegar a mi casa, ¿cómo es que andabas tan cerca?

—Bueno, te vas a enterar de todos modos, así que… Han atropellado a Antoni esta noche.

Mar lo miró con pasmo.

—¿Y está bien?

—Bien muerto. Se lo han cargado, voluntaria o involuntariamente.

—Vaya… Esto se pone muy peligroso —dijo en un susurro.

—Sí, mucho. Hay que darse prisa. ¿Qué era lo que querías decirme?

Ella se asombró.

—¡Oye, sí que vas al grano! Mejor, dime una cosa. ¿Dónde has pasado la noche?

Valiente tragó saliva.

—¡Vaya pregunta! Te acabo de decir que lo han atropellado y he venido a ver qué había pasado…

—Claro. Y después te has quedado a velar al pobre Antoni, ¿no? ¡Es evidente que has dormido por aquí, o no habrías llegado a mi casa desde Barcelona en cinco minutos! ¿Dónde has dormido? —preguntó, apoyando el mentón en los puños y prestándole toda su atención. Él soltó una carcajada.

—¡Qué curiosa eres! Pues nada, he dormido con un amigo.

—¿Con un amigo, o en casa de un amigo?

—¿Qué diferencia hay? —Ahora fue ella la que rio ante el gesto azorado del inspector.

—Así que tienes un buen amigo, ¿eh…? Vaya, he perdido mi oportunidad —se lamentó.

—¡No! Digo…, ¡ay! —Mar no pudo contener una fuerte carcajada que hizo volverse a todo el local hacia ella. Se tapó la boca para reprimir la risa. Valiente miraba el suelo con la esperanza de que se abriera y se lo tragara. Tardó apenas unos segundos en recobrar la compostura, tras lo cual le habló con seriedad—. Mira, no nos conocemos apenas. Aun así, habría que estar muerto para no fijarse en ti. Rebosas vitalidad y eres muy muy sexi. Tu físico y tu inteligencia hablan por sí solos.

—Pero… —Valiente sonrió antes de seguir. La franqueza de la mujer lo invitaba a abrir la caja de sus secretos. Se sintió cómodo y le habló con la misma sinceridad que ella exhalaba en todo cuanto hacía.

—Yo tenía el corazón muerto, Mar. Perdí al amor de mi vida en un accidente y me quedé sin norte desde entonces. Y ahora, años después, he vuelto a sentir mariposas y esa dulce entrega, eso que te hace desear más los besos que el puro placer. Y sí, ha sido con mi amigo.

Mar se enderezó en la silla, se apoyó en el respaldo y sonrió. Era una sonrisa bella, feliz.

—Pues te felicito. No es nada fácil. Ojalá yo volviera a sentir todo eso… Oye, ¿lo conozco?

—Puede ser, no vive lejos.

—Por eso lo pregunto.

—Es Enrique, el dueño de El Loro Azul.

Mar se dio una palmada en la frente.

—¡Coño…! ¡Ese hombre está como un queso! —Valiente ocultó la cara entre sus manos, riendo sin hacer ruido. Cruzó los dedos y le habló en tono bajo.

—Pensaba proponerte algo cuando terminase el caso. No puedo implicarme ahora contigo, en medio de la investigación del asesinato de tu esposo. Me gusta pensar en ello, la verdad. Lo que pasa es que ahora ya no sé si podré…

—Eso depende.

—¿De qué?

—De tu amigo. Si no tiene manías, podríamos divertirnos mucho los tres. —Pasmado, Valiente abrió la boca. Mar le puso la palma de la mano sobre los labios—. No digas nada. Solo no lo olvides, ¿vale? Y ahora, si es que puedo pensar en otra cosa que no seáis tú y Enrique en mi cama, déjame contarte lo que he averiguado.

Valiente se acomodó en el asiento acolchado, con la espalda apoyada en el mullido respaldo. Desde allí la miró circunspecto.

—Cuando quieras.

—Se trata del ama de llaves de Ciro Kraus. He hablado con ella. Parca en palabras, antipática. ¿La has visto?

—No, solo me habló por el interfono de la mansión de Kraus.

—Pues parece una urraca. Rondará los cuarenta. Va toda de negro, con camisa y pantalón bien cortado que realza su silueta delgada. Zapatos clásicos y el pelo recogido en un moño bajo que le estira tanto que le hace el lifting sin cirujano. ¡No te rías! Es la pura verdad.

—Vale, me la imagino. ¿Algo parecido al ama de llaves de Rebeca?

—O la señorita Rottenmeier de Heidi, sí. Pero más guapa y con mucho más estilo, desde luego. Bueno, la cuestión es que suele desayunar muy temprano, sobre las siete, en esta misma cafetería.

—¡Genial! Vendré a buscarla y trataré de hablar con ella.

—De eso se trata, aunque no parece muy accesible. Seguro que te costará que baje la guardia a tus encantos. Además, no viene sola.

—¿No? Vaya, eso dificulta las cosas. ¿Viene con un esposo, una amiga?

—Ni una cosa ni la otra. La acompaña un chaval de unos catorce años.

—¿Su hijo?

—Eso supongo, aunque no se parecen. Ella tiene el pelo tan negro como un piano de cola y el chico es rubio y de ojos claros, muy guapito.

Valiente se enderezó en su asiento.

—¿Crees que puede ser el hijo de Kraus?

—Eso fue lo primero que pensé. Aunque no he encontrado una sola pista sobre ese hombre, lo que sabemos es que es alemán. No solo por su apellido, sino porque el fondo lleva su nombre y fue inscrito en el registro en Berlín. Y, aunque hay alemanes menos pálidos y con pelo oscuro, una relaciona de primeras a alguien de esa zona con lo más granado de la raza aria.

—En efecto. Y no sabemos si Kraus tiene hijos, lo tenemos que averiguar. Mar, te debo una, y grande. —Ella sonrió con picardía.

—Lo sé. Y espero que no seas ingrato.

Sin borrar la sonrisa, vio al inspector levantarse de su asiento y salir del local con paso firme. Cuando perdió su espalda de vista, tomó su teléfono móvil y puso un correo electrónico.

Quiero hablar contigo. Te espero en el bar del Pi en cuarenta y cinco minutos.

Bloqueó la pantalla, guardó su teléfono y salió del bar para coger su coche.

* * *

Valiente sacó del bolsillo del abrigo la llave que había tomado del taquillón de Enrique y abrió la puerta. Sin hacer ruido, se despojó de las ropas de calle y de sus zapatos de suela y, despacio, caminó hasta la habitación. Antes de llegar, oyó música en la cocina y se asomó desencantado.

—¡Vaya! Pensé que te pillaría en la cama… —Enrique sonrió.

—Pues siento decepcionarte, pero son las diez. ¡No soy una marmota!

—Hombre, para un día que puedes dormir…

—Eso no importa. Anda, siéntate conmigo y cuéntame tus pesquisas.

—Bueno, pues nuestra monja favorita, la priora de Santa Maria de Bruguers, tiene documentos firmados por Picasso que hablan de cuando realizó las pinturas que vimos anoche.

—Dios…

—Sí, es increíble. Y sospechas, todas las del mundo. Muchas preguntas por contestar y mucho trabajo por delante, te lo aseguro. Aunque lo que ahora mismo me puede es el sueño…

—Acuéstate un rato, anda. Yo no tengo nada que hacer hoy, estaré por aquí leyendo.

—Ah, ¿que no vienes conmigo? —le preguntó con zalamería. El barista sonrió.

—Si voy, te me duermes en mitad de la faena. ¡Anda, acuéstate y luego ya veremos!

Valiente se levantó de la silla y se encaminó al dormitorio. A los dos pasos, se dio la vuelta y habló con un tono de curiosidad.

—Oye, ¿a ti te ponen las mujeres? —Enrique soltó una carcajada.

—Pues no, la verdad. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada… Despiértame en un rato, ¿vale?

—Claro.

—Enrique.

—Dime.

—Me hace feliz estar aquí contigo —afirmó. Su amigo contuvo el aliento.

—Y a mí, Daniel. No sabes cuánto. ¡Anda, vete a la cama!

* * *

El bar del Pi era uno de los locales más exclusivos de Barcelona, en la plaza homónima. Una bonita terraza cercana al único pino que se conservaba, según la tradición, del pinar que antaño ocupó la zona y dio nombre a la iglesia. El templo seguía arraigado a la piel de la ciudad desde el siglo

V

, reformado y reconstruido a principios de la Edad Media y cuyo asombroso archivo documental traía al presente tantas vidas de barceloneses cuya sangre había corrido por las venas de la capital del reino de Aragón desde mucho antes de serlo, allá por el tiempo de la caída del Imperio romano. Antònia, Andreua y las demás

campanas de la torre del santuario estaban a punto de tocar las doce. Unas grandes gafas negras permitían a Mar Albrich fijar la vista en el rosetón gótico, que mostraba sus colores gracias a los rayos de sol del mediodía. Inmersa en la contemplación de las distintas facetas de la prodigiosa vidriera que había podido estudiar durante su carrera de arte, distinguió con cierto trabajo por la distancia la estrella central que simbolizaba el rostro de Dios. De ella partían los doce pétalos de piedra que representaban las tribus de Israel. En el interior de cada uno de ellos, las vidrieras dibujaban estrellas de David y escudos de armas de Barcelona y las diferentes casas reales. Ya en la parte exterior, los cristales coloridos mostraban el rostro de los veinticuatro ancianos del Apocalipsis. Moviendo los labios mientras contaba, se sobresaltó al sentir una mano sobre el hombro.

—A ti te dan una iglesia vieja y ya estás entretenida para rato, ¿eh? —Mar se volvió y sonrió.

—Podría pedirte lo que Diógenes a Alejandro, cuando este le concedió cualquier deseo que tuviera.

—«No me tapes el sol.» Todo un cínico, el amigo Diógenes —añadió Montserrat Hebrón, tomando asiento junto a ella.

—Habló de putas la Tacones.

—Gracias, pero soy más de zapatillas deportivas.

Mar sonrió y le habló sin dejar de mirar el rosetón.

—Pues eso, que si hablamos de cinismo, Diógenes era un aprendiz a tu lado. No creas que no sabía lo tuyo con Francesc. —La jueza guardó silencio. Demasiado largo. Mar soltó una pequeña carcajada —. Ni siquiera me contestas, ¿no?

—No es lo que parece…

—¡Por Dios! No me insultes, no seas vulgar. Nada de «te lo puedo explicar» o «no es lo que parece». Mejor ahórrate el postureo. Las dos sabemos lo que había. Aunque no te pusiera mensajes ni correos, por ese sentido tuyo enfermizo de la privacidad. ¡Ni

siquiera sé si tienes móvil! Por eso te he citado por email, por si acaso no tienes mensajería en línea.

—Claro que tengo móvil.

—Seguro. Y será de tarjeta de un uso, como los de los camellos y traficantes.

—Eso ya no existe, mujer. ¡A ver si te reciclas! —exclamó la jueza con infinito cansancio.

—Me da igual. Francesc y tú compartíais expedientes, es más que suficiente para veros, visitaros y quedar de palabra. Tú no te fías ni de tu padre, así que no me extraña que no haya registros de vuestras citas. ¡A saber dónde os veíais!

—Entonces, ¿cómo puedes estar tan segura?

—Porque Francesc era idiota. «Me voy a la Audiencia, a llevar unos expedientes.» ¡Como si no pudiera mandarlos por mensajero, como todo el mundo! Y siempre que me decía eso, volvía a casa después de cenar. Siempre. Se le complicaba el trabajo, tenía reuniones… Vi que eras tú la persona con quien trabajaba en la Audiencia y me pareció evidente. ¡Era obvio, él ni siquiera tenía amigos ni salía con nadie más! Las únicas personas cercanas eran aquellas con las que trabajaba. Por si me quedaba alguna duda, en la cena de San Juan que organizaron los del juzgado este verano me acabó de quedar claro: su lenguaje corporal no dejaba lugar a dudas. Y tu sonrisa cauta cuando nos presentaron, tu forma de hablarme… Lo mismo se repitió en el resto de las ocasiones en que coincidí contigo. Estaba más que claro: ¡te lo estabas follando! —La jueza guardó silencio, todavía sosteniéndole la mirada a Mar—. A mí ya no me interesaba Francesc, no siento celos ni nada de eso. Lo que me jode es que lo corrompiste.

—¿Yo? —preguntó Montserrat con asombro—. ¡Estás muy equivocada! Fue él quien comenzó a jugar con fuego.

—Y se quemó, ¿verdad? Terminó tirado en la calle, como si fuera basura. Apuñalado, arrastrado y abandonado detrás de una vieja persiana. ¡Ese fue el final de un hombre íntegro, y a ti te lo debe!

—No sabes de lo que hablas. ¡Yo no tuve nada que ver con su muerte!

—Puede que no empuñases el arma, pero eres la única responsable de que se volviera ambicioso, de que traicionara los ideales que lo habían hecho convertirse en juez. ¡Sé muy bien quién eres! ¡Estás podrida, Montse!

La jueza de la Audiencia sonrió con cansancio.

—Te lo estás inventando todo. Dicen por la tele que la justicia es corrupta y, ¡hala!, todos contra los jueces. ¡No importa que eso no sea así! Una toga es algo que ya no se respeta. ¡Nadie cree en la justicia que la mayoría de nosotros defendemos!

—¿Y por qué será? Deja que piense… ¿A lo mejor por todas las denuncias que la Unión Europea recibe cada año por prevaricación continuada del Tribunal Supremo? ¿O por los acuerdos previos que tienen lugar en las salas para rechazar determinadas leyes?

—Habladurías —contestó Montserrat con desdén.

—¿Sí? ¿Habladurías? Pues yo leí las declaraciones de Ursula von der Leyen, ¿y tú? Esas que hizo diciendo que determinados países generan tal volumen de denuncias por mala praxis judicial que asusta. ¡Y lo dijo cuando le preguntaron sobre España!

—Mira, no te niego que hay gente que hace las cosas mal. Sin embargo, no todo el mundo es así. Eres una mujer culta, no puedes creer todo lo que los programas sensacionalistas dicen por la tele.

—Montse, por favor. ¿Qué programas? ¡Te hablo de declaraciones que puedes encontrar en la prensa internacional! ¡Y Francesc odiaba todo eso! Su amistad contigo fue el punto de partida de sus cambios. —La jueza respiró hondo con los ojos cerrados. Después se dirigió a Mar con voz pausada y acariciante.

—Entiendo que todo esto es duro y estará siendo difícil para ti, pero tienes que aprender a diferenciar las cosas. Francesc y yo nos conocimos por trabajo. Era mucha la gente que reclamaba cuando sus bancos vendían paquetes hipotecarios a fondos de inversión.

Quienes no pueden pagar son notificados para ser desahuciados. Muchos interponen denuncias, como sabes. La mayoría pierde y algunos, unos pocos, elevan sus quejas a la Audiencia.

—Y vosotros les dais carpetazo por corporativismo; lo sé. —Montserrat le dirigió una mirada de soslayo; sus labios se convirtieron en una fina línea.

—Como te decía, así lo conocí: hubo una ola de desahucios en el barrio y él era el juez de instrucción de la zona por entonces. Le tocó sentenciar a favor del fondo de inversión que había comprado las hipotecas.

—Claro, el fondo Kraus. Por cierto, ¿a ti también te gusta pescar barbos?

—¿De qué hablas? ¿Te has vuelto loca?

—Ojalá. A lo que iba: eso fue el comienzo de todo. Ese fondo, Ciro Kraus y sus quedadas con él. A partir de entonces empezó a cambiar de verdad, hasta que en poco tiempo ya no tenía nada que ver con el hombre al que yo había conocido. ¿Me vas a decir que no le pagó comisiones por fallar en su beneficio? ¡Tú misma lo has dicho: «le tocó sentenciar a su favor»! —Montserrat apretó los dientes.

—No tengo ni idea de eso ni me importa. Francesc peinaba canas. A su edad, uno es ya dueño y señor de sus decisiones. Si hizo algo irregular, allá él con su conciencia.

—Claro, y tú no sabes nada, ¿no? ¡No me vengas con rollos! Se acostaba contigo, Montse. Su tono de voz no era el mismo cuando llegaba tarde por trabajo y cuando era porque estaba contigo. Y las dos sabemos que la cama es el lugar donde un hombre es más vulnerable. ¡Allí cantan de plano! No se guardan nada. ¡Tú tienes que saberlo todo! —Buscó en los ojos de Montserrat algo que no encontró. Aun así, trató de tocarle el corazón—. Por favor, solo quiero encontrar a su asesino. Estoy segura de que sabes más de lo que me dices. Algo debiste de sentir por él… ¡Ayúdame!

La jueza miró en silencio a la otra mujer durante unos segundos, con los labios fruncidos y los ojos castaños clavados en los suyos. Se

reclinó en el respaldo de la silla.

—Lo único que tengo que decirte es que Francesc era ambicioso, no importa si se volvió así con el tiempo o si lo era de antes. Se encontró seducido por las circunstancias y terminó tan mal como sabes. Y desde luego, él fue el único dueño de su suerte.

Montserrat Hebrón se levantó de la silla, se colgó el bolso y, desde arriba, miró a Mar Albrich.

—Olvídate de la pesca del barbo. Ahora hibernan; déjalos dormir y ocúpate de tus asuntos.

Dicho esto, dio media vuelta y atravesó la plaza en dirección a la fachada lateral de la iglesia, dejando atrás a una banda de músicos de jazz. Mar la observó mientras se perdía entre la multitud que abarrotaba el lugar. Sin previo aviso, una enorme angustia subió hasta su garganta desde el estómago y las lágrimas afloraron a sus ojos, amenazando con desbordarse más allá de las gafas. Tragó con fuerza, trató de respirar hondo y cogió su teléfono móvil.

Daniel, ¿podemos hablar?

Esperó varios minutos sin perder de vista el dispositivo. De pronto, la pantalla se encendió. Con un gesto rápido, deslizó el dedo hacia arriba para desbloquearla.

Estaba dormido. ¿Ocurre algo?

¿Puedo verte?

Humm… ¿Es muy urgente?

Mar cerró los ojos. El vacío en la boca del estómago era cada vez mayor.

No, no te preocupes. Ya hablaremos mañana.

Apagó el teléfono sin esperar más respuestas. Miró a su alrededor. Los transeúntes paseaban, miraban, escuchaban música. Se sintió más sola que nunca. En ese momento, una presencia junto a ella la alarmó. Se volvió y pudo ver a una niña asiática que la observaba sonriendo. Como pudo, le devolvió la sonrisa. Se puso de pie y se encaminó hacia las Ramblas, sin saber muy bien hacia dónde dirigir sus pasos.

Eran más de las nueve de la noche cuando el timbre de la puerta la sacó del sueño en que había caído. Con un desagradable hormigueo en la cabeza, trató de abrir los ojos. En la lejanía oyó con claridad el rumor de las voces que salían del televisor. ¿Qué había estado viendo? Una serie, creía recordar. El calor de la manta y la penumbra la habían ayudado a olvidar la desazón del día. Una vez más, el timbre llenó la estancia, y esta vez la hizo levantarse de un salto. La manta cayó junto a ella. Se peinó con los dedos, aún soñolienta, y fue a la entrada. Abrió la puerta un tanto. Allí estaba él, con su flequillo rubio y los ojos de colores que la miraban con inquietud.

—Daniel.

—Mar, lo siento. Cuando me has puesto el mensaje antes, estaba frito del todo. He pasado una noche espantosa, entre unas cosas y otras…

—¿Estabas con Enrique? —Él vaciló un momento antes de contestar.

—Sí —dijo sin más. Mar sonrió con tristeza.

—Pasa, no te quedes en la puerta.

Valiente aspiró hondo; el salón olía a té con especias y a leña. Miró a un lado y vio brasas en la chimenea. La calidez de la estancia le hizo desear quedarse allí para siempre.

—Siéntate. Haré café, ¿te apetece?

—¿Puede ser té, ese que huele tan rico? —Mar sonrió y, por respuesta, se encaminó a la cocina. Cuando volvió, Daniel tenía los ojos cerrados y la cabeza reclinada en el sofá.

—No deberías cansarte tanto en tus fines de semana. —El inspector abrió los ojos.

—Dime qué te ha pasado. —Ella titubeó por un momento. Después se sentó y tomó su taza de porcelana entre las manos. Le habló sin mirarlo.

—¿Recuerdas los correos entre Francesc y Montserrat Hebrón?

—Claro.

—Creo que eran amantes. —Valiente mostró asombro.

—¿En qué te basas?

—Llámalo intuición. —Dio un trago a su taza y la mantuvo después entre las manos—. Siempre sabemos esas cosas, ¿no? Cuando llevamos muchos años con una persona.

—Supongo que sí, claro. Lo malo es que, si no tienes pruebas, no puedo interrogarla al respecto.

—¿Pruebas? No vas a encontrarlas. Esa mujer es sigilosa como un gato, jamás deja señal de su paso por ningún sitio.

—Como Ciro Kraus…

—¡Exacto! Dios los cría y ellos se juntan. —Daniel se enderezó.

—¿Crees que tienen relación?

—Te puedo decir lo mismo: estoy segura, pero no tengo pruebas.

—Entonces habrá que buscarlas. Todo lo que tengo es humo, nada sustancial. Necesito desentrañar todo esto o me van a poner a dirigir el tráfico.

—Pues no te preocupes, te voy a ayudar en lo que pueda.

Se hizo un prolongado silencio, solo roto por el ruido de la porcelana contra los platos. Al cabo, el inspector se levantó.

—Creo que será mejor que me vaya.

—Daniel —Mar se levantó como un resorte—, me gustaría que te quedaras esta noche. No quiero estar sola.

Valiente le tomó la mano y la acercó a él. Se dejó abrazar mientras la rodeaba por la cintura. Esperó unos minutos antes de separarse un poco y hablarle despacio.

—Sería muy fácil, ¿sabes? Besarte y dejarme llevar. Pero es que no puedo. No voy a darte excusas idiotas: me gustas demasiado para faltarte así al respeto. Es solo que no puedo; eso es todo. Y me da que contigo lo mejor es ser muy claro. —Mar se separó un paso de él y lo miró. Poco a poco, una tenue sonrisa se dibujó en su boca.

—Tienes razón. Me gusta tu franqueza. A lo mejor es lo que más me gusta de ti, al fin y al cabo. Gracias por venir, lo necesitaba de verdad.

Valiente la abrazó de nuevo y le depositó un beso muy suave en los labios. Alzó la mirada hacia ella y, en silencio, se fue a la puerta de salida.

En el vestíbulo, Mar sonrió con timidez. Se tocó los labios, que se estiraron aún más en una gran sonrisa, dio media vuelta y, muerta de hambre, fue a la cocina.

En el camino del jardín, Valiente se apresuraba dando grandes pasos para salir de la propiedad de Barrachina. Con un gesto de enfado, se repetía una y otra vez: «¡Joder!».

CAPÍTULO 8



Eran más de las diez de la mañana del lunes cuando María José llamó con los nudillos a la puerta del despacho de Prisca. La priora contestó con voz suave desde dentro, dando paso a la archivera, que se sentó ante la sencilla mesa y buscó con dificultad la mirada de su compañera, oculta tras la pantalla del ordenador. Al asomarse y ver de quién se trataba, Prisca cesó su actividad y concentró toda la atención en su hermana en Cristo.

—¿Has averiguado algo? —preguntó con los ojos brillantes.

—Creo que sí.

—¡Cuenta! ¡No me tengas en ascuas! —María José prolongó su silencio lo justo para darse importancia sin recaer en la soberbia. Al cabo, se acercó a ella cuanto pudo a través de la mesa.

—Me ha costado muchísimo, Prisca. Ese hombre es de verdad un fantasma, tal cual dijiste, y la experta informática eres tú. No obstante, tengo acceso a todos los archivos documentales de la Iglesia y, además, puedo pedir datos de los quinque libris de cualquier país de Europa. Hablé con la abadesa, me dio permiso para trabajar en el asunto unos días desde su ordenador y así lo hice. Lo primero que se me ocurrió fue buscar dónde lo habían bautizado, teniendo en cuenta que parece ser alemán. Y así di con él.

»Lo bautizaron hace ahora treinta y cinco años, en la catedral de Colonia, nada menos. No te creas que es fácil que te bauticen en un templo de esa importancia. Yo no sabía si ya venía de abolengo; total, pudieron haber hecho el dinero con especulación inmobiliaria o a base de abusos financieros en la línea de la ilegalidad, igual que hacen tantos de esos fondos de inversión. Por eso busqué quién era su familia.

»Su padre, Alfred Kraus, también había sido bautizado en Colonia, en mil novecientos cuarenta y siete. Así que tenía cuarenta años cuando Ciro nació. Falleció hace ocho años, en el dos mil catorce, con sesenta y siete recién cumplidos. Ignoro la causa. Está enterrado en el cementerio de San Mateo, en el barrio de Tiergarten, Berlín. Entonces busqué a más Kraus que estuviesen enterrados allí. Verás lo que encontré.

»Wilhelm Kraus, el abuelo de Ciro, también descansa en ese lugar. Su tumba es sencilla, por lo que pude ver en una página que permite visitar cementerios. Quise saber si había hecho su fortuna de la nada y, mira por dónde, resulta que me envían sus datos desde la parroquia de San Mateo, donde aparece que nació en mil novecientos diecisiete. En un amable correo en inglés, la archivera me explica que Wilhelm había sido oficial de las SS…

—¡¿En serio?!

—¡Como lo oyes! Le tiré de la lengua a la archivera, que me contó que, por lo que se sabía de él, fue uno de los condenados en el juicio de Núremberg por crímenes de guerra. ¡Vamos, un nazi de libro!

—Madre Santa…

—Y, claro, pensé que su hijo, Alfred, solo podía ser, o bien pronazi, o bien todo lo contrario. No he encontrado nada sobre eso; quizás Valiente pueda acceder a archivos policiales de Interpol y enterarse. Claro que, si ese hombre no tiene antecedentes, sus datos no figurarán en ningún sitio…

—Puede que no. De todas maneras, estoy segura de que esa información es importante. ¿No puedes preguntarle a la archivera de San Mateo?

—Pues no, porque no sabe nada más, o no me lo quiere contar. A quien le he escrito ha sido a Hans, el archivero de Santa Maria Laach, en la Renania alemana.

—¡Huy, madre! ¿«Hans»? ¿Y esas confianzas? —preguntó Prisca divertida. María José resopló y meneó la cabeza con hastío.

—¿Recuerdas las jornadas del año pasado sobre la madre Hildegard von Bingen? La madre Emilia me invitó a acudir a la reunión que se organizó en Barcelona, porque habían solicitado ver los libros de herbología que la santa dedicó a nuestra comunidad a su paso por aquí, allá por el siglo doce. Conocí allí a ese archivero y hablamos sobre documentos de la madre Hildegard y otras curiosidades documentales.

—Vamos, que te lo ligaste…

—No digas tonterías —contestó la archivera con fastidio—. Lo que pasa es que, cuando una se especializa en algo que interesa a muy pocos, es agradable poder hablar del tema con otros interesados en él, en lugar de dar el latazo a quienes les importa un pimiento.

—Eso es verdad.

—Pues de eso se trata. Así que me dije que quizás ese archivero podría ayudarme a seguir la pista de la familia Kraus. Y hace media hora he recibido un correo suyo.

—¡¿Y qué dice?!, ¡¿qué dice?!

—Relájate, hermana… Dice que va a indagar por todos los archivos eclesiásticos posibles y también en los monasterios benedictinos de la región de Colonia. Si los Kraus eran nazis, al menos el abuelo, no debían de tener mucha relación con la Iglesia, pero siempre se deja rastro, como bien puedes ver. Le he dado las gracias y, en cuanto sepa algo más, te lo diré.

Prisca pareció desinflarse.

—Vaya… Pensé que habías dado con algo gordo.

—¡Piensa, mujer! Si ese hombre, Ciro, es imposible de encontrar en los archivos policiales o civiles, solo nos quedan los religiosos. Y algo hemos encontrado, ¿no? ¡Daremos con más información, ya lo verás! —La priora sonrió.

—Es cierto, hermana, perdóname. Estoy tan obsesionada con esto que ni las gracias te he dado. Confío en ti y en tus pesquisas, ¡mantenme al corriente!

* * *

El comisario Pinilla tenía un gesto de censura. Sus espesas cejas negras casi se juntaban sobre los ojos castaños. Los labios, fruncidos, y la cabeza hacia delante, en dirección a Valiente, que lo observaba desde el otro lado de la mesa con los dedos cruzados y mirada interrogante.

—A ver si me entero —dijo el comisario en tono cortante—. ¿Está usted a la búsqueda de Ciro Kraus, en lugar de indagar en Tráfico sobre el Hyundai rojo que pudo atropellar ayer a Antoni? ¿O sobre el loco que apuñaló a Barrachina? ¡¿Qué pasa con usted, Valiente?!

¿No está demasiado relajado con esta investigación? ¡Ha pasado ya una semana y no tenemos nada!

Valiente cruzó las piernas impasible. Después lo miró a los ojos.

—De hecho, sí que tenemos algunos avances. Además, no se gaste conmigo, que llevo años en esto. Sabe muy bien que damos palos de ciego y, a veces, ni siquiera podemos resolver los casos. Y siempre tengo buenos resultados. Ayer necesitaba descansar, comer y dormir medio bien, sobre todo, si tenemos en cuenta la nochecita del viernes y el ajetreo del sábado. Así que no se sulfure y déjeme explicarle mis movimientos.

—Estoy deseando oírlo…

—Las grabaciones de las cámaras de seguridad de las gasolineras que usted pidió no han dado mucho fruto, aunque hay dos que muestran un coche rojo zumbando por la calle. Por la hora y la distancia desde el lugar del atropellamiento, podría ser el nuestro. De todos modos, sabe que nos acercamos a los cinco mil coches robados este año. Sin embargo, con los datos que tengo, no tardaré en dar con algo.

—A ver si es verdad. —Valiente levantó la barbilla. Pinilla cerró la boca sin dejar de protestar por lo bajo. El inspector siguió.

—Benet, uno de los vecinos de la casa expropiada junto a la tienda, estuvo en el local por la tarde con Antoni. Este le mostró el tesoro que se guarda allí dentro.

—¡Esa es otra! Habrá que dar cuenta a Patrimoni Cultural, ¿no?

—Cada cosa a su tiempo. No queremos que nos cierren la tienda y no podamos investigar ahora.

—¿Está seguro? Eso va a ser pronto un secreto a voces; usted mismo me acaba de decir que Benet está al corriente. ¿Qué nos asegura que algún zumbado no entre a destruirlo, o a hacer fotos?

—Nada, desde luego. Por eso le he pedido que aposte vigilancia en la puerta. Además, será la manera de pillar al culpable, que no va a perder la oportunidad de ir a comprobar si todo sigue en buen

estado.

—Siempre y cuando esa sea la causa de estos crímenes…

—Eso es. No obstante, no tenemos nada más, al menos de momento. Por eso me parece importante identificar e interrogar a Ciro Kraus. Tengo la impresión de que él está en el centro del huracán.

—Y eso nos lleva a su ama de llaves, de la que me hablaba usted hace un rato…

—Eso es. Hablar con ella no va a servir de nada: no parece alguien amable ni tiene las menores ganas de agradar. El chico que la acompaña podría ser una opción.

—Por lo que me ha dicho, es un menor.

—Sí, y justo por eso puede ser fácil sonsacarle. Hoy he desayunado en el bar al que suelen ir por las mañanas y me ha mirado con curiosidad, seguro que por mis ojos bicolor. Trato de pensar de qué forma podría acercarme a él.

—Valiente, si hace usted eso, va a parecer lo que no es y se va a meter en problemas.

—Lo sé. No se preocupe, tengo alguna idea al respecto. Seguiré con ella sin olvidar lo demás. Le voy a traer noticias pronto, confíe en mí.

—Sabe que lo hago, pero necesito que se dé prisa. Ah, vaya a ver a Olmedo, creo que tiene algo para usted.

—Lo haré, descuide.

Salió del despacho y subió los peldaños que lo separaban de Isabel Olmedo, que se hallaba inmersa en la pantalla de su ordenador, según su costumbre.

—Me ha dicho Pinilla que has dado con algo.

—Eso es. A mí me pidieron mil justificaciones para entregarme los datos que les pedí y apenas conseguí su registro de nacimiento en

Múnich. Te mando una copia a tu correo, aunque está en alemán e igual no entiendes un pito. Al no poder conseguir nada más, mi hermano me echó un guante y me ha mandado lo que ha encontrado. No hay registros médicos, y es raro, porque todos los niños son examinados en algún momento, aunque solo sea para hacerles análisis, pruebas o audiometrías. Sin embargo, Ciro no parece haber pisado nunca un hospital. Lo que sí encontró fueron sus fichas escolares. Hay registros de un colegio y un instituto, donde estudió desde niño hasta adolescente. Al final de la secundaria se pierden las pistas por completo y el chico desaparece de todas partes.

—¿Alguna foto?

—Sí, de la primera etapa de primaria. —Isabel aumentó la imagen que tenía en la pantalla. Un crío vivaracho, con una gran sonrisa y los ojos muy claros, cabello dorado. Valiente la observó un buen rato.

—Mándamela también.

—Ya lo he hecho. Todo está en tu correo. No dejo la cosa; si doy con algo más, te lo diré.

* * *

Sobre la mesa de la jueza Montserrat Hebrón, el teléfono sonó con su dulce melodía japonesa. Lo cogió con una mueca de desagrado al ver quién era el que la telefoneaba.

—¿Te has vuelto loco? ¿Por qué me llamas?

—Tenemos que vernos.

—¿Es necesario?

—No te llamaría si no fuera así. Me has engañado.

—Nada de eso. Y no voy a hablar de esto por teléfono contigo. Si quieres verme, ya sabes dónde y cuándo.

—Está bien. El primer día posible entonces, que será…

—¡Silencio! Lo miras y vas. Yo haré lo mismo.

—De acuerdo. Hasta pronto, Montse.

—Adiós, Ciro.

Deslizó uno de sus largos dedos por la pantalla y la llamada se cortó. Se reclinó en su asiento. ¿A qué venía aquello? ¿Qué era eso de que lo había engañado? Suspiró profundo; a saber en qué berenjenal se había metido ahora. ¡Como si estuviera ya en pocos! Cansada, miró el calendario de mesa. En dos días sería el segundo miércoles del mes. «Qué oportuno», pensó. Abrió su ordenador, entró en internet desde la modalidad de incógnito e hizo las correspondientes reservas. Cuando recibió la confirmación pertinente, se reclinó en el respaldo de cuero. Las cosas se estaban complicando demasiado.

* * *

Entrada la mañana, la luz del sol que atravesaba las cortinas ocres de la salita de Rebe daba al ambiente un tono reconfortante. La sensación se veía reforzada por el olor del café recién hecho. Valiente observó la taza. Era la misma de la última vez: porcelana de buena calidad, con los dibujos un tanto desvaídos por el uso y el paso de los años. Dio un trago que caldeó a su paso cada uno de sus órganos, congelados en la fría mañana. Le fue grata la sensación de calor extremo en la garganta. Frente a él, Benet y Rebe lo observaban con atención mientras daban cuenta a su vez de su segundo desayuno.

—¿Anna ha salido? —preguntó, entre trago y trago.

—Sí, tiene un trabajo que le ocupa bastante tiempo. Nos contó que

la han contratado del Ayuntamiento para diseñar los carteles de una campaña de reciclaje.

—Eso está muy bien, me alegro por ella.

—Nosotros también. Inspector…, ¿se sabe ya algo? —Benet parecía nervioso. Valiente lo observó.

—Estamos en ello. Por eso he venido: hay algo que deseo preguntarle.

—Pues en lo que pueda ayudar… —El inspector se acercó a él cuanto pudo desde su silla.

—Benet, ya sin bromas. Necesito saber todo lo que usted sabe, ¿me entiende? ¡Todo! Antoni tenía demasiadas sospechas de que el fondo Kraus era el que andaba tras su local. No el banco, ni los jueces: el fondo. Reconozco si alguien está muy seguro de lo que dice, y él lo estaba. ¿Tenía alguna prueba, algún indicio de peso que un juez pudiese tomar en serio?

El hombre estiró de los puños del jersey hasta taparse las manos. Bajó la vista.

Valiente esperó. Fue Rebe la que habló primero.

—Díselo, Benet. ¡Hay que ayudar a encontrar al que atropelló a Antoni!

—Bueno… —titubeó el hombre—, él me contó hace pocos días toda la historia, pero no sé si vale de gran cosa…

—No se preocupe por eso. Si no sirve para la investigación, al menos nos habremos tomado un café juntos. —Agradecido, Benet esbozó una sonrisa triste. Miró a Valiente de soslayo y, dubitativo, le preguntó:

—Imagino que, a estas alturas, usted ya debe de haber inspeccionado la tienda a fondo, ¿verdad?

—Si se refiere al tesoro oculto de los Ferrer, estoy al corriente.

Benet continuó su relato.

—Aunque, en realidad, Antoni no tenía pruebas, tiene usted razón: estaba del todo seguro de que era el fondo Kraus el que lo atosigaba. Y sus sospechas culminaron una noche.

»Serían las ocho de la tarde cuando unos policías llegaron a su tienda. Él se disponía a cerrar y al ver los uniformes les abrió. Le dijeron que tenían que hacer un registro. Antoni se quedó de piedra, sobre todo en el momento en que le enseñaron una orden judicial. Le preguntaron dónde tenía el almacén y él les dijo que usaba rincones de la propia tienda, porque pedía poco género. Le preguntaron dónde almacenaba la harina. Les contestó que en ninguna parte, que apenas vendía unos paquetes, que ayer mismo le habían llegado unos pocos kilos. Los tenía tras el mostrador y se los entregó. Ellos abrieron uno y extrajeron una pequeña bolsita con polvo blanco. Tan blanco como la cara del pobre Antoni, que se mareó al comprender lo que pasaba.

»Les dijo que él no tenía nada que ver con eso, que no conocía al transportista que trajo el último encargo; que, de hecho, ni siquiera había pedido harina y, al encontrar los paquetes, pensó que era una equivocación y llamó para decirlo, aunque todavía no habían venido a por ella. Todo fue inútil: los policías no le creyeron y se lo llevaron detenido.

»Muerto de miedo, pensó que en la comisaría se aclararía todo. Sin embargo, no lo llevaron allí. Condujeron durante lo que le parecieron horas. Pensó que irían a Barcelona, a alguna central que él desconocía. Sin embargo, se detuvieron y hablaron por radio un buen rato. Él no entendía lo que decían: la gruesa mampara que lo separaba de los asientos delanteros apenas le permitía oír nada.

»Al cabo de lo que le pareció una eternidad, a lo largo de la cual pasó desde temer por su vida hasta desear que lo matasen allí mismo, los policías lo condujeron de nuevo a la tienda. Al llegar, le contaron que habían recibido un comunicado desde la comisaría con indicaciones de que lo devolvieran a su casa, que todo había sido una confusión y que ya sabían cuál era esa empresa de transporte que distribuía droga. Aliviado, Antoni se dio por bien pagado con solo poder bajar del coche y volver a su querida tienda.

Al entrar, vio que eran las once y diez de la noche. Tres horas y diez minutos. Algo le dio en ese momento muy mala espina y entró con mucha precaución.

»Lo primero que le escamó fue que la persiana no hiciera ruido al levantarla. Siempre sonaba mucho, la verdad; todos sabíamos las horas en que cerraba por culpa del chirrido. Por eso entró en la tienda con cuidado. Observó a su alrededor y todo parecía en su sitio, como si nadie hubiese tocado nada. Y así llegó a la salita. Retiró la alfombra y observó la trampilla. Tenía la costumbre de sujetar un cabello con celo, lo más disimulado posible. Ponía un extremo sobre el portón y el otro en el marco. Así, si alguien la abría, el pelo se rompía sin que el intruso se diese cuenta. Comprobó que estaba partido por la mitad. Abrió y bajó por la escalera con el corazón en la boca.

»Encendió la luz y observó a su alrededor: los garabatos estaban intactos. Nadie los había tocado ni había nada que delatase la presencia de extraños. Lo único que tenía para demostrar que alguien había estado allí era el pelo roto. Así que subió de nuevo, sustituyó el cabello una vez más y, confundido, se fue a la cama. El cansancio lo hizo quedarse dormido en un santiamén.

»Al día siguiente recibió la primera oferta del fondo Kraus. Era absurdo, me dijo. La cantidad que le ofrecían era ridículamente alta por un local que no valía ni la mitad. Entonces comprendió. Desde ese instante se puso a la defensiva. Entonces comenzaron los anónimos.

»El otro día, cuando me mostró las pinturas y me lo contó todo, le dije que fuese a denunciar. Que, aun sin pruebas, tenía que dejar constancia de su historia. Me hizo caso y yo mismo lo acompañé al juzgado de guardia a poner la denuncia. Al día siguiente fue atropellado.

—¡Joder! ¿Y no se le ocurrió decírmelo a mí? ¡Quizás no estaría muerto!

—¿Por qué, señor? —intervino Rebe—. La policía no le había hecho mucho caso con los anónimos. Él quería que quedase constancia en los juzgados, una denuncia escrita, fuese o no admitida para

tramitarla. Si la policía pasaba de él, pensó que los jueces se lo tomarían más en serio.

—Exacto —añadió Benet, asintiendo con la cabeza—. Sin embargo, fue poner la denuncia y morir atropellado.

Valiente se reclinó en el respaldo de la silla y respiró hondo.

—Todo esto es más feo que Woody Allen recién levantado de la cama. Han hecho ustedes muy bien al contármelo. Seguiré con la investigación y los mantendré al corriente. Muchas gracias por el café.

—Siempre que quiera, aquí nos tiene —dijo Rebe sonriente.

Apenas salía por la puerta del viejo edificio cuando sonó su teléfono móvil. Alzó las cejas al identificar al que llamaba.

—Jefe, tengo algo. ¿Nos vemos donde siempre?

—Claro, Heredia. Estoy allí en cinco minutos.

* * *

Un rayo de sol atravesaba la ventana de El Loro Azul, descomponiéndose en mil colores que rebotaban sobre el cabello de Enrique, quien, indiferente al juego de luces que tenía lugar en su cabeza, apretaba con fuerza el depósito del café en la máquina de detrás de la barra. En cambio, Valiente sonrió maravillado ante la fiesta de tonos de castaño y rojizo que daban vida al hermoso pelo.

—Un café, por favor… —El tono de voz lo hizo volverse. Su mirada se iluminó.

—¡Daniel! —exclamó y se acercó al inspector cuanto la barra le permitía—. ¿Cómo va?

—Ahora mismo tengo demasiados datos en la cabeza.

—¿Nunca tomas notas? —preguntó Enrique con curiosidad.

—Mentales. Las otras, si lo hago, no las entiendo ni yo al repasarlas. Y, la verdad, empieza a ser mucha información.

—Bueno, pues relájate un poco. ¿Me tomo el café contigo? —Valiente lo miró con tristeza.

—Lo siento, pero he venido para hablar con Heredia…

—Pues mira, justo llega.

El hombre miró en su dirección y alzó la mano para saludar.

—Jefe… —Valiente bajó la voz y se dirigió a Enrique.

—Guárdame una mesa para comer, porfa —murmuró mientras le hacía un guiño, antes de volverse y dirigirse a la mesa que su confidente había escogido. Se sentó y esperó. Heredia no tardó en hablar.

—Quien atropelló a Ferrer lo hizo porque le pagaron por ello.

—Dame su nombre. —El hombre sonrió de lado.

—Sabe que no puedo hacer eso, señor. Solo quería decirle que ha sido un sicario.

—¿Igual que el del juez?

—¿Qué juez, el de la señal en la frente?

—¡Pues claro, hombre! ¡Es el caso que investigo! —Heredia respiró hondo y miró hacia la mesa. Habló en un susurro.

—No.

—No, ¿qué?

—Que no lo sé. Yo he venido a decirle lo del atropello al tendero.

—Vale, pásame los datos que tengas.

—Los únicos datos que tengo son esos, que no fue algo personal, sino un encargo. Ya se lo he dicho, así que me voy… —afirmó levantándose de la silla. Valiente lo detuvo y le hizo un gesto para que volviera a sentarse.

—Sabes que voy a pagarte. ¿Robó él el Hyundai rojo? Necesito saberlo.

—Y yo necesito seguir vivo, jefe. La gente que paga por cosas así es demasiado peligrosa. Lo siento, no puedo hacer más. Lo del coche lo tendrá que indagar usted. Además tiene mi palabra de que quien atropelló a Ferrer no sabe la identidad del que le paga. Siempre es igual: se aseguran de usar intermediarios muy desesperados por el dinero y ocultarse. No es algo que uno haga así, a la remanguillé. —Valiente suspiró y negó con la cabeza.

—Heredia, ¿te das cuenta de que estás encubriendo a un criminal? —El hombre se acercó cuanto pudo y le habló en un susurro.

—Y usted, ¿se da cuenta de que ya he salido de todo eso y soy padre de familia? Además, no tengo datos concretos sobre ese pobre diablo. ¡Lo que puedo asegurarle es que no sabe por cuenta de quién era el encargo!

—¿Seguro?

—Seguro, jefe. Este crimen ha sido pagado. Lo del juez… tiene más pinta de ajuste de cuentas. Sobre todo por esas rayas en la frente.

—Lo que faltaba; que sean dos personas distintas…

—Yo no lo sé. Solo es un pensamiento mío, inspector. Usted observe bien todo lo que tiene. Cualquier detalle es importante. Mírelo con lupa. Y, bueno, yo me tengo que ir a trabajar.

—Está bien. No te aprieto más, de momento. Si te enteras de lo que sea, si a alguien le pagan de nuevo por algo así, dímelo antes de que pase. ¿Lo harás?

—Claro, jefe —dijo, y se encaminó a la puerta de salida.

Valiente hizo un esfuerzo por no perderlo de vista. Una mano suave

en su hombro lo sacó del encantamiento.

—Todavía es pronto. ¿Harás algo más antes de comer? —Valiente lo miró con ternura.

—Sí, pero no tardaré. Oye, Enrique.

—Dime.

—Ten mucho cuidado, ¿vale? —Extrañado, el barista sonrió frunciendo el ceño.

—No te emparanoies, Daniel. Yo no corro ningún peligro.

—Ya, claro… Bueno, tú cuídate.

Se levantó y salió de nuevo a la soleada y fría mañana, que ya tocaba a su fin. Condujo hacia Barcelona, tratando de poner en orden el aluvión de datos que, por separado, parecían una telaraña de difícil solución. Algunos de los hilos parecían saber hacia dónde iban; otros seguían en la incógnita. Con la esperanza de aclarar un poco más todo aquello, enfiló la avenida Pearson y aparcó sin demasiadas dificultades ante la mansión de Ciro Kraus. Una vez más se acercó a la puerta, separada de la calle por una gruesa verja. Cauto, avanzó hasta la cancela de la entrada. Apenas se veía a través del jardín: espesos setos y grandes arbustos tapaban la visión. Sin darse cuenta, se había acercado demasiado. Atento al muro de la casa, observó las ventanas, cuyos cristales brillaban bajo el sol del mediodía. Lo sobresaltó una voz juvenil, que lo interpeló sin ambages.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —Tuvo que bajar unas pulgadas la vista para encontrar clavados en él los ojos del muchacho al que había visto acompañar al ama de llaves en la cafetería. Sus bellas facciones adolescentes lo dejaron sin palabras y apenas se atrevió a contestarle. No tardó en darse cuenta de que el destino acababa de brindarle una oportunidad de oro. Las distintas estrategias que había pensado para acercarse a él e interrogarlo sin ser descubierto se desvanecieron por completo y se decidió a sacar partido de aquel azar.

—Pues la verdad es que sí. Soy el inspector jefe Daniel Valiente —dijo con voz suave, al tiempo que mostraba la placa al chico—. Busco a Ciro Kraus. ¿Está en casa?

—¿Para qué lo busca?

—¿Eres su hijo?

—¿Necesita saberlo?

—¿Vamos a jugar a esto mucho rato? Lo digo porque tengo trabajo…

El joven sonrió.

—Tiene razón. Nos estamos pasando de cautos. Pase, inspector —soltó sin más, abriendo la verja desde dentro. Valiente se quedó mudo de asombro.

—No sabes cuánto te agradezco la hospitalidad. Espero que el señor…

—No se preocupe. ¿Ha comido?

—No, tengo una mesa reservada —contestó Valiente sin salir de su asombro.

—¿Un café entonces?

—Eres muy amable, de verdad, aunque preferiría que me dijeras qué día puedo encontrar a Kraus. Necesito hablar con él, es importante.

—Me gustan sus ojos, inspector. Podría pasar horas sin dejar de mirarlos. —Valiente dio un paso atrás y miró al chaval de arriba abajo.

—¿Me tomas el pelo?

—¿Siempre se pone a la defensiva si le dicen algo bonito?

—Y tú, ¿siempre contestas con otra pregunta?

El muchacho se quedó pensativo.

—Es mejor preguntar que responder. La información es un valioso tesoro, ¿no cree?

Perplejo, Valiente lo miró con extrañeza.

—Eres un chaval muy peculiar.

De nuevo, el chico sonrió.

—No crea. No soy nadie especial, solo vivo aquí. Y no se preocupe por Kraus. No tardará en encontrarlo.

Sin decir nada más, Valiente se volvió hacia la verja, que se abrió de manera automática al toque de su mano.

—Tenga una buena tarde, inspector.

—Tú también, y no llegues tarde al instituto —contestó con sorna. Regresó a su coche con una extraña sensación de desasosiego.

* * *

Casi tomó carrerilla para arrojarse a la cama, a la vez que se desabotonaba la camisa para ganar tiempo. Aunque había sido un día de conversaciones e intentos de averiguar lo que acontecía, Valiente tenía la impresión de no haber sacado gran cosa en limpio. De seguir así, Pinilla entraría en cólera y la pagaría con él. Esas situaciones le provocaban ansiedad. Comer con Enrique había sido balsámico. Mirarlo a los ojos, hacerlo reír y ver su rostro soñador consiguieron que desconectase un momento. Cada vez que estaba con él sentía la plenitud que creía olvidada. Esperaba que no tardase mucho en llegar, después de cerrar el bar. Quedarse en su casa, dormir con él, le había devuelto el sueño y ahora descansaba de verdad por las noches.

—Ángel, era esto, ¿verdad? Era Enrique. Eso es lo que tú quieres

para mí —dijo en voz alta, advirtiendo que hasta esa presencia potente, omnipresente, había perdido fuerza ahora, en el nuevo estado de cosas, como si le estuviera soltando la mano para que caminara solo. Asustado y aliviado por igual, abrió su PC portátil para repasar el correo. Se le aceleró el pulso al ver encendido el icono naranja de Tusescritos.com, que activó en el acto.

GARABATOS, Capítulo 2

A pesar de todas las pesquisas, la monja investigadora y la monja archivera no habían conseguido dar con la identidad del Fantasma. Sin embargo, tenían pistas muy jugosas que, sin duda, terminarían por darles la información necesaria para encontrarlo. En eso pensaba la monja investigadora en el momento en que la madre abadesa le informó de que había llegado un correo electrónico del Ayuntamiento que daba una información que la dejó completamente anonadada y que, sin duda, iba a levantar mucho revuelo. ¿Cuál sería esa información? ¡Tenía que dársela al investigador V., era demasiado importante!

Tras sacudir la cabeza con los ojos en blanco, Valiente procedió a poner un mensaje privado a Prisca a través del chat de la aplicación.

Si tiene algo que decirme, ¿tanto le cuesta ponerme un mensaje por aquí, o un email? ¡Siempre tan enigmática sin necesidad!

La priora no tardó en contestar.

Esa será su opinión. Yo me debo a mis lectores, y a mi sobrina le viene de perlas leer mis relatos. Los mensajes privados son para seglares. Yo no puedo andar mensajeándome en privado así por las

buenas, e informo a la madre de cada correo que pongo. ¡Soy una benedictina, no lo olvide! Me dejé el albedrío en la puerta del monasterio. Además, estas páginas son muy fáciles de hackear, usted ya lo sabe. Y rompe usted el misterio con esas maneras tan prosaicas suyas. ¡Ande, acérquese mañana por aquí y le contaré bien ese asunto!

Seguro de que no le sacaría una palabra más, Valiente no se molestó en contestar. Era cuestión de dormir si quería madrugar para hablar con Prisca.

CAPÍTULO 9



Montserrat Hebrón salió del pasillo de vestuarios y avanzó hasta la puerta de cristal de la piscina cubierta. El balneario estaba vacío. No se sorprendió; un hotel de aguas termales en León, en pleno noviembre y entre semana, no era un destino escogido por casi nadie. Tanto más si se tenía en cuenta que el segundo miércoles de cada mes el balneario se reservaba para nudistas.

En la piscina lo vio enseguida. La única persona que se encontraba allí, sentado en la parte opuesta, con uno de los dos chorros de agua corriente cayendo junto a él. Así era, pensó: precavido hasta el extremo de querer cerca un ruido lo bastante intenso para entorpecer cualquier grabación. Claro que ella lo superaba en eso. La cita tenía que ser siempre allí, en ese balneario alejado mil kilómetros de su comunidad y, en concreto, el día en que se hacía nudismo. Si Ciro no se fiaba de que la conversación que mantuviesen pudiera ser inteligible, ella no confiaba lo más mínimo en dónde podía él esconderse un micro. Desnudos, en el agua y con una catarata artificial al lado, podían estar más o menos tranquilos: ninguno podría registrar la conversación para después chantajear al otro. Sonrió sin ganas, se quitó el albornoz, entró en el agua y se situó a su lado.

—¿Cómo estás?

—Cabreado. Me informaste mal de la herencia de Antoni Ferrer. ¿Lo hiciste aposta?

Ella lo miró desconcertada.

—No tengo ni idea de qué hablas.

—¡No me jodas, Montse! ¡Te pedí las últimas voluntades de ese hombre y me dijiste que no tenía herederos!

—Y no los tenía, que yo sepa. Ciro, suma dos más dos: le hiciste ofertas de compra que rechazó. ¿Qué esperabas? ¡Cualquiera se habría puesto en guardia!

—¿Hasta el extremo de cambiar el testamento? —La jueza mostró sorpresa un instante, aunque no tardó en reaccionar.

—¿Te olvidas de lo de Barrachina?

—¿Qué tiene eso que ver? Yo solo quería comprarle el local a Ferrer… —La jueza se volvió hacia él y le dedicó una mirada de piedra.

—¡Ciro, no me tomes por idiota! Me da igual que juegues a los fantasmas, que no des la cara jamás y que mandes siempre a tus

directores comerciales y contables en tu nombre. ¡Yo sé cómo te las gastas y que nunca aceptas un «no» por respuesta! ¡Quieres ese local sí o sí! Y Barrachina murió en el momento más oportuno… ¡Demasiado casual! —Kraus miró el agua. Después cerró los ojos y respiró despacio—. No sé ni me importa lo que insinúas. Francesc Barrachina era mi amigo. Una de las poquísimas personas a las que he recibido en mi casa. Y que terminó por cansarse de tus tejemanejes, sí. Un hombre íntegro…

—¡Ja! Montse, por Dios, no me hagas reír. ¿Íntegro? ¿Un juez, y en este país? ¡Eso no existe, todos estáis en venta!

La jueza apretó los dientes y le contestó sin separarlos.

—No nos metas a todos en el mismo saco. Hay gente honrada, buenos profesionales que no se dejan corromper por ratas de tu calaña…

—¿En serio? Nómbrame uno. No puedes, ¿verdad? Ni siquiera tú…

—No es que no pueda —lo interrumpió—. Es que no quiero darte juguetes nuevos, solo es eso.

—Hay algo en lo que os parecéis casi todos. Vais de honradísimos, de incorruptibles, y os enfadáis mucho si alguien lo pone en duda. Sin embargo, tenéis ojos y orejas en cualquier parte. Nada se os escapa. Algunos estáis a sueldo de alguien, otros cedéis a la menor presión del dinero. Claro que todavía los hay peores: los asalariados de los partidos políticos, los herederos de la dictadura. ¡La corrupción de esa institución es tal que ni yo puedo imaginar hasta dónde llega!

—¡Claro! En cambio, tu país es sacrosanto, ¿verdad? ¡Solo habéis montado dos guerras mundiales, por eso te permites censurar el sistema de los demás!

Ambos se miraron. Los ojos de Montserrat arrojaban fuego, su boca era una fina línea. Por el contrario, Kraus compuso un gesto angelical y sonrió.

—Tienes la sangre demasiado caliente para este juego. Espero que

no te estés cansando también, igual que Francesc… —A Montserrat le corrió un escalofrío por la espalda. Al poco se recompuso.

—Aquí el único que juega eres tú. Si te he ayudado ha sido por lo que ya sabes. Eres un cínico, un sociópata que solo se preocupa de sí mismo. ¡Y te permites insultarme! Si solo tuvieras un gramo de humanidad…

—Montse, yo tengo todo el día, pero no creo que hayas venido aquí a mostrarme lo bien que te conservas y a ponerme verde. Quiero que me expliques qué ha pasado con el testamento de Ferrer.

—¿Y yo qué sé? ¡No tengo ni idea! ¡Me pediste las últimas voluntades y te las di! ¡Te he informado de todos sus movimientos, tal y como me exigiste! Es lo único que sé, ¿qué más quieres? —Ciro clavó la mirada en la otra punta de la piscina tibia. El agua brillaba igual que un espejo, salvo en los puntos en los que las cascadas caían, rompiendo en suave espuma la quietud transparente. Entornó los ojos y habló despacio, con suavidad.

—Saber por qué ha cambiado su testamento y qué tienen que ver sus nuevas herederas en todo esto.

—¿Herederas? ¿Qué herederas?

Ciro Kraus volvió sus ojos claros, vacíos, hacia la jueza.

—Las monjas benedictinas de Santa Maria de Bruguers.

* * *

En la sala de visitas, Valiente repasaba una vez más con un dedo invisible la silueta del crucifijo ante él. Era una forma muy válida para mantener la mente en blanco mientras esperaba. No tardó en abrirse la puerta, que dio paso a una azorada Prisca. La priora le dio la mano y se sentó al borde de la silla, ante él, sin ceremonias. Su cuerpo inclinado hacia delante indicaba urgencia, así como su hablar rápido y sus gestos agitados.

—Daniel, esto es un lío muy gordo. Antoni Ferrer nos ha dejado la tienda en herencia.

El inspector se quedó pasmado.

—¡¿Qué dice?! —exclamó. Se tapó la boca y bajó la voz—. ¿En serio?

—¡Lo que oye! La madre quiere hablar con usted. Ya ha contactado con el comisario Pinilla. No sabemos de qué forma proceder ante esto.

—No me extraña… A mí me acaba de dejar helado. Tengo que procesarlo. ¿Quiere que sigamos la conversación en el despacho de la abadesa?

—Claro —contestó la priora. Se levantó de la silla de un salto y salió de la salita, seguida por Valiente, cuya cabeza echaba humo.

Tras dar un par de golpes suaves en la puerta del despacho, Prisca asomó la cabeza por la abertura. La madre Emilia estaba sentada ante la pantalla del ordenador.

—Adelante.

—Buenos días, madre…

—Tiene usted cara de haber visto un alma en pena, inspector —declaró Emilia con una sonrisa de soslayo.

—Usted verá. ¿Imaginaban algo de esto?

—Para nada. Nos han avisado desde la notaría esta misma mañana —añadió, alargándole un documento grueso con muchas firmas y números de registro. Valiente lo leyó con atención.

—Este documento es muy reciente.

—En efecto.

—Dice con claridad que Antoni no había testado, con la pretensión de que su tienda pasara a los bienes del Ayuntamiento. Y que hace

solo unos días llegó para redactar un testamento.

—Así es. Y, como ve en ese documento, el notario nos cita a su despacho para leernos las últimas voluntades. Me gustaría pedirle que nos acompañe. —Valiente mostró un gesto de asombro.

—¿Está segura, madre?

—Claro que sí. Usted sabe igual que nosotras los riesgos que entraña todo esto. Que esté informado de primera mano solo nos beneficiará. A usted también, por supuesto. Le ahorrará pasos en la investigación.

—Le agradezco la confianza, madre. Cuente conmigo. Aquí pone que las espera mañana, a las diez. ¿Quiere que pase a recogerlas?

—Pues la verdad es que nos haría usted un favor. Sobre todo, porque nuestra furgoneta está en el mecánico.

—Muy bien, estaré aquí a las nueve en punto.

El corredor que conducía hasta la puerta de salida del monasterio, iluminado por el sol de la mañana, le pareció a Valiente más frío de lo habitual. Tuvo un escalofrío.

—Hemos apagado la calefacción. La luz está carísima…

—¡Qué me va a contar! Por suerte, hace días que no voy por mi casa, así que me ahorro el suministro.

—Ah, ¿sí? ¿Y dónde duerme usted? —Valiente se mordió la lengua, pensando que acababa de meter la pata hasta el fondo y sintiendo con horror que sus mejillas se calentaban.

—Eso no es de su incumbencia, priora.

Prisca compuso un gesto jovial.

—Puede ser, pero eso no impide que me alegre por usted. Se merece ser feliz y lo sabe, Daniel.

—Es usted una romántica empedernida… ¡No sé cómo puede

escribir novela negra! Debería intentarlo con el chik lit…

Prisca sacudió las manos ante su cara, igual que si espantara moscas imaginarias.

—¡Quite, quiiite! Eso, para quien se le dé bien. Lo mío es el misterio. ¿Sabe que desde nuestro caso conjunto me he convertido en influencer?

—¿Por qué no me extraña? ¡Debería usted pagarme parte de sus beneficios, por el copyright de las historias!

—Huy, ni que fueran suyas… ¡Son casos reales, así que nada de derechos de autor! Además, con ese dinero hemos iniciado la restauración del monasterio, que con la de siglos que tiene, imagine el mantenimiento que necesita… —A Valiente le divirtió el tono de la priora.

—Vale, no se preocupe, que no la voy a denunciar —dijo entre risas. Ella se detuvo un instante, se volvió hacia él y bajó la voz.

—Le confieso que estoy asustada.

—Yo también. Hay ya varios muertos en todo este lío y el coche que atropelló a Antoni Ferrer sigue sin aparecer.

—¿Cómo es posible? Yo pensaba que la policía encontraba enseguida ese tipo de cosas…

—¡Pues vaya escritora de misterio es usted! No somos adivinos, ¿sabe?

—Daniel, no se enrolle… Todo el mundo sabe que la policía revisa las cámaras de seguridad que lo graban todo. No me parece tan difícil buscar un coche y un modelo concreto, ¿no? —Valiente resopló igual que un caballo cansado. Su flequillo rubio se movió como una crin.

—Hermana, lee demasiadas novelas norteamericanas. ¿Sabe cuántas cámaras de seguridad tiene instaladas la policía en toda la provincia de Barcelona?

—Sorpréndame…

—Sesenta y una. ¿Cuántas cree que caen aquí? ¡Un par, a lo sumo! Y las de las tiendas y negocios solo tienen autorizado grabar en el interior. Con suerte, tenemos las de las gasolineras, que graban de manera parcial las carreteras que las circundan.

Prisca mostró decepción.

—Vaya… No me extraña que ande usted tan loco.

—¿Qué se pensaba, que esto era hacer un rastreo de vídeo y ya está? Pues no, la gente tiene derecho a la intimidad.

—Tiene razón, aunque eso no nos ayuda…

—Por eso gasto tanta suela, Prisca. A ver si soluciono este follón. Al menos creo saber lo que hay detrás de todo, y las pinturas de Canimel tienen mucho que ver en ello. Y ahora les van a pasar el testigo a ustedes.

—Pobre Picasso… Seguro que no pretendía que sus bocetos causaran tanto lío.

—Pues claro que no. Y ya verá que, al final, cumplirán la función que él pretendió que tuvieran. Prisca, sabe que me voy a dejar la piel en esto. Ni usted ni yo vamos a permitir que sus hermanas o la madre salgan dañadas.

—Lo sé, Daniel. Yo las voy a proteger y, desde luego, confío en usted a ciegas. ¡Hala, vaya a trabajar, mañana lo esperamos aquí!

El inspector inclinó la cabeza agradecido. Mientras abandonaba el monasterio, Prisca lo observaba, preguntándose si, como él decía, podrían salir de ese berenjenal sin pincharse los dedos.

* * *

A pesar de intentarlo con todas sus fuerzas, Prisca no se podía quitar de la cabeza la conversación con Valiente. Demasiados puntos: unas pinturas maravillosas en un sótano, que el inspector sospechaba que estaban detrás de todas aquellas desgracias. Amenazas al tendero por parte de un fondo de inversión que se estaba adueñando de un barrio, propiedad de un hombre invisible; un juez asesinado, un tendero atropellado, un coche desaparecido… No había forma. La priora tuvo que hacer un ejercicio de concentración rayano en el budismo para poder pensar tan solo en los salmos de la hora nona y puso toda su atención en la lectura posterior. Cantó con todas sus fuerzas junto a sus hermanas y abandonó la iglesia más relajada. Teresa le salió al paso.

—¿Cómo va el caso, Prisca? He visto por aquí a David Bowie esta mañana…

—No seas curiosa, hermana. El inspector no para de trabajar en el asunto.

—¿Y tú? Porque yo también me he enterado de lo de Antoni; la madre nos lo ha contado esta mañana. ¿Ha sido un accidente? —La priora la miró de arriba abajo con clara censura en su gesto.

—Más valdría que fueras a afinar tu guitarra eléctrica para el concierto de Santa Cecilia.

—¡Pero si no es hasta octubre!

—Mejor, así la afinas como es debido —soltó Prisca, apretando el paso en dirección al despacho.

Una idea le rondaba por la cabeza. Valiente le había hablado de cámaras; decía que había muy pocas. Ella tenía otra idea. «El inspector se equivoca. Hay miles, millones de cámaras que vigilan la ciudad noche y día. Todo se ve, todo se graba», pensó mientras abría la página de Tok-Tok. Al advertir que había que registrarse para acceder al contenido, torció la boca. No tardó más de dos segundos en levantarse de la silla e ir en busca de la abadesa con energías renovadas.

* * *

En pijama y pantuflas, Valiente batía huevos con un tenedor que se le antojó demasiado grande. Era raro utilizar los instrumentos de cocina de otra persona. De hecho, él no tenía la costumbre de cocinar. Más bien prefería la comida precocinada y, sobre todo, comer fuera de casa. En cierta manera, le reconfortaba volver a meterse delante de un fogón, buscar en la nevera y pensar qué preparar. Y la mejor parte era guisar para dos.

Enrique no tardó en llegar. Al verlo ante el bol de cristal, sonrió con ternura.

—En cuanto se termine el caso, te voy a echar mucho de menos. —Valiente se volvió hacia él. Lo miraba con una mezcla de tristeza y melancolía.

—Al paso que voy, tardaré un siglo en resolverlo. Aparte, no tengo la intención de desaparecer de tu vida, ¿tú sí? —A Enrique le apareció un hermoso brillo en la mirada, al tiempo que la tristeza se desvanecía.

—Depende de lo bien que cocines. —Valiente soltó una carcajada.

—¡Entonces estoy muerto! —añadió, percatándose de lo fácil que le resultaba acostumbrarse de nuevo a todo aquello: las bromas, los abrazos, la compañía.

La cena agradable y el vino lo dejaron en un estado de paz que, por un momento, le quitó de la cabeza cualquier otra cosa. Hasta que miró el teléfono móvil y vio el icono naranja de Tusescritos.com.

—Ay, madre…

—¿Qué pasa? ¡No me digas que te tienes que ir!

—De eso nada. Es solo que la priora ha escrito algo… —Lleno de entusiasmo, Enrique se incorporó en el sofá y bajó el volumen del televisor.

—¡Léelo, por favor!

—¡Oye! ¿Y si es privado?

El barman resopló.

—Es una monja, no tienen vida privada. Además, el escrito es para sus seguidores y yo la sigo. ¡Así que puedo leerlo yo mismo, listo!

Valiente se quedó atónito.

—¿Que sigues a Prisca?

—¡Pues claro! ¡Como para no seguirla, con lo chulas que son sus historias! ¡Todo el mundo lee al Ángel Blanco!

—Con razón se ha hecho influencer la tía… —susurró Valiente mientras abría la nueva entrega del texto de la priora.

GARABATOS, Capítulo 3

La monja investigadora no salía de su asombro. Después de conseguir permiso de la madre abadesa para introducirse —en nombre de la investigación y la justicia— en una página pública de vídeos de aficionados, estuvo rastreando un buen rato. Se dio cuenta de que estaban clasificados por temáticas y, tras una ardua tarea de búsqueda entre cientos de locas grabaciones, dio al fin con lo que esperaba encontrar. Allí estaba: un vídeo en el que se veía claramente la sustracción de un vehículo que la policía había buscado de forma infructuosa. «¡Bingo!», se dijo la detective y guardó el archivo en el disco duro de su sencillo ordenador.

—¡No me jodas que ha encontrado el coche!

—¿El que atropelló a Antoni? ¡Es increíble! —exclamó Enrique, al tiempo que se daba una palmada en el muslo y soltaba una carcajada—. ¡Voy a ponerle un mensaje de felicitación!

—¡Ni se te ocurra! Mañana hablaré con ella, a ver qué es eso que ha encontrado. Ahora vamos a descansar. —Enrique ladeó la cabeza.

—¿A descansar?

—¡Bueno, ya me has entendido! —contestó el inspector, tirando del brazo de su amante para atraerlo sobre él.

CAPÍTULO 10



La hermana Luz mostró su asombro al ver llegar al inspector de buena mañana, antes del rezo de tercias. Según solía hacer, la saludó con amabilidad, aunque esta vez no se detuvo a hablarle unos minutos. Asombrada, lo vio entrar como una exhalación por el pasillo principal del monasterio. Ante la irregularidad de la situación, fue tras él.

—Inspector, ¿viene a hablar con la priora?

—Claro, hermana. —Luz lo miró en silencio. Él comprendió—. Dios mío, le pido disculpas. Es que es urgente. Tengo que llevarlas al notario, pero necesito hablar antes con la priora y ni siquiera he pensado en que usted tenía que llamarla. ¿Sería tan amable? —La portera asintió con gesto plácido. Se acercó a la campana y dio unos toques. A los pocos instantes, Prisca apareció por la escalera. Se detuvo un segundo al ver a Valiente.

—¡Qué bien que haya venido tan pronto! Espéreme en la sala de visitas, voy a buscar mi portátil.

Apenas se había sentado cuando la priora entró en la estancia.

—Mire, accedí a esta plataforma. Puedes elegir temáticas. Yo puse «robos de coches». Como los primeros que salen son los más recientes y sabía la marca y el color, encontré esto.

Era un vídeo bastante bueno. En él se veía a un hombre de complexión media acercarse a un coche igual al que buscaba. Sacaba una varilla de la pernera del pantalón y con ella abría la puerta sin dificultad. Después se marchaba con el auto sin problemas.

—Es estupendo, Prisca… Aun así, nada nos dice que sea el mismo coche. No quiero aguarle la fiesta, pero…

—¡Lo sé, lo sé! Y a mí no me agua usted ninguna fiesta, faltaría más. Los dos queremos lo mismo. Si me he guardado este vídeo es por algo. Verá, resulta que está registrado el mismo día del atropello de Antoni, apenas dos horas antes. Ya lo ve: en la grabación aparece el momento exacto en que fue realizada. El perfil de la persona que ha colgado el vídeo se llama «Ojo Avizor» y no da ningún dato sobre sí misma. No me extraña; lo que hace es arriesgado y podría tener problemas con los delincuentes por ello. En cambio, usted solo tiene que buscar al ladrón y preguntarle.

—¡Como si fuera tan fácil!

—Para usted, lo será. Fíjese, tiene una vara de abrir coches. Eso

quiere decir que debe de estar fichado por otros hurtos. Además, su perfil se ve con claridad. Si rastrea el lugar del robo y pregunta en la comisaría de ese distrito, seguro que tienen la denuncia. Solo habrá que distribuir su silueta, o el vídeo, entre sus compañeros de otras comisarías. Si está fichado, no tardará en encontrarlo. Y entonces podrá hacerlo hablar.

Valiente la miró con pasmo.

—Vaya, priora, me deja usted asombrado. Bueno, este vídeo puede ser un punto de partida, desde luego.

—¿Con qué método se lo paso?

—Transfiérame el archivo por Bluetooth. Y, hermana, mil gracias. Las espero aquí.

Mientras aguardaba, Valiente miró la grabación una vez más, esta vez en su teléfono.

Prisca había hecho bien en descargarla, no fueran a eliminarla, cosa que sucedía a menudo con esos vídeos rayanos en la ilegalidad, traspasando a terrenos pantanosos en numerosas ocasiones. Sin perder más tiempo, se lo hizo llegar a Isabel Olmedo con un mensaje.

Echa un vistazo y busca todo lo relacionado con ese robo. Por la hora, podría ser el nuestro.

Era evidente que la sustracción del vehículo que atropelló a Antoni se podría haber producido días antes. Y estaba el dato de Heredia. Si él tenía datos fiables sobre quién había perpetrado el robo, la persona tenía que ser del barrio. Si era así, y con una imagen del perfil del ladrón, no sería difícil dar con él.

La madre Emilia y Prisca no tardaron en llegar. Valiente se puso de pie.

—Buenos días, inspector. Gracias de nuevo por acompañarnos.

—Un placer —contestó con la esperanza de que el notario le fuese útil para esclarecer aquel caso endiablado.

La bruñida madera del portón de entrada al edificio del notario, oscura y brillante de tanto pasarle el trapo, lucía con orgullo las vidrieras de colores que se abrían al frente, contorneadas por finas líneas de plomo negro.

—Se parece a esa lámpara imitación de Tiffany que tenemos en la mesa del despacho, madre.

—¿Quién le ha dicho que es de imitación? —contestó la abadesa, que trató de esconder una sonrisa. —Sepa que lleva allí desde la Segunda Guerra Mundial; cualquier día le cuento la historia.

La escalera, umbría y con cierto grado de humedad, atizó en los sentidos de Valiente recuerdos de su infancia. El yeso de las paredes, adornado con molduras pintadas en tonos pastel, mostraba algunos puntos negros en las esquinas. El ascensor del siglo

XIX

, tan bello como poco fiable, lo mantuvo en tensión todo el tiempo que duró su traqueteo, desde la planta baja hasta el segundo piso.

El despacho infundía la misma sensación de sobriedad que la escalera. Aromas a madera, estanterías con libros cuyos lomos se mostraban viejos, nobles, con títulos en latín que evocaban el derecho romano. El inspector se sintió confortado en aquel ambiente, acorde con su ordenada forma de entender la vida y enraizado en tiempos muy pretéritos. Sonrió al imaginar a Enrique allí. Él, tan alegre y colorido, activo hasta la extenuación, habría corrido hacia esos volúmenes para observarlos, olerlos, consultarlos. La elegante voz del notario lo sacó de sus ensoñaciones.

—Bienvenidas, hermanas, y…

—Inspector jefe Daniel Valiente —dijo, saliendo al paso del letrado, mientras le mostraba su placa. Le sorprendió descubrir que se trataba de un hombre joven, de cabello negro y camisa blanca

impoluta. Apenas un leve recuerdo de acento gallego en su castellano, tan impecable como el resto de su aspecto. Al observar las credenciales del policía, mostró una mirada de asombro.

—Caramba, un inspector… —su tono confundido invitó a Valiente a explicarse.

—La priora y la abadesa me han pedido que las acompañe. Estoy al cargo de la investigación del atropello a Antoni Ferrer. Se trata de un asunto delicado y ellas están más tranquilas de este modo.

—No tengo ningún problema, no me malinterprete. Solo me ha sorprendido —añadió el notario.

—Es natural. De todas maneras, usted ignóreme. Haga ver que no estoy.

A pesar de su contrariedad por la situación, el joven apartó la vista de Valiente y dio la mano a Prisca y a Emilia con amabilidad. Las invitó a ocupar las dos butacas de cuero ante su mesa. A Valiente lo dejó de pie. ¿Acaso no había pedido ser ignorado?

—Como les dije en la carta, debo leerles el testamento de Antoni Ferrer. —Abrió un portafolio de color chocolate con herrajes dorados en las esquinas y sacó un documento que procedió a leer tras ajustarse las gafas de montura al aire. Valiente cerró los ojos para que nada lo distrajera de la voz bien timbrada—. «Sant Feliu de Llobregat, noviembre de 2022. Yo, Antoni Ferrer, en pleno uso de mis facultades, procedo a otorgar testamento de cuanto tengo a las hermanas benedictinas de Santa Maria de Bruguers, que pasan a ser en este acto herederas universales de todos mis bienes.» —Levantó por un momento la cabeza del documento—. Lo demás son datos documentales. Las he hecho venir para entregarles esta carta, según me indicó el señor Ferrer el día que vino para redactar este testamento.

Abrió de nuevo el bello portafolio y extrajo una carta sencilla, en un sobre blanco corriente, en cuya cara se podía leer «Madre Emilia y priora Prisca». La abadesa lo tomó de manos del notario.

—¿Puedo leerlo ahora?

—Por supuesto. Y no tiene por qué hacerlo en voz alta, madre.

—Prefiero hacerlo así, gracias —contestó la religiosa a media voz. Volvió la vista a Prisca primero y a Valiente después, se aclaró la garganta y abrió el sobre, del que sacó una hoja de papel doblada en cuatro partes. La abrió y procedió a leer.

Queridas hermanas:

Desde que mi abuelo abrió Canimel hasta el día de hoy, ustedes han formado parte de su historia. Toda la ciudad las ha visto siempre acudir a comprar lo necesario para el monasterio, incluso en estos tiempos donde todo puede pedirse por internet. Su fidelidad ha sido crucial en el triunfo de este pequeño negocio, que en gran parte se ha mantenido gracias a las misas de domingo, donde ustedes siempre contaban a todo el mundo lo ricas que eran las aceitunas malagueñas que vendemos. Al ser una ciudad pequeña, el boca a boca funciona todavía y soy muy consciente de que les debo mucho.

De todas maneras, no es solo eso lo que me ha llevado a tomar esta decisión. Desde el fallecimiento del juez Barrachina, he estado en el punto de mira de la policía. Es natural; ellos hacen su trabajo y ese inspector tan peripuesto intenta hacer justicia. Lo que pasa es que la justicia es una falacia. Ojalá no fuera así, aunque me temo que es la triste realidad. Hablamos de justicia cuando deberíamos hablar de sistema. Tenemos uno que funciona para unos cuantos y falla para la mayoría. Sin embargo, son esos cuantos los que lo mantienen y, claro, lo hacen a su conveniencia.

Sé que me voy por las ramas, espero que me disculpen. Si están leyendo esta carta, sin duda estoy muerto. Si las cosas van como yo creo que irán, no voy a tardar en tener algún accidente. Han sido muchas las amenazas que he recibido por parte del fondo Kraus, aunque no tenga pruebas para demostrar que han sido ellos. Su inspector tiene muchos datos sobre mis sospechas y confío en que pueda encontrar la manera de demostrarlo.

A estas alturas, pues, ya deben de conocer el tesoro que llevo custodiando toda mi vida. No sé qué importancia tendrá en la

comunidad artística; de todas maneras, no me cabe duda de que será algo muy valioso para muchos. Yo, igual que mi padre, no quiero que vaya a parar a una colección privada; menos todavía a la de quien ha echado de sus casas a mis queridos vecinos. Es de nuestra ciudad y para ella tiene que ser.

Si yo hubiese expuesto las pinturas años atrás, es muy posible que me hubieran expropiado el local, que es cuanto tengo, y otras voluntades más flacas que la mía hubiesen terminado por venderlo a Kraus o a quien fuera. Por eso las mantuve ocultas al mundo y hago ahora este testamento.

Hermanas, ustedes son restauradoras. Quiero que dejen esas pinturas como el día en que Pablo las pintó, con todo el amor y respeto que sé que dedicarán a ello. Y quiero que las abran al mundo. Que vengan periodistas, críticos de arte, expertos de todo tipo, para admirarlas y enseñarlas a quien lo desee. Quiero que ustedes custodien ese museo y que cobren una entrada que las ayude a conservar el monasterio y poder llevar a cabo todas esas obras necesarias para su mantenimiento. Y también quiero que, si alguien no puede pagar la entrada, le permitan de igual modo visitar la galería. Nadie tiene que quedarse sin ver esa maravilla y sé que ustedes, hermanas, son las más adecuadas para conseguirlo.

El notario tiene instrucciones para todo lo que necesiten, no duden en preguntarle lo que les haga falta.

No tengo más que gratitud hacia ustedes y hacia mi barrio, mis vecinos y amigos; para mí no hay diferencia.

Reciban todo mi cariño desde donde quiera que me encuentre.

Antoni Ferrer

Emilia levantó la vista de la carta y descubrió los ojos de Prisca, Valiente y el notario fijos en ella. Habría podido jurar que no respiraban para no perderse una palabra. Decidió romper el

silencio.

—¿Qué miran? ¡Tenemos trabajo! Prisca, hay que iniciar los trámites con el Ayuntamiento y el departamento de Patrimoni Cultural. Yo tengo que escribir un par de cartas. Además habrá que trasladarse a Canimel para ver el estado de esas pinturas y comenzar la restauración… ¡Prisca, ¿me oye?!

La priora sacudió la cabeza un par de veces.

—¡Sí, madre! Tiene razón, ¡en marcha!

* * *

La visión de las pinturas invadía la cabeza de Valiente sin descanso, incluso después de dejar a la madre y a la priora en el monasterio y conducir hasta la comisaría. La imagen lo acompañó mientras aparcaba. Le costó tomar conciencia de la realidad y bajarse del coche. Todavía traspasaba la puerta del edificio cuando se tropezó con Pinilla, que salía como una flecha.

—¡Valiente! A usted lo buscaba. ¡Venga al departamento de informática!

El comisario lo precedió escalera arriba. Nada más llegar, Isabel Olmedo volvió la pantalla hacia ellos.

—Inspector, han llamado desde la comisaría de Castelldefels. Gracias a su vídeo han podido identificar el coche y parece que lo han encontrado.

—¡Excelente! ¿Dónde está? —La técnica compuso un gesto de desolación.

—En un descampado, al norte de Tarragona. Lo tienen los de la Científica, pero no espere mucho: está calcinado. —A Valiente se le descolgó la mandíbula.

—¡¿En serio?! Joder…

—Pues sí. Olvídese de encontrar muestras de ADN en el parachoques.

—Bueno, al menos lo tenemos… ¿Han podido identificar al ladrón a partir del vídeo?

—No lo sé, vaya a preguntar a los compañeros del archivo. También les he pasado la grabación.

Sin esperar más, se volvió hacia la puerta de los compañeros que Isabel acababa de mencionar.

—¡Gracias, Olmedo! —dijo, y entró en el siguiente despacho.

—Sí —le dijo un joven de piel morena y rastas, nada más verlo llegar.

—¿Sí, qué? —preguntó Valiente con desconcierto.

—Que sí, que está fichado. Te he oído hablar con Isa. Mira, ¿lo ves? —preguntó a la vez que volvía la pantalla hacia Valiente—. Es este tío. He pasado los datos para que lo pongan en busca y captura. Es imposible saber cuánto tardarán en dar con él; de todas maneras, la faena ya está hecha. Te paso la foto y los datos a tu correo electrónico.

—Gracias, eres un ángel.

—Sí, un ángel negro… —El inspector se volvió hacia él interrogante. El chico mostró una gran hilera de dientes.

—Es que yo también soy seguidor del Ángel Blanco. —Valiente respiró hondo y puso los ojos en blanco. Pudo oír una carcajada de su compañero al dirigirse a la escalera y bajarla en cuatro saltos.

* * *

El Loro Azul estaba lleno de parroquianos con un botellín en la mano. Discutían sobre la mejor forma de arreglar el país. Enrique meneó la cabeza con resignación. Pensaba en que los bares estaban llenos de técnicos en urbanismo, en sanidad, economía y educación. Todo el mundo tenía algo que decir, con las opiniones de tertulianos pagados por cadenas de televisión sensacionalistas como toda base de sus diatribas. Casi podía anticipar cada reclamo, cada respuesta, desde detrás de la barra. Solo tenía que estar al día de las noticias para saber de qué oiría hablar y cuáles serían las opiniones mayoritarias, las discusiones, las réplicas y las soluciones que, una a una, se irían desgranando de sus clientes entre cerveza y cerveza. Aunque en muchas ocasiones le preguntaban su opinión, él siempre contestaba con una sonrisa y alegaba ignorancia del tema. No convenía discutir de política ni de fútbol si eras el dueño de un bar. Sin embargo, aquella mañana la conversación le hizo levantar las orejas, igual que un lobo atento.

—Parece que todavía no han dado con el que atropelló a Antoni —declaró un hombre menudo de unos cuarenta y tantos años a quien nadie conocía oficio y que llevaba más de una década cobrando subsidios.

—Es verdad. Me pregunto para qué pagamos a la policía —intervino una vecina de gran envergadura y cabello teñido de rubio.

—¡Esos no hacen nada! —añadió un relojero jubilado, con una de las patas de sus gafas sujeta con cinta adhesiva—. Ni siquiera han encontrado aún al que apuñaló al juez… Son una panda de inútiles.

Enrique apretó los dientes y volvió la vista hacia las neveras tras la barra, que se afanó en abrillantar.

—Eso da igual. ¿A quién le importa lo del juez? ¡Con su pan se lo coma! Ese tío hizo mucho daño. En cambio, el pobre Antoni… —dijo el hombre menudo después de dar un nuevo trago a su botellín de cerveza.

—Pues yo he oído por ahí que quien lo hizo ha desaparecido —contestó la mujer rubia.

—¿Desaparecido? —preguntó el relojero.

—Sí, que se anda escondiendo. Que no está en el barrio —murmuró ella.

—Ah, ¿es del barrio?

—Pues claro. Si no, ¿para qué iba a cargarse a un juez que ha desahuciado a nuestros vecinos? ¡Y llevarlo al Registro de la Propiedad de aquí!

—¿Y lo llevó hasta allí?

—No está muy lejos de donde dicen que lo mató, así que es posible.

—¿Y por qué se esconderá?

—¿Por qué va a ser? —preguntó el hombre menudo—. ¡Porque estarán a punto de pillarlo!

—¿Oye, tú no acabas de decir que la policía es una inútil?

En ese momento, Valiente entró en el bar. Enrique levantó la cabeza con un mohín que le hizo entender que debía ser discreto. Con la intención de pasar desapercibido, se situó al otro lado de los contertulios y dio los buenos días al barman con discreción. Este se volvió hacia la cafetera. No obstante, la presencia de aquel hombre elegante los intimidó y no tardaron en dispersarse hacia las mesas de la calle. Enrique respiró por primera vez en un buen rato.

—¡La madre que los parió! Cari, dicen que la policía se toca las narices y no resuelve los crímenes, en especial el de Antoni.

—No los culpo. Supongo que quieren respuestas inmediatas. La gente no se imagina lo difícil que es esto. Y entiendo que les escueza más el de Antoni. Todos le tenían cariño en el barrio.

—Claro…, ¡pero no sabes lo que me ha costado no decirles cuatro frescas!

Valiente se mostró feliz.

—¿Mi caballero andante me quiere defender? —Enrique enrojeció.

—Bueno… Yo, es que… —El inspector soltó una pequeña risa.

—Oye, que me encanta. No sabes cuánto te lo agradezco, solo siento que pases malos ratos por mi causa. No te preocupes, estoy acostumbrado; hasta el comisario me llama inútil si tardo demasiado. Y, la verdad, esto se alarga ya mucho…

—Han dicho algo interesante —dijo Enrique de pronto—. Parece ser que la persona que mató al juez está desaparecida, que se ha ido del barrio. Creen que es porque la policía le sigue la pista…

—¡Ojalá! Estoy más perdido que un obispo en una discoteca…

—Pues, por lo visto, esa no es la opinión del asesino. Si no, ¿por qué se esconde?

Valiente enarcó las cejas.

—Oye, es verdad. Algún hueso habré tocado… ¡Te invito a comer!

—¿Aquí?

—Ni hablar. Deja trabajar a tu gente y ven conmigo.

* * *

Era un local pequeño, con apenas cuatro mesas cubiertas por limpísimos manteles a cuadros rojos sobre fondo blanco. Las cartas, plastificadas hacía poco, desviaban un haz de luz desde las lámparas del techo hasta los ojos del comensal que tuviera la mala fortuna de sentarse dándoles la espalda. Por lo demás, el menú parecía prometedor: cocina tradicional con acompañamientos sanos, más allá de las patatas fritas. A la mesa, tres hombres observaban con atención las líneas que describían los diferentes platos.

—El conejo a la brasa con alioli tiene buena pinta. En la mesa de al lado lo han pedido —musitó Enrique, con cara de estar muerto de hambre. Valiente sonrió a su gesto.

—Justo pensaba lo mismo.

—Pues yo pediré una chuleta con puré de patata —añadió el tercero, un joven con gafas de montura fina y flequillo rebelde, que se apartaba de la cara a intervalos regulares.

Tan pronto el camarero se retiró con las cartas y la orden bien apuntada, el inspector se dirigió al chico.

—Agente Márquez, ¿verdad?

—Sí, señor. Le agradezco que me haya invitado a comer, señor.

—Solo quería saber qué has visto estos días. De todas maneras, no pierdas de vista la puerta de la tienda.

—Desde aquí se ve a la perfección, señor.

Valiente resopló.

—Deja de llamarme señor, que no somos militares. Quería que comieras como Dios manda, sé que llevas desde la hora del relevo metido en el coche.

—Sí, por eso le doy las gracias. Poder ir al baño ya es una gran cosa.

—De eso se trata. Anda, cuéntame qué tal va la vigilancia.

—Pues estamos aquí día y noche. Nadie se acerca a la tienda. Solo en dos ocasiones he visto a alguien. Parece un chico, no muy alto y bastante flaco. La ropa es deportiva, de marcas caras. No me suena del barrio, señor. O sea, inspector.

—¿Y qué hace exactamente? —preguntó Valiente con franco asombro.

—Mira alrededor, observa la persiana, se agacha. Luego se va. Imagino que ha leído algo del crimen en los periódicos y siente curiosidad.

—Eso debe ser, sí…

Al aparecer el camarero con los platos, se detuvo el curso de los pensamientos del inspector. El aroma de la carne a la brasa, aderezada con especias, lo hizo salivar.

—Vamos a comer, después seguimos con la investigación —dijo, olvidando por un momento la persiana de la tienda y al muchacho curioso del que Márquez acababa de hablarle.

Apenas saboreaba el café, recibió una llamada. A desgana, descolgó. Era de la comisaría de Castelldefels.

—Inspector, hemos buscado entre los que tenemos fichados por robo de coche y hemos dado con alguien que se parece mucho al de la grabación. Si quiere pasarse, a lo mejor puede ayudarnos con la identificación.

—Por supuesto, muchas gracias. —Cortó la llamada, dio un último trago a su café y pidió la cuenta—. Márquez, manténgame al tanto de todo. Si ese chaval se vuelve a acercar, avíseme. Enrique, ¿te vienes conmigo a la playa?

CAPÍTULO 11



En la sala de interrogatorios, un hombre joven permanecía esposado, con las manos tras el respaldo de su asiento, y se retorcía los dedos con nerviosismo. La oficial al cargo lo contemplaba desde el exterior, a través del pequeño cristal de la puerta. Junto a ella, Valiente observaba con atención el interior, mientras escuchaba a la inspectora.

—Se llama Joaquín Lázaro. Lo hemos detenido ya otras veces por hurtos y delitos menores. Es adicto a varias sustancias y ahora llevaba algún tiempo sin pasar por aquí.

—¿Está segura de que es él quien levantó el Hyundai? En el vídeo no se veía muy bien…

—Es cierto, pero he observado varias cosas —atajó ella—. En primer lugar, la manera de moverse. Siempre guarda la vara en el mismo sitio y la saca igual. Además, es zurdo. Y uno de los agentes que lo ha detenido varias veces ha reconocido el suéter y el roto que nos indicó su informática, además del trazo de perfil que se ve con cierta claridad. Yo no tengo ninguna duda.

—Ya sabe que eso no son pruebas, tan solo suposiciones.

La inspectora mostró una expresión de perplejidad.

—Desde luego que lo sé, inspector. Llevo quince años en esto. No le digo que lo lleve a juicio; sé que no puede. Aun así, créame: es su hombre y, si alguien puede darle alguna información sobre el caso que investiga, es él. Entre y pregunte. Es cuanto puedo hacer, al menos de momento.

Valiente entró en la sala y Lázaro pareció encogerse sobre sí mismo. El inspector se aclaró la garganta.

—Yo te conozco. Tú no eres de aquí. —Lázaro no levantó la vista—. Te he visto por la comisaría de Sant Feliu de Llobregat un par de veces. Sin embargo, nunca te he interrogado antes. ¿Sabes por qué? —El detenido negó con la cabeza, sin dejar de mirar hacia abajo—. Pues porque yo soy de Homicidios.

—¡Yo no he hecho nada! —Por primera vez sonó su voz. Angustia y miedo, desesperación. Su tono era tembloroso e inseguro.

—Que yo sepa, todavía no te he acusado.

—¡Pero usted es de Homicidios!

—Cálmate, hombre. Quería decir que no he llevado un caso tuyo hasta ahora porque soy de otro departamento; tú solo has cometido

robos. Nunca un crimen. Hasta ahora, claro. —En ese momento, Lázaro alzó la mirada hacia Valiente. Solo un poco, apenas unos centímetros. Fue suficiente para que al inspector lo sobrecogiera su expresión de carnero degollado.

—Yo no he matado a nadie. ¡Solo robé un coche!

—Y atropellaste a un hombre.

—¡No lo vi! ¡Apareció de pronto! —Valiente sonrió para sí y trató de disimular su alivio.

—¿Estás seguro? Ibas sin luces, muy despacio. Los técnicos dicen que aceleraste de pronto. Por las marcas de los neumáticos y el punto del atropello, está claro que le pisaste justo al ver a Antoni Ferrer. La pregunta es: ¿quién te ha pagado por ello?

—No lo sé. —Valiente no salía de su asombro. No era la primera vez que se tiraba un órdago para obtener una confesión; no obstante, jamás le había resultado tan sencillo. Lázaro era un drogadicto con el mono; sus pupilas dilatadas y los nervios deshechos lo delataban. Aun así, bendijo su suerte.

—Pues yo creo que sí lo sabes. Alguien te contactó, o te llamó. Además, todavía no te ha pagado. Si lo hubiera hecho, ahora mismo estarías colocado y no con el síndrome de abstinencia. —Lázaro no paraba de mecerse en la silla de manera compulsiva. Rehuía la mirada de Valiente y hablaba a trompicones.

—No sé nada, de verdad. No sé quién es… —El inspector se levantó y caminó despacio hasta detrás de la silla del joven. Se inclinó un poco y le habló cerca del oído.

—Mira mi mano, la derecha. ¿Ves ese sobrecito? Es metanfetamina. Si me dices lo que sabes, la meto en tu bolsillo. —Los ojos de Lázaro se abrieron con desmesura.

—Es una mujer. A pesar de que hablaba en susurros, distinguí un tono femenino. No me dijo de qué modo había conseguido mi teléfono. Me contó que sabía que mi hijo va al colegio Salvador Olivé…

—¿Tienes un hijo?

—Sí, de tres años. Su madre no quiere ni verme, por eso yo voy al cole a escondidas y lo veo jugar en el patio.

—Entonces no es raro que la que te amenazó supiera quién es el niño y a qué colegio va.

—Ya lo sé, señor. Yo no quiero que le pase nada al niño, ¿entiende? Aunque su madre me prefiera muerto. Ella es buena, por eso me dejó. Trabaja, es buena madre. Señor, no quiero que le pase nada al niño…

—Entonces, ¿solo te amenazó? ¿No te ofreció dinero? —Lázaro bajó la mirada de nuevo. Valiente hizo crujir el sobre y el chico recuperó el habla.

—No, también me ofreció pasta, y bastante. Pensé que podría dársela a la madre de mi hijo, para que le compre lo que necesite.

—¿Aparte de metértela por la vena?

—Era mucha pasta —murmuró Lázaro.

—¿Y por qué no te ha pagado?

—Tenía que haberlo hecho ayer. No pudo, porque me detuvieron. —Valiente maldijo para sus adentros.

—¿Dónde era la entrega?

—Inspector, tengo miedo…

—¡No seas tonto! La entrega no ha tenido lugar, ¿no? Entonces, esa mujer ya no irá allí para nada. Solo quiero saberlo para buscar pistas, nada más. Tu hijo no va a correr ningún riesgo.

—Bueno, era en la plaza, delante de la iglesia. No sé para qué le sirve saberlo…

—Dime algo del tono de voz.

—Hablaba en susurros…

—¿El número de teléfono desde el que marcaba?

—Oculto. —Valiente soltó de golpe todo el aire de sus pulmones.

—Te voy a preguntar algo muy importante, ¿de acuerdo? Concéntrate en la respuesta. Tú nunca habías hecho nada así, ¿no?

—¡Nunca, señor, lo juro!

—Entonces, ¿quién podría saber que estabas dispuesto a cualquier cosa por dinero?

Lázaro quedó pensativo, con la mirada perdida y sin parar de mecerse.

—Tengo una ex. Era una tía fascinante, pero daba muy mal rollo. Hace más de cinco años que la dejé por la madre de mi hijo. Se cabreó mucho, creo que estaba obsesionada conmigo. Me mandaba mensajes a todas horas, me amenazaba, se ponía dramática… Desde entonces todo me fue mal, no encontraba trabajo ni nada. Terminé en la calle y un día alguien me ofreció drogas. Siempre he pensado que ella andaba detrás, por rencor.

—Eso no tiene nada que ver con ofrecerte un encargo de esa clase. —Lázaro fijó la vista en los ojos de Valiente. Este se estremeció. La mirada era líquida, transparente. Parecía contener toda la tristeza del mundo.

—Yo sabía que ella tenía que ver con mi desgracia y la llamé varias veces para pedirle dinero y ayuda. Ella podía ayudarme, se mueve con gente chunga y forrada. Muy chunga y muy forrada. Y siempre fue ambiciosa. Le dije que estaba dispuesto a todo y no me hizo ni caso. Y hace tres semanas recibo esa llamada. Fuera quien fuese quien llamó, yo digo que solo puede ser cosa de ella. —Valiente dio un respingo.

—Dame los datos de tu exnovia.

—Me da miedo…

—¿Quieres la «meta»?

—¡No quiero que le pase nada a mi hijo!

—No te preocupes por eso, te aseguro que me encargaré.

—Tania Guzmán —susurró—. Vivía en el barrio Gótico de Barcelona. No sé dónde parará ahora. No puedo decirle nada más de ella.

—¿Tienes alguna foto?

—No, señor. Tenía una en el móvil viejo, pero en este ya no.

—¿Y de tu hijo y su madre?

—De ellos sí, en el teléfono de ahora.

—Está bien. ¿Te lo quitaron al detenerte?

—Sí, señor. ¿Me va a dar la «meta»? —El inspector deslizó el pequeño sobre en el bolsillo de la cazadora de Lázaro. Antes de dejarlo caer, le habló de nuevo, casi al oído.

—Una última pregunta. ¿Dónde estabas el martes por la noche? —Lázaro tardó unos segundos en contestar.

—En el hospital. Me ingresaron por la mañana con convulsiones. Salí el miércoles al mediodía. —Valiente soltó el sobre dentro del bolsillo.

—Yo no te he dado nada —murmuró y salió de la sala de interrogatorios.

Antes de marcharse, pidió a la inspectora revisar el teléfono de Lázaro. El informático le mostró las fotos, entre las que se distinguían un precioso niño de unos tres años y una joven bonita y sonriente, de cabellos rojizos. Le pidió que se las pasara y el técnico así lo hizo. Con esa información salió a la calle rascándose la barbilla.

«Tania Guzmán… ¡Suma y sigue!» Sintió fastidio al no poder

comentar en voz alta sus inquietudes. Enrique no había podido acompañarlo. Para él ya había sido un problema dejar el bar en pleno servicio de comidas y Valiente entendió que quisiera regresar al Loro Azul por la tarde, para disponer el resto de los servicios del día. Lo echó de menos. Siempre le escuchaba y sus comentarios solían dar a sus realidades y pensamientos prismas que él no veía en principio. En ese momento sintió un escalofrío al notar su teléfono móvil vibrar en el bolsillo. Comprobó los mensajes y encontró uno de Mar Albrich. Lo abrió de inmediato.

¿Podemos vernos?

¿Dónde?

En el bar de la última vez. Te espero en un rato.

Con la esperanza de que Mar tuviese algo para él, se encaminó al aparcamiento.

* * *

A excepción de ella, el bar estaba vacío. No era de extrañar a aquella hora en que los niños no habían salido todavía del colegio y las madres y padres aún no acudían en busca de su café de la tarde. Valiente fue directo a la mesa y, sin ambages, se sentó frente a la mujer.

—Cuántos días sin verte…

—Culpa tuya. Yo apenas me muevo de casa.

—¿Ni para trabajar?

—No siempre. Además, no te excuses. ¡Ya podrías informarme de tus pesquisas!

—Eso no sería procedente —contestó divertido—. Técnicamente, eres sospechosa.

—Madre mía… ¡Qué paciencia contigo! Está bien, solo quería decirte que me voy unos días. —Valiente se enderezó en la silla.

—¿Adónde?

—A mi casa de la playa. Cierro el mausoleo, al menos por un tiempo. Por eso te aviso, por si vienes a buscar pruebas, ya sabes, cuchillos ensangrentados o suéteres con capucha, y no me encuentras.

Valiente se rio.

—Mujer, a estas alturas, imagino que ya habrías destruido las pruebas.

—¿Estás seguro? Ni siquiera me has registrado… —Él se reclinó de nuevo hacia atrás y frunció las cejas.

—Eso es cierto, y supongo que me quedaré con las ganas.

—Esas las perdiste al enamorarte de nuevo. —El inspector guardó silencio. No había que ser un lince para llegar a esa conclusión y Mar lo había entendido sin tener apenas datos sobre lo que tenía lugar en su corazón. Ojos Verdes tampoco había vuelto a llamarle. Las mujeres y su capacidad de percibir y atar todos los cabos.

—Vaya, parece que uno siempre es el último en enterarse. Hasta la priora cree que estoy enamorado.

—No solo es priora, también mujer. Las cazamos al vuelo, cariño —dijo, simulando capturar una mosca en el aire. Él rio de nuevo.

—Al final me lo voy a creer.

—Harías bien. En fin, puedo esperar a que se te pase la carga hormonal del principio. Tú no te preocupes, que esta nos la debemos. ¿Cómo lo llaman, tensión sexual no resuelta?

Él le contestó con un murmullo.

—Eso creo, sí. —Con la cabeza gacha, no pudo ver el gesto divertido de Mar.

—Oye, no te preocupes, ¿vale? De verdad, solo quería avisarte de que me voy y darte mi dirección, por si tienes que venir a buscarme en coche patrulla. El teléfono ya lo tienes y no pienso desaparecer, tú tranquilo.

—Pues te lo agradezco, la verdad. —La mujer puso la mano sobre el dorso de la de él, apoyada en la mesa.

—Anda, tómate algo conmigo y cuéntame tus avances, o los que puedas, al menos.

—No hay gran cosa, por desgracia. Tú no te inquietes, que te mantendré informada si hay algo que debas saber.

—Pues a ver si es verdad. Y ahora me voy a tomar un suizo. —Se carcajeó al ver el asombro pintado en el rostro de Valiente—. ¿Qué pasa? ¿No dicen que el chocolate sustituye al sexo? —Agradecido por el tono jovial de Mar, pidió un pedazo de tarta tan grande que se olvidó de todo lo demás, aunque solo fuera por un momento.

* * *

A riesgo de parecer maleducada, Prisca no podía apartar la vista de la gran ala del sombrero de la joven que tenía delante. Hacía solo unos minutos que Luz había tocado su tono en la campana de la entrada. Al verla aparecer, la conminó a acudir a la sala de visitas, donde una mujer que se identificó con el nombre de Amanda Mercader había solicitado hablar con la priora. Al entrar, la visitante se había puesto de pie para saludarla. Prisca observó el

fabuloso corte de su traje de chaqueta negro y su sombrero de ala ancha del mismo color, que enmarcaba una cara menuda, muy blanca y con algunas pecas. Las gafas de montura fina mitigaban en parte la luz de los ojos color miel. El cabello rojizo rompía con una llamativa nota de color la oscura sobriedad de la vestimenta, que a la priora le había hecho, en un primer momento, pensar en los inquisidores del siglo

XVII

.

—Disculpe las molestias, hermana —había comenzado a decir, con voz grave y bien timbrada—. Represento al fondo Kraus y…

—¡Acabáramos! —exclamó Prisca.

—¿Disculpe?

—Oh, discúlpeme usted. No pretendía ser tan espontánea. Solo me preguntaba qué hacía una joven tan elegante aquí y qué podría querer de mí. Ahora ya lo sé.

Mercader esbozó una sonrisa leve, ladeada.

—No tiene de qué preocuparse. Solo vengo para presentarle una oferta de parte del fondo Kraus por el local que han heredado ustedes.

Prisca abrió los ojos con desmesura.

—¡Madre mía! ¿Apenas hemos ido esta mañana al notario y ya nos vienen con ofertas? ¡Ni siquiera hemos aceptado todavía la herencia! ¡No es posible que lo sepan!

—Yo eso lo ignoro, hermana —contestó Mercader en tono monocorde—. Sé que el señor Kraus hizo numerosas ofertas por el local a su dueño. Ahora, al haber fallecido, se ha dirigido a las herederas, que es lo lógico. Sus fuentes son numerosas —añadió, y mostró los dientes superiores al agrandar la sonrisa.

—No lo dudo. Desde luego que tienen que serlo.

Prisca guardó silencio. Se acomodó en la silla cuanto le fue posible y miró por la ventana. Mercader no interrumpió sus pensamientos. Esperó con paciencia profesional a que su posible vendedora asimilara la información. Al poco, la priora se volvió de nuevo hacia ella. Su gesto era serio y su voz, determinante.

—Muy bien, señorita. Le diré lo que vamos a hacer.

—Hermana, ni siquiera le he dicho la cifra que…

—Disculpe que la interrumpa y le ruego que me escuche. Diga usted a Ciro Kraus dos cosas. La primera, que si Antoni Ferrer no le vendió el local y prefirió dejarlo en herencia al monasterio, nosotras no somos nadie para contradecir su última voluntad.

»La segunda, que si tiene algo que decirnos, sea tan amable de hacerlo él mismo, gesto que apreciaríamos enormemente. Es todo, muchas gracias por su tiempo, que le aconsejo no vuelva a perder con nosotras. Buenos días.

Y mientras sujetaba abierta la puerta de la sala, invitando a su interlocutora a abandonarla, se preguntó si no habría actuado de manera soberbia al hablar así. Quizás no era necesario el tono autosuficiente que había empleado; no obstante, cada palabra fue medida. Ni ella, ni la madre, ni ninguna de sus hermanas en Cristo eran nadie para vender el local, en especial a la persona que Ferrer menos deseaba que lo tuviera. Además, si le había salido bien la baladronada y Ciro Kraus se presentaba en el monasterio, sería de gran ayuda para Valiente y la resolución del caso. Con más incertidumbres que certezas, Prisca vio a la joven de negro avanzar por el corredor hacia la entrada con un aplomo aprendido. Con la mirada le cedió la custodia de la intrusa a Luz, que asintió y tomó el relevo, acompañando a Mercader hasta la puerta de la calle. Satisfecha, Prisca se dirigió a la iglesia para el rezo de vísperas.

Igual que le sucedía en los últimos días, a pesar de la concentración para la que estaba entrenada y que tan útil le resultaba si quería olvidar las cábalas que la rondaban a todas horas, el sombrero de Mercader se convirtió en un elemento omnipresente en su imaginario. Mientras cenaba, observaba a la hermana que leía las noticias del día y la imaginaba con aquella ancha ala que le tapaba

media cara. En cierto modo, eso la hacía reír; por otro lado, la inquietaba la puesta en escena de esa joven intrépida a sueldo de Kraus. Sin siquiera haber aceptado la herencia, sin pagar los impuestos correspondientes ni hacer ningún trámite, Ciro ya estaba al corriente de todo y se atrevía a hacerles una oferta. Ella no dudaba de que sería una propuesta millonaria. Sin duda, aquel hombre misterioso podría devolver al monasterio el esplendor de antaño. Con el buen hacer de Agustina, Teresa, Elvira y las demás hermanas que se habían especializado en restauración, las pinturas, los bajorrelieves, las tallas y los sillares, limpios y rescatados del deterioro, brillarían una vez más con luz propia y convertirían su casa en un destino que cientos, miles de visitantes querrían disfrutar. Sin duda, eso ayudaría a los necesitados de la zona, ya que traería mayor prosperidad al barrio, a la ciudad…

—¡Prisca! ¿Qué te pasa? ¡Tienes cara de tonta!

—Teresa, hija… ¡Tú sí que sabes despertarla a una de golpe!

—¡Pero si estabas despierta! Es que tenías una cara de lela para caerse de espaldas. ¿En qué pensabas?

—En majaderías. ¿Tú nunca dejas volar la imaginación?

—¡Pues claro! ¡Anda que no he dado conciertos en el Palau Sant Jordi, delante de dieciocho mil personas! Ahí con mi guitarra, toda virtuosa…

—Creo que ahora la cara de tonta se te pone a ti —la interrumpió divertida.

—Puede ser —rio Teresa un poco avergonzada—. Oye, ¿tú crees que es malo imaginar esas cosas?

—No veo por qué, siempre que no nos obsesionen ni perdamos de vista el verdadero rumbo de nuestra vida. Yo me imaginaba el monasterio restaurado por completo, con gente haciendo cola para visitarlo, admirados de la belleza de este edificio. Y esa puede ser una finalidad, claro. Sin embargo, el fin no justifica los medios. Cada cosa en su momento.

—No entiendo por dónde vas… En fin, voy a ensayar un rato, antes de completas. Te dejo soñar con la restauración perfecta —añadió mirando a Prisca con cariño y acercándose después a las escaleras de la planta superior.

Tan pronto Teresa se alejó de la priora, María José se acercó a ella.

—Prisca, me ha contestado Hans. —Bajó el tono de voz cuanto le fue posible y acercó su boca al oído de su hermana, sin que se notara demasiado que lo que le decía era, al menos de momento, un secreto—. ¿Tú crees que la madre nos dejaría ir a Alemania?

CAPÍTULO 12



Soñó que una pared le había caído encima. Estaba en una ciudad en ruinas. Las bombas caían por todas partes, sin control. Él se encontraba sumido en un sopor del que no lograba salir. El muro se había venido abajo de repente y le impedía respirar. Trataba de tomar aire y apenas lograba que un hilo de oxígeno penetrara en sus maltrechos pulmones. En ese momento sonó una sirena de raid aéreo y la angustia dificultó todavía más su respiración. Trató sin

éxito de moverse, hasta que de un golpe apartó la piedra y se incorporó. Se despertó con brusquedad y se encontró sentado en la cama de Enrique, que cayó hacia un lado con violencia. Un sonido insistente, desagradable, perturbaba la paz de la noche. Valiente entendió: Enrique se había quedado dormido sobre él y le presionaba el pecho. De ahí el sueño de la pared que le impedía la respiración. Y el raid aéreo no era sino la alarma de un coche, que sin duda acababa de recibir un golpe, o quién sabe si alguien había tratado de forzar la puerta. Casi le dio la risa al advertir todo eso, admirado del modo en que los factores externos influyen en nuestros sueños y provocan sensaciones e imágenes a partir de las percepciones que, aun dormidos, llegan hasta nuestro cerebro.

Se levantó de la cama y advirtió en el reloj digital de la mesita que eran las cuatro y media de la madrugada. Miró hacia la calle a través del ventanal de la habitación. El coche debía de llevar un buen rato sonando y emitiendo luces de tonos anaranjados. Varios vecinos se asomaron, igual que él, para ver qué pasaba. En la fachada del edificio de enfrente, un hombre gesticulaba y gritaba en dirección al automóvil. En los pisos superiores vio luces que se encendían y, tras el suave retirar de una cortina, volvían a apagarse. En uno de los pisos inferiores, una mujer con un fino pijama y el cabello desordenado miró en dirección a él. Desde donde estaba, Valiente pudo ver su sonrisa. Solo entonces recordó que estaba desnudo y soltó de golpe la cortina. Volvió a la cama. Enrique respiraba con suavidad. No era extraño que su sueño fuera pesado. Su trabajo lo dejaba agotado y nunca tardaba en dormirse. Arrobado, observó al suave contraluz de la noche su gesto plácido. Le gustaba su cara. El mentón marcado, el cabello corto de tonos castaños y rojizos, los pómulos suaves, la nariz recta, que dividía con precisión las dos mitades del rostro. ¿Era verdad?, ¿se había enamorado? No estaba seguro. Ángel tenía un lugar en su corazón que nunca se iba a borrar, sobre todo porque él no lo iba a permitir. No obstante, la felicidad de ver a Enrique dormido a su lado era algo que no había pensado volver a sentir nunca más.

Se dio la vuelta, con la esperanza de dormirse. No hubo suerte: tan pronto se dio cuenta de que ya era jueves y la investigación iba por la segunda semana, la cara del comisario Pinilla que le pedía resultados inmediatos no se le borró de la mente. Resultados…

¿Qué más podía hacer? En su duermevela, empezó a escuchar voces, a ver imágenes. Prisca, la sala de visitas. «Pobre Picasso…» Ferrer, sentado en el sofá, con los pies firmes sobre la gruesa alfombra. «¡No me iré, no lo conseguirán!» Lázaro, sus ojos líquidos. El niño y la chica sonrientes. Tania Guzmán… Heredia, que lo observaba con sus ojos tristes, en una de las mesas de El Loro Azul. «Cualquier detalle es importante, mírelo con lupa.» Con lupa… Algo se encendió en su cabeza. Se incorporó para levantarse y una mano lo sujetó por el hombro con fuerza.

—¿Adónde vas? —Valiente se volvió hacia Enrique, que lo miraba con preocupación.

—Quería revisar una cosa, tú duerme —dijo, dándose la vuelta para levantarse de la cama. Le fue imposible: la presión de la mano aumentó y lo obligó a volverse para encontrar un pequeño brillo en la oscuridad que salía de los ojos de su amante.

—Daniel, haz el favor. ¿No ves que tienes que dormir? ¡Mañana ya revisarás lo que sea!

—Es que mañana me olvidaré…

—Oye, no me trates de idiota. ¿Tú, olvidarte de algo? A lo mejor, de tu cumpleaños; jamás de nada que tenga que ver con la investigación.

Valiente puso un mohín divertido.

—Eso es verdad.

—Anda, tiéndete y vamos a dormir. ¡Tienes que desconectar un poco o no harás nada bien, ¿lo entiendes?

—Tienes razón —claudicó—. Voy a intentar descansar. No te duermas sobre mí, ¿vale?

* * *

Prisca estaba un poco asustada. Hacía ya algunos años desde la última vez que se subió a un avión. En aquella ocasión había sido para dirigirse a Santa Maria de Bruguers desde su monasterio de origen, en Ávila. Las habían llevado hasta el aeropuerto de Madrid en un pequeño furgón, a ella y a las demás hermanas. Recordó con cariño y melancolía la ilusión en los ojos de Cecilia, los evidentes nervios de Raimunda, la placidez de Catalina, la enorme atención que Teresa ponía en cada detalle de los lugares que atravesaban… Sus hermanas en Cristo, su familia.

¡Qué poco se imaginaban entonces la tragedia que les iba a tocar vivir en aquel nuevo monasterio que sería su casa! Y, a la vez, cuántas ilusiones, nuevos retos, nuevas hermanas, una nueva madre… Y esa amistad férrea que iba a trabar con el inspector jefe Valiente, un hombre peculiar y muy diferente a cuantos la priora había conocido a lo largo de su todavía corta vida.

No había tenido tiempo de escribir una nueva entrega de su novela policiaca en Tusescritos.com, con lo que Valiente no sabría nada hasta su regreso. Para mantenerlo al corriente, trató de conectarse a internet en el avión, sin éxito: no logró averiguar qué era lo que la compañía aérea le pedía que hiciera para darle red mientras volaba. Junto a ella, María José la miraba con curiosidad.

—¿Por qué te quieres conectar?

—Es para seguir el relato y que el inspector sepa de nuestro viaje.

—Puedes hacerlo esta noche, en el monasterio de Benediktbeuern. Además, si él va a buscarte, la madre se lo contará.

—Ya lo sé. Lo que pasa es que esta indagación que venimos a hacer es muy importante para él.

—Claro que lo es, por eso estamos aquí. No te preocupes, tu David Bowie podrá esperar un día…

—Él sí, hermana, pero quién sabe si avisarlo nos evitaría alguna nueva tragedia…

María José la observó en silencio. A veces pensaba que Prisca veía

demasiados fantasmas por todas partes. La experiencia la obligaba a otorgarle el beneficio de la duda. Su priora era joven e impulsiva, aunque había demostrado ser también inteligente y capaz. Por eso, la archivera la respetaba y confiaba en ella.

A pesar de su arrojo, Prisca se sintió pequeña al desembarcar en el aeropuerto Franz Josef Strauss, en Múnich. Se pegó cuanto pudo a María José, quien soltó una risilla.

—Al final somos mujeres de pueblo, Prisca.

—Desde luego, hermana… ¡Cuánta gente! ¡Y qué preciosidad de lugar!

—¡Y qué suerte que nos vengan a buscar…! —añadió la archivera, al ver a un monje sonriente, con las manos cruzadas sobre el bolsillo de su cogulla impoluta y bien planchada. Sin pensar más, ambas apretaron el paso hacia él.

Prisca bendijo la idea de la madre Emilia de llevar consigo a María José en aquel viaje. Un periplo que, en un principio, le había parecido una quimera imposible. No era su misión en la vida salir por ahí a buscar nada ni a solucionar asuntos terrenales. La elección que había hecho de ser monja benedictina dejaba fuera de su día a día aquellas cosas. Así estaba bien, desde luego. No obstante, todo se había complicado para ella años atrás, cuando se vio involucrada en un caso de asesinato dentro de su propio monasterio. Consideró su deber ayudar en lo posible y la madre le dio permiso para hacerlo. Ahora, una vez más, se veían envueltas en un problema criminal y el mismísimo santo padre la había animado a colaborar con la policía. De modo que fue la propia madre Emilia la que le pidió que saliera de su retiro por unos días, tan pronto recibieron el correo electrónico del hermano Hans, desde el monasterio de Santa Maria Laach, que les indicaba que las respuestas a sus preguntas se encontraban en la abadía de Benediktbeuern, en Kochelsee, y que la única manera de obtenerlas sería viajar hasta allí. Era todo cuanto podía hacer.

Mientras escuchaba la conversación de María José con el hermano Herbert en perfecto alemán, esbozó una sonrisa. Debido a su trabajo de estudiar y restaurar documentos antiguos, llegados de los

monasterios de toda Europa, la hermana archivera se entendía a la perfección en diversos idiomas. Desde luego, había sido un acierto ir juntas, ya que Prisca apenas chapurreaba algo de inglés y francés con bastantes dificultades.

Maravillada, veía desfilar por la ventanilla de atrás del pequeño furgón los extraordinarios paisajes de Baviera. Había dado por sentado que, al tratarse del mes de diciembre, la nieve imposibilitaría la circulación por carretera. Sin embargo, pudo constatar que, si bien las montañas se mostraban coronadas de blanco, el clima era mucho más amable de lo que cabía esperar. Así, disfrutando de aquella hermosa naturaleza circundante, Prisca recorrió en silencio los setenta kilómetros que discurrían entre Múnich y Kochelsee, hasta que las dos torres blancas, coronadas por pequeñas cúpulas negras, aparecieron ante ella como por ensalmo.

—María José…

—Sí, qué gótico tan diferente, ¿verdad?

—¿Es gótico?

La archivera soltó una risilla.

—Técnicamente, aquí todo lo es. «Gótico» viene de godo, o sea, alemán.

—Hay que ver cuánto sabes, hermana… —La priora estaba, a su pesar, sobrecogida y feliz por la belleza que la rodeaba—. Entonces, ¿es de la misma época que nuestro monasterio?

—Mucho más antiguo, aunque restaurado. Ahora lo ocupan los salesianos, aunque en sus orígenes fue benedictino.

—Es tan blanco que no parece un monasterio…

El imponente edificio les dio la bienvenida. La arquitectura, tan diferente a la de Santa Maria de Bruguers, despistó a las hermanas, que no identificaron enseguida cuál era la puerta de entrada. El hermano Herbert abrió la marcha con cuanta amabilidad pudo mostrar.

—Vengan conmigo, hermanas. Las llevaré a ver al abad.

Prudente, Prisca no dijo nada y siguió a su hermana en Cristo, confiada en que ella sí que habría entendido lo que acababa de decir el hermano Herbert.

Las condujo a una hermosa sala, grande y luminosa, llena de retablos y esculturas de madera de gran belleza. La policromía y los dorados hicieron pensar a la priora en el arte barroco, más que en el gótico. Como había dicho María José, ese había sido el estilo primigenio del monasterio. Los siglos y los diferentes estilos artísticos dejaron su impronta en aquellas paredes y techos, e incluso en la imaginería.

El hermano Herbert se despidió con unas palabras amables. Ya solas, Prisca se volvió hacia María José.

—¿Adónde ha ido? ¿Qué es esta sala tan bonita?

—Priora, no te estreses, que se te va a caer el velo. Esta es la sala de visitas.

—¿La sala de…? Uf, pues menuda ostentación…

—Recuerda que este no es ya un monasterio benedictino, al menos en su administración. Aparte de dedicarse a la enseñanza, obtiene ingresos de diferentes entidades. ¿Sabes que en su biblioteca están los manuscritos originales del Carmina Burana? —dijo sin poder disimular un inusual entusiasmo en su tono de voz.

—Vaya… ¡Ya sé por qué tenías tantas ganas de venir!

—Chica, no puedo negarlo; me entusiasma la idea de verlos. ¿Es eso vanidad?

—Yo lo llamaría humanidad. ¡Qué quieres que te diga! Es tu trabajo, es natural que te haga ilusión y no creo que eso sea malo, mujer.

—¿Crees que nos dejarán echarles un ojo? —Justo en ese momento se abrió la puerta y entró un monje de aspecto afable y sonriente. Se acercó a las hermanas y las saludó con voz agradable. «Estos

hombres hacen sonar el alemán como si fuera una lengua suave. ¡Y eso que Carlos I decía que servía para hablar con los caballos!»

Tras escuchar con atención la dicción suave del nuevo monje, que las saludó con amabilidad, María José le contestó en el mismo tono e hizo un gesto a Prisca para que la siguiera. Ambas salieron tras él a prudencial distancia. El recorrido las llevó por diferentes espacios de la abadía, bellos y bien conservados. En un recodo, María José se detuvo de pronto y Prisca, que la seguía de cerca sin perder ripio de cuanto había a su alrededor, chocó con su espalda.

—Hermana —susurró—, ¿por qué te detienes de golpe…?

La voz de la priora se esfumó al seguir sus ojos la dirección de los de la archivera, que parecía hipnotizada con algo que lucía en la parte alta de un muro. Al verlo, sintió que se le cortaba el aliento. Una vidriera de estilo sobrio, con colores planos. Prisca recordaba haberla visto en los viejos libros de María José.

—Madre Hildegard… —dijo en un murmullo, al distinguir retratada en el cristal a la doctora de la Iglesia, mujer sabia y santa que en el siglo

XII

había sido huésped de Santa Maria de Bruguers. Y fue ella, Hildegard von Bingen, la que descubrió que el monasterio se hallaba rodeado de brezo, tan beneficioso para dolencias del hígado y los riñones. Por ello dejó todo un recetario escrito de su puño y letra a las hermanas benedictinas del monasterio que la acogió en aquellos días y que, bajo la advocación de la Virgen, no tenía todavía un nombre completo adecuado. Y así, por consejo de la doctora, pasó a llamarse Santa María del Brezo.

—Mutter Hildegard —dijo con una sonrisa el hermano Herbert, que acababa de regresar junto a ellas tras avisar al abad. Eso sí que lo entendió la priora, que, todavía exaltada por el descubrimiento de María José, asintió con una sonrisa.

En silencio recorrieron los pasillos circundantes del claustro hasta salir a un descansillo con una escalera por la que su guía inició el

ascenso. A los pocos metros accedieron al pasillo del piso superior, ancho y umbrío, al final del cual, una puerta de madera ornamentada con labrados de flores y hojas daba acceso a una sala que dejó a las hermanas sin aliento.

El techo era alto, cerrado con bóvedas de crucería cuyos nervios estaban pintados en tonos pastel. Los tímpanos intermedios destacaban con su blanco impoluto, que daba luz a una sala por otro lado sobria, revestida de estanterías de madera que, desde el suelo hasta el nacimiento de los arcos de la techumbre, mostraban varios miles de libros.

—Jesús, María y José… ¡Qué maravilla! —Prisca hablaba más para sí que para la archivera, que sentía ternura hacia su priora, sin duda demasiado joven y poco viajada. No podía culparla: ella había podido recorrer muchos archivos y algunas bibliotecas parecidas a aquella. Igual que Prisca, se había sentido arrobada de emoción en sus tiempos de estudiante, cuando aquella sabiduría parecía poder pegarse a los dedos con solo tocar los lomos de los volúmenes. Para no perturbar demasiado sus percepciones, María José tosió muy bajito. Prisca centró la vista en los libros. Y entonces, su asombro fue por no haber visto antes al ocupante del centro de la sala.

Tres butacas de cuero de aspecto confortable ocupaban el rosetón de la alfombra que vestía el suelo de la biblioteca. En una de ellas se encontraba un monje de bellos rasgos, marcados ya por los años. No obstante, las arrugas daban a su rostro sabiduría y bondad, como si cada hecho de su vida hubiese grabado un poco más hondo el surco de todas y cada una de ellas, de suerte que el actual conjunto de líneas transmitía paz y confianza.

Al ver llegar a las hermanas, se puso de pie con serias dificultades y les tendió la mano, que ambas tomaron con energía.

—Hermanas, soy el hermano Johannes. Un gran placer verlas en nuestra casa, que es la de ustedes —pronunció en perfecto castellano. Aquello le pareció una bendición a Prisca. Sin embargo, prefirió que fuese María José quien hablase.

—El placer es nuestro, hermano. Soy María José y ella es la priora Prisca. —Una gran sonrisa se pintó en el rostro agradable del

hombre.

—¡Hermana Prisca! Es usted una leyenda. ¡Me siento muy honrado de conocerla!

La priora enrojeció hasta la raíz del cabello.

—Gracias, hermano… Aunque no veo por qué… Quiero decir, yo…

—¡Oh, le debo una explicación! Bueno, nuestra familia no es tan grande y el hecho de que una hermana de la orden benedictina fuera crucial en la resolución del caso que tuvo lugar en su monasterio no pasó desapercibido para nadie.

—Le agradezco su entusiasmo, de veras. Lo que hice fue por el bien de la comunidad, con el único fin de ayudar. Me alegro de que mi intervención sirviera para algo.

—Lo sé, hermana —contestó Johannes—. No quiero hacerla sentir incómoda. Solo deseaba expresarle mi admiración a su inteligencia y a su gran sentido del deber para con sus hermanas. Si no me equivoco, algo así es lo que las trae hoy aquí, ¿cierto? —preguntó y volvió a sentarse con mucho trabajo. Prisca lo ayudó. Después, ella y la archivera tomaron asiento en las otras dos butacas.

—Así es, hermano —intervino María José—. Imagino que habrá hablado con usted el hermano Hans…

—Imagina bien. Nos mandó a todos los archiveros de los monasterios benedictinos de Alemania un comunicado. Creo muy posible que lo hiciera porque hubiese oído algún rumor al respecto. Yo me hago cargo de este archivo desde que ingresé aquí y tengo la intención de seguir siempre que mis capacidades no me lo impidan. Así que recibí el correo del hermano Hans. Nos contaba que ustedes buscan datos sobre Ciro Kraus.

—Así es. Nos escribió hace pocos días diciendo que usted quería hablar con nosotras, aunque le era imposible viajar.

—No saben cuánto lo siento. Sufro de una parálisis localizada en las piernas que se agrava con el tiempo. Cada vez me cuesta más caminar, levantarme y sentarme. Mi familia no se distingue por su

buena salud y, desde luego, la edad no acompaña. Por eso les pedí que vinieran. Lo que tengo que contarles no es algo que se pueda transmitir en un correo electrónico.

Las dos hermanas se inclinaron hacia delante y prestaron atención al monje de mirada limpia e intensa.

—Pues aquí nos tiene, hermano. Somos todo oídos.

—En ese caso, empezaré por el principio. Mi nombre de nacimiento es Johannes Kraus.

* * *

Valiente apenas había podido pegar ojo. Las pesadillas no regresaron. Enrique tuvo buen cuidado de evitar tumbarse sobre él. Aun así, la mente del inspector tenía tendencia a obsesionarse y dar mil vueltas a cualquier cosa, lo que le impedía conciliar el sueño de forma adecuada. Ahora no se quitaba de la cabeza los vídeos que Isabel Olmedo le había mostrado en la comisaría. De modo que, antes de las seis de la mañana, se tiró de la cama y se metió en la ducha para dejarla libre antes de que Enrique la necesitara. Al salir, el olor a algo muy rico y calentito invadió su pituitaria y le pintó una gran sonrisa en la cara.

—¡Buenos días! ¿A qué huele?

—Al cariño que te tengo —contestó su amante sin volverse a mirarlo para que el cruasán que tostaba no se pasara del punto. Valiente sintió caldearse su corazón y se acercó en busca de un beso de buenos días.

—Muchas gracias, eso es cariño del bueno —le susurró al oído mientras lo abrazaba por la espalda. Enrique sintió las cosquillas en el cuello y se estremeció.

—¡Suelta, que se quema!

—¿Te digo qué más se quema?

—En serio…, ¿quién te entiende? Toda la noche intentando no tocarte para que durmieras y ahora…

—Ahora me dejo, ¿vale?

—Dios mío, tengo menos voluntad que una piedra… —protestó Enrique, a la vez que tiraba del cable de la tostadora para desenchufarla de la pared.

Eran las siete cuando Valiente se tiró de la cama de nuevo y se fue a la ducha. Se apresuró en asearse. Al salir, tuvo la impresión de vivir un déjà vu.

—No me digas que has podido rescatar los cruasanes.

—Por supuesto. Preparo desayunos, es mi trabajo; no lo olvides. Aunque hoy voy a abrir a las quinientas…

Valiente le dio un beso rápido.

—¡Si es que no me extraña que me tengas loco!

Enrique levantó la vista del plato.

—¿Lo dices en serio? —su voz mostró un ligero temblor. Valiente le tomó la mano desde el otro lado de la mesa.

—Claro que lo digo en serio. No me tomo estas cosas a la ligera, ¿o no lo sabes?

—Sí… Bueno, el listón está alto —soltó deprisa, con la voz todavía trémula. El inspector lo observó por encima del borde de su taza de café.

—Por supuesto. Por eso, solo tú podías superarlo.

—Daniel —el tono de su voz sonó grave y, por un instante, la sonrisa se borró de su rostro—, solo te pido una cosa: no juegues. No me hagas daño.

Valiente se sintió sorprendido por lo poco común que resultaba que alguien de natural alegre se mostrase así. Él no se parecía a esos que siempre sonríen para protegerse de las adversidades o para agradar. La cosa era más simple: tenía jovialidad dentro de su corazón y le agradaba compartirla. Por eso hacía sentir bien a cuantos lo conocían, al igual que a sus parroquianos, que gustaban de comenzar el día con el delicioso café y la sincera sonrisa de Enrique. Valiente siempre había pensado que ese mar de buenas vibraciones partía directo de su corazón. No lo había tenido muy fácil con sus padres, que toda la vida habían deseado que su único hijo les diera nietos y solo al traspasar la veintena se resignaron a aceptarlo tal cual era. En su momento, sufrió acoso escolar, igual que tantos adolescentes de sexualidad no normativa. Tenía razones sobradas para ser cauteloso, incluso resentido. Sin embargo, daba la impresión de que de su interior nacían colores limpios, que pintaban todo cuanto tocaban con una sincera felicidad. Por esa misma razón, Valiente no iba a permitirse mancillar a alguien de esa pureza y generosidad.

—A lo mejor va siendo hora de dejar claras algunas cosas —le contestó con voz suave y firme—. Sabes lo que han sido para mí estos años sin Ángel. Y mi tiempo de hacer el loco ya pasó. Lo he intentado con una chica y la cosa no ha pasado de encuentros casuales. Ninguno de los dos lo hemos visto de otro modo. Enrique, me he enamorado de ti. Sin más. No lo esperaba, ha pasado y punto. Y yo tengo muchos defectos: soy maniático, tengo cincuenta mil TOC, soy obsesivo y me cuesta desconectar, aunque también soy noble y transparente. Así que no te preocupes; pase lo que pase, no estoy jugando y nunca te engañaré. Siempre vas a saber lo que siento con exactitud.

Para su sorpresa, observó que una lágrima se deslizaba por la cara de su amante.

—Perdóname. Para mí, esto es un sueño y me asusta. Siempre me asusta ser feliz de verdad. Eso me hace sentir vulnerable y me da mucho miedo.

—Lo sé, soy el rey de los mecanismos de defensa. Aun así, estoy seguro de que cuando uno está a punto de estirar la pata, no debe de acordarse con satisfacción de los días en los que llegaba puntual

al trabajo, ¿no? —El barista mostró una gran sonrisa. Valiente se sintió aliviado.

—¡Seguro que no! Más bien recordará las noches sin dormir por tener a alguien que le aplasta el pecho. —El inspector soltó una carcajada, reconfortado.

—Anda, vete a abrir, que tengo mucho que hacer.

—¿Vendrás a comer al bar?

—Por supuesto. Hoy es jueves de arroz. No faltaré.

Tan pronto salió por la puerta, Valiente recogió los platos del desayuno y limpió la mesa con cuidado. Después colocó en ella su ordenador portátil, lo abrió y buscó los archivos guardados. Los dos vídeos estaban allí, en WeTransfer, enviados a su correo por Isabel Olmedo. Los abrió de modo que compartiesen pantalla, los reprodujo y los examinó en detalle.

La silueta de la persona que apuñaló a Barrachina se veía, en efecto, de su misma estatura. Ninguno de los dos era alto; más bien al contrario. La Científica había escrito en su informe que el corte fue transversal, sin apenas inclinación, por lo que ambos tenían parecida estatura. Ahora Valiente vio que, además, el agresor tenía una figura delgada y caminaba con seguridad.

El ladrón del coche —Lázaro, según las últimas investigaciones— le pareció un poco más voluminoso. Parecía que la sudadera le iba menos holgada. Su caminar era también más cauto y desgarbado. Y lo más importante: según le habían dicho en la comisaría de Castelldefels, era zurdo. Sin embargo, quien había apuñalado al juez era diestro. «Ya me vale… ¡Soy un idiota! ¿Cómo no lo he visto antes?» Aquel escandaloso detalle le hizo fijarse bien en todo lo demás. El suéter del asesino parecía igual al del ladrón. En cambio, al ampliarlo no se apreciaba en él ningún roto ni descosido. Los vaqueros, en la noche, no denotaban diferencias, aunque con luz se veía claro que la primera impresión de Valiente había sido correcta: sin duda, el ladrón era más atlético que el asesino, a quien le bailaban las perneras del pantalón, que, aunque estrecho, no se le ajustaba siquiera a los muslos. Entonces vio las deportivas.

Amplió cuanto pudo la imagen congelada. Al hacerlo, se pixeló un tanto. Aun así, las peculiares zapatillas quedaron reveladas en todo su esplendor. Memorizó bien cada detalle, buscando en los entresijos de sus recuerdos dónde las había visto antes. Lo que empezó por ser una imagen desdibujada terminó por aclararse despacio, hasta pintarse en su cabeza con sus colores y formas. Se dio un golpe en la frente, asombrado y perplejo, al tiempo que las piezas caían cada una en su lugar, haciendo un agradable sonido al encajar.

* * *

En la biblioteca de Benediktbeuern, Prisca y María José se hallaban absortas en la meliflua voz del padre Johannes Kraus. Su perfecto castellano —aprendido, según explicó, gracias a los veraneos en España de su infancia— permitió a la priora seguir con detalle cada uno de los valiosos datos que el hermano les proporcionó.

—Mi padre fue oficial de las SS. La verdad es que la familia trató el asunto con mucho tiento y apenas se hablaba del tema en casa. Yo nací el mismo año en que acabó la guerra y se celebraron los primeros juicios de Núremberg, así que no tuve ocasión de conocerlo. Mi madre apenas lo nombraba. Nunca supe si le parecía bien o mal lo que hizo. Siempre pensé que, al igual que muchas otras esposas de oficiales, se limitó a tomar lo que le dieron, tanto a nivel material como de explicaciones. No se hacía preguntas, tan solo vivía bien en medio de la guerra más cruenta que conoció nuestro tiempo. Y al concluir y resultar su esposo condenado a muerte, siguió su camino de la mejor manera que pudo en aquellas circunstancias.

»La familia de mi madre era pudiente. Poseían una importante fábrica de calderas que se vio obligada a reinventarse durante el conflicto y pasar a fabricar motores para los aviones Stuka. Al acabar la guerra, mi madre se las arregló para conservarla e iniciar de nuevo la factura de calentadores de agua. Mi hermano no tuvo problemas en trabajar allí cuando tuvo la edad.

»Ambos solíamos buscar fotos de mi padre y toda la información posible. Nos inventábamos historias en las que aparecía él en episodios de la guerra. La diferencia era que mi hermano Alfred lo representaba como un héroe, mientras que para mí era siempre el villano.

»Con los años, esa diferencia conceptual se agrandó entre nosotros. Él buscaba justificación para las acciones de Hitler, sus monomanías y la forma en que empujó a mi país a una guerra sangrienta e infame. Sin embargo, Alfred tenía una especie de pulsión religiosa, sin duda heredada de mi madre, que, en silencio, nunca había dejado de acudir a misa. Todo el mundo conoce el ateísmo de la ideología nazi. Eso era lo único que mi hermano no justificaba ni en mi padre ni en el régimen del dictador austriaco que se puso a Europa por montera.

»En mí, la vocación era todavía mayor. Ya desde adolescente sentí que deseaba dedicar mi vida a los demás. A lo mejor, para conseguir el perdón de los pecados de mi padre, más por los desahuciados del nazismo que por él. Por eso pensé en acercarme a la orden franciscana y hacerme fraile; vivir en la pobreza y ayudar a los necesitados. En cambio, mi madre me apuntó a estudiar aquí, en los salesianos de Benediktbeuern, que acababa de ser reconstruido después de la guerra. Y me enamoré del lugar.

»No solo la biblioteca, los manuscritos del Carmina Burana y la plácida vida de los monjes me conquistaron, sino también el hecho de ver que, aunque seamos considerados una especie de aristocracia dentro de la Iglesia, hacemos una útil labor. Archivar, conservar y compartir estos documentos me pareció una bella forma de ayudar y ampliar el conocimiento tanto de los estudiantes como de cualquier estudioso o investigador que los necesite. De manera que me hice archivero y me quedé al cargo de la biblioteca. Cuál no fue mi sorpresa cuando, hace veinte años, Alfred se presentó aquí a visitarme.

»No se anduvo con rodeos. Los saludos de cortesía no llegaron más allá del par de minutos de rigor. Ni él ni yo fuimos nunca amigos de protocolos, así que le agradecí su sinceridad al contarme la razón de su visita.

»Sentado en ese mismo sillón, priora, mi hermano me explicó que tenía un hijo de quince años. El chico siempre había mostrado un crecimiento lento. Desde la niñez, era con diferencia el más menudo de entre sus compañeros del kindergarten, cosa que a Alfred le molestaba un tanto. No obstante, siempre confió en que el problema se solucionaría con el tiempo. Así llegó la primaria y después la secundaria. Y el muchacho seguía sin crecer. Con doce años, su apariencia no iba más allá de la de un niño de siete u ocho. Fue entonces cuando la familia decidió hacerle un estudio médico. La verdad que esos análisis revelaron representó un auténtico varapalo.

»Los médicos diagnosticaron a mi sobrino con el síndrome de Highlander. ¿Han oído hablar de él? Como su nombre indica, no es una enfermedad, sino una condición. Da en una rara anomalía que hace que quien lo padece alcance en la edad adulta la apariencia de un adolescente. Se trata de personas de funcionalidad perfectamente normal, con las capacidades intelectuales correspondientes a su edad cronológica y buena salud, por lo general. Solo afecta a su sexualidad, que es casi nula. Y, desde luego, a su crecimiento.

»Mi hermano me habló de ello como si se tratara de una gran desgracia. Se veía abatido por el problema de su hijo. En un primer momento, me enterneció verlo tan inquieto por la salud de su único vástago. Sin embargo, al avanzar la conversación, mi percepción cambió al revelarme mi hermano la verdadera fuente de su inquietud.

»Hacía ya años que había vendido la empresa familiar de calefactores y motores. Con el dinero, del que me correspondía la mitad, dio una buena dote al monasterio y con el resto invirtió en el sector inmobiliario y creó una cartera de inversión que el mercado conocía con el nombre de fondo Kraus. Tras la crisis mundial del sector, propiciada por Lehman Brothers, la cartera compró un gran número de activos a precio de saldo y se enriqueció hasta perder la cuenta de sus beneficios.

»La intención de mi hermano había sido que su hijo terminara por heredar la empresa. Sin embargo, al descubrir la afección del chico, su mundo se vino abajo.

»¿Cómo iba a dejar una empresa de ese calado en manos de un hombre al que jamás nadie se tomaría en serio, debido a su aspecto? Y, lo que era peor, Alfred trataba con lo más granado de la sociedad alemana. Cuando digo «lo más granado» me refiero a herederos y simpatizantes del antiguo régimen nazi. Muchos de ellos eran inversores de su cartera. El hecho de que su único hijo fuese alguien con un síndrome de esa clase lo convertía ante los ojos de esas personas en un medio hombre, alguien que debía ser desechado de la sociedad. Y sospeché ya entonces que esa no era solo la opinión de los inversores de la cartera Kraus.

»Sin muchos paños calientes, mi hermano me pidió que me quedase con el chico. Que, al ser yo el abad de Benediktbeuern, no me sería complicado darle un lugar entre los salesianos y, con el tiempo, convencerlo para que se convirtiera en monje. Es decir, apartarlo del mundo para que no estorbara sus propósitos.

»Me quedé atónito. Era su propio hijo, el único que tenía. Me constaba que mi cuñada había tenido algún otro embarazo malogrado. Y mi hermano pretendía quitarse al muchacho de en medio por el síndrome que sufría.

»Traté de hacerlo entrar en razón. Le dije que los hijos son nuestro mayor tesoro, que teníamos que amarlos tal y como eran y que a él le sobraba dinero para darle los tratamientos médicos que pudiera necesitar, aunque de todos modos no lograba ver el problema: su hijo podía hacerse cargo del negocio a la perfección, si así lo deseaba, puesto que sus capacidades intelectuales no sufrían merma alguna. A él debería importarle muy poco lo que otros pensaran, si es que Ciro decidía encargarse del negocio familiar. ¿Qué más daba si tenía la apariencia de un joven? Eso no era importante.

»Me contestó que yo no comprendía el problema. Que los círculos en los que se movían las altas finanzas no abrirían la puerta a alguien «con una tara así», según sus palabras. Que eso perjudicaría a los negocios del fondo de inversión y terminaría por arruinarse. A modo de protesta, le recordé a personajes de la categoría de Stephen Hawking, John Forbes o Wanda Díaz, quienes con importantes problemas de salud se habían ganado el respeto de toda la comunidad científica y, de hecho, del mundo entero. Que lo que le pasaba a Ciro no era ni la mitad de grave. Y entonces me repitió

mi falta de comprensión y continuó mostrando hacia su hijo tal rechazo con sus palabras que terminé por aceptar que no eran los demás los que podrían tener un problema con el joven, sino él mismo. De manera que, ante su actitud, preferí hacerme cargo de mi sobrino antes de que lo llevase a cualquier institución donde se encontraría completamente apartado de los suyos. Y Ciro Kraus ingresó en esta casa a los pocos días.

»Desde el principio me di cuenta con tristeza de que era un muchacho retorcido y suspicaz. Hablaba muy poco y solía contestar a las preguntas con otras preguntas, parecía tener miedo de darse a conocer. Estuve entonces seguro de que su padre lo había ocultado al mundo hasta el extremo de que él mismo se sintiera propenso a esconderse de todos. No tardé en corroborar mis sospechas.

»Ciro era muy cauto con los otros chicos, incluso con los hermanos de la Orden. Además, era rencoroso y vengativo. Vi algunas cosas que me asustaron, por ejemplo, su costumbre de matar insectos de maneras crueles, tratando de alargar su sufrimiento al máximo. Le reprendía por ello, pero no tardaba en verlo de nuevo llevando a cabo prácticas de ese tipo. Y lo peor fue el día en que un chico cogió un lápiz de su mesa mientras él estaba en el baño. A la hora de la salida de clase, escuché gritos en el patio y vi con horror al otro joven tumbado en el suelo debajo de él. Ciro enarbolaba un bolígrafo con el que lo apuntaba directo a la garganta. Se me ocurrió pensar en mi padre y su pasado nazi, y en mi hermano y su rechazo a quienes no correspondían al estándar físico que él daba por bueno. El síndrome de mi sobrino no era el problema. El verdadero horror era su espíritu torturado por años de rechazo, que lo habían convertido en una mala persona.

»Hice cuanto pude por él. Le di el amor que nunca había tenido y descubrí sus virtudes, que iban más allá de su rostro angelical y sus elegantes maneras. Tenía una capacidad de concentración enorme y un coeficiente intelectual a la altura de un genio. Su fuerte eran los números. Y su debilidad, el arte. Solo lo vi llorar una vez y fue delante de un cuadro.

»Durante algunos años montamos un taller de restauración de arte, al modo del de ustedes. Algunas obras de relevancia pasaron por aquí. Una de ellas fue un Durero. Ciro, que pasaba en el taller

cuantas horas le era posible, lo vio llegar. Esperó con paciencia junto al lienzo hasta que lo desempaquetaron y se quedó maravillado al descubrirlo. Día y noche acudía al taller para ver la evolución de la restauración. Y en una de aquellas tardes fui a buscarlo para la clase de lectura y lo encontré solo en el taller, frente al cuadro. Me acerqué sin hacer ruido y descubrí las lágrimas que corrían por su rostro. Me fui sin decirle nada, pues sabía que me odiaría si se veía descubierto. De todos modos, no imaginé lo mucho que me iba a impresionar ver estremecido a ese muchacho tan frío y duro como el pedernal.

»Los años pasaron y se matriculó en Matemáticas y en Historia del Arte. Se sacó ambas carreras de forma simultánea y, como si ya lo tuviera pensado desde hacía tiempo, el mismo día de su licenciatura vino a despedirse de mí. Su aspecto no había cambiado en absoluto desde la adolescencia: el joven que ahora me hablaba tenía ya veintidós años, aunque nadie que no lo conociese podría sospecharlo siquiera. Me dijo que no me preocupase por él, que se abriría camino de una u otra forma. Le contesté que esta sería siempre su casa y yo su familia. Y así, igual que llegó a mi vida, de forma abrupta e inesperada, desapareció de ella. Y cerró la puerta al salir, porque no volví a saber de él.

»Años más tarde supe de la repentina muerte de mi hermano. Había sufrido un infarto. Compré los periódicos de economía y leí que su hijo se iba a hacer cargo del fondo Kraus. No supe de qué modo tomarme aquello, hasta que me di cuenta de que la noticia acompañaba varias fotos de Alfred y ninguna de Ciro. Nadie parecía opinar nada al respecto, pero yo decidí seguir la pista. Vi que mi sobrino se había convertido en el presidente de la cartera, aunque jamás acudía a actos públicos, charlas, entrevistas ni nada que requiriese una aparición ante los medios. De esa manera me di cuenta de que mi hermano había ganado. Su hijo era un fantasma invisible.

»En ese estado de cosas, me llamó mucho la atención el correo del hermano Hans que preguntaba por Ciro Kraus. Le contesté enseguida y me dijo que la archivera de Santa Maria de Bruguers le había pedido información sobre él acerca de un caso abierto por la policía de Barcelona en el que usted, Prisca, colabora a petición del

inspector al cargo. Al leer su nombre, no me lo pensé dos veces y contacté con la abadesa de su monasterio. Gracias a Dios, mi cabeza funciona bien todavía, aunque no puedo decir lo mismo de mis piernas. Por eso le pedí si era posible que vinieran ustedes a verme. Y eso es todo lo que puedo decirles, hermanas. Espero que les sea de utilidad.

María José y Prisca cruzaron miradas por primera vez en aquel lapso. El voto de obediencia las había ayudado a emplear los oídos sin interrumpir el relato de su padre en Cristo. A su vez, él les había contado cuanto sabía, que era mucho, sin hacer una sola pregunta. Esa misma obediencia lo obligaba a él y le proporcionaba la confianza necesaria para abrir su alma a aquellas amables hermanas. Prisca fue la primera en romper el silencio.

—Bueno, padre Johannes, no sé por dónde empezar. Le doy las gracias por contarnos su historia y, créame, lo hago también en nombre del inspector jefe al cargo de la investigación. Estoy convencida de que le va a ser de infinita ayuda lo que nos ha confiado.

—Seguro que sí, padre —añadió María José—. Estoy perpleja, la verdad… No conozco bien todos los entresijos del caso… Siento muchísimo la triste historia de su sobrino.

—Gracias, hermanas. Hace mucho tiempo que no lo veo y me gustaría tener noticias suyas. Priora, ¿puedo saber en qué lío anda metido? —Prisca tragó saliva y frunció los labios. Había temido aquella pregunta y sabía que la sinceridad y la enorme ayuda que Johannes les acababa de proporcionar solo podía ser correspondida con la misma generosidad. De manera que se aclaró la garganta y miró al hombre a los ojos.

—Ha habido varios crímenes, padre. Ciro Kraus es sospechoso. —El monje reclinó la espalda en la butaca y cerró los ojos con fuerza.

—Santo Dios…

—No hay nada probado, padre —se apresuró a añadir Prisca—. Lo que pasa es que su sobrino es, en efecto, inaccesible. La policía tiene tremendas dificultades para indagar sobre él, por eso a mi hermana

se le ocurrió recurrir a los archivos de la Iglesia a través del padre Hans de Laach. Y fue un acierto, desde luego.

Johannes respiró hondo. Sus hermosos ojos claros le devolvieron la mirada a la priora.

—Hermanas, sea lo que sea que haya hecho, cuenten conmigo para ayudarlas en lo que pueda. Y si les es posible, háganme saber cómo acaba el asunto.

—Por supuesto que lo haremos, padre. ¿Conoce usted la página Tusescritos.com?

CAPÍTULO 13



Lo bueno de madrugar, según pensó Valiente, era advertir que, después de tener ya la faena adelantada —ducharte, desayunar, vestirte e incluso haber tenido sexo y trabajado un poco—, quedaba todavía mucha mañana por delante. En efecto, no eran ni las diez de aquel accidentado jueves cuando sonó el portero automático de Rebe. Esta tardaba en abrir, de modo que el inspector comenzó a impacientarse. A punto de llamar al botón del piso de Benet, una

voz cortó el impulso de su dedo en el aire.

—¡Inspector! —Se volvió y descubrió a Rebe cargada con bolsas. Se apresuró a acudir en su ayuda.

—Buenos días, permítame.

—Espero que sean buenos. Por desgracia, verlo a usted por aquí no es buena señal, si me perdona…

—No se preocupe, entiendo lo que dice. ¿Puedo invitarla a un café en El Loro Azul?

—Mejor lo invito yo a tomarlo en casa, que tengo la cafetera preparada y un bizcocho recién horneado.

Valiente sonrió. Rebe le recordaba a su tía Matilde, que todavía vivía en el pueblo que la había visto nacer. Su madre se había ido de allí al comenzar la carrera de Derecho; más adelante se estableció en Barcelona, donde ejerció de becaria en una importante firma de abogados, hasta convertirse años después en socia de la misma. Sus casos la llevaron a conocer a Jonás Valiente, un abogado de prestigio con el que se casó y formó la pequeña familia de tres en la que él nació y se crio. Concentrados en su trabajo, sus padres le dieron la mejor educación y todo cuanto necesitó, excepto abrazos y calidez. Por eso recordaba con tanto cariño a su tía Matilde, que nunca se fue de San Miguel de las Dueñas, un pequeño pueblo leonés donde se sentía a sus anchas, cerca de la tierra y los campos. Y donde, por avatares de la vida, él pasó el octavo invierno de su existencia. Se había roto una pierna y tuvo que quedarse en casa. Sus padres tenían que viajar a menudo por entonces y solía quedarse al cargo de una vecina. No obstante, en esta ocasión, el pequeño Daniel necesitaría ayuda durante al menos un mes. Su madre decidió mandarlo a San Miguel con la tía Matilde. Ahora, el inspector recordaba sobre todo la nieve, gruesa, blanda, blanca; las sonrisas y la mirada alegre y amorosa de su tía, los olores dulces de las rosquillas de matalahúva y el chocolate caliente, mientras afuera nevaba sin cesar y él, con la pierna escayolada, observaba caer los copos, sujetando con fuerza entre las manos la taza caliente y comiendo aquellos deliciosos dulces, o los bizcochos que ahora, al observar el de Rebe sobre la mesa y con la nariz atenta a los aromas

de limón, le volvían a la memoria. Cada invierno, en especial si nevaba, se acordaba de su tía Matilde. Había sido un ingrato. Tenía que visitarla, no podía posponerlo más. La voz contundente de Rebe lo devolvió a la realidad.

—Y bueno, inspector, ¿qué lo trae por aquí? ¿Hay alguna novedad?

—Algunas, sí. Oiga, ¿está Benet en casa?

—No, esta mañana tenía un transporte. ¿Quiere hablar con él?

—Me gustaría, pero puede esperar. ¿Y Anna, está?

—Ella no —negó con energía—. Hace ya días que no la vemos. La verdad es que Benet se empieza a preocupar. —Levantó la vista hacia Valiente con una expresión de temor—. ¿Por eso está aquí? ¿Qué le ha pasado a Anna?

—Tranquila, no se altere. No es nada, solo preguntaba por ella —contestó él en tono suave, tratando de que su voz sonara conciliadora.

—Es que la chica no aparece y usted viene y pregunta por ella…

—¡Oiga! No me ponga la etiqueta de ave de mal agüero, mujer —bromeó—. A ver si me voy a ganar la fama de hacer desaparecer a la gente por la que pregunto… —Rebe sonrió—. Además, ¿qué es eso de que no aparece? Creo que me dijeron que tenía trabajo para el Ayuntamiento, ¿no?

—Sí… —La mujer eludió la mirada del inspector. A él no le pasó inadvertido el gesto.

—Rebe, ¿qué pasa?

Sin mirarlo, le habló en tono compungido.

—Hace unos días que no la vemos. No viene a dormir y nos tiene preocupados.

—¿No se habrá ido con su ex? ¿O con algunos amigos?

—Nos lo habría dicho. Inspector, seguro que está bien, pero no deja de ser algo que ella nunca había hecho antes.

Valiente guardó silencio. Tardó unos segundos en romperlo.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—El domingo. El sábado por la noche, cuando atropellaron a Antoni, tomamos café con usted y Enrique, el chico de El Loro Azul, y nos fuimos a dormir. El domingo la vi salir por la mañana y la oí ir y venir por la escalera un par de veces. La última, ya no la escuché volver.

—¿Y no trató de averiguar dónde estaba?

—Inspector, la chica es mayor ya, no me puedo meter en su vida…

—Claro, claro —resopló—. ¿Lo ha comentado con Benet?

—Sí, por supuesto.

—¿Y qué opina él?

—Lo mismo que yo, que no podemos hacer nada…

—Hasta ahí estamos, Rebe. Digo adónde cree que ha ido.

—Eso no lo sabe, señor. Él tiene miedo por ella, igual que yo. ¿Cree que le puede haber pasado algo? —preguntó suplicante.

—No, no lo creo. Y si no voy mal encaminado, no tardará en aparecer. De todos modos, si se comunica con ustedes, dígamelo lo antes posible. Hablo en serio, Rebe —aseveró en tono amenazante.

—Descuide, le aseguro que lo haré. Yo ya no sé qué pensar de nada.

—Venga, no se preocupe. Y mil gracias por el bizcocho y el café, me ha sentado de miedo.

Al abrir la puerta de la calle, la mañana fría le abofeteó la cara. El aire congelado no hizo sino acelerar el curso de las ideas que discurrían entre sus neuronas. Algunas teorías empezaban a cobrar

forma, otras seguían lejos de definirse.

* * *

Prisca se dejó caer en la cama igual que un fardo. Aunque no era su costumbre, el viaje la había dejado reventada. Ella y María José decidieron regresar a casa en el vuelo de última hora de la tarde. Un hermano joven las acompañó al aeropuerto. Durante el viaje apenas cambiaron impresiones. No solían hablar demasiado si no era necesario y Prisca todavía se sentía en shock por las declaraciones del padre Johannes sobre su sobrino. Tenía que contárselo a Valiente cuanto antes.

La archivera se había mostrado también inmersa en sus propias reflexiones. La priora la veía murmurar por lo bajo, segura de que intentaba ordenar sus pensamientos. Aunque llegó a dudar si, quizás, su hermana en Cristo estaba en realidad pasando el rosario. Esa habría sido una buena manera de vaciar su mente de tantas ideas cruzadas y datos impactantes. Decidió imitarla y cerró los ojos.

Agustina, la hermana que se encargaba de la cilla, las esperaba en el aeropuerto. No hizo muchas preguntas, salvo si el viaje había sido apacible y sobre su probable cansancio, a lo que ambas contestaron con amabilidad. Sin embargo, Prisca pudo ver desde el asiento de atrás las miradas interrogantes de la hermana cillera.

—Hermana, no te preocupes. Todo ha sido tan rápido que tengo la cabeza como un tambor apache. Cualquier cosa que la madre considere oportuno explicaros, no dudéis de que lo hará a su debido tiempo.

Prudente, Agustina asintió y trató de concentrarse en la carretera. Dedicaba de vez en cuando una aguda mirada a María José, en el asiento del copiloto, y a la priora, en el de los pasajeros.

Entraron en la santa casa sin hacer ruido y cada una se fue a su

celda. Las hermanas ya dormían. Prisca se preparó para hacer lo mismo. Se despojó de sus ropas, se dio una ducha y se puso el pijama. Y se tiró en el colchón. Al instante, los ojos se le abrieron igual que naranjas y se sentó de repente. «Tiene que saberlo», se dijo, y tomó su portátil, con el que había tenido problemas de conexión durante el vuelo. En casa era distinto: el wifi no fallaba nunca.

GARABATOS, Capítulo 4

La monja investigadora no salía de su asombro. ¿Esa era la respuesta? ¿Era la razón de que nadie supiera nada del inversor fantasma, el hombre al que todos buscaban y nadie encontraba? ¡Por supuesto! ¿Cómo iban a encontrarlo si su disfraz era impecable? Por suerte, ella y su hermana formaban un equipo imbatible y, gracias a las pesquisas de la que compartía con ella la vida monacal, habían podido hablar con alguien que les dio muchas más respuestas de las que podían imaginar.

Lo releyó una vez y lo publicó sin darle más vueltas. Mientras lo repasaba, el pequeño icono naranja que la informaba de las conversaciones privadas que abrían los lectores se encendió a un lado de la pantalla. Esperanzada, Prisca abrió el cuadro de diálogo. Sin embargo, no fue a su Príncipe Valiente a quien encontró al otro lado, sino a alguien llamado Yokai. «Qué raro… ¡Si tengo bloqueados los comentarios! Solo pueden hablarme por aquí Valiente y mi sobrina…» Extrañada, leyó deprisa. Solo una frase, aunque fue suficiente para quitarle el sueño.

Parece que el disfraz impecable se ha rasgado… Qué contrariedad.

Prisca tragó saliva con dificultad. Sintió que la sangre abandonaba su cabeza. Con un regusto amargo en la boca, contestó.

Ciro, ¿es usted?

La respuesta no tardó en llegar.

Mi casa es su casa, hermana. Está más que invitada. Buenas noches.

Sin saber qué decir, la priora cerró con fuerza la tapa de su portátil, como si con ello dejara encerrado dentro del dispositivo al mismo diablo. Cerró los ojos, respiró hondo y se arrodilló delante de su cama.

—Señor, ¿qué hago ahora? Por favor, guíame, no me abandones…

CAPÍTULO 14



A Valiente siempre le había parecido divertido el invierno mediterráneo. Un frío intenso, unido al viento que cortaba la piel igual que cuchillas, mientras el cielo, cerúleo y sin tonos, parecía reírse de las nubes que intentaban enseñorearse de la situación y solo conseguían manchar de blanco algodón pequeños espacios sin importancia. Apenas era posible mirar hacia arriba sin quedar cegado por el sol y ese azul insultante, en especial yendo al volante.

Y el efecto llegaba a su punto álgido en la carretera C-60, donde la línea del cielo y la del mar apenas podían diferenciarse. No cabía duda, sin embargo, de que el efecto luminoso y los reflejos del agua alegraban el corazón más afligido. El inspector esbozó una gran sonrisa y subió el volumen de la radio al identificar una de sus canciones favoritas. Sin pensarlo, se puso a cantar a voz en cuello como solo puede hacerse al ir solo en un coche.

Con buen ánimo salió de la autopista y se introdujo en el pequeño pueblo costero. Pasó el peaje, al fin inactivo y abandonado, y siguió por la calle adelante, en dirección al mar. Era probable que esa misma noche no cupiese un alma en el paseo que ahora le ofrecía tantos lugares vacíos para aparcar. En cambio, en un viernes por la mañana en pleno invierno no le extrañó poder elegir. A buen paso, llegó al punto de encuentro: una terraza abierta flanqueada por una balaustrada blanca, a pocos metros de la playa. La mujer que lo esperaba ni siquiera se puso de pie. Tras sus grandes gafas de sol, los ojos permanecieron clavados en las aguas tranquilas, y su voz sonó por encima del rumor de las olas.

—Buenos días, Daniel. Preciosa mañana, ¿verdad?

—Desde luego que sí. ¿Qué tal va tu retiro, Mar? —preguntó, sentándose a su lado.

—No es un retiro, solo unas pequeñas vacaciones. Necesitaba alejarme de todo unos días.

Un camarero peripuesto se detuvo junto a él. Pidió un café solo y el joven se fue al interior del local.

—¿No desayunas?

—Ya he comido algo en casa. —Mar se bajó las gafas hasta la punta de la nariz y lo observó con atención.

—¿En tu casa o en su casa? —El escrutinio hizo su efecto. Valiente se removió en la silla.

—Estoy en su casa, ya lo sabes.

—Te lo podías haber traído, aquí hay sitio para los dos —soltó. Bajó

una pierna de la otra y la volvió a cruzar en sentido contrario. Miró el mar de nuevo. Valiente contuvo una carcajada.

—Ojalá te hubiese conocido antes.

—Lo mismo digo. Bueno, suéltalo. ¿Qué te trae por aquí?

—Tú eres la directora de la fundación Tavertet, o eso me dijiste…

—Sí, ¿por?

—Porque entonces entiendes de gestión de museos.

Mar ladeó la cabeza.

—Diría que sí.

—Dime una cosa. ¿Qué pasa si me encuentro con una obra de arte en el sótano de mi casa?

—Depende. Si la autora es tu prima, te la quedas. Si es Rembrandt, también, porque hace más de setenta años que murió. Si es Picasso, lo más probable es que los herederos lo reclamen.

Valiente se puso derecho como una vara y la observó sin respirar.

—¿Has dicho Picasso?

—Sí, el pintor… ¿Qué te pasa, es que no te gusta el cubismo? —Valiente no contestó. Dio un trago a su café.

—No mucho, para serte sincero. De todas maneras, esa no es la cuestión. Y, mira, ya que lo nombras, lo tomaré de ejemplo. ¿Podrían los herederos de Picasso reclamar una obra suya que apareciera en mi casa?

—Sí, siempre que se enterasen de que la tienes.

—¿Y si él me la hubiese dejado en herencia? —Ahora fue Mar la que se asombró. Torció la boca y arrugó la nariz.

—Si eres heredero, nadie te lo puede quitar. Solo tendrías que estar en condiciones de demostrarlo. Y cumplir los plazos, claro.

—¿Hay plazos?

—¡Por supuesto! Y si nadie lo reclamase durante ese tiempo, pasaría a ser del Ayuntamiento, que podría explotarlo o incluso venderlo.

Valiente se tiró del flequillo mientras murmuraba para sí. Se levantó de la silla y se acercó a Mar hasta que la punta de su nariz tocó la de ella.

—Un millón de gracias —dijo, y la besó en los labios sin prisa.

—Sabes a café… —Valiente rio con fuerza.

—¿Te molesta?

—Pues no, la verdad. ¿Ya te vas?

—Sí, esta mañana he leído un relato en Tusescritos.com que me ha dejado flipando. Pero tranquila, volveré.

—Con Enrique, por favor.

El inspector se alejó en busca de su coche, riendo de nuevo ante la idea pertinaz de Mar Albrich.

* * *

La hermana Luz llevaba atenta toda la mañana. En varias ocasiones salió al camino que conducía al monasterio desde la carretera de abajo, para regresar decepcionada: el afán de los animalillos del bosque por recolectar cuanto iban a necesitar para el invierno no se había visto turbado en ningún momento por el desagradable tronar de un motor. Ahora, en cambio, escuchó un rugido lejano y echó a correr hacia el sendero. Sonrió al ver llegar el BMW rojo de Valiente, que aparcó a un lado y se aproximó a ella con paso ligero. Luz fue a su encuentro.

—Me ha dicho la priora que llegaría usted de un momento a otro.

—Pues aquí me tiene, hermana. ¿Puedo verla?

—¡Ahora mismo las aviso!

Valiente esperó en la puerta trasera del monasterio, mientras la portera entraba y recorría el pasillo con pasos cortos y rápidos. No tardó en volver a salir.

—Lo esperan en el despacho, ¿viene conmigo?

La siguió a través de la gran antesala de piedra, iluminada por el sol que se colaba a través de las vidrieras que daban al claustro. «Todavía no es la hora del rezo de sexta», se dijo, maravillado de recordar aún los horarios de las interminables oraciones y misas a los que esas mujeres se sometían por voluntad propia. En efecto, eran poco más de las doce y media; el taller de restauración, frente al que pasaron, bullía de actividad y olores a barniz.

Luz llamó con los nudillos. La madre Emilia contestó con un «adelante» alto y claro.

—Madre, el inspector —dijo la hermana portera. Se hizo a un lado y dio acceso a Valiente, que entró en el despacho. En el mismo instante en que Luz cerraba la puerta y los dejaba solos, él tomó asiento al lado de la priora y frente a la abadesa.

—Buenos días. Soy todo oídos… —afirmó.

—Creí que vendría más temprano, inspector.

—No me riña, priora. Había una comprobación que necesitaba hacer. Además, vengo en son de paz y, para demostrarlo, les traigo un pendrive con las grabaciones de cámara del crimen del juez. Estoy seguro de que Prisca les sacará partido a las imágenes y quizás repare en detalles que a mí se me hayan escapado, aunque creo que he dado con lo más importante. Entonces, ¿cuál es ese disfraz que dice que mantiene a Ciro Kraus oculto de la sociedad?

Por primera vez se fijó en Prisca con atención y vio algo que hacía mucho tiempo que no observaba en ella. La joven estaba pálida y manifestaba signos de nerviosismo constantes. Sus dedos se enroscaban en el mandil para soltarse de pronto y volver a empezar

el mismo ejercicio, de manera convulsiva. Valiente se alarmó.

—Creo que me ha hablado, inspector. Anoche, en el chat.

—¿Qué dice? ¡Enséñeme los mensajes!

La madre Emilia volvió la pantalla del ordenador de sobremesa hacia él. La página de Tusescritos.com estaba abierta y, dentro de esta, el chat con la conversación de la noche anterior entre Prisca y el llamado Yokai. Valiente leyó las frases con atención un par de veces, moviendo los labios y con el ceño fruncido.

—Prisca, no se preocupe, vamos por partes. ¿Qué es eso de que se ha rasgado el perfecto disfraz?

—Verá, resulta que Kraus sufre el síndrome de Highlander.

—¿Va con falda de cuadros? Eso no me parece muy discreto… —A su pesar, la priora sonrió.

—No, hombre. Ese síndrome afecta al crecimiento y lo hace a uno tener aspecto de eterno adolescente. —Valiente abrió la boca para decir algo y la volvió a cerrar. Poco a poco se reclinó en el respaldo de la silla. Los ojos se le agrandaron más y más.

—Coñ… —empezó a decir. Se tapó la boca con las dos manos y miró con espanto a la madre Emilia.

—No se preocupe, Daniel, que no he nacido ayer. ¡Diga sus impresiones, por favor, que estamos en ascuas!

—El muchacho… Ese chico que vi en la casa de Kraus, el que acompaña al ama de llaves. Solo hablé una vez con él, y era muy extraño. Me respondía con preguntas…

—Es él —intervino Prisca—. Tiene esa costumbre desde crío, según nos informó su tío, el padre Johannes.

—¿Quién es ese padre?

—Un abad alemán. Contactos de María José, ya le contaré. Fuimos ayer a verlo a Baviera y…

—¿En serio? ¿Se fue a Alemania y no me dijo nada?

—Se lo digo ahora, inspector. No sabíamos si se trataba de una pista sólida. Fuimos a comprobar si lo era, y así fue. Por eso quería informarle. Lo que no sabía es que él se pondría en contacto conmigo. Si es que ese Yokai es él, claro.

—Muy bien, hermana. Ahora cuéntemelo todo desde el principio, si es tan amable.

* * *

En la cocina de El Loro Azul, Enrique ayudaba al cocinero con los platos del día. El chico lo miraba de reojo de vez en cuando. Lo veía pocas veces en la cocina y, siempre que eso pasaba, no presagiaba nada bueno.

No es que entorpeciera sus movimientos, al contrario: sabía organizar bien las comandas y los platos salían por riguroso orden de llegada. Realizaba los primeros platos, montaba las ensaladas y cortaba el pan. Se las arreglaba para limpiar y recoger cada enser que utilizaba, de suerte que todo parecía ordenado en medio del caos. No debería, pues, contrariarse por verlo allí con él, de no ser por esa forma suya de bajar la cabeza y actuar casi sin respirar. El muchacho sabía que su jefe no soportaba bien la tensión y el bar lleno le provocaba ansiedad en ocasiones. Además, su forma compulsiva de actuar le decía que, en ese momento, el dueño de El Loro Azul no quería pensar en nada en absoluto. Algo hacía que quisiera evadirse del mundo y concentrarse a tope, y qué mejor para eso que la cocina de un bar en hora punta. Sin decir nada, siguió atento a la plancha y las freidoras. Su jefe cortaba lechuga con el cuchillo cebollero, sin poder evitar un escalofrío espinazo abajo.

—Vale, Carlos. Una ensalada tropical, una de frutos del bosque y otra de queso de cabra. Salgo un momento —aseveró, al tiempo que soltaba el cuchillo dentro de la pila y dejaba tres boles

primorosamente dispuestos en la ventana de servicio.

Enrique echó un vistazo a la sala. Nervioso, atravesó el comedor y llegó a la calle, apoyó la espalda en la pared y respiró en profundidad. Cogió su teléfono móvil del bolsillo. Al no encontrar ningún mensaje, marcó un número y se llevó el aparato al oído. No tardó en escuchar la voz grave y familiar que le devolvió la paz por un momento.

—¿Dónde andas? Me dijiste que venías a comer…

—Lo siento, se ha complicado un poco la cosa. No tardaré, ¿tengo mesa?

—Ah, ¿estás por aquí?

—¡Pues claro! ¿Dónde iba a estar sin avisarte? —Enrique sintió que, de pronto, el día tenía mejor aspecto y una sonrisa se pintó en su cara. Acto seguido, se dio cuenta de lo que acababa de pasarle y el rictus serio volvió a su semblante.

—Perdona, es que era tarde y no sabía si te habrías quedado en Llavaneres a comer. Ya sabes, con Mar. —Tan pronto lo dijo, se arrepintió y a punto estuvo de darse con la frente en la pared. La voz sorprendida de Valiente le quitó la idea.

—¿Con Mar? Oye…, ¿puedo saber qué está pasando por tu cabeza?

—¿Eh? ¡Nada! Sería normal, ¿no? Es tu testigo, está en el caso y os lleváis bien…

—Enrique —bajó la voz—, ya hablaremos de eso, ¿de acuerdo? Y no nos llevamos tan bien.

—No me debes ninguna explicación…

—Lo sé, ni te la estoy dando. De todos modos, no quiero que pienses lo que no es. Oye, te veo en diez minutos.

Sin saber si se sentía con mejor o peor cuerpo que unos minutos atrás, Enrique colgó y volvió a entrar en el bar. Aunque en esta ocasión dejó la cocina para el cocinero y se limitó a la sala.

Valiente llegó al poco tiempo. Se sentó donde siempre. Para su sorpresa, Enrique había puesto mesa para dos.

—Quiero comer contigo.

—Estás en tu casa —contestó, mirándolo con picardía.

El camarero llegó en el acto y a los pocos segundos partió hacia la cocina con la nota.

—Vamos a ver, ¿qué te pasa a ti con Mar Albrich?

—No me pasa nada, en serio, es solo que… Bueno, es obvio que ella te gusta.

—Claro que me gusta. Es preciosa, inteligente y agradable. ¿A ti no?

—Sí, pero solo me cae bien. En cambio, a ti…

—Enrique —cortó Valiente, a la vez que le clavaba los ojos—. No voy a tener sexo con nadie más y si se me pasara por la cabeza tal cosa, no ibas a ser el último en saberlo, sino el primero, y antes de que pasara. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —musitó—. Sí, prefiero saberlo antes, si es posible.

—Si se diera el caso… De momento no tengo ninguna intención. Estoy bien así y quiero que tú también lo estés. ¡Y deja de mirar el mantel!

La comida comenzó en un silencio un poco tenso que Enrique no tardó en romper.

—Bueno, ¿puedo saber qué has averiguado?

—Claro. Verás: si Antoni no hubiera testado, sus bienes habrían pasado a manos del Ayuntamiento. Este podría haberlos vendido al mejor postor o hacer con ellos lo que estimase conveniente. También habría podido pasar que, al descubrir las pinturas, de hacerse público el asunto, podrían aparecer herederos del pintor y reclamar la titularidad de la obra y su explotación.

—¿Y al hacer testamento?

—Entonces, el patrimonio tiene dueño. O dueñas, mejor dicho. Así, Antoni se aseguró de que su legado no fuera a parar a manos del fondo Kraus.

—¿Crees que él se conformará?

—Desde luego que no. Si no voy mal, está detrás del atropello de Antoni. Lo malo es que no tengo forma de probarlo. Joaquín Lázaro, que ahora sabemos que robó el coche y es bastante bocachancla si le tiras de la lengua, me habló de una exnovia acosadora, Tania Guzmán. Ella sabía que él estaba tieso y, según sus propias palabras, «se movía con gente chunga». Le he pedido a Olmedo que la busque en los archivos, pero no ha encontrado absolutamente nada sobre ella. Sus datos personales son un desierto y eso no es normal. En cuanto a Ciro, en este estado de cosas no hay nada que pueda hacer para quedarse con el Canimel. Al menos, de forma legal. Sabemos que tenía contactos con Barrachina, con Hebrón… ¡Muchas cosas sueltas y nada por donde agarrarlo! Ah, y no te lo pierdas: no lo encontrábamos porque tiene el síndrome de Highlander.

—¿Toca la gaita? Pues no me parece difícil encontrar a un gaitero en Catalunya…

—No, hombre, es que tiene pinta de chaval, a pesar de tener treinta y cinco tacos.

—Hala…

—La cuestión es que quiere hablar con Prisca.

—¿Ha ido al monasterio?

—No, quiere que ella vaya a su casa.

Enrique soltó la cuchara de golpe.

—¡Eso sería muy peligroso!

—Justo lo que siempre busca esa monja de las narices. Le he dicho

que ni se le ocurra ir, aunque estoy seguro de que no me va a hacer ni puñetero caso y va a convencer a la madre para que le dé permiso, «para descubrir la verdad y por el bien del pobre Antoni, que les ha dejado su tesoro en herencia».

—En ese caso, tendremos que vigilar la casa de Ciro Kraus.

Valiente alzó la vista hacia él, lleno de orgullo.

—Ese es mi chico. ¿A qué hora terminas hoy?

* * *

Elvira, Teresa y Agustina se encontraban ocupadas en el taller de restauración. Un panel románico, llegado de una iglesia lombarda del Pirineo, absorbía su atención de cualquier otra cosa. Mientras Elvira preparaba los pigmentos dorados, Agustina dejaba listos algunos barnices y Teresa intentaba encontrar el tono exacto de azul, siempre tan difícil de lograr. Fue ella la que rompió el silencio con la máxima discreción posible.

—Me ha dicho la madre que nos demos prisa con esto, que tenemos que entregarlo enseguida.

—Ah, ¿sí? Pues no sabía nada —contestó Agustina.

—Bueno, todo lo que sea acabar pronto…

—Suéltalo, Tere —intervino Elvira con fastidio. La campanera sonrió.

—Sabéis que María José y la priora fueron a Alemania, ¿verdad? Se ve que la cosa tiene miga…

—Me da que sí. Y si la madre ha dado su permiso, seguro que es por un buen fin —añadió Agustina.

—¿Quién lo niega? Lo que me mosquea es que nadie suelta

prenda…

—Hermana, yo no hago preguntas, menos todavía desde el asunto aquel de los crímenes. Si la madre quiere explicarnos lo que pasa, ya lo hará —atajó Elvira, hablando deprisa.

—Sí, eso ya lo sé. Pero no puedo dejar de pensar que se trata de algo gordo. ¡Nosotras no salimos de aquí, menos todavía para hacer un viaje tan largo!

—Y relámpago, además —dijo la cillera—. Fueron y volvieron en el mismo día. Yo creí que se quedarían a dormir en ese monasterio renano.

—Yo también. Por eso creo que el tema es peliagudo. Y acabo de ver salir a Prisca. La madre la ha acompañado hasta la puerta… ¿Se volverá a poner en peligro? ¡Me da miedo!

—No te preocupes tanto, mujer —soltó Elvira—. Prisca sabe lo que hace. ¡Y ni sueñes que David Bowie la vaya a dejar sola en esto! Seguro que la tiene bien vigilada en todo momento.

—Eso espero…

—¡Venga, hermanas, que no estudiamos restauración para estar aquí cotorreando! Menos aún si la madre ha dicho que nos demos prisa con esto.

* * *

A la tarde le faltaban ya pocas horas para empezar a caer cuando el BMW de Valiente entró por la avenida Pearson. Dejó suficiente distancia entre el coche y la puerta de Kraus para no ser visto desde la edificación. Aun así, Enrique extremó las precauciones.

—¿Estás seguro de que aquí no nos verán?

—Supongo que no. De todas maneras, no creo que sea un problema.

Al fin y al cabo, no podíamos dejar que nuestra amiga viniese hasta aquí sola, ¿no? Esto está donde Cristo perdió las zapatillas… —Ambos se volvieron a la vez para observar a la priora en el asiento de atrás.

—Vaya gracia que me hace que me hayan tenido que acompañar, la verdad. ¡Les dije que podía usar el transporte público!

—Hermana, eso no existe. En este barrio no hay nadie que no tenga coche. Ni yate, ni jet privado, de hecho. Aquí no llega el metro. Era acompañarla u obligarla a hacer una excursión de tres horas.

—Ya que Kraus quería verme, al menos me podía haber mandado a buscar con un coche, digo yo…

—Esa es otra: ¿lo ha avisado?

—Pues no. Prefiero encontrarlo con la guardia baja.

—No sea peliculera. ¡Imagine que ha salido! De hecho, puede que ni siquiera fuese él…

—Pues lo sabremos enseguida. ¿Cuál es su casa?

—Esa de ahí, la de la cancela alta. Voy con usted.

—No, no viene conmigo —dijo la priora, presionando su hombro hacia abajo para mantenerlo sentado—. Ya que se las ha arreglado para conseguir acompañarme, al menos espere aquí. Además, ya me ha puesto al día de todos los detalles del caso y he visto las fotos y los vídeos que me facilitó para estar al tanto de cualquier detalle. Por cierto, ese hombre, Joaquín Lázaro, tiene unos bellos ojos.

—Sí, lástima que las pupilas superdilatadas los oculten.

—Daniel, los drogadictos no son dueños de sus actos. Él fue el brazo ejecutor que acabó con el pobre Antoni, pero, para mí, el culpable es quien le pagó.

—Para usted y para mí. Por eso me atrevo a soltarla a sus anchas por ese casoplón, porque la conozco y sé que algo sacará en limpio. Eso sí: haga el favor de ir con mil pares de ojos y avisarme al menor

contratiempo. Y llévese esto —dijo Valiente metiéndose la mano en un bolsillo interior de la americana. Prisca se erizó en el asiento trasero.

—¡Ni sueñe que llevaré un arma!, ¿está loco?

—Ni sueñe que le daré una, ¿está loca? —contestó sacando del bolsillo un teléfono móvil—. Usted no usa de estos. Es el mío personal. Escóndalo en el bolsillo y no dude en usarlo si se mete en líos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —contestó Prisca, y cogió el teléfono—. ¿No sospechará Kraus?

—Claro que lo hará. Pero no va a registrar a una monja. Además, dudo mucho que haga nada que la ponga en peligro. Y, recuerde: espero más de usted que la simple cháchara que él pueda darle.

—Cuente conmigo, Daniel —dijo con solemnidad. Sin mirar a sus acompañantes, se bajó del coche y se encaminó a la casa. Ellos esperaron con inquietud.

CAPÍTULO 15



La construcción de piedra le pareció anacrónica. Los elementos de la fachada contrastaban entre sí: de un lado, los angelotes, traídos de viejas iglesias en ruinas y colocados en los extremos de la acanaladura de aguas pluviales, daban bocas artificiales al desagüe. Entre esos elementos góticos, mosaicos de baldosas rotas, al más puro estilo gaudiano, se contraponían de manera chocante con las ventanas acristaladas con plomo y vidrios de colores. El balcón

lucía un hermoso herraje con motivos vegetales, negro mate y limpio. Debajo, una puerta de madera tan maciza que nadie podía dudar de su inexpugnabilidad. En suma, a Prisca se le ocurrió que aquella casa era una fortaleza construida por alguien con mucho dinero y muy mal gusto.

Hacía ya un minuto que la verja se había abierto para ella y todavía nadie acudía en su busca. Con paso inseguro, recorrió los metros que separaban la entrada del portón y se quedó allí, sin moverse ni apenas respirar. En un momento, la puerta sonó con varios ruidos secos de cerraduras y llaves que giraban. Por instinto, apretó con fuerza el teléfono móvil de Valiente en el bolsillo de su túnica.

La hoja de madera se abrió por completo y apareció en la entrada la figura de una mujer con traje y corbata, el cabello recogido en un apretado moño, que la miraba con severidad. Hizo un amago de sonrisa e inclinó la cabeza con un gesto leve.

—La priora Prisca, imagino.

—Imagina usted bien, señora…

—Sígame, si es tan amable. El señor la espera.

Si alguna duda había albergado la monja con respecto a la identidad del tal Yokai, las palabras de la mujer acababan de disiparla. Sin rechistar, caminó tras ella a través del pasillo lóbrego. La puerta se cerró a su espalda con un sonido tan potente y seco que la hizo palidecer.

Los pasillos, forrados de paneles de madera oscura con molduras en la parte superior, estaban iluminados por la escasa luz que atravesaba las vidrieras azules, rojas, verdes y amarillas, lo que creaba un extraño efecto óptico que le pareció perturbador. Lo más llamativo, sin embargo, eran las obras de arte que las revestidas paredes lucían con orgullo. Aunque Prisca no era restauradora, sabía distinguir los estilos clásicos de pintura. Admiró cuadros renacentistas de claroscuros, otros más coloridos y recargados que le hicieron pensar en el barroco y, al final del corredor, dos cuadros impresionistas, desdibujados y de colores vivos, que le parecieron nacidos de pincel francés.

Embebida en la observación de aquellas obras de arte, apenas se dio cuenta de que habían salido del pasillo y se encontraban en una estancia con más luz. Miró a su alrededor y pudo ver algo que le recordó la biblioteca del monasterio que había visitado tan solo dos días atrás en Baviera. Eso sí, más oclusiva y con tan solo tres paredes de anaqueles. En el centro de la cuarta, varios juegos de luces y lámparas muy costosas iluminaban un solo cuadro de grandes dimensiones. Por los trazos y el estilo, distinguió al punto que se trataba de un Picasso que nunca había visto antes.

Solo entonces, una tímida risilla hizo que dirigiera su atención a la butaca de uno de los laterales de la sala. Un bello muchacho sentado la observaba con interés. Por instinto, Prisca tragó saliva. Ella no era supersticiosa, aunque sí muy intuitiva. El joven desprendía una energía tan oscura que, sin querer, le vinieron a la mente las palabras del padre Johannes sobre su afición a matar pequeños animales de manera cruel, o amenazar a sus compañeros con un plumín en la yugular. No se trataba de un hombre grande, ni fuerte, pero la priora no tuvo la menor duda de que era capaz de cualquier cosa. Fue él quien rompió el silencio.

—Así que vino a verme, mi querido Ángel Blanco. —Lo miró unos segundos. Era difícil creer que aquel jovenzuelo tuviera la edad que el padre Johannes le había dicho. Se le ocurrió pensar que, a veces, Dios es caprichoso con sus criaturas.

—¿Ciro Kraus?

—Yo mismo, hermana. Soy su Yokai. Espero no haberla molestado.

—Me dejó usted muy descolocada. No esperaba que fuera a citarme, y menos de una manera tan informal.

—Perdóneme por eso. Mi intención era enviarle una invitación en toda regla, pero las circunstancias me lo han puesto difícil. Además, hablarle a través de su página era demasiado tentador. ¿Qué pasa con usted, Prisca? ¿Es posible que una monja de clausura escriba en internet?

Ella lo miró con franco asombro.

—Por supuesto, tengo mis motivos y los correspondientes permisos para ello. No tema usted por mi alma, Ciro. Más bien, dígame por qué quería verme.

Él desvió la vista a la puerta de la estancia. El ama de llaves acababa de entrar con un fastuoso juego de té de porcelana inglesa. Ciro y Prisca observaron con paciencia las maniobras de la mujer, que, con precisión, les sirvió dos primorosas tazas y dejó después una bandeja de dulces sobre la mesa.

—Gracias, Alex.

Ella hizo un pequeño gesto con la cabeza y abandonó la sala. Ciro tomó su taza, alzó el mentón y dio un trago. Prisca observó el exagerado movimiento de la nuez, que parecía hacer un gran esfuerzo para tratar de acomodar la temperatura de la infusión a la del interior del cuerpo de su dueño.

—Puede beber, hermana. No voy a envenenarla.

—No temo por mí. Quiero aclarar este asunto cuanto antes y regresar a mi casa.

—Oh, sí. Su precioso monasterio. La comprendo, yo también viví en uno. Eso ya lo sabe, ¿no?

La priora carraspeó y se irguió en la silla.

—Mire, no soy muy amiga de formalismos. Dígame lo que quiera decirme, si es tan amable, y me marcharé.

—Sí, no se preocupe. No la voy a entretener. No quiero que su inspector asalte mi casa, temeroso de que la haya descuartizado en mi sótano o algo por el estilo —dijo en tono guasón.

—¿Mi inspector? ¿Qué quiere decir con eso?

—Priora, no he llegado hasta aquí por tener un alma cándida. Sé que Valiente la ha acompañado. Eso es, al menos, lo que yo habría hecho en su lugar. No se preocupe, no tiene nada que temer. Solo quiero aclarar el asunto de Antoni. No me gusta ser sospechoso de asesinato.

—Si no es un asesino, no tiene nada que temer.

—Se sorprendería, hermana, de la cantidad de inocentes que han sido sentenciados por crímenes que no cometieron.

—No crea que ignoro las cosas de este mundo. De todas maneras, no se preocupe: en este país no existe la pena de muerte. Y bien, Ciro, soy toda oídos. ¿Qué es lo que me quiere contar?

—¿Por qué no quieren venderme el local de Antoni Ferrer?

—¿Por qué quiere usted que se lo vendamos? —Ciro sonrió de medio lado. La priora no había tardado en copiarle el sistema de conversación indirecta. Volvió la vista hacia el Picasso de la pared lateral.

—Por las pinturas, naturalmente.

—¿Y cómo sabe usted de ellas?

—Esa es una buena pregunta. —Se levantó de la butaca y se acercó a una de las estanterías, de la que tomó un libro pesado y grueso. Prisca pudo ver su título, Botín de guerra. Ciro se sentó junto a ella y lo abrió—. Me han contado que habló usted con mi tío Johannes. No se sorprenda; tengo una buena red de información. Eso es esencial en mis negocios, en especial cuando uno no es muy dado a salir de casa ni tener reuniones.

—Eso será porque no le da a usted la gana. Es muy dueño de llevar las cosas por sí mismo. ¿No es ya mayorcito para tener esos complejos absurdos?

—Dígaselo usted a mi padre. Me crio apartado de todo. Siempre creyó que no sería capaz de abrirme camino.

—Y tenía razón. Mucha capacidad para los negocios y muy poca para plantar cara a la realidad.

—¡Desde luego es usted directa!

—El tiempo lo da Dios, señor Kraus. No tenemos ningún derecho a perderlo a lo tonto.

—Tiene razón. Vamos al grano. Sí, soy un acomplejado y he buscado salidas del modo que me ha sido posible. Algún acicate que me diera ganas de levantarme por las mañanas. Desde que conseguí hacerme con las riendas del fondo Kraus y me demostré a mí mismo de lo que era capaz, me vi limitado por otros factores. En primer lugar, no veía la forma de ostentar mi poder, que es de lo que se trata, en suma. En segundo plano, mis nulas necesidades sexuales, estipuladas por el síndrome que padezco y que usted ya conoce, no me llamaron a buscar satisfacciones retorcidas por ese lado. De manera que me enfoqué en el arte.

»Entre otras cosas, tengo un trastorno obsesivo compulsivo que me da tendencia a acumular bienes. Me es casi imposible desprenderme de cualquier objeto o enser que posea. Alex dice que tengo el síndrome de Diógenes. No me extrañaría; total, uno más ya da igual. De manera que empecé a coleccionar obras de arte de distintos autores. Ya ha visto usted el Caravaggio, el Rembrandt y los dos Manet que tengo en el pasillo. Entonces supe de la existencia de este Picasso que ve usted. Era de un coleccionista alemán que me debía bastante dinero y no me costó demasiado conseguirlo. Eso sí, el hecho de saber que había tantos cuadros del pintor andaluz por los cinco continentes me hizo desear encontrar los más raros. Conseguí algunas láminas a carboncillo y un par de pinturas al óleo de sus primeras etapas. Cada cuadro era un trofeo. Era una especie de juego de caza. Y un día, este libro me cayó en las manos.

»Ya ve que habla de diferentes obras de arte que se perdieron o cambiaron de dueño a lo largo de la Primera Guerra Mundial, la Segunda y la guerra civil española. Espolios, pérdidas materiales por destrozos… Un desastre. Y, a la vez, una bendición para un cazador de tesoros como yo. Lo leí con atención, aunque no pude conseguir ninguna de las obras; las pocas que han sobrevivido se encuentran en el seno de los descendientes de las familias que las poseían de entrada, o en algún museo. Y entonces encontré la historia de este cura. ¿Quiere leerla?

Prisca se concentró en la página que le señalaba su anfitrión y leyó para sí.

El comienzo de la guerra civil española me encontró en Cataluña. Mi actividad de fraile franciscano me había llevado hasta España un par de años atrás y comencé allí una labor de ayuda al pobre y menesteroso, predicando el evangelio y mendigando para mi sustento. Sin embargo, las hostilidades se recrudecieron y pronto comenzaron los bombardeos. Las simpatías de mi país no estaban claras y me sentí desorientado y asustado. Fui detenido e interrogado una vez y, al ser liberado gracias a fingir desconocer el idioma, creí que había llegado el momento de abandonar España. Mi ideología, cercana al pobre y al desahuciado, parecía sospechosa durante esa guerra. Sin duda, iba a ser un tiempo de desgracia, y también de hambre y penurias. Aquellas pobres gentes necesitarían cuanto pudieran conseguir para sí mismas, sin necesidad de tener que alimentar a un fraile que, en esas circunstancias de extrema practicidad, poco podría aportarles. Así decidí emprender camino hacia la frontera francesa.

No había salido de Barcelona aún y ya se me unió un pequeño grupo. La compañía de un fraile inspiraba confianza en aquellos días inciertos. Les dije enseguida que tenía intención de marcharme del país y me comunicaron que había más en mi misma situación. De ese modo, en tan solo dos días me informaron de que no me iría solo. Dos personas más, junto a un pasador, me acompañarían. Me uní a ellos y emprendimos camino. Uno de aquellos hombres era un pintor ya famoso por entonces y que, con los años, logró una relevancia internacional. Nada menos que Pablo Picasso. Me alegró conocerlo y, a lo largo de nuestro periplo, nos obsequió con dibujos y grabados en las hojas de papel de mi libreta de viajes.

Lleno de curiosidad, le pregunté qué hacía un hombre de su categoría viajando de ese modo. Se rio a carcajadas y me dijo que en aquellos días no había trenes de lujo para nadie. Que a duras penas había logrado sobrevivir sin ser detenido por comunista. Explicó que un amigo suyo de Sant Feliu de Llobregat lo había mantenido oculto en el sótano de su tienda de víveres durante unos días, que le habían servido para pintar los bocetos del mural que tenía intención de realizar para la próxima Exposición Universal de París. Entre risas, nos dijo que la tienda se haría popular, porque tenía intención de pagarles su hospitalidad con las maravillosas aceitunas malagueñas que unos buenos amigos suyos

manufacturaban de forma artesanal.

Me quedé en Francia y, poco después, vi los carteles que anunciaban la Exposición Universal. Al admirar el mural que mi amigo había pintado, recordé nuestro viaje y sus palabras, impresionado por el horror que reflejaban aquellas imágenes. No pude evitar sentir orgullo al haber conocido de boca del propio autor la existencia de semejante obra, oculta en el humilde sótano de una tienda que sería famosa por sus aceitunas.

Prisca miró a los ojos a Ciro Kraus.

—Así que lo supo por este libro.

—En efecto. Imagine lo que me corrió por las venas al descubrirlo por casualidad, mientras buscaba rarezas pictóricas. Me instalé cerca de Sant Feliu de Llobregat y recorrí la ciudad por completo, convencido de que la tienda había sucumbido a los efectos de la guerra. Cuál no fue mi sorpresa al encontrar Canimel, con ese cartel en la puerta: «Fundada en 1932». Deseaba entrar y ver con mis propios ojos el mural, o lo que quedase de él.

—Y Antoni no estaba por la labor.

—Exacto. Por eso, a través de mis administradores, le hice ofertas que no aceptó.

—Y mandó atropellarlo.

—¿Es una acusación formal, hermana?

—¿No fue usted, Ciro?

—Desde luego que no. Fue un accidente.

—Demasiado oportuno.

—Accidente al fin. ¡Ya me dirá de qué me servía matarlo, si les había dejado a ustedes el local en herencia!

—Eso usted no lo sabía…

—Hace demasiadas suposiciones, hermana. Lo único que yo quería era ver las pinturas y, a poder ser, comprarlas.

—Sí, para explotarlas.

—Para trasladarlas aquí.

—¿Puedo saber con qué sistema? ¿Se iba a traer el local entero a casa? ¡Eso es una locura!

—Se pueden trasladar paredes. ¿No ha oído hablar de Banksy, el grafitero?

—No frecuento esos círculos.

—Sus pinturas urbanas son muy cotizadas. A él eso no le gusta, pero hay coleccionistas que se han llevado paredes enteras con pinturas suyas. Mi intención era traerlas a mi sótano.

Prisca resopló.

—Qué manía con poseer… ¡Me recuerda usted a los faraones egipcios! ¡Todo para adornar la tumba! ¿No le sería más sano salir a tomar el sol?

—¡Mire quién habla! Usted misma ha renunciado a lo mundano y vive enclaustrada, ¿no es así?

—No para esconderme, por cierto. Yo lo hago para servir a mi comunidad.

—Cada uno con sus prioridades, hermana. Yo no soy un filántropo.

—Desde luego que no lo es. Echa a la gente de sus casas y le importa un comino si eso los mata de angustia. ¿Para qué quiere tanto dinero? ¡Ni usted lo sabe! Ni siquiera puede tener el aspecto de un hombre adulto… —Ciro soltó una carcajada.

—¡Vaya con el Ángel Blanco! ¡No se corta un pelo! ¿Dónde está su caridad cristiana?

—¿Y la suya? Se crio en un monasterio con un buen hombre, ¿no se le pegó nada?

—Sí, desde luego. El amor por el arte y las grandes obras. Sobre la humanidad, no comparto el buen concepto que usted tiene. Cada uno obtiene aquello por lo que se atreve a pelear. Y si no, muere en el intento.

—Me imagino que cada cual tiene sus prioridades. Y ya que hablamos claro, todavía no me ha dicho para qué me ha traído aquí.

—Sí que lo he hecho. No me gusta ser sospechoso de asesinato. Quiero que le diga a Daniel Valiente por qué estoy interesado en el local de Antoni y que mis razones no me convierten en un asesino.

Prisca lo miró con indignación.

—¿Por quién me ha tomado? ¿Por una correveidile? Yo no le cuento chismes a nadie. Si tiene algo que hablar con Valiente, ¡hágalo usted mismo! —Se levantó de la silla. Ciro hizo lo mismo.

—No me ha entendido, hermana. Yo quería explicarme con usted, que sin duda tiene la cabeza menos cuadrada que él. No me gusta hablar con nadie, y su inspector me pone nervioso con esos ojos bicolor.

—Sí… Da la impresión de que pueden leer la verdad dentro del cerebro de uno, ¿no es cierto? —Ciro hizo un mohín de reticencia.

—Supongo que ha sido un error llamarla. Tenía otro concepto de los religiosos. Ya lo dijo Cervantes, «con la iglesia hemos dado, amigo Sancho».

—Si su concepto de los religiosos es que somos unos cándidos, desde luego se ha equivocado conmigo. No sé cómo serían los monjes con los que se educó usted, pero yo no soy ninguna tonta ni va usted a tomarme el pelo. Le aconsejo que hable con Valiente. Acabará antes, Ciro. Él siempre termina por saber lo que le ocultan. Y si es cierto que usted no esconde nada, no tiene qué temer. Buenos días, y gracias por el té.

Desairado, el hombre con aspecto de muchacho apartó su mirada de la priora para fijarla en la pantalla de su teléfono móvil, que acababa de empezar a sonar.

—Buenos días, hermana. La seguiré leyendo. Perdone que no me levante, ya sabe dónde está la puerta. Tengo una conferencia importante que debo atender —dijo con desdén, al tiempo que descolgaba y prestaba a la llamada entrante toda su atención.

—Eh… Si no le importa, me detendré un momento en el baño —se atrevió a añadir.

—La puerta de la izquierda —contestó él sin levantar la vista.

Tan pronto salió de la sala, el corredor la volvió a sumir en la onírica penumbra que había encontrado al entrar. Los desvaídos colores de la luz a través de las vidrieras, los cuadros costosos y el olor a madera la transportaron de nuevo a una realidad preternatural.

Avanzó por el pasillo unos pasos, mirando en todas direcciones. En un instante, el miedo dio paso al natural curioso que dominaba su carácter y prestó atención a cada detalle que, al entrar, no había advertido. Las baldosas de damero del suelo, las figuras de porcelana o marmolina, el escritorio victoriano. Prisca observó sobre su hombro: en la sala, Ciro hablaba por teléfono en alemán. En el pasillo no había trazas de Alex. Sin hacer ruido, aspiró con fuerza y, con mucho sigilo, tomó la escalera que se abría a su derecha y conducía a la planta superior.

El último escalón la dejó en un vestíbulo más luminoso que la planta baja. Enseguida comprobó que la razón era una gran ventana que se abría en un lateral del pasillo cubierto de alfombras persas. Se acercó y miró, a cierta distancia, a través del cristal bruñido. Abajo, un hermoso jardín se extendía en la parte trasera de la casa: arriates de flores, arbustos bien cortados y césped verde esmeralda, con una fuente de piedra en el centro. Frente a ella, en un banco de madera bien barnizado, ornado con herrería antigua, Alex fumaba un cigarrillo. Por el tamaño, Prisca dedujo que lo acababa de encender. Eso le daba unos minutos.

Al fondo del pasillo había una preciosa puerta de madera de palo de rosa. En cuatro zancadas, Prisca llegó ante ella y la abrió. La luz se encendió por sí misma tan pronto traspasó el umbral. Se trataba del dormitorio de Ciro, no le cupo duda. El tamaño y los muebles de maderas nobles, las costosas colchas de la gran cama y las pinturas que decoraban las paredes así parecían indicarlo. Sin embargo, lo que no dejaba lugar a dudas era la atmósfera oscura que flotaba en el aire. Algo que invitaba a abandonar la habitación lo antes posible. La priora se sobrepuso al miedo y entró en la estancia.

Lo primero que encontró junto a la puerta fue un acceso a otra sala de tamaño mediano. Prisca lo franqueó y se dio cuenta de que se trataba de un vestidor. Trajes planchados a la perfección, colgados en fila, precedían varias decenas de camisas impolutas que olían a flores, igual que Ciro. Enfrente, un espacio para ropa más informal: vaqueros de todos los tipos, sudaderas con diseños vanguardistas y camisetas bien dobladas en una especie de aparador, bajo las perchas. Encima, otro estante sostenía maletas de cuero, bolsas y bolsos de viaje y algunas gorras. Debajo, unas bonitas cuadrículas de madera albergaban zapatos en sus cajas. Prisca no conocía las marcas, pero no tuvo duda de que todas ellas eran costosas. Leyó nombres como Armani, Versace, Fendi o Ferragamo. Las manos se le fueron a las cajas de zapatos y comenzó a abrirlas. Algunos eran formales, de tafilete o cuero grueso, de distintos tipos y colores. También había toda una colección de deportivas de varios modelos. Observó las marcas: Adidas, Nike, Bikkembergs… Encontró una caja vacía. Eso le extrañó. Ciro tenía un sentido maniático del orden, además del síndrome de Diógenes que él mismo acababa de revelar que padecía. Y ella lo recordaba bien: el joven la había recibido vestido con corrección, con un pantalón vaquero y un bonito suéter de lana lleno de dibujos navideños. Y unas peludas zapatillas de estar por casa. Nada que ver con las deportivas ausentes. Se fijó en la caja con atención. ¿Qué haría allí? En ese momento escuchó un ruido y abandonó la habitación a toda velocidad.

Bajó la escalera y no vio a nadie. Al fondo, en el salón, Ciro seguía con su conversación en alemán, dando vueltas por la estancia. Sin duda, Alex había regresado del jardín, aunque ahora no la veía. Decidió entrar en el baño para evitar problemas.

¿Qué le había dicho él? La puerta de la izquierda, recordó. Nerviosa, abrió la que estaba justo frente a la escalera.

El ambiente cambió por completo. La luz, que entraba a raudales por una ventana grande, le reveló que se había equivocado: aquello no era un cuarto de baño. Se encontraba en un dormitorio de buen tamaño, aunque sin excesos. Una cama junto a la pared, revestida por un edredón nórdico, cubría el espacio de uno de los laterales casi por completo. Enfrente, un mueble sencillo con estanterías y pocos libros, algunos muñecos de peluche y una fotografía enmarcada. Prisca se fijó en ella en el acto. Un hombre y una mujer sonrientes miraban a la cámara. Ella, de cabello largo, ojos oscuros y cejas bien dibujadas, mantenía el mentón levantado en un gesto seguro. Él la abrazaba, arrobado y soñador. Al observar bien los rostros, la priora sintió que se quedaba paralizada. Tomó aire y dio un paso atrás. Justo al volverse en dirección a la puerta, apareció una silueta que se recortó en el marco.

—¿Se puede saber qué hace en mi habitación?

—Disculpe… ¿Alex? Buscaba el baño, me he equivocado. —El ama no contestó. La observó en silencio unos segundos, que a la monja se le hicieron eternos. Al cabo, se hizo a un lado.

—La acompañaré.

Prisca la siguió sin decir una palabra. No tardaron en llegar a la altura de otra puerta, justo a la izquierda de la anterior y casi invisible por la falta de luz, que Alex le indicó con un gesto de la mano.

—Oh, disculpe. El señor me dijo «la puerta de la izquierda» y solo vi la de su habitación. Ha sido un error mío.

Alex la observó con incredulidad. La priora entró en el baño. ¡Menuda monja chismosa! Seguro que había estado espiando. ¿Había podido ver en su habitación algo sospechoso? No lo creía. Si acaso, la foto. Sabía que era una estupidez guardarla, pero era su tesoro. Además, aquella chafardera no debía de haberla reconocido, mucho menos a Joaquín. Tan jóvenes, tan ilusionados… Alex recordó cuánto la amaba, todo lo que hacía por ella. Y cuánto

agradecía su calor. Siempre estuvo sola. Su madre andaba de novio en novio y a su padre ni lo recordaba. Se crio con la pandilla del barrio, sin raíces ni leyes, entre porros y música en el parque por las tardes, haciendo novillos en el instituto. Cenaba sola, dormía sola.

Pronto descubrió que no le gustaba ir con los compañeros a robar coches caros o atracar a mujeres elegantes para robarles el bolso de marca, las tarjetas de crédito, los zapatos que valían tanto dinero como unas vacaciones. Lo que Alex deseaba en realidad era estar al otro lado. Dar una patada a la puerta de la tienda y comprarse todo eso, mientras los empleados le sonreían nerviosos.

Sus compañeros terminaron en la cárcel. Ella empezó a salir con Joaquín y se enamoraron. Fueron felices unos meses, muy felices. Sin embargo, él se conformaba con muy poco. Salir, tomar un refresco, pasear. Ella quería más. Mucho más. Y entonces alguien le hizo un encargo. Parecía fácil y daba dinero, así que no lo dudó. A ese trabajo siguieron otros. Hasta que un día, Ciro fue a buscarla y los acontecimientos se dispararon en todas direcciones.

A medida que se implicaba más y aumentaban sus ganancias, Joaquín se distanciaba. Ella observaba con impotencia la situación. Lo amaba, pero no estaba dispuesta a dejar todo aquello por lo que tanto había luchado. Y un día, él se atrevió a abandonarla. ¡La dejó! No pudo comprenderlo, ¿qué le pasaba? ¿Acaso prefería dejarse la piel por un mísero sueldo en lugar de aceptar los encargos que recibían y vivir como merecían? Lo odió por eso. Y del mismo modo, nunca pudo dejar de amarlo. Sus ojos, sus caricias… La maldita chica con la que comenzó a salir después… Escuchó la puerta del baño. La priora acababa de entrar, ¿no? Y ya salía… ¡Qué mal disimulaba esa maldita monja!

Con una débil sonrisa, Prisca pasó junto a ella. «Esta mujer me pone los pelos de punta», pensó, al tiempo que Alex le indicaba con la mano que caminase delante. La monja inclinó la cabeza en un saludo y regresó al pasillo, en dirección a la puerta, con acusada inquietud. A cada paso sentía el tambor de su corazón redoblar con más y más fuerza. Si aguzaba el oído, podía escuchar las pisadas del ama de llaves detrás de ella, una tras otra. Sonaban igual que golpes. Continuó su avance sin detenerse. La salida parecía estar tan lejos que se le antojaba inalcanzable. Al fin llegaron y la mano del

ama tomó con fuerza el pomo. Abrió y la priora se volvió con timidez hacia ella, mientras forzaba una sonrisa que la otra le devolvió.

—Tenga un buen día, hermana.

—Gracias, usted también.

Avanzó y, al sentir la puerta cerrarse a su espalda, aceleró el paso hasta la verja, que vibró al abrirse para ella de manera automática. La traspasó y, ahora sí, corrió hacia el coche de Valiente como alma que lleva el diablo.

El inspector se alarmó al verla llegar, abrir la puerta y meterse en el coche en un momento.

—¡Vámonos, Daniel, por Dios!

—Prisca, ¿qué le ha…?

—¡Se lo ruego, arranque!

Nunca la había visto de esa manera. Se volvió hacia Enrique, que, perplejo, le indicó con la cabeza que emprendiese el camino. De modo que arrancó el coche y salió con la mayor discreción posible. Al pasar ante la casa, miró hacia la fachada y vio en la ventana más alta de la mansión la delgada silueta de Ciro, cuyos ojos se clavaron en los de él. El inspector apretó el acelerador y se alejó de la calle a toda velocidad.

* * *

Enrique se acercó a Valiente con una taza entre las manos y la depositó en la mesa baja que se encontraba ante el sofá.

—Prisca es muy graciosa. Ni siquiera nos preguntó quién soy, se ha limitado a mirarme con perspicacia nada más subir al coche. Le has dicho mi nombre y no ha hecho preguntas.

—Las caza al vuelo. Se fija en todo, sin excepciones. —Enrique asintió y le habló con cierta preocupación.

—¿Seguro que no quieres comer nada?

—Ahora mismo no, gracias. El té me vendrá bien. —El barista se sentó junto a él y lo miró de frente.

—¿Qué vas a hacer con lo que te ha dicho?

—En eso pienso. Es una suerte que nuestra amiga sea tan buena fisonomista y observadora. Y una gran imprudencia guardar fotos del pasado, ni siquiera en la habitación de uno. Todo apunta a que la ex de Lázaro es Alex, el ama de llaves de Kraus. Con razón no hay datos sobre Tania Guzmán; cambió de identidad.

—¿Crees que Ciro lo sabe?

—Por supuesto. Ciro le facilitó los documentos nuevos. Él debe de ser esa «gente chunga» con la que ella se movía, según Lázaro. Sin duda, nuestro buitre vio en ella potencial para llevar a cabo sus encargos sin chistar. Quizás Alex le pidió a cambio arruinar la vida del hombre que la abandonó por otra.

—Eso va a ser difícil de probar…

—Tampoco voy a intentarlo. Bastante tendré con hacerla cantar, si es que lo consigo.

—Lo veo difícil. No se me ocurre de qué forma… Me dijiste que a Lázaro lo habías acorralado y lo compraste con metadona. A ella no vas a poder comprarla, eso está claro. Ni siquiera la puedes detener, no tienes nada tangible. Y dudo que se deje acorralar. Si trabaja para Ciro tiene que ser muy lista. Además, está Barrachina.

—¿Qué pasa con él?

—Por lo que me has contado, Lázaro no parece ser quien lo apuñaló. ¿Crees que Ciro pagó a dos personas diferentes?

—A estas alturas, no tengo ni idea…

—Pues si esperas que él desembuche, lo tienes muy difícil.

—Lo sé. Y por eso no tengo hambre.

—Pues tómate el té y descansa. No le des más vueltas, mañana sigues.

Valiente sonrió.

—Me has recordado a alguien que me cuidaba mucho. —Enrique le dedicó un gesto de ternura.

—A lo mejor ya iba siendo hora de que volviesen a mimarte. Me tomaré un té contigo —contestó nervioso. Se levantó para servirse una taza y, de paso, ocultar su sonrisa de felicidad.

CAPÍTULO 16



Mar Albrich mantenía el marco sujeto entre las manos. La madera, áspera y oscura, le transmitía una temperatura tibia. Hacía ya unos minutos que observaba la foto que guardaba. Joven, con el cabello largo y una mirada abrasadora, Francesc Barrachina la miraba desde el tiempo y la distancia. Sí, había sido justo eso. La determinación, las ganas, el fuego. Ese cóctel de utopías había cautivado el corazón de Mar, hasta el punto de renunciar a su vida

cómoda para aventurarse junto a aquel muchacho amante de la justicia en una quimera que la había llenado de ilusión. Lo apoyó siempre, incondicionalmente. Lo ayudó a estudiar para sacarse la oposición durante días, semanas, años. Se aprendió las leyes de tanto oírle repetirlas, como un mantra hindú que conducía a una suerte de estado de gracia legal y extraño. ¿Qué había sido de todo aquello? Los años lo habían devorado. La energía, la pasión se diluyeron entre salas de lo penal, de lo contencioso, de lo social. Espectadora muda, vio al hombre del que se había enamorado y que deseaba cambiar la sociedad convertirse en una pieza más del sistema. Con una sonrisa triste, se dijo que esa era la historia de tantos. Los años no te cambian, te descubren. Muestran tu verdad, la enterrada bajo mil capas de cebolla, y dejan a la intemperie el alma, el corazón. Y los de Francesc no eran mejores que los de la mayoría. Terminó por colaborar con fondos buitre, con jueces que tenían mucho que esconder. ¿Amantes? Quizás. A estas alturas, eso importaba poco. Era más triste, mucho más, verlo reescribir sus propios sueños y transformarlos en algo prosaico y, lo que era peor, destruir los de otros. Humildes familias que perdían cuanto tenían por el sucio juego entre bancos y jueces. Él podía haber roto con todo aquello, sin embargo, eligió formar parte de esa rueda manchada de sangre. Además, ni siquiera fue por necesidad o por ambición. Tan solo lo movió la inercia, el dejarse llevar. Y eso no se lo iba a perdonar en la vida.

Con un gesto seco dejó el marco sobre el taquillón de la entrada y abrió el mueble donde guardaba las zapatillas deportivas. Salir a correr la relajaba y le quitaba la tristeza del corazón.

El mar estaba bravo aquella mañana de finales de otoño. Sintió la necesidad de gritar para saber si su voz se perdería entre el bramar de las olas. Un nudo se deshizo en su garganta y tragó saliva, lo que no evitó que las lágrimas aflorasen. Se detuvo de pronto al ver a pocos metros una silueta conocida. Sin pensar, corrió en su dirección, saltó a sus brazos y dejó que el llanto se desatara.

—No puedo más, Daniel, no puedo…

—Tranquila, todo va a estar bien. —Valiente la abrazó con fuerza y esperó. Sintió que la mujer se empequeñecía a medida que su copioso lloro se acrecentaba. Permanecieron así un tiempo

indefinido, él con la boca en su pelo y los ojos cerrados, ella agarrándolo como si deseara atravesar su espalda con los dedos.

—¿Te sientes mejor?

—Sí —contestó sin más, mientras se separaba y le miraba a los ojos —. ¿Sabes?, estaba confundida contigo. Pensaba que te tenía ganas, y lo que necesito de ti es esto. Alguien a quien sujetarme.

—¿Me quieres hacer creer que no tienes a nadie más? —le preguntó, no sin cierto asombro—. ¡Eres una mujer increíble! Estoy seguro de que tienes muchos amigos.

—Eso pensaba, pero no es así. Estoy más sola de lo que crees. Y, bueno, a pesar de que nos conocemos hace poco, desde el principio he sentido que podía confiar en ti sin reservas. A lo mejor resulta que podrías ser mi primer verdadero amigo, mira por dónde…

—Me pasa algo parecido. Quizás por la franqueza que me has mostrado desde que te vi por primera vez. Tengo la impresión de que, si descubriera que estás detrás de alguno de estos crímenes, me iba a costar bastante detenerte.

Mar soltó una sonora carcajada.

—Es bueno saberlo. Entonces, ¿todavía soy sospechosa?

—Nunca se sabe. Por cierto, bonitas zapatillas.

—Preciosas. Sobre todo, después de correr por la arena. ¿Desayunamos?

—Claro. Tú invitas.

A pocos metros de la playa, la calzada separaba la zona de baño de las casas y comercios del paseo marítimo. Mar eligió un local acogedor y cálido, con madera en el techo y ventanas con portones modernistas. El ambiente tranquilo y confortable les agradó, igual que el café caliente y los bollos recién hechos.

—Y bien, ¿qué necesitas de mí? Porque nunca vienes a verme solo para charlar…

—Pues de momento, no. No tienes más ganas que yo de que llegue ese día, te lo aseguro. Lo que quiero preguntarte es sencillo. ¿Con qué persona de este mundo crees que se podría sincerar Ciro Kraus?

Mar elevó las cejas, desconcertada.

—¿Con su almohada? Porque no se me ocurre nadie más…

—Verás… Gracias a Prisca hemos descubierto que es el chaval que acompaña al ama de llaves al bar El Búho por las mañanas. —A ella se le cayó la cucharilla de las manos.

—Es broma, ¿verdad? ¿De qué vas?

—No, no lo es. Tiene un síndrome que no lo dejó desarrollarse. Eso sí, su cerebro es igualito al de un áspid.

—Mi madre… Yo alucino. Con razón…

—Exacto, con razón. Tenemos detenido al que atropelló a Antoni. Sabemos que le pagaron, aunque ni él mismo sabe quién fue. Tengo una clara sospechosa. No obstante, ni Ciro ni ella van a cantar. En ausencia de pruebas inculpatorias, necesito a alguien que lo conozca bien.

—¿Y has pensado en mí? —preguntó incrédula.

—No, he pensado en la jueza Hebrón.

Mar se puso muy tiesa en la silla y lo miró con desconfianza.

—Sabes que esa mujer no me gusta un pelo.

—Sin embargo, la conoces mejor que yo. Si alguien puede conseguir que colabore, esa eres tú.

—No estés tan seguro.

—¿Lo intentamos? —preguntó, clavándole la mirada. Ella sonrió.

—Sabes cómo enredarme. Está bien, lo haré. Tú me dices cuándo, ¿de acuerdo?

* * *

Prisca no había dormido apenas. La ansiedad que había sentido en casa de Ciro se acrecentó por la noche, en su celda, con la oscuridad y los olores de siempre a su alrededor. En ese estado de cosas, cada una de las imágenes de la tarde había regresado con fuerza a su memoria y se repetían una tras otra, con constancia machacona. El aura de Alex le recordó experiencias pasadas e ingratas. Ciro la había dejado con un extraño sabor en el paladar. La mansión lóbrega, fría, tampoco ayudó a que se sintiera confortada y pudiese abandonarse a un plácido sueño a pesar de sus oraciones. Poco antes de la salida del sol tuvo una idea. Se levantó, fue en busca de su portátil y, sentada en la cama, escribió.

GARABATOS, Capítulo 5

La monja investigadora acudió a la llamada del Fantasma. La casa era hermosa y llena de obras de arte. El hombre, de aspecto agradable, le sirvió un té delicioso y la conversación fue interesante. Ella había creído que encontraría pistas para resolver el caso; sin embargo, solo encontró respuestas coherentes a todas las preguntas que se había formulado. Nada que la reafirmara en sus sospechas. Algo decepcionada, dejó la casa, con la mente puesta en sus siguientes pasos.

«No sé si se lo puede llamar "seguro de vida". Al menos, es un intento», se dijo. Solo entonces logró dormir la hora que faltaba para comenzar el día.

Después de la ducha, la misa de siete y el desayuno, salió al patio del claustro. Paseó por él durante unos minutos y, en muy poco tiempo, vio una figura conocida que la observaba de cerca.

—Le esperaba, Daniel.

—No puedo contestarle en el chat de la página de Tusescritos.com. Si Ciro la sigue, puede piratear nuestras conversaciones.

—Lo sé, por eso imaginé que vendría a verme. ¿Qué le parece mi último texto?

—Que si espera que Ciro y Alex se traguen que ya no los encuentra sospechosos, lo tiene claro. No se fíe de su pinta angelical, Prisca. Ni de la aparente indiferencia del ama de llaves.

—Por supuesto que no me fío. Solo pretendo que me tengan por tonta y no vayan contra mí ni mis hermanas.

—Bueno, al menos es un intento. Yo tengo una cita esta tarde. Vendré a verla mañana y le contaré cómo ha ido, ¿le parece bien?

—Sí, hágalo. Si consigo desenmarañar todo lo que me vino a las mientes en esa casa, se lo haré saber. ¡Y vaya con cuidado!

—Eso siempre, no se preocupe —contestó Valiente y se dirigió a la salida.

—Daniel —lo llamó. El inspector se detuvo.

—Usted dirá…

—Enrique me gusta. Le daré un consejo: déjese querer.

Valiente rio con ganas.

—Eso está claro, ¿no?

—No tanto. Tiene usted el corazón bajo siete llaves. Ya ha abierto algunas, aunque todavía le faltan muchas. Hágase un favor y déjese llevar, ese hombre le quiere, y mucho.

Valiente inclinó la cabeza sin perderla de vista.

—Prisca, usted me descoloca a veces. No parece tener el menor problema con las tendencias sexuales fuera de la norma.

Ella sonrió.

—Daniel, el mismo papa declaró que no es nadie para juzgar a los demás por su orientación sexual. Y si el máximo pontífice dice una cosa así, yo no puedo pretender ser mejor que él. Además, mi visión de la naturaleza humana contempla las peculiaridades de cada cual. ¡Vamos, que yo no me meto en la vida de los demás!

Valiente soltó una carcajada que rompió la paz del monasterio.

—¿Que no se mete? ¡Pero si estuvo registrando la casa de Ciro!

—Esa es harina de otro costal. ¡Tenía que encontrar pruebas!

—Y no es poco lo que encontró…

—Nada… Solo indicios. Hay algo que me da vueltas… A ver si lo localizo. ¡Vaya a su cita y venga mañana a contarme!

Valiente salió del monasterio, maravillado una vez más de la originalidad mental de su amiga religiosa.

* * *

Cerca del Arco del Triunfo, la oferta gastronómica era variada. Bares clásicos convivían con tabernas modernas, talleres de tapas y cafeterías que ofrecían toda clase de dulces. Al lado norte del Arco se extendía «el triángulo friki», con tiendas dedicadas al cómic japonés y todos sus derivados mercantiles, que incluían su pequeña parcela de comida oriental. En el lado sur, en cambio, la ciudad se volvía más castiza. El barrio de la Ribera era uno de los más vetustos de la urbe. Conservaba construcciones del tiempo en que todavía prevalecía la muralla. Aunque eso no era mucho decir, si se tenía en cuenta que fue derribada para abrir la ciudad al mar y a la modernidad, en el tiempo de la primera Exposición Universal de 1888. De entonces databa el Arco, que, en ese mismo momento, Valiente admiraba desde su silla, en la terraza de un pequeño bar de la calle Rec Comtal. Aunque hacía frío, sabía que la jueza Hebrón no hablaría con él dentro de un pequeño bar por el riesgo de que pudieran oírlos. Por eso había elegido ese local: un lugar pequeño y

discreto, lo bastante apartado del bullicio para poder oír cuanto ella le dijese.

No tardó en aparecer. Vaqueros, zapatillas deportivas con mucha clase y un costoso abrigo de lana inglesa. En pocas zancadas, se plantó ante él y tomó asiento.

—Buenos días, inspector. Buena elección.

—Gracias, señoría.

—No estamos en el juzgado.

—Tampoco en la comisaría, y usted me ha llamado inspector.

—Usted está trabajando, yo no.

—Podemos seguir así toda la mañana, pero estoy seguro de que tiene mejores cosas que hacer que jugar a ver quién de los dos es más ingenioso.

—Usted también. Mar me llamó para decirme que quería hablar conmigo con urgencia. Aquí me tiene, ¿en qué puedo ayudarlo? —Valiente la observó. Estaba un poco inclinada hacia él y lo miraba con atención. Su cara reflejaba angustia contenida y sus ojeras, que llevaba días sin pegar ojo. Decidió aprovechar la ocasión.

—Mire, Montse. Ya sabe que estoy sobre la pista del asesino de Barrachina. Usted y él eran amantes. No estoy aquí para censurarla, en absoluto. Solo quiero dar con el que lo mató. Ayúdeme —al terminar de hablar, se inclinó en el respaldo y dio un largo trago a su café, al tiempo que cerraba los ojos. Al volver a abrirlos, esperó con paciencia. Ella no tardó en romper el silencio.

—¿De dónde se saca lo de que él era mi amante?

—Eso no importa. No tengo pruebas. Solo lo he dicho para apelar a su conciencia. Si tenía algo con él, querrá que se haga justicia. Al fin y al cabo, usted es juez, al igual que él.

Ella se pasó los dedos entre el cabello y se reclinó a su vez en el respaldo de la silla.

—¿Sabe? Estoy cansada. Harta. No tengo ganas de seguir con tanta pelea, me estoy dejando la vida en esto. ¿Quiere saberlo? Pues bien, se lo diré. Decir que Francesc y yo éramos amantes sería mucho decir. Sé lo que Mar piensa, aunque se equivoca bastante. Fue más un devaneo que una relación.

—Con sentimientos de por medio, imagino.

—No imagine tanto. Bueno, de una forma u otra, Francesc no me era indiferente. Digamos que había perdido la ilusión y, en parte, la recuperó a mi lado.

—Y usted le presentó a Ciro Kraus.

—¿Cree que está involucrado en su muerte?

—No lo sé. ¿Debería?

—No sabría decirle. Él afirma que no tiene nada que ver en eso. Yo sé bien que Francesc le hacía favores. Le pasaba información, sobre todo. Era un juez de instrucción, no podía hacer mucho más.

—Los favores gordos se los hace usted, ¿no? —Montserrat soltó aire despacio, hasta desinflar su pecho por completo. Sus ojeras parecieron acentuarse y pintaron en su cara un cansancio infinito.

—Saque su teléfono móvil.

—¿Para qué?

—Sáquelo y déjeme verlo. —Valiente dejó su dispositivo en manos de la jueza, que lo inspeccionó unos segundos. Después lo puso encima de la mesa. Acto seguido sacó el suyo y se lo alargó al inspector.

—Ni su teléfono ni el mío están grabando, como puede ver. Y con el ruido del paseo Lluís Companys, dudo mucho que se oiga alguna cosa, si es que lleva usted micros ocultos. Le recuerdo, de todos modos, que ninguna información que pueda obtener por medios ilícitos puede ser utilizada en un juicio.

Valiente asintió.

—Así es. No se preocupe, no llevo micros. Aunque tiene razón con lo del paseo. ¿Y bien?

—Lo que le voy a contar a continuación es para que deje de ir tan atolondrado y se centre en lo importante. Verá, yo empecé con el cargo de juez de instrucción. Fue allí donde comencé a recibir ofertas que desoía. Quería hacer bien las cosas. Y, sin darme cuenta, un día cedí en una tontería. Solo tenía que poner un expediente al fondo de todo un legajo, nada más. A cambio, me ofrecieron un viaje con el que soñaba desde hacía años. Y acepté.

»Después de una primera vez, siempre llega una segunda, y una tercera. Ascendí en el escalafón con bastante velocidad. Y un día conocí a Ciro. Vino a verme él mismo, sin ambages. Me dijo quién era y me entregó un pendrive. Me contó que en él había pruebas de todos mis pequeños delitos, suficiente para que me retirasen del cargo y acabara en la cárcel, o tuviese un oportuno accidente, como les pasaba en ocasiones a algunos de mis colegas. Por supuesto, él tenía todos esos documentos a buen recaudo. Por eso se atrevió a mostrarme la cara: estaba muy seguro de sí mismo. A partir de entonces trabajé para él.

»En poco tiempo llegué a la Audiencia Provincial. Me juré que allí iba a hacer bien las cosas. Se acabó lo de cometer ilegalidades; no lo haría nunca más. Al menos, esa era mi intención. Ciro me dijo que ahora yo estaba justo donde él me había puesto y que me necesitaba precisamente allí. Yo me negué en redondo y él me hizo chantaje. Si no lo ayudaba más, revelaría todo cuanto sabía sobre mí. De todas maneras, mi actitud le hizo pensar y comenzó a buscar a otro pardillo, por si acaso yo no aguantaba la presión. Fue entonces cuando apareció Francesc.

»Estaba cansado, aburrido. Tanto corrupto había visto a su alrededor que ya no tenía fe en lo que hacía. No hay nada peor que un soñador que despierta. Por eso se dejó seducir por el juego, el riesgo; lo más parecido a estar vivo, desde tantos años atrás. Volvió a la vida hasta el punto de sentir de nuevo la fuerza del deseo. Supongo que eso nos unió: su ilusión recién reencontrada y mi decepción adormecida por el miedo y el acorralamiento al que Ciro me sometía.

»Esa suerte de ménage à trois funcionó durante un tiempo. Lo justo para que a Francesc se le pasara la borrachera y se diera cuenta de lo que estaba haciendo. Y cuando eso sucedió, se vino abajo. Con todo el equipo.

»Por entonces acababa de emitir la orden de desahucio del edificio del que el local de Antoni Ferrer forma parte. En los días sucesivos, no podía dejar de pasar por el barrio. Se sentía mal, más todavía cuando veía a los vecinos entrar en la tienda, donde dormían en mantas por el suelo. Eso lo destrozó. Y decidió ir a visitar a Ciro.

»Le dijo que ya no podía más con aquello, que se buscase a otra persona. Ciro le recordó que tenía muchas pruebas contra él. Francesc le soltó que le daba igual, que se iba de todas formas y que no quería saber nada. Que prefería la cárcel y la deshonra a seguir así. Al fin y al cabo, le dijo, era justo lo que se merecía por haber cedido a sus presiones.

»Aquella noche, mientras me lo contaba, tuve la certeza de que Ciro lo quitaría de en medio. Se lo advertí, pero no me dio el menor crédito. Y cuando apareció muerto, no me cupo duda.

—¿Y a quién cree que le pagó para hacerlo? Porque no parece en absoluto la misma persona que atropelló a Antoni Ferrer.

—No tengo ni idea de sus tejemanejes. Nunca he querido saber de dónde saca los sicarios. Con certeza absoluta sé que no es la primera vez que se mancha las manos de sangre, al igual que estoy segura de que es demasiado cobarde y cauto para actuar él mismo. Confirmar todo eso ya es su trabajo, inspector Valiente.

—¿Cree que es posible que investigue el entorno de la víctima y busque a alguien que lo quiera mal, o que se la tenga jurada?

—De verdad, no tengo idea.

—¿Y qué me dice de Alex, su ama de llaves? ¿Sabe que cambió de identidad?

—No me sorprendería lo más mínimo. Lo cuida demasiado. Parece su madre, aunque tienen más o menos la misma edad. A mí me da

mucha grima esa señora.

—¿Cree que ella podría haber matado por orden suya?

—No puedo asegurarlo. De todas maneras, no me extrañaría.

—Hágame un favor, Montserrat. Investíguela. Si no me equivoco, antes se llamaba Tania Guzmán. Busque sus datos y hágame saber lo que encuentre, ¿de acuerdo? Si lo consigue, podré arrestar e interrogar a esa mujer. Sin esos datos me puede contar cualquier milonga que la libre de culpa.

—Lo haré, descuide. Poco más puedo hacer, le he dicho cuanto sé. Que Alex le es muy leal a Ciro y que este extorsiona y delinque, aunque jamás deja pruebas de nada. Su expediente está limpio, ya se encarga de eso. Y desde luego, no puedo probar que sea un asesino. Si puede usted, estaré encantada de ayudarlo.

—¿Por qué no lo hizo desde el principio?

—Por miedo. Sin embargo, hasta de temblar se cansa una. Imagino que es el efecto que la muerte de Francesc ha causado en mí.

Valiente la observó y se dio cuenta de algo. Era cierto que se veía cansada, agotada. En cambio, también hacía gala de una serenidad que le demostró que, en efecto, ya no podía más con aquello. Deseaba vivir en paz por primera vez en años.

—Gracias, señora. La mantendré al corriente —dijo, dejando un billete sobre la mesa y encaminándose después hacia el paseo, que no recorría desde hacía demasiado tiempo.

La puerta del parque de la Ciutadella lo recibió abierta de par en par. Las agujas de plomo oscuro que apuntaban hacia el cielo, flanqueadas por bellas estatuas de dioses griegos, lo saludaron al entrar en ese pequeño pulmón verde de la ciudad. A su derecha, el viejo Museo de Zoología, inaugurado para la Exposición Universal hacía bastante más de cien años y plagado de simbología masónica, pareció recordarle su propia insignificancia al pasar junto a la fachada oeste. Caminó cabizbajo por el sendero que conducía al Parlament, sin fijarse en la radiante mañana, en los corredores que

pasaban junto a él o en los grupos que, descalzos sobre la hierba, practicaban taichí. La jueza Hebrón. Mar, con tacones. Mar, con zapatillas de deporte. El vídeo del robo. El vídeo del crimen. Lázaro, sus ojos brillantes. Heredia…, «los detalles, inspector». El fresco en el sótano. ¿Dónde estaba? Se detuvo en medio del camino y miró frente a sí. Una imagen se dibujó en su cabeza. Giró sobre sí mismo y corrió hacia el aparcamiento del juzgado, en busca de su coche.

* * *

La persiana de Canimel seguía cerrada. Valiente se acercó al coche patrulla de camuflaje que seguía aparcado a prudente distancia, con buena visión de la tienda. Sin más, se dirigió al agente de guardia.

—¿Sin novedad?

—Sí, señor. Nadie se acerca. Le aseguro que vigilamos bien. Además, quien viniese tendría que abrir la persiana, aunque solo fuera un poco, y eso no ha pasado.

—De acuerdo, gracias.

Cruzó la calle a la carrera y llamó al timbre de Rebe, que le abrió casi en el acto. Subió la escalera y la encontró en el descansillo, hablando con Benet. Ambos se volvieron hacia él.

—Inspector, ¿cómo sigue todo?

—Necesito su ayuda. Rebe, ¿puedo ver su baño?

—¡Claro! Espere, le daré una toalla limpia.

—No es necesario, gracias, no voy a usarlo. Solo quiero comprobar algo.

—Pues venga conmigo.

Los tres atravesaron la entrada y llegaron al corto pasillo. El baño

estaba justo al principio. Valiente abrió la puerta y descorrió la mampara de metacrilato. En efecto, en la pared había una pequeña ventana.

—¿Puede darme una silla, por favor?

Benet fue quien se la llevó. Valiente se quitó los zapatos, puso la silla en el plato de ducha y se subió a ella. Se asomó por el ventanuco y miró primero hacia abajo y después hacia arriba. El baño daba a un patio de luces interior. Se podía ver el cielo limpio en el pequeño recuadro que lo coronaba.

—Díganme, ¿esa ventanita de la pared de abajo del todo, a la izquierda, es del baño de la tienda de Antoni?

—Sí, todos los baños de esta parte del edificio dan a este patio.

Valiente se bajó de la silla de un brinco y se sentó para calzarse.

—¿Vive alguien en el entresuelo?

—No, se fueron al comenzar el desahucio. —Un gesto de zorro se pintó en la cara del inspector.

—Mil gracias. Los mantendré al corriente.

—¿No se queda a comer? Ya es mediodía…

—Gracias, Rebe, ahora no puedo. Cuando todo acabe, le prometo que seré yo el que los invite a ustedes.

Salió del piso y bajó la escalera. Escuchó los susurros de ambos, cada vez más débiles, hasta que llegó a la primera planta. Casi desaparecieron en el momento en que alcanzó el piso principal y se hicieron inexistentes al llegar al entresuelo. Se fijó en las cerraduras. La de la derecha estaba intacta. La de la izquierda, en cambio, tenía algunas rascaduras. De todos modos, era antigua y no parecía demasiado segura. Tomó su cartera, extrajo una tarjeta de crédito y, sin dificultades, la deslizó entre el marco y la puerta, que cedió en un instante. Con mucha cautela, entró en la casa.

Según había supuesto, no parecía que allí hubiese nadie. Sin tocar

nada, llegó hasta el baño. En efecto, era igual al de Rebe y también tenía un ventanuco en la pared de la ducha. Con ayuda de un taburete, trepó hasta la ventana. La distancia de esta con el suelo del patio era muy pequeña. Su estatura no le permitió sentarse en el marco. Sin embargo, con cuidado y medio doblado, logró acceder al patio sin demasiados problemas. Empujó la ventana del baño de Antoni. Solo estaba ajustada. Necesitó echar mano de toda su voluntad para lograr trepar hasta ella. Con mucho trabajo, consiguió colgarse del marco hasta la cintura. Escaló por la pared para impulsarse. Magullado y con las zapatillas rozadas, cayó dentro del pequeño aseo, sentado en el suelo. No fue mucho el ruido que hizo; justo el necesario para que la puerta de acceso se abriera. Alguien lo miró desde el quicio con un gesto de incredulidad.

—¿Valiente? ¿Qué hace usted aquí?

—He venido a buscarte, Anna. ¿Puedo pasar?

—Claro —dijo ella, y lo cogió la mano para ayudarlo a levantarse —. Está hecho unos zorros…

—Tenía que comprobar cómo habías entrado aquí. Seguro que para ti, que eres más pequeñita que yo, fue mucho más sencillo.

—Obviamente. Oiga, podemos salir del baño si quiere y hablar fuera.

—Faltaría más —dijo él, y la siguió a través de la puerta. Al salir, se vio de nuevo inmerso en aquel loco sueño que había desatado toda una serie de crímenes y desastres.

El sótano seguía intacto, con el primer boceto del Guernica tan luminoso como la primera vez que lo vio. No pudo evitar preguntarse de nuevo la forma en que había logrado conservar su esplendor. Sin duda, el pintor calculó que el respiradero y la ventana del baño lo mantendrían a salvo de humedades y moho. No obstante, enseguida dejó de razonar. Al igual que la primera vez, el horror de la pintura lo envolvió. Si bien el mural original impresionaba por su grandeza, verlo desplegado en cuatro paredes era casi invasivo. Le parecía escuchar los gritos, sentir los cascos del

caballo que le partían los huesos, mientras la lámpara de aceite con la que la mujer iluminaba la escena rompía la negrura con su nimia luz, un ápice de calidez que confortaba el espíritu atribulado. Antes de darse cuenta, se encontraba dando vueltas y contemplando el cuadro que el azar y las circunstancias habían convertido en una escena tridimensional. Se preguntó si esa fue la idea inicial de Pablo Picasso: un mural envolvente, que atacase al espectador desde todos los flancos y lo hiciera sobrecoger de horror, transmitiéndole así la intención del autor con la mayor exactitud posible. La voz de Anna lo devolvió a la realidad.

—No termina uno de acostumbrarse, ¿verdad?

—Desde luego. ¿Tú lo has logrado?

—No estoy segura. Lo que puedo decirle es que me lo he aprendido de memoria en estos días. Oiga, ¿cómo ha dado conmigo?

—Por chiripa. Se me ha ocurrido que eres ilustradora y que esos frescos te atraparían sin remisión. Claro que nadie debía verte entrar. Se supone que estás desaparecida, ¿no? Era fácil para ti colarte a través de la ventana del baño de aquí abajo. En la tienda quedan conservas, hay una nevera y hasta una cocina. Además, Antoni tenía arriba otro lavabo que daba al callejón de atrás, igual que su habitación. Es decir, tú podías vivir perfectamente en este sótano y salir solo cuando necesitases comer. Nadie iba a enterarse. Es el escondite perfecto.

—Eso es. Ya veo que usa el coco.

—La pregunta es: ¿de qué te escondes?

—De usted, claro.

—Que yo sepa, nunca te he acusado de nada, ¿no?

—Pero va a hacerlo. La primera vez que vino a casa sospechaba de nosotros. Era demasiado obvio: el juez Barrachina nos había echado de nuestra casa. ¡Alguno tenía que ser el culpable! Y claro, ni Rebe ni Benet tienen edad para meterse en esos berenjenales. Lo normal era que pensase en mí.

—Esa lógica me parece un poco cogida por los pelos…

—Puede ser. Qué quiere que le diga; la noche que mataron a Antoni, me asusté. Tenía miedo de que me detuviese de manera preventiva, por eso me escondí. Me dije que daría usted con el verdadero culpable; entonces yo podría salir. Soy una cobarde, ¿qué quiere que le diga?

—La cuestión es que, en efecto, tienes todas las papeletas para ser la culpable.

Anna palideció.

—¿Por qué? ¿No ha dado con nada más todavía? ¿Cómo iba yo a atropellar a Antoni? ¡Esa misma noche estuvimos con usted en El Loro Azul!

—No, tú no atropellaste a Antoni. Lo que hiciste fue apuñalar a Barrachina. —Anna se puso de pie, con un gesto de horror.

—¡Eso es mentira! ¡Yo no lo hice, se lo juro! —El llanto le rompió la voz—. ¿Por quién me ha tomado? ¡No soy una asesina!

—Explícame de dónde sacaste esas zapatillas Nike Air Jordan Dub Zero Triple Black y a lo mejor te creo —dijo señalando los pies de la chica. Ella lo miró con extrañeza. Después fijó la vista en sus zapatillas.

—¿Qué tiene eso que ver con el crimen?

—Tú primero. ¿Desde cuándo las tienes? —Anna inspiró con fuerza y volvió a sentarse.

—Me las regaló Antoni. Fue el lunes de la semana pasada por la mañana, antes de que viniera usted a hablarnos del juez que acababa de aparecer muerto. Me dijo que le habían dejado una bolsa en la puerta de la tienda con estas zapatillas. Todo el mundo sabe que él recogía cosas para quien las necesitase, ya se lo contamos. Le pareció que, por el tamaño del pie, me vendrían bien y me las dio. Sin más.

—¿Después de que Barrachina apareciera muerto?

—Eso le acabo de decir, ¿está lento?

—¿Alguien más fue testigo de eso?

—No, fue al bajar después de desayunar. Me llamó cuando me vio pasar y me las dio dentro de la tienda.

—Así que no hay testigos de lo que dices —afirmó Valiente con la cabeza ladeada.

—No. Tendrá que creer en mi palabra.

—Anna, lo siento de corazón, pero tengo que detenerte. —La chica volvió a ponerse en pie de un salto.

—¡¿Está de coña?! ¡Le digo que yo no fui! ¡Se lo juro, Valiente! ¡Por favor, no me lleve, por favor! —La angustia y el nerviosismo se apoderaron de ella hasta tal punto que Valiente temió que sufriera un ataque. Trató de calmarla con todas sus fuerzas.

—Escucha. Si es así, te podré soltar enseguida. Por desgracia, todos los indicios te señalan. En el vídeo se ve claro: llevas puestas las mismas zapatillas que el asesino, tienes la misma complexión. Además, te has escondido de mí… No me queda más remedio. Tienes que acompañarme.

La joven cayó sentada al suelo, vencida y cansada. Sin parar de llorar en silencio, levantó las muñecas hacia Valiente.

—No te voy a esposar. Ven por tu voluntad y el juez lo tendrá en cuenta.

Anna subió la escalera delante de él. Dócil, lo esperó al otro lado. Caminaron juntos por la tienda. Antes de abrir la persiana, se volvió a mirarla.

—No hagas tonterías, ¿vale? Tengo un agente en la puerta. —Ella no contestó.

Siguió mirando sus zapatillas en silencio. Las lágrimas caían mudas.

El inspector levantó la persiana y el policía de guardia salió del

coche en una décima de segundo. Al verlo con la joven, acudió en su apoyo.

—Vamos a comisaría. Llévanos tú, creo que no es necesario que sigas con la vigilancia.

Entraron en el asiento trasero y abandonaron la calle a poca velocidad.

* * *

Eran poco más de las dos de la tarde. Después de comer, las hermanas se relajaban un rato, antes de la siesta y el rezo de nonas. En el claustro, Prisca estaba sentada en el muro bajo y observaba con atención el campanario. La alta torre le trajo a la memoria acontecimientos pasados. Sin apenas darse cuenta, cerró los ojos y cayó en un ligero sopor. En su duermevela, las imágenes empezaron a desfilar y confundirse. La casa de Ciro, con sus luces y sombras. Los pocos espacios en los que había estado sola. La habitación de Alex, la fotografía. La sonrisa de Lázaro, sus ojos brillantes. El baño. El zapatero. Zapatos de Armani, de Versace, de Segarra. La caja vacía. Número cuarenta, marca deportiva. Vacía… Prisca abrió los ojos, se puso de pie y gritó:

—¡Vacía!

—¿Qué dices, priora? —preguntó Agustina—. Si te refieres a la cilla, que sepas que ya tengo preparada la lista de la compra y…

—¡No, la caja vacía! ¡Tengo que comprobar algo! —soltó, y salió a paso ligero del claustro, dejando a Agustina estupefacta, con la palabra en la boca. Llegó al despacho y puso el ordenador en marcha. Por suerte, la madre Emilia estaba descansando, así que no la tuvo que molestar. Abrió el navegador que usaban siempre e introdujo la marca y el modelo que había leído y memorizado de la dichosa caja vacía. Al aparecer la silueta de las deportivas en pantalla, se apresuró a abrir el vídeo del apuñalamiento de

Barrachina. Amplió cuanto pudo la imagen y una sonrisa de satisfacción se pintó en su cara. Sin más, tomó el teléfono fijo de la mesa de la abadesa y marcó el número de la comisaría de Sant Feliu de Llobregat.

Valiente tardó casi una hora en llegar al monasterio. Al entrar en la sala de visitas, precedido por Luz, encontró a Prisca dando vueltas de forma compulsiva.

—¡Ha tardado mucho!

—¡Disculpe por hacer mi trabajo, priora! Sepa que ya he detenido a la asesina del juez. ¡Solo me falta que me confirmen la doble identidad de Alex y la encararé con Lázaro para que confiese el atropello de Antoni! ¡Caso cerrado!

—Muy deprisa cierra usted los casos… —afirmó Prisca balanceando la cabeza con impaciencia—. ¡Haga el favor de soltar a la desgraciada a la que ha detenido por error!

—¿Cómo que por error? ¡Todos los indicios…! —Calló ante la mirada inquisitiva de la priora.

—Inspector, respire hondo y siéntese. Hay algo que no le dije ayer.

—¿Me ha ocultado información? —preguntó indignado.

—De eso nada. Parecía un indicio sin importancia, aunque no paró de darme vueltas en la cabeza. Verá. Ciro tiene trastorno obsesivo compulsivo, entre otras cosas. Más le valdría dejarse de tonterías y vivir sin exigirse tanto, pero es incapaz. También tiene tendencia a acumular objetos, es de los que no tiran casi nada. Por eso no me sorprendió encontrar una caja vacía en el zapatero del vestidor de su dormitorio.

»En el mueble había muchos zapatos, todos en sus cajas. Y una de ellas no tenía nada. Eso me llamó la atención. Alguien con un TOC de ese tipo no tendría una caja vacía junto a otras llenas. La observé bien y memoricé las características del calzado que debía albergar.

—No me lo diga —intervino Valiente, pálido igual que un muerto —. Nike Air Jordan Dub Zero…

—… Triple Black, sí. ¿Cómo lo sabe?

—El vídeo…

—Eso es, el vídeo. Allí se ven las zapatillas. Son muy llamativas. Yo no las conocía, aunque había memorizado la marca y el modelo y las acabo de buscar en internet. Al pararme a recordar, me di cuenta de que, ayer, Ciro no las llevaba puestas. Si no las usaba en ese momento y no estaban en la caja, ¿dónde están? No las habrá tirado, porque tiene síndrome de Diógenes. De hecho, ha guardado la caja por esa razón. —El inspector se golpeó la frente.

—Las dejó en la tienda de Antoni. La gente deja allí bolsas con ropa y calzado, saben que él las repartía entre los necesitados. Por eso no le extrañó encontrarlas. Y se las dio a Anna, una de las vecinas desahuciadas.

—¿A la que usted ha detenido por error?

—¡Todavía no sabemos si es un error! Lo que usted dice son solo suposiciones. Podría ser que Ciro tuviera unas zapatillas iguales a esas…

—¿Tan raras? Porque en internet me ha parecido que son difíciles de encontrar…

—¡Vale, es muy posible que sean suyas! ¿Podemos probarlo?

—¡Ay, Madre bendita!, ¡dame paciencia con este hombre! ¡Pues claro que podemos! ¡Si tenemos sus zapatillas, tenemos su ADN!

—¡Es cierto! Habrá que compararlo…

—¡A mí no me mire! No pienso volver a esa casa. Si me lo hubiera dicho antes, podría haber sacado pelos de su cepillo.

—No se preocupe —afirmó con seguridad—. De eso me encargo yo.

CAPÍTULO 17



Ciro Kraus no había abierto la boca desde hacía un buen rato. Al volante del coche, Alex lo observaba por el retrovisor. Parecía ausente, embebido en la contemplación del cielo de la mañana de sábado, que se presentaba gris y con promesas de lluvia.

—Estás muy callado.

—No tengo nada que decir.

La mujer se preguntó si había algo que le pudiese reprochar. Al fin y al cabo, siempre cumplía sus deseos a rajatabla. Terminó por sacudir la cabeza y concentrarse en la conducción; era imposible saber lo que pasaba por la cabeza de ese hombre.

El bar El Búho estaba aquella mañana más concurrido de lo habitual. Acudieron a la mesa de siempre y el camarero los saludó desde detrás de la barra con una sonrisa. Alex le devolvió el saludo. Ciro no lo miró. No era necesario decir lo que querían, siempre pedían lo mismo. No pasaron dos minutos antes de que les sirviera. Un té verde y una magdalena para Alex, un café con leche y un cruasán para Ciro.

Ella tomó el periódico y comenzó a leer las noticias. A pesar de vivir en Barcelona, él siempre había tenido un extraño apego a Sant Feliu de Llobregat. Alex nunca se había preguntado por qué; tan solo le parecía lógico que prefiriese una ciudad más pequeña, dado su natural introvertido. Ella comenzaba cada mañana leyendo el periódico local.

—Parece que pronto van a montar la feria de Navidad.

—¿Dice algo del monasterio o la herencia que han recibido las monjas?

Alex lo miró por encima del diario.

—No lo sé, si quieres lo busco.

—Sí, por favor.

El ama pasó las páginas deprisa, en busca de algún titular sobre Santa Maria de Bruguers.

—Parece que no comentan nada. Yo creo que aún es pronto para eso, Ciro.

—Tenemos que hacer algo…

—Sí, tomarlo con calma. No precipitarnos. Eso nos puede perder.

—No te preocupes tanto. No hay por qué. —Terminó su café y apremió al ama de llaves—.Vamos, tengo ganas de pasear con el coche.

—Puede que venga una tormenta…

—A ver si es verdad.

Alex pagó el desayuno y abandonaron el bar. El camarero se acercó a la mesa con una bandeja y recogió con cuidado el servicio. Lo llevó a la cocina y lo depositó sobre la mesa de trabajo.

—Aquí tienes, Enrique. Esta taza, la de café, es la de él.

—Gracias, Jairo. Te debo una —contestó su amigo. Tomó la taza con un trapo limpio y la introdujo en una pequeña caja que llevaba consigo.

—Tranquilo, entre colegas tenemos que ayudarnos. Aprendí mucho contigo mientras hacía prácticas en El Loro Azul.

—Claro, y elegiste el nombre de otro pajarraco para tu bar.

—Fue en tu honor, ¿qué te piensas? Oye, no sabía que tenías fetiches con menores…

—No es eso, hombre, ya te lo explicaré. Y, por cierto, ese tiene de menor lo que tú de arzobispo de Canterbury.

—Ah, pues había pensado presentarme para el cargo…

—Inténtalo, nunca se sabe —rio Enrique y salió a la calle con su pequeño tesoro entre las manos.

A pocos metros, el BMW de Valiente lo esperaba. En el asiento de atrás, Anna observaba la puerta del bar con atención. Enrique se subió deprisa.

—En serio, ya te podías comprar un coche nuevo.

—Sí, y un castillo en el Loira. ¿Tú sabes lo que han subido los coches?

—Pues no, la verdad. Yo tiro de bus y metro.

—Yo también —dijo la chica. Enrique le hizo un gesto de aprobación.

—Vosotros que podéis. Venir desde Barcelona hasta aquí es un rollo, aparte de que el transporte público es más caro que el litro de gasolina, que ya es decir. Bueno, ¿lo tienes?

—¿Lo dudabas? —contestó Enrique con satisfacción.

—Si es que te haces querer…

—¡Claro, soy un amor! ¿Dónde vamos ahora?

—Al laboratorio de la Científica.

—¿En sábado?

—En sábado. Confiad en mí.

* * *

Teresa se asomó al despacho de la abadesa. Como había supuesto, encontró a Prisca delante del ordenador, mirando al techo.

—¿Qué, priora? ¿No puedes despejar la cabeza?

—Pues no, hermana —contestó esta sin mirarla—. Estoy preocupada.

—Ven conmigo. Subimos al campanario y allí te da el aire, así te despejas. —En el rostro de Prisca se pintó una expresión de horror.

—El campanario no es mi lugar favorito en esta casa, hermana…

—¡Oye! No irás a pensar que voy a tirarte desde allí arriba, ¿eh?

—¡Claro que no, mujer! Es solo que me da vértigo subir…

—No te enrolles, priora. Anda, vamos.

Prisca pensó que Teresa tenía razón. Ya era hora de vencer sus miedos. Obediente, siguió a su hermana por la angosta escalera hasta salir al recinto superior de la torre del campanario. Las arcadas con parteluz que mostraban los campos de alrededor le parecieron hermosas y, a la vez, amenazantes en aquella mañana que prometía rayos y truenos. La campanera miró a través de los arcos.

—A ver si llueve, que buena falta hace.

—Pues sí… —el tono de Prisca hizo a Teresa volverse.

—¿Qué te preocupa?

—Nada en concreto. Sin embargo… Hermana, ¿nunca has pensado si te gustaría volver allí abajo, a la sociedad?

La campanera sonrió.

—Algunas veces. Aunque después de pensar en ello, me reconforta el corazón darme cuenta de que estoy aquí. Soy feliz con esta vida, Prisca. ¿Tú no?

—Claro que sí. Y la abadesa no me pone cortapisas, me permite colaborar con la policía y me da una inusual libertad.

—Pero…

—Ahora mismo estaría con Valiente, importunando a la jefa de la Científica. Si todo ha salido como él me dijo, el caso puede quedar resuelto en un par de días. ¡Y soy impaciente, hermana! Esa no es una virtud para una benedictina, ¿verdad?

Teresa se echó a reír con ganas.

—¡Ni para una benedictina ni para nadie, desde luego! Prisca, aquí nadie es una santa. ¿Ya no te acuerdas de las calamidades que hemos pasado? Somos mujeres y tenemos defectos. ¡Por eso somos valiosas! Por nuestra humanidad, puesta al servicio de la comunidad.

—Supongo que tienes razón…

—Priora, mírame a los ojos. —Prisca obedeció—. Ahora contéstame a una pregunta. ¿Eres feliz?

Sorprendida, pero con seguridad, asintió:

—Sí, hermana. Lo soy, y mucho.

—Pues esa es tu respuesta. Anda, llénate los pulmones de aire limpio y regresemos. ¡Mañana es domingo y cantaremos en la misa!

—¡Eso! ¡Si hoy no llueve, mañana seguro que sí!

Teresa volvió a reír y ambas descendieron por la escalera estrecha y vieja con algo más de calor en el corazón.

* * *

El comisario Pinilla estaba más nervioso que de costumbre, si eso era posible. Isabel Olmedo se preguntó cómo un hombre tan inquieto podía conservar esa corpulencia. Se le ocurrió pensar que, quizás, la ansiedad le diera hambre y se pasase el día comiendo entre horas. Tras reflexionar sobre las costumbres alimentarias del comisario, vio entrar por la puerta a Valiente. Al contrario que Pinilla, el inspector estaba más guapo los últimos días. Vestía menos formal y se movía con mayor plasticidad. Era obvio que practicaba algún tipo de ejercicio. La mente rápida de Isabel la llevó a escenas que prefirió borrar de la mente y se apresuró a subir escaleras arriba, a su mesa. El inspector se asomó al despacho del comisario.

—¡Lo tenemos, señor!

—¿Tan temprano? —preguntó asombrado—. ¡Solo son las nueve!

—Lo sé. Es que el sábado le dije a Candy Ramírez, la jefa de la Científica, que esta prueba de ADN nos corría mucha prisa. Le pasamos la taza de café con leche que Ciro acababa de tomarse y las

zapatillas de Anna. Le tomó una muestra a ella para poder comparar con mayor facilidad su carga genética con la que encontrase en el interior del calzado. Me aseguró que trabajaría todo el domingo y así lo ha hecho, porque a las siete de la mañana me ha enviado los resultados por correo.

—¿Y ya los ha visto?

—No, comisario. Haga usted los honores —le contestó alargándole un sobre.

Pinilla extrajo el documento del interior. Miró por encima la parrilla con datos genéticos de coincidencia y fue directo a las casillas que le importaban. Leyó con atención y no tardó en asentir.

—Valiente.

—Señor…

—El ADN de las zapatillas es de esa chica, Anna, y de otra persona. Y el de esa otra persona coincide en un noventa y nueve por ciento con el ADN de la taza. —Levantó la vista y fijó la mirada en los ojos bicolor—. Lo tenemos, Valiente… ¡Tenemos al pequeño cabrón!

—Así es, señor —contestó el inspector, casi mareado, con un regocijo que hacía mucho que no sentía.

* * *

Valiente llamó al timbre con insistencia. Como era habitual, nadie acudió a abrir. Esta vez, sin embargo, sacó el megáfono y, con infinito placer, lo acercó a su boca, se aclaró la garganta y habló con seguridad.

—Ciro Kraus, la policía tiene rodeada la casa. Hemos venido para detenerlo por el asesinato de Antoni Ferrer, así como por otros cargos que le serán informados a su debido momento. Tania Guzmán: también usted debe acompañarnos. Salgan por su propio

pie o entraremos a buscarlos.

Apartó el altavoz y miró con fijeza las ventanas de la casa. No tardó en abrirse la puerta principal, por la que salieron Tania y un Ciro que parecía más menudo que nunca. Valiente le dedicó una sonrisa de soslayo y se adelantó. El presidente del fondo buitre levantó las muñecas y el inspector le puso las esposas. Al ajustarlas, acercó la boca a su oído.

—No importa cuánto mida un hombre, siempre y cuando sepa estar a la altura de su vida. Y ese no es tu caso, mequetrefe —susurró. Ciro miró con alarma a los policías que lo flanqueaban.

—¿Lo han oído? ¡Me ha insultado!

—Yo no he escuchado ni torta, ¿y tú? —preguntó uno de los agentes a su compañero.

—Nada de nada… Será por el tráfico de esta calle —contestó el otro, señalando la desierta calzada. Impotente, Ciro miró a Valiente, quien le guiñó un ojo.

—No te preocupes, los de tu calaña siempre encuentran alguien a quien estafar. No te vas a aburrir en la cárcel.

Esta vez fue Tania la que pasó junto a él, custodiada por dos policías más. Su mirada, en cambio, no era de odio, sino de desconcierto. El inspector no quiso abundar más en la herida y se alejó hacia su viejo BMW, silbando una alegre melodía.

* * *

Mar acudió a la llamada del timbre. La casa que había compartido tantos años con Francesc era, a su juicio, mucho más fría que su sencilla casita de la playa. Sin embargo, la ocasión lo merecía. Abrió la puerta y un grupo variopinto la observó con admiración.

—Madre mía… ¡Es usted una señora muy bella!

—Benet, no seas halagador, que esta mujer tan elegante no te va a hacer caso —intervino Rebe.

—Oh… No pretendía ofenderla…

Mar acudió en su auxilio.

—¡No se disculpe! Me siento muy honrada de tenerlos en mi casa, que es la suya desde ahora. ¡Adelante!

Anna, Rebe y Benet entraron casi con reverencia en la mansión. Miraban en todas direcciones con los ojos tan abiertos que parecía que se les fuesen a caer. Tras ellos, Valiente y Enrique la saludaron.

—¿Cómo estás?

—Feliz. A pesar de todo.

—Han pasado ya dos semanas desde que detuve a Ciro y me parece que fue hace un siglo.

—A mí me pasa lo mismo.

En el salón, la chimenea encendida proporcionaba una calidez de hogar que hizo a todos correr a calentarse en el fuego. Solo Anna se detuvo ante la mesa, llena de dulces y bocadillos, dos teteras, dos cafeteras y una jarra de leche.

—Madre mía… ¡Qué maravilla de mesa! —Mar sonrió con orgullo.

—Sírvete. ¡Adelante!

El olor del café recién hecho no tardó en congregar al grupo alrededor del copioso desayuno. Mar los observaba mientras comían, a la espera de que alguien rompiese el hielo. Fue Benet el primero en hablar.

—Señora, a nosotros no nos caía bien su marido. Nos lastimó demasiado. Creemos que había otras formas de arreglar las cosas antes de echar a tanta gente a la calle. Por suerte, cada cual encontró su lugar, ya fuera regresando a su pueblo o alojándose con su familia. Por lo que sé, todos encontraron acomodo. Solo nosotros

tres nos quedamos tirados, por esa razón todavía vivimos en nuestros pisos. No sé qué pasará ahora que el presidente del fondo Kraus está en la cárcel, ¿nos devolverán las casas?

—Eso lo dudo —intervino Valiente—. Lo más probable es que los accionistas del fondo se queden con la cartera. La deuda quedará también en sus manos.

—¿Seguro? ¿A pesar de lo que Ciro ha contado? —preguntó Enrique.

—¡Es cierto! Es todo un escándalo… Kraus ha aportado documentación que inculpa por prevaricación al menos a diez jueces.

—Lo sé. Entre ellos, Montserrat Hebrón, de la Audiencia Provincial.

—Madre… ¡Eso es muy gordo!

—Sí que lo es. De cualquier modo, a ella ya le daba igual. Me dijo que prefería que saliera el asunto a la luz de una vez antes que seguir con el postureo. Lo que no sé es qué represalias habrá para los jueces.

—¿Los cesarán a todos? —quiso saber Anna.

—Lo dudo, bonita —contestó Mar—. En este país hay quien siempre cae de pie. Entre ellos, jueces y banqueros.

—De cualquier forma, el escándalo está servido. Ciro no se va a librar de la cárcel: dos asesinatos caen sobre su espalda. Su ama de llaves lo confesó todo.

—¡Parecía de hierro! Yo pensaba que no iba a decir ni pío…

—Yo también —añadió Valiente—. Pero la pusimos delante de Lázaro y se vino abajo. Imagino que la tensión de los últimos días también jugó su baza. Lo último que hizo la jueza Hebrón fue dar con la doble identidad de esa mujer. Con eso demostrado, no le quedaba dónde agarrarse. Aun así, no soltó prenda hasta que lo vio a él.

—Todavía lo quería, después de tantos años… —dijo Enrique. Valiente lo miró de soslayo.

—A veces cuesta superar algunas situaciones. Aunque lo más sano es mirar hacia delante, ¿no?

—Desde luego —contestó Mar.

—La jueza Hebrón está demasiado implicada. Creo que será la que salga peor parada.

—En cualquier caso, nadie la obligó. Tomó sus decisiones y ahora le toca pagar por ello.

—Y está dispuesta a hacerlo. Por eso colaboró. Sus fines no tenían nada de nobles, aunque de todo se aprende en esta vida. Por ejemplo, de estar bien seguro antes de realizar un arresto. —Volvió la cabeza hacia Anna, que le devolvió la mirada.

—Si quiere que le diga la verdad, fue un trauma que me detuviera. De todas maneras, con los días, no me extrañó que sospechase de mí. Ciro ya se las arregló para que pareciese que había sido uno de nosotros. Le puso al juez esa marca en la frente… ¡Y dejó las zapatillas a la puerta de Antoni, seguro de que él nos las daría a alguno del barrio que tuviera más o menos su estatura!

—Dirás su talla de zapatos, ¿no? —preguntó Rebe.

—La gente de pies pequeños suele ser baja. Ahí se la jugó, aunque era evidente que la policía reconocería ese calzado tan peculiar y culparía a quien lo llevase puesto. ¡No da puntada sin hilo, el cabrón!

—¿Le podrán cargar a él los dos crímenes? ¿Qué hay del ama de llaves? —preguntó Benet.

—Él es el culpable. Le pagó para que buscase a alguien. Por supuesto, ella y el conductor también tienen que pagar por lo que hicieron, aunque Lázaro tiene atenuantes. Enajenación mental por las drogas, amenazas… Será el primero en salir de la cárcel.

—¿Y Alex? Ella ayudó siempre a Ciro… —dijo Mar.

—Exacto. Es su cómplice; sin embargo, habrá que determinar hasta qué punto.

—¿Y los jueces, inspector? ¿Se irán de rositas, igual que siempre?

—No, Benet. Hay demasiado material y muchas pruebas. Lo bueno es que el caso está en manos de la policía y nadie lo hará desaparecer. Lo malo…, que al final será un juez quien lo lleve. Si hace lo correcto, tendrá represalias de un tipo, y si actúa en favor de los corruptos, serán otros los que lo culpen por no hacer lo que toca. En fin, no me gustaría estar en su toga, aunque eso ya no es asunto mío.

—Hay muchos tipos de justicia —intervino Mar—. La salomónica, por ejemplo. A ustedes, mi marido los condenó a abandonar sus casas, ¿verdad? Bien, pues justo es que ahora su casa sea la de ustedes, tal y como les he dicho cuando han llegado. No era un eufemismo —dijo, y pasó por encima de la mesa un llavero hacia Anna.

—¿Qué es esto? —preguntó la chica, que recogió el llavero.

—Las llaves de esta casa. La he puesto a nombre de los tres. Ahora podrán vivir aquí.

Rebe, Benet y Anna la miraron con pasmo. Fue el hombre el primero en hablar.

—Señora, es usted muy generosa, pero esto es excesivo, nosotros no…

—Por favor —interrumpió ella—. He heredado la casa. No la quiero ni la necesito. Me recuerda demasiado a aquello en lo que se convirtió mi vida. Yo tengo ahora otro hogar, mi trabajo y mi propio dinero. Déjenme compensarles; es más, estoy segura de que Francesc aprueba mi decisión.

Se miraron entre sí, sorprendidos y abrumados. No podían creer lo que sucedía. Rebe se levantó y se acercó a la silla de Mar. La miró de cerca y le tomó la mano.

—Señora, su gesto la ennoblece. Está claro que tiene usted un

corazón más grande que esta casa. Trataremos de rentabilizarla para cubrir los gastos que origine; a lo mejor podríamos alquilar habitaciones baratas, para gente necesitada.

—Esa sería una idea excelente —apuntó Mar. Rebe asintió.

—Solo me queda darle las gracias y, por supuesto, recordarle que este siempre va a ser su hogar cuando le apetezca venir a visitarnos o a quedarse el tiempo que quiera.

Enrique se sentía tan emocionado que, al buscar con la vista a Valiente, un escalofrío le recorrió la espalda cuando lo vio volverse hacia él.

—Una gran mujer —le murmuró al oído—. ¿Estás seguro de haber tomado la decisión correcta? —le preguntó. El inspector puso cara de bobo.

—Por supuesto. Anda, sírveme un café, por favor.

* * *

La puerta de la escuela Salvador Olivé estaba atestada de padres, madres y abuelos que venían a buscar a los niños. En pocos minutos, una avalancha de chiquillos invadiría la acera y el ambiente se llenaría de gritos, reclamos y risas. Valiente se dijo que había que aprovechar el momento mientras todavía estuviese a tiempo.

Entre la expectante multitud divisó una cabellera rojiza. Se acercó a ella con cautela y le habló en tono suave.

—Disculpe, ¿es usted Amanda, la exesposa de Joaquín Lázaro? —La joven lo observó con desconfianza. No era habitual ver por su barrio hombres así de bien planchados y compuestos. Además, tenía los ojos raros.

—Sí…, ¿qué quieres de mí?

—Soy el inspector Valiente. Yo lo detuve. —La chica torció el gesto y dio un paso atrás.

—Oye, yo no tengo nada que ver con él, hace ya mucho que…

—Tranquila, no vengo a pedirte cuentas de nada. Ya te he dicho que lo llevé a comisaría. Fue por un delito que cometió por pura desesperación.

—Sí, por las drogas —añadió enfadada.

—En realidad fue por ti y por el niño.

Amanda mostró asombro.

—Yo no estaría tan segura de eso… ¿Es lo que te ha dicho?

—Nadie miente en su situación, créeme. Lo hizo, ante todo, por vosotros. Ahora le toca pagar por ello. Ten en cuenta que está en rehabilitación. Quiere curarse y ayudaros en cuanto salga. Se va a apuntar a un curso de informática y es muy posible que consiga trabajo.

—Ojalá sea verdad. De todas maneras, me lo creeré cuando lo vea.

—Te entiendo. De momento, toma esto. —Le alargó un sobre, que la chica cogió con extrañeza.

—¿Qué es? —preguntó. Levantó la solapa y la mandíbula se le descolgó—. ¡Es mucho dinero! Oye, yo no lo quiero. ¡Seguro que es robado, o algo peor!

—Te aseguro que no. Él quería que fuera para ti. Quiere ayudarte con el niño. Por favor, tómalo y ten paciencia. Ve a verlo a la cárcel, llévale a vuestro hijo y verás que eso le dará fuerzas para rehabilitarse y estudiar. ¿Lo harás?

—Claro… Si él pone de su parte, yo pondré de la mía. ¡Si lo quiero más que a mis huesos, pero es un idiota!

—Ha hecho mucho daño, es cierto. Y a pesar de eso, sé que ha sido víctima de las circunstancias, por caer en las manos de una mujer

sin entrañas. Por eso quiero ayudarlo.

—Está bien, inspector. Cuenta conmigo. Y gracias por todo —dijo, dibujando una hermosa sonrisa.

Justo en ese momento, la campana de la escuela sonó y la barahúnda de niños salió en tropel. Un pequeño de cabello oscuro y rostro redondo y vivaracho se arrojó a los brazos de Amanda. Valiente sonrió.

«Para mí, es solo una parte de mis ahorros. Para vosotros, puede ser un nuevo comienzo», se dijo, y se dirigió al coche, aparcado en la esquina, a pocos metros de distancia.

EPÍLOGO



Prisca aparcó a la puerta de Canimel. Tras asegurarse de que la rueda estaba lo bastante cerca del bordillo, tiró del freno de mano y apagó el motor.

—Ya hemos llegado. ¡Todo el mundo abajo!

María José se bajó del asiento del copiloto mientras Agustina, Elvira

y la madre Emilia abrían la puerta trasera más cercana a la acera. Teresa las esperaba junto al local. Al ver a sus hermanas, se aproximó a ellas.

—Acabo de llegar. El bus ha venido muy deprisa. Deberíamos comprar otro vehículo donde cupiéramos todas…

—No es necesario, hija —contestó la abadesa—. Yo solo he venido hoy para poder hacer los comunicados oportunos a las instituciones y al Ayuntamiento. En el futuro vendrán ustedes solas y no habrá problemas de espacio. Y hablando de coches, ahí está el del inspector.

Valiente aparcó detrás de las hermanas y se bajó deprisa.

—¡Disculpen la tardanza! He encontrado tráfico, como siempre.

—¿Ya no vive aquí? —preguntó la priora con gesto inocente.

—Sí, pero hoy vengo de la comisaría —contestó él en tono divertido —. He querido acompañarlas la primera vez para que sepan dónde está cada cosa.

Prisca se encargó de abrir la persiana. Las hermanas entraron a los ultramarinos, sin atreverse a tocar nada.

—Nunca hemos ido más allá de la tienda…

—Lo imagino. Vengan a la sala.

Tras retirar la alfombra y abrir la trampilla, Valiente se apartó para dejar pasar a las monjas. De una en una, bajaron con cuidado.

—El interruptor está justo al final de la escalera, a la izquierda.

Cuando la hermana Agustina descendió en último lugar, Valiente fue detrás. Al llegar, tuvo que morderse la lengua para no reírse al ver la cara de pasmo de las hermanas. En un instante, en cambio, se sintió conmovido al observar los gestos de fascinación de la madre Emilia, los ojos abiertos en extremo de Agustina y de Elvira y, en especial, las lágrimas incipientes de Teresa y Prisca.

—Es… inefable.

Valiente no quiso molestarlas. Las dejó empaparse de aquella visión. En unos minutos, las profesionales de la restauración que había en ellas comenzaron a expresarse.

—Hermanas, está muy bien conservado —dijo Agustina—. Apenas hará falta una limpieza y podremos exponer la pintura. Trabajaremos unos días las tres, si la madre está de acuerdo.

—Desde luego. Agustina, Teresa y Elvira, ustedes son las especialistas. Prisca las traerá aquí cada día y las ayudará en lo que precisen, hasta que el fresco esté en perfecto estado y pueda mostrarse al público. Hagan un inventario de los materiales que van a necesitar.

—Sí, madre.

Mientras las hermanas restauradoras trataban de acordar lo que precisarían, Valiente se acercó a Emilia y a Prisca.

—¿Qué harán con la zona de la tienda?

—Estamos valorando las opciones. El instituto Tavertet, presidido por su amiga la señora Albrich, nos ha concedido una subvención para la adecuación y puesta en marcha del proyecto. Además, ella personalmente acudió a vernos y nos hizo una muy buena donación en metálico. Cuando la madre Emilia no nos oía, me contó que había encontrado ese dinero oculto en su casa y tenía sospechas de que se trataba de comisiones ilegales cobradas por su esposo. Le contesté que, en ese caso, lo correcto era devolverlas. Ella insistió: era imposible conocer el origen del dinero a pesar de sus sospechas y consideraba que lo mejor era invertirlo en una buena causa. Así que hemos comenzado los trámites. En unos días vendrá el arquitecto municipal y nos hará un plano para que la escalera sea más accesible. Trataremos de no tocar nada de la estructura, solo lo necesario para que las pinturas puedan visitarse de la forma más cómoda posible.

—¿Y cobrarán entrada?

—Solo la voluntad. Y los parados y jubilados quedarán exentos.

—Me parece muy bien. ¿Y quién se hará cargo cuando el museo esté en marcha?

—Por nuestra forma de vida, no es lo más adecuado tener a alguna hermana aquí a diario. Aun así, de momento es posible que una de nosotras se encargue de la taquilla. El Ayuntamiento nos ha prometido hacerse cargo de eso una vez esté todo en marcha. Les daremos un porcentaje de la recaudación y, con lo demás, iniciaremos unas obras en el monasterio que ya llevan paradas mucho tiempo.

—Sí, es necesario revisar los sótanos. Hay mucha humedad y las reparaciones cuestan una fortuna. Ahora podremos llevarlas a cabo, con un poco de suerte.

—Estamos muy ilusionadas con esto, inspector. Las pinturas son una maravilla.

—Así es. Bueno, parece que al final se va a cumplir la voluntad del pintor, y también la de Antoni y su familia. No está mal, ¿verdad?

—¡Claro que no! Y ¿sabe? ¡El santo padre nos ha felicitado!

—¡Es verdad! Dice que vendrá a ver las pinturas…

—Uf, de eso estoy seguro. Él y media humanidad van a pasar por aquí.

—Quién lo iba a decir, ¿verdad? —dijo Prisca, con su mirada vivaracha de siempre. Valiente le correspondió con el mismo gesto.

—Quizás yo podría decirlo. Involucrarse en un caso con usted siempre es fascinante.

—¡Hala! ¡No me diga esas cosas, que tiene usted novio! —contestó ella. Ambos rieron con ganas.

* * *

Cada vez se acercaba más el invierno y las carreteras de montaña aparecían congeladas. El BMW avanzaba seguro y firme. Entretanto, Enrique, en el asiento del copiloto, trataba de subir la calefacción.

—¿Tienes frío? Espero que me hayas hecho caso y hayas cogido los guantes.

—¡Y el gorro, y dos bufandas! Aun así, no estoy seguro de no haberme quedado corto…

—¡No seas exagerado!

—Daniel, en serio. Yo no recuerdo la última vez que fui de vacaciones, porque al menos hace diez años. De lo que sí me acuerdo es de que no me sentía como un pollo en el congelador. ¿De verdad va a bajar aún más la temperatura?

—Te aseguro que sí.

—¡Ay, Dios! ¿Por qué te haría yo caso y cerraría el bar por vacaciones?

—Porque la semana que viene es Navidad y ni tú ni yo la pasamos en familia desde hace un siglo. ¡Y verás como nos va bien!

—¿Seguro? ¿Tu tía Matilde sabe que voy contigo? Es mayor y no sé si…

—¡Venga, no seas quejica! No es tan mayor. Y sí, sabe que vienes conmigo y que somos pareja, deja de preocuparte tanto, ¿quieres?

Enrique miró por la ventanilla. Fuera, los campos aparecían llenos de escarcha. A lo lejos, las montañas se mostraban blancas y los pequeños pueblos en las laderas le hicieron pensar en un belén de los que su madre montaba durante sus años de infancia, tan cortos y distantes.

—Desde luego, es precioso… —Justo en ese momento, una alarma de aviso sonó en el móvil de Enrique. Con desgana, miró la pantalla. —¡Mira! El Ángel Blanco ha actualizado su novela…

—¿En serio? ¡Léemelo!

—Veamos… «Garabatos, Capítulo final: La monja investigadora no salía de su asombro. ¡Todo se había resuelto por unas zapatillas! La verdad es que eran preciosas. Eso le hizo preguntarse: ¿puede un asesino ser tan lerdo y usar un calzado así de llamativo? ¿Sería verdad que lo hizo con el único fin de inculpar a otro que pudiese heredarlo? ¿Acaso no sabía ese hombre tan inteligente y calculador que la policía tiene técnicas para hallar el ADN con muestras mucho más pequeñas que las que puedan dejar dos pies dentro de unos zapatos, a pesar de los calcetines? La detective aficionada meneó la cabeza con cansancio. No estaba segura de si el criminal había pecado por exceso de confianza en sí mismo o tan solo le había podido ese Pepito Grillo que tienen los delincuentes en la conciencia y que los impele a realizar acciones para ser descubiertos y descansar de tanto crimen. En todo caso, se dijo que las cosas iban a cambiar en breve: la justicia estaba sufriendo una debacle de campeonato con las declaraciones y pruebas que aquel a quien la prensa llamaba el Fantasma había sacado a la luz. ¿Cómo quedarían las cosas? Ella no lo sabía. No obstante, se sentía feliz por el final de aquella aventura, en especial cuando contemplaba las cuatro paredes que, en muy pocos días, iban a dejar boquiabierto al mundo entero.»

—Y tan boquiabierto —dijo Valiente—. ¿Qué día inauguran la exposición?

—La última vez que las vimos, nos dijeron que abrirían las puertas justo para Navidad.

—Pues mira, hablando de Navidad… —Señaló hacia el parabrisas y Enrique se quedó pasmado. Los primeros copos de nieve del invierno comenzaban a caer de manera profusa. Maravillado, se volvió hacia Valiente y alzó la voz como un niño.

—¡Está nevando! ¡Mira, es nieve!

Sin apartar la vista de la carretera, el inspector sintió renacer en su corazón un montón de sensaciones a la vez. Sentimientos dormidos que iban despertando a cada metro recorrido. Feliz, habló con voz contenida.

—Sí, está nevando. Será cuestión de colgar los calcetines en la chimenea, ¿no?

AGRADECIMIENTOS

A Adrià Boix, por las revisiones, comentarios y mil sugerencias.

A Luisa Ferro, por el apoyo, las correcciones, los paseos por Madrid, el tapeo y, claro, la amistad.

A Rocío Rodríguez, por estar siempre dispuesta a ayudar.

A Silvia, mi amiga-hermana, porque junto a ella vi por primera vez los «garabatos» que inspiraron esta obra.

A Carles P. Illa, por sus anotaciones, pistas y datos. Y sobre todo, por su gran apoyo.

A mis hermanos y hermanas, la presente y la ausente, por estar ahí.

A mis alumnas de Escritura Creativa, porque siempre me aportan información e ideas y, al final, no sé quién aprende más de quién.

Y, desde luego, a mi familia. Gracias, gracias, gracias.

Biografía



Gemma Minguillón nació en Barcelona y reside en Sant Feliu de Codines, un pequeño pueblo del Vallés Oriental. Escribe profesionalmente desde 2015 y ha publicado cinco novelas con

distintas editoriales. Es también autora de teatro, con obras como El crim de la ouija (El crimen de la ouija) o La casa de l'àncora (La casa del ancla), que se estrenó en Sant Feliu de Codines y se representó en otros pueblos del Vallés, con buen número de espectadores. Fue llevada a la radio como radionovela y quedó nominada para los premios RAC105 de 2018.

Gemma ha conducido durante cinco años el programa de radio Un café a la plaça (Un café en la plaza), de contenido cultural y lúdico. En la actualidad, participa en el galardonado A cau d'orella (Al oído), de la emisora Ona Codinenca.

Desde abril de 2019 es profesora de taller literario en la biblioteca de Bigues i Riells.

Novelas: El secreto de Amaa, 2017 (Editorial LXL), thriller. Corazón de reina, 2017 (Editorial LXL), novela negra. La Colina de los Muertos, 2018 (Editorial LXL), thriller. El desnudo del dibujante, 2018 (Editorial LXL), novela romántica paranormal. Sangre joven, 2019 (Meiga Ediciones), novela negra. El Ángel Blanco, 2022 (Click Ediciones). Antologías: Meigas en Samaín, 2020 (Meiga Ediciones), Espíritu de meiga, 2020 (Meiga Ediciones), Meigas y dragones, 2020 (Meiga Ediciones).

Notas

1. Los quinque libris son registros documentales de los nacimientos, defunciones y casamientos de cada municipio que se conservan en las parroquias locales. Desde el siglo XVI, su registro se hizo obligatorio. Durante la Guerra Civil, muchos de ellos fueron quemados. Los que se hallaron después fueron enviados al Archivo Diocesano.

1. En los monasterios hay una campana cerca de la entrada. Cada hermana tiene asignado un toque distinto, en una combinación de toques largos y cortos. Así, se puede llamar a una hermana en concreto, esta oye el toque allá donde esté y acude a la llamada.

Garabatos

Gemma Minguillón

https://www.instagram.com/o.mare.o/

https://o-mareo4.webnode.es/

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2024

ISBN: 978-84-08-28277-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Morirse es de mal gusto

Francesc Marí

Bajo la luna

Iván Alvarado Santiago

